ESTUDIOS PUBLICOS

Nº 18 OTOÑO 1985

Alejandro Chafuen
Justicia Distributiva en la Escolástica Tardía
Raymond de Roover
Concepto de Precio Justo
Alan Donagan
Ley Moral Escolástica
Jorge Estrella
Tres Razones para la Libertad
Dieter Nohlen
Sistemas Electorales Comparados: El Caso Chileno
Arturo Valenzuela
Sistema de Partidos Chileno
Andrés Benavente
Izquierda Chilena 1973-1984
Fernando Molina
Bases Sociales de la Democracia
Sergio de la Cuadra
Política Arancelaria 1810-1930
Gerardo Jofré
Monto Optimo del Gasto Social
Arturo Fontaine T.
Financiamiento de la Educación Superior
Robert Hughes
El Futuro que Fue

DOCUMENTO

George Orwell
Los Escritores y Leviatán
Matar un Elefante

CENTRO DE ESTUDIOS PUBLICOS

JUSTICIA DISTRIBUTIVA EN LA ESCOLÁSTICA TARDÍA*

Alejandro A. Chafuen**

La justicia distributiva en la tradición aristotélico-tomista escolástica se refiere a las cosas comunes. Los bienes privados no son objeto de ella. Temas como las ganancias, los salarios y los intereses son abordados por los escolásticos como tópicos de justicia conmutativa y, en su opinión, debían establecerse en general siguiendo a la estimación común que se realiza en el mercado. La esencia de la teoría escolástica del justo precio es la voluntariedad, el libre consentimiento excluyendo todo tipo de fraude o engaño. Atentan contra la justicia distributiva, por ejemplo, la acepción de personas y los tributos injustos según normas que los escolásticos plantean.

En los tiempos actuales se confunde la idea de una "justa distribución de la riqueza" con el concepto de justicia distributiva como referida a bienes comunes. Es el caso de la teoría de John Rawls, por ejemplo. Se hacen a continuación alcances a la teoría de la justicia en Hayek y Nozick desde el ángulo escolástico.

La principal pregunta que se formulaban los autores escolásticos era: ¿qué es lo justo? Los problemas económicos, sociales y políticos eran enfocados bajo este punto de vista ético. Por eso, no es de extrañar que la mayoría de los razonamientos económicos realizados por los escolásticos se encuentren en tratados *De Iustitia et Iure* (De la Justicia y del Derecho) y en sus libros de Teología Moral.

En el análisis de la justicia distributiva por parte de los autores escolásticos se nota claramente la influencia de Aristóteles (384-322

* Este trabajo fue presentado el día 2 de octubre de 1984 en el Seminario "Justicia Distributiva y Escolástica" organizado por el CEP.

** Profesor de Filosofía de la Universidad Católica, Buenos Aires; profesor de ESEADE, Buenos Aires.

a. C.) y de Santo Tomás (c. 1226-1274). Señalaba Aristóteles que la justicia distributiva "tiene lugar en las distribuciones de honores o de riquezas o de otras cosas que puedan repartirse entre los miembros de la república..."[1] Ahora bien, en la concepción aristotélica, lo justo en las distribuciones se logra cuando las mismas se realizan atendiendo el mérito. Asignar grados de mérito no es tarea fácil ya que "no todos entienden que el mérito sea el mismo. Los partidarios de la democracia entienden la libertad; los de la oligarquía, unos la riqueza, otros el linaje; los de la aristocracia la virtud".[2]

La distribución debe ser proporcional en relación al mérito. Este tipo de justicia se refiere a las cosas comunes "y es siempre conforme a la proporción antes dicha. Si se hace la distribución de las riquezas comunes, se hará según la razón que guarden entre sí las aportaciones particulares".[3] Los bienes privados no son objeto de esta justicia.

En la *Secunda secundae,* Santo Tomás sintetizaba el pensamiento aristotélico de este modo: "Aristóteles establece dos partes o clases de justicia y dice que una dirige las distribuciones y la otra las conmutaciones. Como ya se ha dicho, la justicia particular se ordena a una persona privada, que respecto de la comunidad es como parte del todo. Ahora bien, toda parte puede ser considerada en un doble aspecto: uno, en la relación de parte a parte, al que corresponde en la vida social el orden de una persona privada a otra, y este orden es dirigido por la justicia conmutativa, consistente en los cambios que mutuamente se realizan entre dos personas. Otro es el del todo respecto de las partes, y a esta relación se asemeja el orden existente entre la comunidad y cada una de las personas individuales, este orden es dirigido por la justicia distributiva que reparte proporcionalmente los bienes comunes".[4]

Este concepto de justicia distributiva es conforme al principio general de dar a cada uno lo suyo. Santo Tomás explicita que: "Como la parte y el todo son en cierto modo una misma cosa, así lo que es el todo es en cierta manera de la parte, y por esto mismo cuando se distribuye algo de los bienes comunes entre los individuos, recibe cada cual en cierto modo lo que es suyo".[5]

A esta altura podemos ya remarcar la primera conclusión: la justicia distributiva trata del reparto de los bienes comunes. De aquí surge la respuesta de quién es el responsable de que exista justicia distributiva. Santo Tomás señala que "el acto de la distribución que se hace de los bienes comunes pertenece solamente al que tiene a su

1 Aristóteles, *Etica Nicomaquea,* versión española e introducción de Antonio Gómez Robledo, Sexta ed. (México: Editorial Pomea, 1976), Libro V, p. 60.
2 Ibid., p. 61
3 Ibid., p. 62
4 *Ordo eius quod est commune ad singulas personas,* en el texto original.
5 Santo Tomás, *Suma Teológica,* 2.2, q. 61, art. 1.

cargo estos bienes comunes", es decir, gobernantes, burócratas, o todo aquel que es responsable del cuidado o provisión de algún bien común. La justicia distributiva solamente reside en el resto de los individuos de una manera pasiva "...la justicia distributiva reside también en los subditos a quienes se distribuyen aquéllos, en cuanto están contentos con la justa distribución de los bienes comunes, no de una ciudad sino de una sola familia, cuya distribución puede ser hecha por la autoridad de una persona privada".[6]

Para nuestro tema alcanza con analizar las ideas acerca de los bienes comunes públicos dejando de lado la distribución de los bienes comunes familiares realizados por el padre de familia. No parece ser de mucha importancia, como tema de política económica, el modo en que se distribuyan los bienes dentro de una familia; mucho importa, en cambio, cómo es el proceso de producción y distribución de los bienes comunes.

¿Cómo se hace esta distribución de los bienes comunes entre los ciudadanos? Aquí, Santo Tomás sigue con lineamientos aristotélicos. Estos bienes se deben distribuir proporcionalmente. "Como ya se ha dicho, en la justicia distributiva se da algo a una persona privada, en cuanto lo de la totalidad es debido a la parte, y esto será tanto mayor cuanto la parte tenga mayor relieve en el todo. Por esto, en la justicia distributiva se da a una persona tanto o más de los bienes comunes cuanto más preeminencia tiene en la comunidad. Esta preeminencia se determina en la comunidad aristocrática por la virtud; en la oligárquica, por las riquezas; en la democrática, por la libertad; y en otros de otra manera. De ahí que en la justicia distributiva no se determine el medio según la igualdad de cosa a cosa, sino según la proporción de las cosas a las personas, de tal suerte que en el grado que una persona exceda a otra, la cosa que no se dé exceda a la que se dé a la otra persona".[7]

Mientras que la justicia distributiva regula las distinciones, "la conmutativa dirige los cambios que pueden darse entre dos personas".[8]

Los autores escolásticos que siguieron a Santo Tomás fueron continuadores de la línea aristotélico-tomista. Temas como las ganancias, los salarios y los intereses eran abordados como tópicos de justicia conmutativa. Los escolásticos llegaban a la conclusión de que no era función del gobierno determinar salarios, ganancias e intereses. Para analizar los mismos, utilizaban un procedimiento igual al que empleaban para estudiar los precios de los bienes, determinando que los mismos debían de establecerse siguiendo a la estimación común que se realiza en el mercado.[9]

6 Santo Tomás, *Suma Teológica*, 2.2, q. 61, art. 1.
7 Santo Tomás, *Suma Teológica*, 2.2, q. 61, art. 1.
8 Ibid., 2.2., q. 61, art. 2.
9 Véase pp. 12-16 de este mismo ensayo.

Resulta llamativo que De Roover haya señalado que la justicia social era la principal preocupación de los autores escolásticos.[10] En realidad, nunca utilizaban el término. De Roover fue sin duda uno de los grandes especialistas de economía escolástica, sin embargo, considero que comete un desliz al señalar que la justicia distributiva "regulaba la distribución de riquezas e ingresos".[11] En ningún tratado de autores escolásticos tardíos me fue posible encontrar el tratamiento de salarios, ganancias e intereses (stipendium, lucrum, usuris) como temas de justicia distributiva. Siempre eran analizados como cuestiones de justicia conmutativa.

San Antonino de Florencia (1389-1459) destacaba que por la justicia distributiva "quienes gobiernan son dirigidos debidamente en la distribución de los bienes comunes, de acuerdo con la calidad de los subditos".[12] Acerca de la importancia de este tipo de justicia continúa diciendo: "En la multitud, donde hay mucha diversidad de condiciones y méritos, a no ser que sean distribuidos entre todos proporcionalmente por el que gobierna los honores, dignidades y oficios, además de los trabajos y gastos, se origina una notable disonancia entre los que habitan juntos, y en consecuencia todo el orden político se desliza poco a poco a la corrupción... El príncipe de los ladrones, si no repartiera el botín equitativa y proporcionalmente a la astucia y el esfuerzo de los ladrones, sería muerto por sus compañeros o, por lo menos, depuesto de su potestad".[13]

Francisco de Vitoria (c. 1480-1546), para muchos el padre de la escolástica hispana y de la "Escuela de Salamanca", opinaba en forma similar: "Si la justicia establece una igualdad entre dos hombres privados que compran y venden, se llama justicia conmutativa; pero si la establece entre la república o la comunidad y el hombre privado, recibe el nombre de distributiva. Además, nota que la justicia distributiva reside en el príncipe en su actuación y debe existir en los subditos de tal modo que sufran ecuánimemente la distribución".[14] Domingo de Soto (1495-1560), como Vitoria, conocido teólogo dominico, en su comentario a la obra de Santo Tomás, remarcó que la responsabilidad por la distribución "reside en el Jefe del Estado, a quien le corresponde repartir los bienes públicos".[15] Comentando la *Etica* de Aristóteles, considera apropiado que "se llame justicia distributiva a aquella justicia particular con que el

10 Raymond De Roover, "Monopoly Theory prior to Adam Smith: a Revisión", *Quarterly Journal of Economics,* Nov. 1951.
11 Ibid., p. 495.
12 San Antonino de Florencia, *Summa Theologica* (Lyon: 1516), Parte 4, tít. 5, cap. 2.
13 Ibid., Parte 4, tít. 5, cap. 3.
14 Francisco de Vitoria, *Comentarios a la II -II de Santo Tomás* (Salamanca: 1932), vol. 2 p. 55.
15 Domingo de Soto, *De la Justicia y del Desarrollo* (Instituto de Estudios Públicos: Madrid, 1968), Libro III, Cuestión Quinta, Art. 1.

hombre se muestra justo en el reparto de los bienes comunes".[16] Más adelante señala que este tipo de justicia es la que "media entre el todo y las partes, o sea, la que reparte justamente los bienes comunes entre los ciudadanos".[17] Debido a este tipo de justicia, uno recibe los bienes "no por ser propiedad suya, sino por ser propiedad del todo, de que el hombre forma parte. Porque lo que es del todo, pertenece también en cierto modo a cada una de las partes".[18]

Esta distribución no está exenta de dificultades. "Mas cuando el Jefe de un Estado, o los dispensadores de los bienes comunes tienen estos bienes en su poder, con muchísima dificultad se les puede convencer a que los distribuyan, si tienen ocasión de apropiárselos para sí. Y una larga experiencia nos dice que así sucede tanto por parte de los gobernantes, como por parte de los que se hallan al frente de ellos. Y se confirma esta razón con la autoridad de Aristóteles, quien en el 2 de los *Políticos* dice que los hombres se sienten más impresionados por los bienes propios que por los comunes"[19].

Domingo de Soto termina haciendo una advertencia:

"Finalmente, han de tener aquí en cuenta los jefes de Estado que como la justicia distributiva es una virtud que actúa entre dos extremos, está por uno y otro limitada. Y así ni permite que los bienes se repartan en tanta abundancia que deje exhausto el erario público, que es sumamente necesario que esté abastecido, ni permite que se muestren tan austeros en la distribución de los bienes, que no hagan con ellos favor alguno a los ciudadanos, que muchísimas veces tienen de ellos necesidad. Y sobre todo han de evitar siempre que los tributos y censos que se imponen al pueblo con destino a las necesidades públicas, no se empleen en usos extraños; porque de aquí nacen grandes peligros para la sociedad, y el pueblo que no carece de privaciones, se siente gravemente oprimido; ya que esto suele ser la causa de que los tributos se aumenten de día en día. Pero de esto se tratará más por extenso al fin de la cuestión siguiente".[19]

Dentro de la escolástica hispana, otro autor de importancia fue Martín de Azpilcueta (1493-1583). Considerado como uno de los grandes canonistas de su tiempo, era más conocido por su seudónimo "Dr. Navarro". Como Vitoria y De Soto, Azpilcueta enseñó en Salamanca (también dictó cátedra en Coímbra). Sobre los impuestos, señaló que los gobernantes cuando cobran impuestos injustamente violan la justicia distributiva. Asimismo, remarcó que el gobernante debe restituir si "hizo repartimiento de alguna quantidad de dinero impuesta al pueblo (para que por casas, y según la hacien-

16 Ibid.
17 Ibid.
18 Ibid.
19 Ibid.

da de cada cual se pagase) & impuso mas, o menos a unos de lo que era razón en perjuicio de otros. M. según S. Antonino, y todos, aunque no lo haga por odio ni mala intención, sí la ignorancia del derecho, y hecho probable no lo escuso, porque violó la justicia distributiva, y debe restituir el agraviado, en lo que lo agravió según todos. Y lo mesmo es, del que reparte las cosas comunes y dió mas o menos a alguno de lo que cabia, según Caietano,[20] porque estos quitan lo debido a lo suyo al agraviado".[21]

Estas doctrinas sobre justicia distributiva siguieron enseñándose por largo tiempo. Pedro de Ledesma (+ 1616), catedrático de vísperas en Salamanca entre los años 1608 y 1616 y también profesor en Segovia y Avila, sintetizó en su *Suma de Moral* gran parte de estas enseñanzas.

Por empezar, "la justicia distributiva ha de ordenar el todo a las partes"..."ordena el bien común, en orden a los particulares".[22] La justicia conmutativa es más perfecta que la justicia distributiva ..."lo que se da por la justicia commutativa es devido absolutamente al ciudadano, y es cosa suya, a la quel ya tiene derecho adquirido. Lo que se da y distribuye por la distributiva, no es desta manera devido, ni es de el particular, ciudadano, si tiene derecho adquirido, sino devese hazer suyo conforme a sus méritos, y conforme a su calidad".[23]

Una de las típicas actitudes que violan la justicia distributiva es la acepción de personas. Es una injusticia que se comete en la distribución de los bienes comunes, cuando uno se prefiere a otro: no por los méritos, que tiene orden a aquella cosa, sino por otra causa no debida. P. e. darle parte de los bienes comunes a un amigo o pariente. "Este vicio no se puede cometer sino es respecto de aquellos, a los quales los bienes son communes. Si se distribuyen los bienes communes de una República, la acceptación de personas se ha de cometer respecto de los ciudadanos, que son partes de la República".[24] El juicio varía cuando no se trata de bienes comunes "si alguno de su propia liberalidad distribuyesse de sus propios bienes en los ciudadanos o hiziese un combite, y de la tal distribución exceptasse a su enemigo: este tal aunque peque contra la charidad, no es acceptador de personas. Porque no distribuye bienes communes...".[25]

La aceptación de personas no sólo es condenada por desventa-

20 Cayetano era el seudónimo del cardenal Tomás de Vío (1468-1534), sus escritos ejercieron notable influencia en la escolástica hispana.
21 Martín de Azpilcueta, *Manual de Confesores y Penitentes* (Salamanca, 1556), p. 226.
22 Pedro de Ledesma, Suma *de Moral* (Salamanca: A. Ramírez, 1614), p. 286.
23 Ibid.
24 Ibid.
25 Ibid.

josa para la sociedad sino éticamente: "La acceptación de personas es la destrujción de la República, y causa grandísimo detrimento en ella, y en los ciudadanos. Luego de su naturaleza es pecado mortal pernicioso a la República".[26]

Dentro de este campo, uno de los puntos más importantes para la política económica es el que se refiere a la justicia en la imposición de tributos. Los tributos y cargas públicas "se han de poner según la forma de justicia distributiva".[27]

Pedro de Ledesma reduce a 3 los tipos de impuestos que se solía cobrar en ese entonces.

a Censo: pensión que se paga al príncipe en reconocimiento de sujeción; "significa soberbia y gran tiranía".
b Pecho: "se paga al príncipe, para su sustentación y para que guarde la paz de la República, y pagánle de alguna tierra, o viña".
c Portazo: grava el comercio; incluía los impuestos conocidos como alcabala y los tributos de aduana.

Para no violar la justicia distributiva, estos impuestos debían cumplir 5 condiciones:

1 Que el que imponga el tributo sea una autoridad legítima, éstas podían ser:
— El Papa
— El Concilio
— El Emperador
— El Rey (incluyendo las autoridades de las Repúblicas)
— Señores que no reconocen superior en lo temporal

2 Que la causa final del tributo sea justa y que redunde en bien y utilidad de la República, por ejemplo la conservación de los bienes de la República y el sustento de los príncipes (que no han de pretender enriquecerse, o hazer otros gastos impertinentes).

3 "Los tributos han de ser proporcionados con la causa final porque se ponen". El uso de los tributos debe ser justo: debe gastarse en aquellas cosas por las cuales se pone. (Reedificar un muro, hazer un puente).

4 La materia sobre la cual se impone el tributo debe ser justa y decente, "no se deben poner sobre aquellas cosas que se traen para sus propios usos".[28]

5 Que se guarde la justa forma en el poder de los tributos.
— Los tributos han de tener proporción con las haziendas de los particulares "cuando se pone algún gran tributo, han de tener atención a la necesidad y pobreza de los vassallos. Por-

26 Ibid., p. 287.
27 Ibid., p. 322.
28 Ibid., p. 323.

que esto importa para el bien del Reyno, y consiguientemente para el bien del mismo Rey. Porque si se acaban, y pierden los vassallos, es necessario se acabe y destruya el Reyno: y el mismo Rey".

— Se deben "poner según la forma de justicia distributiva". (Proporcionales al mérito.)

Pedro de Ledesma realiza otras consideraciones particulares, como condenar la sisa (impuesto al vino y carnes): "los pobres tienen más necesidad de comprar estas cosas, que no los ricos. Porque los ricos tienenla de suyo, y los pobres no: luego el tal tributo no es justo".[29] Este tipo de impuesto se podría cobrar solamente en casos de: a) de gran necesidad; b) por breve tiempo y c) con la condición de que su tasa sea muy pequeña.

Según Ledesma, "en orden al mismo bien público el Rey tendrá authoridad de libertar de tal tributo, o de los tales tributos algunas personas".[30] Esto sólo se justificaba existiendo una causa "justa y razonable". El Rey o el Príncipe tenían autoridad para eximir del pago de impuestos a nobles y caballeros (porque defienden la República del extranjero y del vulgo) y a los eclesiásticos. Independientemente de esta autoridad, el Rey y Príncipe "por hazer gracia y liberalidad con unos, no puede cargar demasiado los otros".[31] No sólo condenaba a quienes imponían los tributos injustos, sino también a "los ministros", que cobran los tributos que saben ciertamente, que el tributo es injusto, pecan mortalmente contra justicia commutativa, y están obligados a restitución".[32] Asimismo, los que votan un tributo injusto "pecan mortalmente contra justicia".[33]

Ganancias y Salarios fuera del Ámbito de la Justicia Distributiva

En el pensamiento escolástico tardío, las ganancias eran el resultado de la compra y venta a precios justos (precios de mercado sin fraude, coerción o monopolios).[34] Duns Scotus (+ 1308) parecía

29 Ibid., p. 325.
30 Ibid., p. 331.
31 Ibid., p. 325.
32 Ibid., p. 324.
33 Ibid., p. 325.
34 Los análisis autorizados de, entre otros, Raymond De Roover, "Economía Escolástica", *Estudios Públicos*, N° 9, Verano 1983, pp. 88-121; Marjorie Grice Hutchinson, *El pensamiento económico en España 1177-1740* (Madrid: Crítica, 1982); Óreste Popescu, *Aspectos analíticos en la doctrina del justo precio en Juan de Matienzo (1520-1579),* (Buenos Aires: Macchi, 1982); Luisa Zorraquín de De Marcos, *"An Inquiry Into the Medieval Doctrine of the Just* Price" Master's Thesis (Los Angeles: International College, 1984) y Alejandro Chafuen, *"An Inquiry Into Some Economic Doctrines Postulated by Late-Scholastic Authors",* Ph. D. Thesis (Los Angeles: International College, 1984) llegan a la conclusión de que el precio justo era el precio de mercado así definido.

defender la noción de que era función del "buen príncipe" velar por que los mercaderes obtengan precios suficientemente elevados como para compensar sus costos.[35]

Sus opiniones fueron rebatidas por la mayoría de los autores escolásticos tardíos, inclusive por sus compañeros de la orden franciscana. San Bernardino de Siena, por ejemplo, llegó a la conclusión de que es imposible establecer legalmente un nivel de ganancia "justa". Citando el ejemplo de un mercader que compró un bien en una provincia a un precio corriente de 100 y luego lo transportó a otra provincia donde el precio corriente era 300, llega a la conclusión de que el mercader puede quedarse con esa ganancia. De la misma manera, debería perder si luego al llegar a esa provincia se encuentra con que el precio de mercado descendió a 50. Es parte de la naturaleza de los negocios, alguna vez se gana y otras se pierde.[36] A esta misma conclusión llegaba la mayoría de los autores escolásticos tardíos: la ganancia resultaba de las variaciones en las estimaciones del mercado. No era función del gobierno ni cuestión de la justicia distributiva determinar cuánto debía ganar el mercader.

Los escritos escolásticos en relación al juego por dinero son otra prueba de que para ellos las ganancias no son objeto de la justicia distributiva. Según Domingo de Soto, "por derecho natural puede cualquiera mediante el juego hacer entrega a otro de sus bienes".[38] Se basa en Santo Tomás para demostrar que jugar por dinero puede incluso llegar a ser una virtud (para reparar las fuerzas del espíritu y del cuerpo)[39] si no se condena, ganar dinero jugando a los dados o a los naipes es obvio que no se condene al que gana dinero produciendo o comerciando. Si la ganancia del juego no es materia de justicia distributiva (ya que se toma como un contrato) es natural que tampoco las ganancias sean tópico de justicia distributiva. El juego suele satisfacer necesidades menos apremiantes que las que satisfacen otras actividades humanas.

Más adelante, Domingo de Soto señalaba que:

"Las cosas adquiridas con el juego, pasan al dominio de quien las ganó... Nadie puede dudar que según el derecho natural puede cualquiera traspasar a otro el dominio de sus bienes mediante el juego; porque, como más arriba queda dicho, no hay cambio de dominio más conforme con la naturaleza que el que se hace por libre voluntad".[40] Pero no sólo es ésta la razón ya que si quisieran "los

35 Duns Scotus, *Cuestiones sutilísima sobre las Sentencias* (Antwerp: 1620), p. 509.
36 San Bernardino de Siena, Opera Omnia, Tomo IV, Sermón XXX, p. 135.
37 Véase, por ejemplo, Domingo de Soto, *De Iustitia et Iure*, Libro IV, Cuestión V, artículo II. "Si el juego es origen del dominio".
38 Ibid.
39 Ibid.
40 Ibid.

dos jugadores pueden hacer donación gratuitamente de sus bienes"; en el caso del juego, continúa diciendo De Soto, hay un cierto contrato: "Do ut des. Es decir: Yo expongo mi dinero, para que tú, a la vez, expongas el tuyo. Y tan grande es el peligro del dinero de uno como el del otro. Y tampoco ha de condenarse que el asunto se encomiende a una suerte dudosa, es decir, a un suceso cuya causa sólo conoce Dios; porque de este modo la palabra suerte no significa nada absurdo entre los cristianos. Ciertamente otros muchos asuntos humanos, que son lícitos, se suelen confiar a la incertidumbre de la suerte". Muchas veces los empresarios ganan dinero debido al azar, para los escolásticos esa ganancia pertenecía, por derecho, al comerciante.

El tema de los salarios era abordado por los autores escolásticos como un tema más de justicia conmutativa. Frecuentemente se incluía como un capítulo dentro de los libros que analizaban los alquileres y arrendamientos (locatione). Todo lo que era venta de un factor de producción se analizaba en el mismo capítulo y por tal motivo era muy coherente tratar allí el tema del salario. Luis de Molina S. I. (1536-1600),[42] natural de Cuenca y con estudios en Salamanca, Alcalá y Coímbra, ciudad esta última donde ejerció la docencia, definía que "... uno puede arrendar no sólo lo suyo, o lo que se le ha entregado para arrendar sino también a sí mismo para servir a otro, para enseñar, para patrocinar a los que han de ser juzgados y para ejercer otros varios ministerios o funciones".[43] Esta tradición de tratar los salarios como un tema de justicia conmutativa puede remontarse al menos hasta Santo Tomás de Aquino cuando señalaba que los salarios eran la remuneración natural del trabajo quasi quoddam pretium ipsius.[44] San Bernardino de Siena (1380-1444) trató a los salarios de la misma forma que a los demás bienes. San Antonino adoptó una actitud similar, ofreciendo un análisis detallado de los problemas específicos que surgían en distintas ocupaciones.

Luis de Molina, en la misma línea que San Bernardino y San Antonino, remarca que el salario se determina al igual que los demás precios: "A efectos de expresar mi opinión sobre el salario justo de los sirvientes, es preciso que distinga dos clases de criados. Unos trabajan por un cierto salario convenido por ellos. Si no consta más

41 Ibid.

42 Pese a que De Molina tuvo largas controversias con los tomistas, éstas no se debieron a sus ideas sobre temas económico-jurídicos sino sobre temas filosófico-teológicos. Su obra más polémica fue *Concordia liben arbitri cum gratiae donis, divina praescientia, providentia, praedestinatione et reprobatione ad nonullos primae partis D. Tomae articulos* (Lisboa, 1588).

43 Luis de Molina, *De la Justicia y del Derecho,* Trat. 2, disp. 486, vol. 2, col. 1064.

44 Sto. Tomás de Aquino, *S. T.,* I-II, qu. 114, art. 4, resp.

claro que la luz que el salario pactado, atendidas todas las circunstancias concurrentes, franquea los límites del precio justo ínfimo, y por consiguiente es abiertamente injusto, no ha de ser juzgado injusto y no sólo en el fuero externo, pero ni tampoco en el de la conciencia. Por ello tal sirviente no puede nada más bien exigir como debido a él o bien, si no se le concede, tomar ocultamente de los bienes de su señor en recompensa de sus servicios. Y si toma algo que se presume contra la voluntad del dueño, o con duda de si es contra su voluntad, comete hurto y está obligado a restituirlo, sea que este sirviente se sustente a duras penas con este salario y viva míseramente, sin poder sustentar a sus hijos y a su familia; porque el dueño sólo está obligado a pagarle el justo salario de sus servicios, atendidas las circunstancias concurrentes, pero no cuanto le sea su* ficiente para su sustento y mucho menos para el mantenimiento de sus hijos o familia".[45]

La prueba de si este salario está o no dentro de los límites de la justicia no lo da el nivel de subsistencia sino el salario pagado por ocupaciones similares. Continúa De Molina diciendo que "todo esto es verdad tanto para el que sirve a cualquier otro por un estipendio convenido con él como para quien sirve al rey. Ello es evidente porque cuando no consta la injusticia del contrato hay que atenerse a él y lo convenido por ambas partes se ha de estimar justo y cuando constase la injusticia del salario porque éste no llegase perceptiblemente a los límites del mínimo justo, entonces a no ser que fuese inferior a la mitad del precio justo, ciertamente no estaría obligado el dueño a socorrer al sirviente en el fuero externo".[46]

Como vemos, aquí está toda la teoría del justo precio, la esencia es la voluntariedad, el libre consentimiento excluyendo todo tipo de fraude o engaño. La necesidad del trabajador no determina el salario así como la necesidad del propietario no determina el precio del alquiler o del arrendamiento. "Existen muchos oficios o ministerios, que declaran muchos (en confesión) han de asumir, quienes por un cierto salario anual o mensual se ajustan libremente, aunque sin embargo este salario no sea suficiente para ellos y mucho menos para mantener a toda su familia. Muchos se contratan libremente de este modo porque, aunque el salario no baste para su sustento correspondiente, sin embargo, es útil y alcanza, con otros bienes que tiene el que se ajusta por este salario y con la industria que en otros asuntos a la vez puede ejercer. Cuando descubren que por tal salario se contrataron libremente, no se ha de estimar injusto en relación al cargo u oficio asumido, aunque se dé alguno (esto alicui detur) para quien dicho salario no es suficiente para su susten-

45 Luis de Molina, *De la Justicia y del Desarrollo*, Trat. 2, disps. 506, vol. 2, col. 1146.
46 Ibid.

to, bien porque quiere vivir más desahogadamente y con más familia (cum maiori familia)".[47]

A aquellos que porque consideran que su salario es injusto tratan de hacer justicia por sus propios medios, Luis de Molina les dice que si libremente aceptaron este oficio por tal salario, consta que el mismo es justo y por ello "están" obligados a restituir lo que de este modo usurpan. La regla que hay que seguir en el tema del salario es la siguiente: "Si atendido el oficio en que uno trabaja, y atendida la muchedumbre o escasez de los que se ofrecen para ejercer tal ocupación, la retribución convenida ha de ser considerada justa; y, en consecuencia, si algo usurpa este criado ocultamente, que no conste, no es contra la voluntad de su dueño, está obligado a restituir".[48]

No estamos eligiendo un autor al azar, De Molina en este tema presentaba la doctrina tradicional escolástica. Domingo de Soto, otro de los grandes teólogos de la escuela de Salamanca, decía que "los criados, ya sean de los príncipes, ya de los señores inferiores, por ningún motivo pueden apropiarse a escondidas de nada de sus amos con el pretexto de que no se les paga lo suficiente por sus trabajos y servicios" especialmente cuando ellos libremente consintieron a tal salario. "Porque al que consiente, no se le hace injuria; y por lo tanto si no quieres servir por tal salario, márchate" (Et ideo si non vis illo pretio serviré, abi).[49]

Como vemos, De Molina y otros autores escolásticos tardíos no consideran a los salarios (ni siquiera al salario familiar) como tema de justicia distributiva. No corresponde a la autoridad determinar cuáles deben ser los ingresos de los trabajadores.[50]

Hoy en día es frecuente escuchar a moralistas que señalan que el hecho de que gente con pocos escrúpulos morales obtengan salarios más altos que aquellas que se dedican a labores más nobles es una afrenta a la justicia distributiva. Sin embargo, los autores escolásticos tardíos, al analizar los ingresos de las meretrices, no sólo los incluyeron como tema de justicia conmutativa sino que también llegaron a la conclusión de que los actos pecaminosos pueden ponerse a la venta y que aquel que los realizó puede incluso recurrir a la justicia para cobrar lo que se le adeude:

"Mas los pecados, aunque por razón de la culpabilidad no sólo

47 Ibid.

48 Luis de Molina, Ibid.

49 Domingo de Soto, *De la Justicia y del Derecho,* Libro V, Cuestión II, Art. III.

50 Acerca de este tema, se puede consultar la obra de Wilhelm Weber, *Wirtshaftsethik am Vorabend des Liberalismus* (Aschendorft, Münster Westf., 1959) y Raymond De Roover, *St. Bernardino of Siena and Sant'Antonino of Florence; The two great economic thinkers of the Middle Ages* (Cambridge, Mass. 1967), p. 26.

son despreciables e indignos de todo precio, más aún, deben de ser por lo mismo aborrecidos y execrados, sin embargo por razón del consentimiento de aquel que pone en alquiler sus actos y por razón del placer de aquel que los contrata, por cuanto son aplicables a usos humanos, pueden ser conseguidos con recompensa y con dinero. Por lo cual una mujer que hace entrega del uso de su cuerpo, puede recibir salario a causa del placer que el hombre disfruta con ello..."[51] Unas líneas más adelante, De Soto señala que el que no le pagase a la meretriz el precio determinado "podía ser obligado por el fuero judicial".[52]

Esta actitud de los escolásticos tardíos para con este tema tan delicado, demuestra su amplitud de criterios. Sabían analizar lógicamente un problema sin dejarse llevar por sus deseos o sentimientos. Aborrecían el pecado pero esto no modificaba sus conclusiones acerca de la justicia en los contratos salariales.

Si bien dentro del pensamiento escolástico tardío no se encuentra la justificación de un sistema de seguridad social y de jubilaciones y pensiones a manos del estado, se podría argumentar con razón que en una sociedad donde la legislación civil establece sistemas de esa naturaleza tanto la exacción de los fondos como la distribución de los mismos debería regirse por criterios de justicia distributiva.

Ganancias, salarios y alquileres eran tema de justicia conmutativa. Los ingresos provenientes de intereses no eran tampoco cuestión del gobierno debido a que todo ingreso por intereses fruto de un préstamo de dinero era considerado como inmoral e ilegal.[53]

La Concepción Escolástica de la Justicia Distributiva: una Comparación con Enfoques Liberales Modernos

En los tiempos actuales, a veces, se confunde la idea de una "justa distribución de la riqueza" con el concepto de "justicia distributiva". Mientras que el primer término suele referirse a las posiciones patrimoniales de los individuos que integran una sociedad (la cantidad de bienes que tienen los individuos), el segundo se refiere (al menos en la concepción aristotélico-tomista) a la justa distribución de bienes comunes. Autores de la talla de F. A. Hayek y Robert Nozick critican el ideal que se esconde detrás del primer con-

51 Libro IV, Cuestión VIL

52 Ibid. A las mismas conclusiones llegan la mayoría de los autores escolásticos tardíos. Véanse San Antonino de Florencia, *Repertorium totius summe auree domini Antonini Archipresulis florentini ordinis predicatoris* (Summa Theologica), parte III, título VI, cap. III; Conradus Summenhart, *De Contractibus* (n. p., 1515), Trat. I, Qu. VII: y Martín de Azpilcueta, *Manual de Confesiones* (Salamanca: 1556), pp. 198-199.

53 Las salvedades de lucro cesante, daño emergente y riesgo eran aceptadas como remuneraciones por algo distinto del préstamo.

cepto. Suelen pasar por alto el hecho de que existiendo bienes comunes siempre habrá lugar para la justicia distributiva, es decir, para que se establezcan reglas justas referidas a la distribución y al sostenimiento de los bienes públicos.

En economías privatistas sólo puede haber redistribución allí donde previamente hay confiscación. No puede negarse que los impuestos pueden considerarse bajo muchos puntos de vista como una confiscación. (Este término proviene de la palabra latina confiscare; de cum con; y fiscus, el fisco, significa privar a uno de sus bienes y aplicarlos al fisco.) En la concepción del estado ideal de Nozick y de Hayek hay lugar para impuestos, ¿no se puede entonces concluir que los impuestos deben cobrarse siguiendo un criterio de justicia y que este criterio es distinto de la justicia conmutativa? ¿No se puede entonces concluir que la asignación (distribución) de estos fondos debe realizarse siguiendo algún principio de justicia?

Los bienes y servicios que se crean en el mercado no son primero producidos y luego distribuidos. Parte de esos bienes, sin embargo, son confiscados (pasan a poder del fisco) y luego son distribuidos asignándolos a la provisión de ciertos servicios que se prestan al margen del mercado. Para el liberalismo clásico, la provisión de alguno de estos bienes que se prestan al margen del mercado son condición necesaria para que funcione el mercado. Estos bienes, claro está, deben ser provistos en una forma justa. Von Mises, por ejemplo, critica las políticas impositivas "discriminatorias". ¿Acaso este concepto no es similar al de "acepción" utilizado por los escolásticos?

"Lo que propugnamos", nos dice Hayek, "es que lo que el gobierno no realice sea conforme a la justicia".[54] No difiere este juicio de la postura escolástica. Hayek, en otro párrafo, acepta un principio que para "nuestros" autores sería de justicia distributiva: "La existencia de una organización gubernamental coactiva y las normas por las que la misma se rige dan pie a que, en justicia, se goce del derecho de participar en los servicios del gobierno, e incluso pueden justificar la aspiración a una equitativa codeterminación de lo que el gobierno deba hacer".[55] Estas relaciones de "todo" (gobierno) con las partes deben realizarse respetando los criterios de justicia distributiva.

Hayek comienza su capítulo sobre la justicia "social o distributiva" con una cita de David Hume:

"Tan grande es la incertidumbre en cuanto al mérito, tanto por su natural oscuridad como por el alto concepto que de sí mismo tiene cada individuo que ninguna norma de conducta puede basarse

54 Friedrich A. Hayek, *Derecho, Legislación y Libertad,* vol. 2 (Madrid: Unión Ed., 1979), p. 174.
55 Ibid.

en él".[56] El economista austríaco incluye esta cita para señalar el carácter subjetivo e incierto que tiene el concepto de mérito. Ahora bien, no existe ningún patrón objetivo y certero para determinar cuál es la forma 'justa' de sustentar los bienes comunes y soportar las cargas públicas. Yendo a un caso práctico, es posible contemplar las grandes diferencias que existen entre los economistas para determinar cuál es el impuesto 'justo' o neutro (que no beneficie a unos a costa de otros). ¿En base a qué criterio se determinará el monto de impuestos a pagar por cada ciudadano? ¿Se tomará en cuenta su riqueza, sus ingresos anuales, sus gastos, o se aplicará un impuesto per cápita?

Una cosa es decir que es difícil asignar méritos para aplicar criterios de justicia y otra muy distinta es decir que la idea de mérito es inadmisible como criterio de justicia. Aquellos que con sus impuestos sustentan la prestación de ciertos servicios en manos del Estado ¿acaso no merecen recibir parte de estos servicios?

Hayek critica a John Stuart Mill por señalar que "se considera universalmente justo que cada persona reciba lo que merece (sea bueno o malo), e injusto que reciba un bien, o que se le haga sufrir un mal que no merece".[57] Señala, asimismo, que Stuart Mill, al relacionar el concepto de justicia social y distributiva con el "trato" que la sociedad otorga a los individuos según sus correspondientes méritos, crea un significado de justicia que conduce a un auténtico socialismo.[58] El párrafo de Mill es como sigue: "La sociedad debe tratar igualmente bien a los que han contraído iguales méritos con ella. . . Este es el principio abstracto más elevado de la justicia social y distributiva".[59]

El concepto de justicia distributiva es usado por la mayoría de los autores modernos en una forma distinta a la de los escolásticos. Todos los bienes, y no sólo los bienes comunes, parecen ser objeto de esta justicia. Así está tratado este concepto por Robert Nozick[60] y por John Rawls.[61] La doctrina de Rawls puede ser explicada de la siguiente manera. Imaginamos un grupo de individuos que no cooperan entre sí y que viven con su propio esfuerzo. Llamemos a este grupo n. Llamemos S la suma total de ingresos de este grupo. Si cooperan entre sí podrían obtener T, una suma total mayor. Para Rawls, la asignación y la distribución del producto T (que es fruto de la cooperación) constituye el problema de la justicia social distributiva.

56 Ibid., p. 111.
57 John Stuart Mill, *El Utilitarismo* (Madrid: Aguilar, 1980) p. 83.
58 Hayek, *Derecho,* p. 114.
59 John Stuart Mill, *El Utilitarismo,* p. 109.
60 Robert Nozick, *Anarchy, State an Utopia* (Oxford: Basil Blackwell, 1980).
61 John Rawls, *A theory of Justice* (Mass.: Harvard University Press, 1971), p.4.

Los autores escolásticos tienen, como hemos visto, un enfoque diferente. El objeto de distribución sería solamente el conjunto de bienes comunes y de cargas públicas que implicaría pasar a una situación de cooperación. Gran parte de los beneficios de la cooperación (T — S) van a parar a manos de los individuos sin que exista ninguna autoridad encargada de la distribución. Los costos y la asignación de los recursos en manos de la autoridad (que con su función debería facilitar la cooperación social) son para los escolásticos objeto de la justicia distributiva.

A la pregunta de Nozick de por qué razón la cooperación social crea el problema de justicia distributiva,[62] los escolásticos responderían diciendo que, por lo general, la cooperación social implica la aparición de bienes comunes (bienes en propiedad común) y que el existir bienes comunes los mismos deben distribuirse siguiendo criterios de justicia distributiva. Generalmente han surgido reglas comunes para promover y proteger la cooperación social. Estas reglas necesitan de instituciones que las hagan cumplir. Estas instituciones estarán a cargo de hombres que necesitarán de recursos económicos que deberán provenir de aquellos que conforman la sociedad en cuestión. La recaudación de estos recursos económicos así como su asignación deberían realizarse siguiendo algún criterio de justicia distributiva. No habría lugar para la justicia distributiva en el caso de que cada ser humano sea un sujeto aislado (un Robinson Crusoe).

Desde el punto de vista escolástico tardío, la determinación de la distribución del producto fruto de la cooperación social no es función de la justicia distributiva. La necesidad de justicia distributiva aparece solamente allí donde una persona o un grupo controla un conjunto de bienes que no le pertenece. La distribución y el sostenimiento de esos bienes debe realizarse siguiendo criterios de justicia distributiva.

En una sociedad libre, mientras existan bienes comunes, existirá la necesidad de la vigencia de la justicia distributiva. Esto no desmiente el hecho de que suele ser más difícil determinar qué es lo justo en el campo de las distribuciones que en el campo de las conmutaciones. Debido en parte a esta dificultad, es que es aconsejable que los bienes comunes sean tan sólo una pequeña posición del total de bienes que existan en una sociedad. El concepto moderno de justicia distributiva (que es función de la "sociedad" determinar los ingresos de todos los ciudadanos) es en cambio incompatible con un orden social basado en el respeto por la propiedad privada.

62 Nozick, *Anarchy,* p. 185.

ESTUDIO

EL CONCEPTO DE PRECIO JUSTO: TEORÍA Y POLÍTICA ECONÓMICA*

Raymond de Roover**

El concepto escolástico del precio justo ha dado lugar a densos e interminables debates y es posible que existan muchos malentendidos en la tradición de pensamiento que, pretendiendo recogerlo, lo ha desarrollado como doctrina hasta nuestros días. Entre otras consecuencias, el precio justo ha introducido un motivo de discordia entre el pensamiento económico católico y los planteamientos de los modelos de economía libre. El presente estudio está animado por el propósito de esclarecer los orígenes del concepto y prueba que los puntos de vista de la escolástica sobre la competencia y el mercado están lejos de las descalificaciones que muchos le atribuyen.

Según la opinión de muchos economistas, el precio justo es un concepto nebuloso inventado por frailes devotos que no sabían nada de negocios y economía ni tenían conocimientos sobre los mecanismos del mercado. Es cierto que algunos escritores, católicos y no católicos, se han esforzado mucho en acreditar este cuento de hadas y en propagar la teoría de que el precio justo, en vez de ser establecido por fuerzas de mercado exorbitantes supuestamente ciegas, estaba determinado por criterios de justicia, sin tomar en cuenta los

Traducido con la debida autorización del libro *The Concept of the Just Price: Theory and Economic Policy*. *Journal of Economic History* 18 (1958), pp. 418-434.

Raymond de Roover (1904-72) se educó en Bélgica y luego en los Estados Unidos, donde obtuvo su Ph. D. en la Universidad de Chicago. Fue profesor de historia en el Brooklyn College. Publicó muchos artículos sobre historia económica y financiera. Sus libros más conocidos son *The Rise and Decline of the Medici Bank* y *Business, Banking and Economic Thought*.

elementos de la oferta y la demanda o, por lo menos, con el propósito de eliminar la perversidad de la competencia sin restricción. De acuerdo a una creencia divulgada que se encuentra en casi todos los libros que tratan este tema, el precio justo estaba ligado al concepto medieval de la jararquía social y correspondía a un cobro razonable que permitiría que el productor viviera y mantuviera a su familia en una escala de acuerdo a su posición en la vida.[1] Generalmente se piensa que esta doctrina ha encontrado su aplicación práctica en el sistema de corporaciones. Para este propósito, esas comunidades son presentadas como agencias benéficas que evitaban la competencia injusta, protegían a los consumidores de engaños y explotación, daban iguales oportunidades para sus miembros y les aseguraban una vida modesta pero decente en armonía con las normas tradicionales.[2] Uno de los principales defensores de esta opinión idílica es Max Weber (1864-1920) quien describe a los gremios como fundados, originalmente al menos, sobre el principio de supervivencia (Nahrungsprinzip) y como entidades que perseguían una política de subsistencia que regulaba la producción, la técnica, la calidad y los precios.[3] Otro economista alemán, Werner Sombart (1863-1941) va aún más allá. Según él, no sólo los artesanos medievales sino también los comerciantes se esforzaban para ganarse la vida de acuerdo a su rango en la sociedad y no buscaban acumular riquezas o subir en la escala social. Sombart se queja que esta actitud se basa en el concepto del precio justo "que dominó todo el período de la Edad

[1]William Ashley, *An Introduction to English History and Theory* (4ª edición; volumen 2; Londres: Longmans, Green, 1920), I, Parte II, 391; John M. Clark, *The Social Control of Business* (2ª edición; Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1939), pp. 23-24; Shepard B. Clough and Charles W. Cole, *Economic History of Europe* (rev. edición; Boston: D. C. Heath, 1946) pp. 31, 68: George Clune *The Medieval Gild System* (Dublín: Browne y Nolan, 1943) p. 55; Alfred de Tarde, *L'idée du juste prix* (París: Félix Alean, 1907) pp. 42-43; Joseph Dorfman *The Economic Mind in American Civilization* (3 volúmenes; Nueva York: Viking Press 1946-49), I, 5; N. S. B. Gras, *Business and Capitalism* (Nueva York: Crofts, 1930) pp. 122-23; Herbert Heaton, *Economic History of Europe* (1ª edición: Nueva York: Harper, 1936) p. 204; George O'Brien, *An Essay on Medieval Economic Teaching* (Londres: Longmans, Green, 1920) pp. 111-12; Leo Schumacher, *The Philosophy of the Equitable Distribution of Wealth* (Washington D. C.: The Catholic University of America, 1949) p. 47; James Westfall Thompson, *An Economic and Social Histoiy of the Middle Ages, 300-1300* (Nueva York: Century Company, 1928), p. 697. Esta lista no está completamente detallada.

[2]Por ejemplo, Arthur J. Penty, *A Guildman's Interpretation of History* (Nueva York: Sunrise Turn, n. d.) pp. 38-46.

Max Weber, *General Economic History,* traducido por Frank H. Knight (Londres: Alien & Unwin, n. d.) pp. 13843. El autor reconoce que los gremios, durante el curso de la vida, tendieron a ser organizaciones monopolísticas.

Media" y respaldando esta declaración se refiere a los escritos de Henry Lengenstein, The Eider (1325-1397).[4]

Esta es una clave. Ciertamente, Heinrich von Langenstein declara que si las autoridades públicas no logran fijar el precio, el productor puede hacerlo, pero no debería cobrar más por su trabajo y gastos que lo que le permita mantener su status (. . . per quanto res suas vendendo statum suum continuare possit).[5] Y si cobra más para enriquecerse o para mejorar su status comete el pecado de la avaricia. Sombart no es de ninguna manera el primero en citar este texto. Hasta donde he podido descubrir, esto lo mencionó por primera vez Wilhelm Roscher (1817-1894) en 1874.[6] Como se adecuaba tan bien a las preconcepciones que prevalecían, fue considerado como una formulación característica de la doctrina académica del precio justo y fue copiado de un autor a otro, incluyendo Rudolf Kaulla,[7] Sir William Ashley,[8] R. H. Tawney[9] y Amintore Fanfani,[10] sólo por mencionar algunos entre los más prominentes. De este modo, el texto de Langenstein ejerció una enorme influencia.

Fue usado como justificación histórica para la teoría del sueldo vital y recibió amplio apoyo por parte del socialismo comunitario que esperaba curar las enfermedades del industrialismo moderno reviviendo las comunidades medievales. Langenstein incluso se destacó notablemente en la defensa del estado corporativo.

De hecho, Langenstein disfruta de tanta popularidad que los historiadores de economía generalmente denominan su declaración

4 Werner Sombart, *Der moderne Kapitalismus* (2ª edición rev; Munich: Duncker & Humblot, 1916) I, 292-93.

5 Heinrich von Langenstein, también conocido como Henricus de Hassia (Hesse) *Tractatus bipertitus de contractibus emptionis et venditíonis,* Parte I, capítulo 12, publicado en Johannes Gerson, *Opera omnia,* IV (Cologne, 1484) fol. 191. No se dispone de ediciones más recientes. El tratado de Langenstein fue omitido de las últimas ediciones de Gerson. El estudio más detallado de las ideas económicas de Langenstein se encuentra en el libro de Manuel Rocha, *Travail et salaire à travers la scolastique* (2ª edición; París: Desclée de Brouwer, 1933) pp. 21-48, esp. p. 44. Cf. Edmund Schreiber, *Die volkswirtschaftlichen Anschanun an der Scholastik seit Tomás de Aquino* (Jena: Gustav Fischer, 1913) pp. 196-202.

6 *Geschichte der National-Ockonomik in Deutschland* (Munich, 1874) pp. 19-20.

7 "Die Lehre vom gerechten Preis in der Sckolastik" *Zietschrift fur die gesamte Staatswissenschaft,* LX (1904), 598 ff. y *Theory of the Just Price* (Londres: Alien y Unwin, 1940) p. 44.

8 *English Economic History,* I, Parte II, pp. 391 y 474, n. 45. La referencia es para Roscher.

9 *Religión and the Rise of Capitalism* (edición rev; Nueva York: Harcourt, Brace and Company, 1937) pp. 41 y 295, n. 56.

10 *Le origini dello spirito capitalistico in Italia* (Milán: Vita e Pensiero, 1933) p. 7. También se refiere a Sombart.

como algo típico de la doctrina escolástica del precio justo.[11] Realmente dudo si existe la menor justificación para otorgarle tanto crédito y para considerar su declaración como autorizada y representativa. Langenstein no fue uno de los gigantes en la filosofía medieval, sino una figura relativamente inferior. Al igual que su maestro Buridan (d. después de 1358) fue un nominalista y un seguidor de William Ockham (alrededor de 1300-1349) cuyas doctrinas estaban corrompidas de herejías y en oposición tanto con los escotistas como con los tomistas. Como un discípulo de Ockham, Langenstein se mantuvo más o menos al margen de la corriente principal del pensamiento escolástico.[12] Lo que se aplica a la filosofía también se aplica a la economía. La teoría de Langenstein sobre el precio y el valor estaba fuertemente influida por la de Buridan y también enfatizaba los factores psicológicos e individuales como determinantes del precio. Descubrí que Langenstein rara vez es citado por actuales autores escolásticos, lo que indica que sus escritos no tenían mucha trascendencia. Sin embargo, su influencia podría haber sido mayor en Europa Central y Oriental, donde las universidades más importantes (Viena, Praga y Cracow) eran fortalezas del nominalismo en el año 1400 aproximadamente. Es muy posible que Langenstein haya inspirado a hombres como Matthew de Cracow (fallecido en 1397) quien, según me contara Paul Czartoryski, también escribió sobre cuestiones económicas. Cualquiera sea el caso, el prestigio del cual goza Langenstein en la actualidad entre historiadores de economía se debe a la mera oportunidad de que su pronunciamiento sobre el precio justo fuera puesto en circulación y aclamado como oráculo por los economistas alemanes de la Escuela Histórica y sus seguidores ingleses.

El propósito de este documento es demostrar que la definición generalmente aceptada del precio justo es errónea y que se basa en malentendidos de la escolástica sobre el asunto. Según la mayoría de los doctores, el precio justo no correspondía al costo de producción como algo determinado por el status social de los productores sino que era simplemente el precio de mercado corriente con esta importante reserva: en casos de confabulación o emergencia, las autoridades públicas se reservaban el derecho para interferir e imponer

11 Esta observación la hace Bernard W. Dempsey, S. J, "The Economic Philosophy of St. Thomas", en el libro de Robert E. Brennan, ed. *Essays in Thomism* (Nueva York: Sheed and Ward, 1942) p. 250.

12 Maurice De Wulf, *Histoire de la philosophie médiévale* (5ª edición; volumen 2; París: Félix Alean, 1924-25) II, 191, Cf. Joseph Hoffner, *Statik und Dynamik in der scholastischen Wirtschaftsethik* (Cologne: Westdeutscherverlag, 1955) pp. 19-22. Este autor señala que la idea del status social y el principio de subsistencia fue enfatizada por los nominalistas y no por sus oponentes que eran los tomistas.

un precio justo.[13] Para poner en orden la confusión existente, también se demostrará la manera en que esta doctrina se tradujo a la política, especialmente en lo que se refiere a las comunidades. Para el inicio de la doctrina del precio justo uno de los textos fundamentales es el canon *Placoit,* que en realidad es una publicación hecha en el año 884 por Carlomagno, rey de Francia[14] y luego incorporada por Raymond de Peppaforte (1180-1278) en los cánones legales.[15] Estos cánones revelan que los sacerdotes parroquiales deberían advertir a su grey para que los viajeros no tengan que pagar más del precio al que se obtienen los productos en el mercado local (quam in mercato vendere possint). Por otra parte, los viajeros pueden reclamar al sacerdote, quien debe fijar un precio con "benevolencia". Me parece que este texto iguala claramente el precio justo con el precio de mercado y no se presta a una interpretación diferente.

En los trabajos de Alberto Magno (1193-1280) y especialmente en los de Tomás de Aquino (1226-1274) los pasajes referentes al precio están tan desparramados y al mismo tiempo tan confusos que han ocasionado variadas interpretaciones. Al seleccionar sólo aquellos pasajes que son favorables para sus tesis, algunos escritores han llegado a la conclusión de que Alberto Magno y Tomás de Aquino tenían una teoría laboral del valor que opacaba a Karl Marx (1818-1883).[16] Para probar su razonamiento, estos escritores utilizaban principalmente los comentarios de los dos teólogos sobre la Etica Nicomaquea, de Aristóteles, en donde se expresa que la justicia conmutativa o contractual requiere un equivalente exacto entre lo que se recibe y lo que se entrega y que cualquier intercambio que quebrante esta norma es injusto. Por tanto, esto está construido en un sentido marxista, queriendo decir que, para que el precio sea justo, siempre debería corresponder al costo que en la Edad Media era esencialmente costo laboral.[17] El problema es que dicha explicación

13 La misma opinión la representan Joseph Hoffner (nota 12) y John T. Noonan Jr. *The Scholastic Analysis of Usury* (Cambridge: Harvard University Press, 1957) p. 86.

14 Alfredo Boretius y Victor Krause, eds., *Capitularia Regum Francorum* (Monumenta Germaniac Histórica, Legum, Sec. II, Hanover, 1892), 375. Esta capitular se introduce en la ley canónica a través de las colecciones de Burchard of Worms e Yvo de Chartres.

15 *Corpus juris canonici, Decretaies:* in X, III, 17,I.

16 El principal exponente de esta tesis es Selam Hagenauer, *Das "justum pretium" bei Thomas von Aquino* (Stuttgart: W. Kohlhammer, 1931) Cf. Tawney, Religión, p. 36.

17 De hecho, Aquino se plantea diciendo que cualquier intercambio entre dos mercaderías se debería basar en el porcentaje de las cantidades de trabajo gastadas en cada una. Tomás de Aquino, *Còmmentaria in X libros ethicorum ad Nicomachum,* lib. V, lect. 7, 8, 9 (Edición Parma de Opera omnia,XXI, 168, 171, 172).

contradice las declaraciones hechas en otras partes por Alberto Magno y Tomás de Aquino. Además, los textos en cuestión permiten otra interpretación que eliminaría cualquier incoherencia. En sus comentarios respecto de Aristóteles, tanto Alberto como Aquino insisten que las artes y las artesanías estarían destinadas a desaparecer si el producto no recupera sus desembolsos en la venta de sus productos.[18] En otras palabras, el precio de mercado no podría disminuir en forma permanente bajo el costo. De ser así, no existe contradicción ya que el precio de mercado tendería a coincidir con el costo o a oscilar alrededor de este punto como el vaivén de un péndulo. Además, Tomás de Aquino reconoce que el precio justo no se puede determinar con precisión, pero que puede variar dentro de una cierta escala, de suerte que esas desviaciones menores no involucran ninguna injusticia.[19] Esta segunda interpretación, por supuesto, no está de acuerdo con dialécticos marxistas, pero sí concuerda con el análisis económico clásico y neoclásico. También está conforme con el reciente desarrollo del pensamiento escolástico.

Cualquiera sea el significado de estos pasajes obscurecidos, Alberto Magno y Tomás de Aquino son más explícitos, aunque menos analíticos, en otros trabajos en los cuales dan sus propias opiniones y no tratan de aclarar las de Aristóteles. El primero, en sus comentarios sobre las *Sentencias* de Pedro Lombardo, define el precio justo de la siguiente manera: el valor de los productos según la estimación del mercado (secundum aestimationem fori) en el momento de la venta.[20] Tomás de Aquino no explica el problema en forma clara en ninguna parte, pero cuenta la historia de un comerciante que lleva trigo a un país donde hay escasez y sabe que otros comerciantes vendrán después con más trigo. ¿Puede este comerciante vender el trigo a precio corriente (pretium quod invenit) o debería anunciar la llegada de mercaderías frescas lo que ocasionaría una baja en el precio?, pregunta Aquino. La respuesta es que el comerciante puede vender el trigo a precio corriente sin infringir las reglas de la justicia, aunque Aquino agrega una idea posterior: actuaría más correctamente si notificara a los compradores. En mi opinión, este pasaje destruye de un soplo la tesis de aquellos que tratan de convertir a

18 Alberto Magno, *Liber V ethicorum*, tract 2, capítulo 7, N° 28 en su *Opera omnia* (París, 1801) VII, 353; Aquino, *Comment in X libros ethicorum, lib.* V, lect. 7, 8.

19 *Summa theologica*, II, ii, qu. 77, art. I, ad. I. Cf. Arthur E. Monroe, *Early Economic Thought* (Cambridge: Harvard University Press, 1948) p. 56.

20 Alberto Magno, *Commentarii in IV sententiarum Petri Lombardi*, Dist. 16, art. 46, in *Opera omnia* XXIX (París, 1894), 638. Cf. J. B. Kraus, S. J. *Scholastik, Puritanismus und Kapitalismus* (Leipzig: Duncker & Humblot, 1930) p. 53.

Aquino en un marxista y prueba más allá de duda que él consideraba justo el precio de mercado.[21]

Por otra parte, esta interpretación concuerda con la del Cardenal Cayetano (1468-1534), el autorizado comentador de *Summa*. Con respecto al punto 77 secunda secundae, que trata sobre los contratos de venta, concluye diciendo que, de acuerdo a Aquino, el precio justo es "el que en un determinado momento se puede obtener de los compradores asumiendo un conocimiento común y en ausencia de cualquier fraude y coerción".[22] Luego continúa describiendo el mecanismo del mercado y demostrando la manera en que los precios aumentan o bajan como respuesta a los cambios provocados por la oferta y la demanda.

Aquellos que dicen que Tomás de Aquino favorecía el costo de producción y no la evaluación de mercado como el criterio de justicia, sostienen que los últimos doctores escolásticos, cediendo a la presión de un capitalismo en aumento, modificaron su doctrina en este aspecto.[23] Sin embargo, como Aquino defendía la evaluación de mercado en vez del costo, no hubo ningún cambio al respecto, aunque sí continuó desarrollándose una tradición reflexiva altamente refinada frente a los nuevos problemas del desarrollo económico y frente a las inconsecuencias doctrinarias todavía no resueltas.

Algunas de las contribuciones más valiosas fueron hechas por Bernardino de Siena (1380-1444), que fue tal vez el economista más competente de la Edad Media. Aunque generalmente es un seguidor de John Duns Scoto, adopta la posición tomista sobre el precio. De acuerdo con San Bernardino, el precio es un fenómeno social y no se establece mediante la decisión arbitraria de los individuos, sino por la comunidad.[24] ¿Cómo? Existen dos posibilidades: el precio de un producto lo puede establecer la autoridad pública para el bien común o por la estimación a que comúnmente llega el mercado (se-

21 *Summa theologica*, II, ii, qu. 77, art. 3, ad. 4. La historia fue tomada de Cicerón, *De officiis*, iii 12. Mi conclusión concuerda con la de Armando Sapori, "II giusto prezzo nella dottrina di San Tommaso e nella pratica del suo tempo" *Studi di storia económica* (secoli XIII-XIV-XV) (3ª edición rev.; volumen 2: Florence: Sansoni, 1955) I, 279.

22 Comentarios sobre *Summa theologica*, II, ii, qu. 77, art. I (Edición Leonine, VI, 149) Cf. Lewis Watt, "The Theory Behind the Historical Conception of the Just Price" en V. A. Demant, ed. *The Just Price* (Londres: Student Christian Movement Press, 1930) p. 69.

23 Tawney, *Religión*, p. 40; Tarde, *Juste Prix*, pp. 51-52.

24 Esta era la doctrina tradicional derivada de la ley romana. Accursius (1182-1260), *Glossa ordinaria del Digesto*, XXXV, 2, 63: "Res tantum valet quantum vendi potest, sed communiter" ("Los productos valen tanto como el precio que se paga por ellos").

cundum aestimationem fori occurrentis).[25] El primero es el precio legal; el segundo se denomina luego como el precio natural. Citando a Heinrich Hosteinsis (fallecido en 1271), San Bernardino resalta el hecho respecto de que el precio de mercado tiene que ser aceptado por el productor y es justo si gana o pierde, si está sobre o bajo el costo.[26] Este punto fue elaborado más tarde por el fraile dominicano Tommaso Buoninsegni (fallecido en 1609). En su tratado sobre tráficos lícitos, señala que el precio justo no tiene gradaciones porque si los compradores están bien informados, como generalmente lo están en un mercado mayorista, no pagarán más que el precio corriente.[27] En otras palabras, por el mismo producto puede haber sólo un precio en el mismo mercado.

Alrededor del siglo dieciséis, la mayoría de los doctores escolásticos coincidían en que el precio justo lo fijaba la ley o lo determinaba la estimación común (communis aestimatio). Ha habido algunas discusiones sobre el significado de esta frase, pero parece ser idéntica a aestimatio fori o evaluación de mercado, ya que las dos expresiones eran usadas indistintamente por los escolásticos.[28] Además, no está claro cómo una comunidad que actúa colectivamente podría llegar a determinar un precio, excepto por la acción del mercado. Ciertamente no lo determinaría votando, por ejemplo.

Los disidentes eran solamente unos pocos seguidores de John Duns Scoto (1265-1308) como John Mayor (1469-1550), otro Scot y Jahannes Consobrino y Joao Sobrinho (fallecido en 1486), un portugués que enseñó por un tiempo en Inglaterra.[29] Como su maestro, ellos sostenían que el precio justo correspondía al costo inclu-

25 San Bernardino de Siena, *De evangelio aetemo,* sermón 35, art. 2, capítulo 2 y sermón 33, art. 2, capítulo 7, parte 2, 55 en su *Opera omnia,* IV (Florence-Quaracchi: St. Bonaventure Press, 1956) 157-58, 197. Cf. Franz Josef Hunermann, *Die wirtschaftsethischen Predigten des hl. Bernardin von Siena* (doct. diss, Munster; Kempen-Niederrhein: Thomas Drucherei, 1939) pp. 80 ff.

26 Bernardino, *De evangelio,* sermón 33, art. 2, capítulo 7, parte 2, 55. Cf. Fanfani, Origini, p. 13.

27 Tommaso Buoninsegni, O. P. *Trattato de traffichi giusti et ordinarii* (Venice, 1588), capítulo II, Nos. 1 y 2.

28 Raymond de Roover, "Joseph A. Schumpeter and Scholastic Economics", *Kyklos,* IX (1957) 133-34. Abram L. Harris da una interpretación diferente, *Economics and Social Reform* (Nueva York: Harper & Brothers, 1958) pp. 318-22. Basándose en sus puntos de vista cita una definición dada por Heinrich Pesch (1854-1926), pero es evidente que sus últimas teorías del valor derivan directa o indirectamente de Langenstein, cuya doctrina no es representativa de la escolástica.

29 John Duns Scoto, O. F. M. *Quaestiones in librum quartum sententiarum,* dist. 15. qu. 2, N° 23 en su *Opera omnia,* XVIII (París, 1894) 318; Moses Bensabat Amzalak, *Frei Joao Sobrinho e as Doutrinas Económicas da Idade Media* (Lisboa: Gráfica Lisbonense, 1945) pp. 257 ff.

yendo la ganancia normal y compensación por riesgos[30] y, al contrario de Langenstein, no se preocupaban del status social.

La teoría de Duns fue acusada vehementemente de falacia por la Escuela de Salamanca, fundada por el gran jurista Francisco de Vitoria (alrededor de 1480-1546). Se enfatizó más que nunca la imparcialidad del precio corriente de mercado. Sin excepción, Vitoria y sus discípulos insisten en que debe ponerse atención solamente a la oferta y a la demanda, sin considerar los costos laborales, gastos o riesgos incurridos; los productores ineficientes o los especuladores infortunados deberían simplemente sufrir las consecuencias de su incompetencia, mala suerte o cálculos erróneos.[31]

Aunque toda la discusión sobre el precio justo presume la existencia de condiciones competitivas, es extraño que la palabra "competencia" nunca se dé en los tratados escolásticos hasta fines del siglo dieciséis, cuando fue utilizada por Luis de Molina (1535-1601). Al discutir la formación del precio en un mercado abierto, él declara que la "competencia" (concurrentium) entre los compradores es más activa unas veces que otras y su mayor avidez provocará un aumento en los precios puesto que la escasez de compradores hará que éstos bajen.[32] La Escuela Española aceptó como una cosa común la teoría cuantitativa de dinero y la proposición de que los precios "generalmente" subirán o bajarán como respuesta a la expansión o contracción de la circulación de la moneda.[33]

En cualquier momento que el mercado libre deje de funcionar adecuadamente, las autoridades públicas, según la doctrina escolástica, no sólo tenía el derecho sino el deber de intervenir por medio de la regulación del precio. Cuando había un precio legal, remplazaba al precio de mercado y era obligatorio a menos que las regulaciones fueran manifiestamente pasadas de moda o abiertamente desobedecidas sin que las autoridades trataran de hacerlas cum-

30 El riesgo se menciona en forma especial, ya que Scoto declara que un comerciante que sufre daños ya sea por incendio o por naufragio puede recuperar lo perdido con la venta de otros productos.

31 Marjorie Grice-Hutchinson, *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory,* 1544-1605 (Oxford: Clarendon Press, 1952) pp. 48, 72, 81-82, 86; Demetrio Iparraguirre, *Francisco de Vitoria, una teoría social del valor económico* (Publicaciones de la Universidad de Deusto, 1ª serie, Volumen VIII; Bilbao: Mensajero del Corazón de Jesús, 1957) pp. 55-56, 74-81; Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York: Oxford University Press, 1954) pp. 98-99; Raymond de Roover, "Economía Académica: Supervivencia y Ultima Influencia del siglo Dieciséis para Adam Smith", *Quarterly Journal of Economics,* LXIX (1955) 169.

32 Luis de Molina, *De justitia et jure* (Cuenca. 1592) Tract. 2 (De contractibus) disp. 348, 54.
Grice-Hutchinson, *School of Salamanca,* pp. 51-52, 95, 113.

plir.[34] En otras palabras, los moralistas se daban perfecta cuenta de que era inútil fijar precios por decreto en caso que no se hiciera nada para hacerlos efectivos.

La discusión de este tema no comienza sino hasta el siglo catorce y uno de los primeros defensores de la fijación del precio fue el francés Jean Gerson (1362-1428), doctor christianissimus y una vez canciller de la Universidad de París. Sugirió que la fijación del precio se extendiera a todos los productos sobre la base de que ninguna persona debería atreverse a ser más inteligente que el legislador.[35] Sin embargo, esta sugerencia encontró pocos aliados ya que la falta de sentido práctico de todo el esquema se volvió manifiesta. De hecho, la regulación del precio medieval generalmente abarcó solamente a unas pocas necesidades básicas, tales como trigo, pan, carne, vino y cerveza. Los precios legales casi siempre eran precios topes. Pero podrían ser mínimos, en cuyo caso ningún comprador podría dejar de respetarlos si los precios se fijaban en favor del vendedor.[36]

Una debilidad de los doctores escolásticos era que estaban interesados sólo en plantear principios y tendían a destacar las dificultades prácticas que —se quejaban—, no atañían a los teólogos sino que eran incumbencia de los "políticos". Martín Azpilcueta, mejor conocido como Navarro, adoptó una posición extrema (1493-1587) y se opuso a la regulación del precio porque era innecesaria cuando había abundancia e inefectiva o dañina cuando había escasez.[37] Muchos otros, entre ellos Molina, miraban la regulación del precio con la misma desaprobación.

Puesto que la doctrina escolástica estaba a favor de la competencia, es lógico que todas las formas de discriminación de precio fueran condenadas. Ya en el siglo trece, tanto Tomás de Aquino como John Duns Scoto, formularon la norma de que un vendedor no estaba autorizado para vender más caro debido a que sus artículos fuesen muy codiciados por un presunto comprador.[38] Se descubrió una declaración aún mejor en San Barnardino de Siena, quien, citando el canon *Placuit* ya mencionado, subraya el punto referente a que el precio debería ser el mismo para todos y que nadie puede cobrar a los extraños más que a los clientes locales o aprovecharse de

34 Alphonsus Liguori (1696-1787), *Theologia moralis,* Libro III, tract. 5, capítulo 3, dub. 8, art. I, N° 803 en su Opera, V (Turín, 1888) 645.

35 Johannes Gerson, *De contractibus,* consid. 19 en su *Opera omnia,* III (Antwerp, 1706) col. 175.
Este punto lo enfatiza Leonardo Lessius, S. J., *De justitia et jure* (París. 1606) lib. 2, capítulo 21, dub. 2, parágrafo 13.

37 Cardenal Juan de Lugo, S. J. (1583-1660) *De justitio et jure,* disputationes, disp. 26, sec. 4, N° 50 en su Opera omnia, VII (París, 1893) 337.

38 Aquino, *Sumiría Theulogica,* II, ii, qu. 77, art. I, corpus; Duns Scoto, *Quaestiones,* lib. IV, dist. 15, qu. 2, N° 16 en *Opera omnia,* XVIII, 289, Monroe. *Economic Thought,* p. 55.

la ignorancia, torpeza, o especial necesidad de un comprador.[39] En vez *de Placuit,* algunos escritores citan un texto del *Digesto* que dice que el vendedor no puede explotar el deseo o afección de un comprador por un artículo en particular, de donde viene la expresión pretium affectionis.[40] En cualquier caso, no hay desacuerdo sobre el carácter contrario a la ética de la discriminación del precio.

Los escolásticos, teólogos y también los juristas estuvieron de acuerdo en considerar el monopolio como una práctica nociva, opuesta al bien común. El monopolio fue definido ampliamente de modo que incluyera cualquier pacto o círculo que se formara para elevar o reducir los precios sobre o bajo el nivel competitivo. Consecuentemente, este concepto abarcaba lo que en la actualidad se llama monopsonio, oligopolio y cualquier otra práctica monopolística. Según la opinión de los escolásticos, el monopolio era una ofensa en contra de la libertad: suponía un carácter criminal debido a que se basaba generalmente en la confabulación o "conspiración". Esta frase se repite ciertamente una y otra vez en los tratados escolásticos.[41] Tal vez el mejor tratamiento respecto del tema se encuentra en los escritos del jesuíta belga Leonardo Lessius (1554-1623). Admite que no todos los monopolios son inicuos y que un príncipe, por buenas razones, puede conceder privilegios exclusivos. Sin embargo, luego debe fijar un precio dando debidas consideraciones a todas las circunstancias que lo acompañan (spectatio circunstanciis ómnibus) tales como costo, riesgo y condiciones de mercado, presuntamente empujando una fórmula de compromiso entre criterios conflictivos, tal como actualmente lo hacen las comisiones de utilidad pública.[42] No tengo duda alguna de que la idea de conspiración de las leyes de los antimonopolios se remonta a los antecedentes escolásticos y que tiene sus raíces en el concepto medieval del precio justo.[43]

39 De evangelio, sermón 33, art. 2, capítulo 5 en *Opera omnia,* IV, 148-49 y Luciano Banchi, ed., *Le prediche di san Bernardino,* III (Siena, 1888) prédica 38, 246. Cf. Fanfani, *Origini,* p. 110.

40 *Corpus juris civilis, Digest,* XXXV, 2, 63. El texto, en realidad, se refiere a un esclavo cuyo padre es un hombre libre; afirma que el dueño del esclavo no puede cobrar más que el mercado si el padre quiere comprar y adoptar a su hijo. En la Edad Media este texto fue ampliado para cubrir todos los casos de discriminación de precios.

41 Bernardino, *De evangelio,* sermón 33, art. 2, cap. 7, parte I, 55 en *Opera omnia,* IV, 153. Cf. Joseph Hoffner, *Wirtschaftsethik und Monopole im funfzehnten Jahrhundert* (Jena: Gustav Fischer, 1941) pp. 53, 135-56.

42 *De justitia et jure,* lib. 2, cap. 21, dub. 20, parágrafo 148.

43 Schumpeter, *History of Economic Analysis,* pp. 154-55; William L. Letwin, "The English Common Law Concerning Monopolies", *The University of Chicago Law Review,* XXI (1953-54) 355-61; Raymond de Robver, "Monopoly Theory Prior to Adam Smith: A Revisión", *Quarterly Journal of Economics,* LXV (1951) 501-2-507.

La doctrina del precio de mercado por cierto sólo se aplicó a los productos más importantes, en los cuales la competencia, para usar la frase de David Ricardo, funcionaba sin restricción. Los escolásticos también discutieron el caso de los artículos de lujo tales como perros de raza, pájaros del paraíso, cuadros exclusivos, tapices valiosos y otros semejantes, para los cuales no existía mercado regular. Respecto de este tema los doctores no pudieron llegar a un acuerdo. Algunos como Francisco de Vitoria, por ejemplo, declararon que que vendedor de tales bienes, superfluos y frivolos, podía aceptar lo que un comprador informado ofreciera pagar, siempre que no hubiera fraude, engaño o coerción.[44] Otros, como Lessius, sostenían que el precio de estos artículos debería establecerse por expertos (ex judicio intelligentis mercatoris).[45] El beato Angelo Carletti de Chivesso (fallecido en 1495) creyó que era muy complicado dictar una norma pero pensó que el vendedor debería determinar el precio en forma honrada después de considerar hechos pertinentes tales como escasez, dificultades y riesgos.[46]

Para completar tal vez debiera añadirse que la Reforma provocó poco cambio y que los protestantes —no obstante Max Weber— siguieron enseñando la doctrina escolástica sobre el precio justo, sin alterarla en lo más mínimo. No me explico, por ejemplo, la razón por la cual el predicador puritano Richard Baxter (1615-1691) debiera ser considerado como un instigador del capitalismo por mencionar que el precio justo es el precio de mercado en ausencia de un precio fijado por la ley.[47] La doctrina del precio justo llegó a las costas americanas a través de los ministros puritanos. Como muestra de sus doctrinas deberé solamente mencionar las cinco normas de intercambio propuestas por el reverendo John Cotton (1584-1642).[48] Difieren de las doctrinas escolásticas sólo en un aspecto: los doctores medievales no aprobaban los aumentos de precios en las ventas a crédito porque tal práctica implicaba usura encubierta.

Se necesita decir pocas palabras en relación a la aplicación práctica de la doctrina del precio justo. ¿Cómo fue traducido a la

44 Iparraguirre, *Francisco de Vitoria,* pp. 59-65.

45 Lessius, *De justitia,* lib. 2, cap. 21, dub. 3, Nos. 15, 16.

46 Angelo da Chivasso, O. F. M., *Somma angélica* (Venice, 1593) parte II, rubr. Venditione, parágrafo 5.

47 H. M. Robertson, *Aspects of the Rise of Economic Individualism: A criticism of Max Weber and his School* (Cambridge, Eng: The University Press, 1933), p. 17.

48 N. S. B. Gras y Henrietta M. Larson, *Casebook in American Business History* (Nueva York: Crofts, 1939) p. 59; Tawney, *Religión,* pp. 128-30; E. A. J. Johnson, *American Economic Thought in the Seventeenth Century* (Londres: p. King & Son, 1932) pp. 123-30. El último sorprende al encontrar que la oferta y la demanda ya se entendían cuando la doctrina del "precio justo" aún era opinión dominante.

política? Y ¿era esta política compatible con sus postulados teóricos? Tal vez, las autoridades siguieron un curso vacilante y titubearon entre la imposición de la competencia por una parte y la protección del monopolio por otra. En la Edad Media, la implementación de la política económica se apoyaba en gran parte, si no exclusivamente, en las autoridades municipales de ciudades, pueblos y municipios. Esto es especialmente cierto en los estados de ciudades italianas y en los Reichsstade casi independientes de Alemania. Sin embargo, en Inglaterra y Francia, el gobierno real no había renunciado por completo a sus derechos soberanos y frecuentemente tomaba ventaja de los conflictos económicos y sociales para afirmar su autoridad. No obstante, aun en estas dos monarquías, las ciudades eran las principales agencias en la formulación de políticas. Siguieron una política relacionada con los productos alimenticios que se obtenían de la tierra y otra relacionada con los productos manufacturados que se elaboraban entre paredes. "De este modo, había leyes originadas en las ciudades que buscaban imponer la competencia respecto de las cosas que compraban los ciudadanos mientras que las normas gremiales limitaban y controlaban la competencia respecto de las cosas que vendían", sostenía John M. Clark.[49] Aunque esto puede ser una simplificación exagerada, tiene mucho de cierto. Hay que recordar, sin embargo, que las realidades involucran complicaciones que son fácilmente dejadas de lado al hacer declaraciones generales.

Con respecto a los alimentos, el objetivo de la política originada en las ciudades era muy simple: asegurar la abundancia de víveres que se vendieran a un precio muy bajo.[50] Para este propósito, se depositó mucha confianza en el establecimiento de la competencia y a los campesinos de los distritos cercanos se les incitaba, y si era necesario se les obligaba, a llevar sus productos al mercado y a venderlos directamente al consumidor eliminando a todos los intermediarios, buhoneros y corredores.[51] Como Hans van Werveke correctamente señala, esta política de aprovisionamiento (politique de ravitaillement) se practicó por toda Europa Occidental, desde Sicilia a Inglaterra.[52] En todas partes se tomaban medidas en contra de los

49 *Social Control of Business,* p. 23.

50 "Ad hoc ut major copia victualium in civitate habeatur", citado de un estatuto florentino por Sapori, *Studi* I, 294.

51 Henri Pirenn, "Les anciennes démocraties des Pays-Bas", en *Les villes et les institutiones urbaines* (6ª edición; volumen 2; París, Félix Alean, 1939), I, 196-99; idem, "Le consommateur au moyen age", *Histoire économique de l'Occident medieval* (Bruges: Desclée de Brouwer, 1951) pp. 532-34.

52 "Les villes belges: histoire des institutions économiques et sociales" en *La ville,* Volumen II: *Institutions économiques et sociales* (Recueils de la Société Jean Bodin, N° 7; Brussels: Editions de la Librairie Encyclopédi-

monopolistas (accapareurs), intermediarios (recoupereurs) y acaparadores (regrattiers) que trataban de acumular mercaderías para evitar que las provisiones llegasen al mercado o formasen monopolios para aumentar los precios.[53] Los registros medievales están llenos de referencias a los monopolistas e intermediarios que fueron atrapados, llevados a la corte y multados o castigados poniéndolos en ridículo.[54] Esto se aplica no sólo a Inglaterra sino que a todo el continente también. Aquellos que escapaban de la condena en las cortes seculares aun merecían ser castigados in foro conscientiae; según la ley canónica, las ganancias del monopolio eran turpe lucrum que, al igual que la usura, estaban sujetas a restitución. Al abordar la Edad Media, sería un grave error ignorar la confesión como un medio de imposición.

Desafortunadamente, los fracasos en las cosechas creaban un problema recurrente, especialmente en el caso del grano ya que el pan era alimento primordial y no había sustitutos adecuados. Debido a que la demanda por los cereales era muy inflexible, los precios se elevaban considerablemente en caso de una escasez.[56] Bajo estas circunstancias hubiera sido una locura confiar en la operación automática de competencia. Para evitar alborotos por el pan y el hambre en masa, las autoridades estuvieron obligadas a recurrir a la regulación y es aquí donde comienzan las dificultades. Los autores escolásticos estaban muy ilusionados respecto de la omniciencia, honradez y eficiencia de las autoridades públicas.

La historia de la regulación de precios aún no ha sido escrita, pero sabemos que fue una historia de miseria.[57] En la ausencia

que, 1955) p. 564. Por Sicilia: Antonio Petino, *Aspetti e momenti di politica granaria a Catania ed in Sicilia nel Quattrocento* (Catania: Universitádi Catania, 1952) p. 31.

53 En alemán los términos son Aufkaut, Vorkauf y Wiederkauf. Jean Schneider, "Les villes allemandes", *La uille*, II, 432-33. No siempre era posible eliminar por completo a los intermediarios.

54 L. F. Salzman, *English Industries of the Middle Ages* (Oxford: Clarendon Press, 1923) p. 314.

55 *Corpus juris canonici, Decretum Gratiani: c. Quicumque tempore*, Causa XIV, qu. 4, c. 9. Este es el artículo 17 de una edición capitular hecha por Carlomagno en el año 806.

56 Esta declaración está fuertemente basada en datos estadísticos. Ver, por ejemplo, Charles Verlinden, J. Craeybeckx y E. Scholliers, "Mouvements des prix et des salaires en Belgique au XVI siécle", *Annales (Economies, Sociétes, Civilisations)*, X (1955) pp. 173-98.

57 Una excelente monografía provista de una bibliografía valiosa es la siguiente: Hans Conrad Peyer, *Zur Getreidepolitik oberitalicnischer Stadte im 13. Jahrhundert* (Viena: Universum, 1950). Otros estudios del mismo tipo: H. G. von Rundstedt, *Die Regelung des Getreidehandels in den Stadten Sudwestdeutschlands und der deutschen Schweiz im spatcrenMittelalter und im Beggin der Neuzeit* (Stuttgart: W. Kohlhammer, 1930) y L. Klaiber, *Beitrage zur Wirtschaftspolitik oberschwabischer Reichsstadte im ausgehenden Mittdalter* (Stuttgart: Kohlhammer 1927).

de un sistema bien organizado, la distribución, racionamiento y el control de precios estaban destinados a fracasar y no es sorprendente que antes del año 1800, su administración era casi siempre casual, fastidiosa, ineficiente y arbitraria. Una forma cruda de racionamiento, común en toda Europa, era congelar los precios del pan, pero modificando el tamaño del mismo en función de los precios de la harina.[58] En definitiva, el pan de uno y dos peniques se hizo cada vez más pequeño. La fijación del precio generalmente empeoraba las cosas en vez de mejorarlas e inevitablemente conducía al surgimiento de un mercado negro y propagaba el encubrimiento de mercaderías disponibles. Otra estrategia más exitosa era el almacenamiento de mercaderías en graneros públicos y la venta de granos a un precio que estaba muy por debajo del mercado en tiempos de escasez.[59] La creación de dichos graneros, desafortunadamente, no se convirtió en una política regular hasta el siglo XVIII, cuando fue adoptada por el estado prusiano.[60] Otro recurso era la apropiación de fondos públicos para adquisiciones en el extranjero y la venta del grano importado con perjuicio del mercado local. El resultado era casi siempre aliviar la situación para disminuir los precios que prevalecían y sacar las mercaderías a la luz. En muchas ocasiones, las autoridades dominadas por el pánico eran incitadas a actuar por miedo a la violencia por parte del vulgo y entonces se apoderaban de las provisiones y encontraban chivos expiatorios entre los delincuentes menores.[61]

Las autoridades públicas, pese a toda su ineficiencia, posiblemente lograron algo de éxito al evitar que se produjeran peores dificultades. Estoy convencido de que el problema no podía ser resuelto sólo a través de la confianza puesta en la libre operación de competencia. Los teólogos de la escuela española eran indudablemente de exagerado optimismo al suponer que la eliminación del control

58 Algunos ejemplos son: por Bélgica, ver Verlinden et al., art. citado en n. 56, arriba, p. 185; por Alemania, ver Klaiber, Beitrage, p. 62; por Francia, ver Gusteve Fagniez, *Documents relatifs á l'histoire de l'industrie et du commerce en France* (volumen 2; París: Alphonse Picard, 1898-1900), II, 291, N° 164; por Inglaterra, Ashley, *English Economic History,* I, parte I, 188-89; por Italia, Peyer, *Zur Getreidepolitik,* p. 145.

59 Por ejemplo, en Basilea durante el siglo quince: Hermann Bruder, *Die Lebensmittelpolitik der Stadt Basel im Mittelalter* (Achern im Breisgau, 1909) p. 3.

60 Esta es una referencia a los Magazinpolitik o graneros normales, iniciados por Frederick William I, Rey de Prusia (1713-40) y continuados por su hijo y sucesor Frederick El Grande (1740-86): R. de Roover, "Monopoly Theory" p. 520. En Francia, los primeros fueron hechos con la misma política pero no lograron resultados substanciales: Earl J. Hamilton, "0-rigin and Growth of the National Debt in France and England", *Studi in anore di Gino Luzzato* (volumen 4; Milán: A. Giuffré, 1950) II, 249.

61 *Enrico Fiumi,* "Sui *rapporti economici tra cittá e contado nell'e ta comunale",* Archivio storico italiano, CXIV (1956), 58.

era la mejor solución en tiempos de una escasez crítica de mercaderías esenciales. Como lo indican las dos guerras mundiales, la institución del control es una medida inevitable cuando la demanda excede ampliamente las mercaderías disponibles a precios razonables.

Los escolásticos en sus tratados de trascendencia rara vez mencionan a los gremios, pero cuando lo hacen no es para elogiar sus políticas humanitarias sino para culparlos por sus prácticas monopolísticas. Así, San Antonio (1389-1459) acusa a los vendedores de ropa, o lanaivoli, de Florencia, de pagar a sus trabajadores por permutas o en monedas desvalorizadas.[62] En Inglaterra, John Wycliffe (alrededor de 1324-1384) maldice a los albañiles libres y otros artesanos por conspiración para pedir más que un salario justo y oprimir a otros hombres.[63] Un ataque igualmente virulento se encuentra en el así llamado *Reformation of Emperor Segismund* (1437); el autor de esta propuesta aboliría todos los gremios debido al abuso de su control en los gobiernos de las ciudades para explotar al público.[64]

El monopolio era la esencia del sistema de los gremios.[65] Esta declaración se aplica principalmente a las corporaciones de artesanos que eran asociaciones de pequeños maestros independientes. Frecuentemente participaban en acuerdos secretos para fijar precios a costa del consumidor. Sin embargo, había otro tipo de corporación, mucho menos común, que fue primordialmente fundada en la industria textil. En vez de estar compuesta de maestros independientes, la conformaban artífices tales como tejedores, tintoreros, bataneros y acabadores que trabajaban por un salario y se combinaban para protegerse contra la explotación de sus empleadores y para obtener mejores pagas. Incluso se atrevieron a organizar huelgas. Este segundo tipo refleja en forma más precisa al sindicato laboral moderno. Es importante distinguir estos dos tipos de gremios.[66] Los escolásticos no hicieron distinción alguna y no aceptaban las alianzas, ya sea por parte de los artesanos o de los trabajadores. Molina, por ejemplo, condena a ambas indistintamente como perjudiciales

62 *Summa theologica* (Verona, 1740) parte II, tit. I *(De avaritia)* cap. 17, parágrafos 57, 8. El sistema de permuta también se da en Lucca (1419): Giovanni Sercambi, *Croniche,* ed. Salvatore Bongi, III (Lucca, 1892) 252. En Flanders incluso se encontró: Henri Pirenne, *Histoire de Belgique,* I (5ª edición rev.; Brussels: M. Lamertin, 1929) 282.

63 John Wycliffe, The Grete sentence of Curs Expounded, en Thomas Arnold, ed., *Select English Works of Wyclif,* III (Oxford, 1871) 333. Cf. Tawney, *Religión and Capitalism,* pp. 27, 293.

64 J. B. Ross y Mary M. McLaughlin, eds. *The Portable Medieval Reader* (Nueva York: Viking, 1949) pp. 314-15.

65 Tawney (Religión, p. 27) admite totalmente este punto. Cf. Emile Coornaert, *Les corporations en France avant 1789* (3ª edición; París: Gallimard, 1941) p. 265.

66 Niccolo Rodolico, *La democrazia florentina nel suo tramonto,* 1378-1382 (Bologna: Nicola Zanichelli, 1905) pp. 95 ff.

para el bien común.[67] Para evitar la confusión sería conveniente tratar primero la corporación artesanal común de artífices independientes tales como panaderos, carniceros, zapateros, etc. A menudo se afirma que tales comunidades fijan precios permitiendo supuestamente que sus miembros obtengan un salario decente.[68] No se puede negar que esta acción se repitió en muchos casos, pero se debe resaltar que dicha acción fue un abuso a menos que los precios establecidos por las corporaciones hayan recibido una sanción oficial.[69]

Según la doctrina escolástica, la fijación de precios fue confiada a las autoridades públicas pero esta función no fue delegada a los intereses privados, como las corporaciones. En esta materia, la práctica correspondía a la teoría. En Inglaterra al menos, la ley prohibía a las corporaciones fijar precios "para su propio beneficio y para el daño común de las personas"; a los abastecedores en especial no se les permitía formar "confederaciones" para este objetivo.[70] La misma regla prevalecía en Alemania mientras los príncipes territoriales retenían el control sobre las ciudades.[71] De este modo en Colonia, según una decisión de 1258, el arzobispado retenía el derecho

67 *De justitia et jure,* tract. II, disp. 345, 52. Deseo resaltar el punto de la acusación de conspiración que se hizo contra ambos tipos de corporaciones, porque ha habido una controversia confusa sobre este asunto: Ernst Kelter, "Die Wirtschaftsgesinnung des mittelalterlichen Zunftlers", *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reiche,* LV2 (1932), 749-75; Adriaan van Vollenhoven, "Die Wirtschaftsgesinnung des mittelalterlichen Zunftlers: eine Kritik", con respuesta por parte de Kelter, ibid. LIX (1935), 298-316. Van Vollenhoven se equivoca al suponer que las acusaciones de conspiración estaban dirigidas sólo al gremio de tipo sindicato laboral: se encontró suficiente evidencia de lo contrario en los estatutos italianos. Kelter enfatiza enérgicamente que la política de gremio no concordaba con la política municipal respecto de la abundancia y baratura. Cf. Ugo Froese, *Der Wirtschaftswille im deutchen Hochmittelalter* (Giessen, Konrad Triltsch 1936), pp. 47 ff.

68 Clune, Gild System, p. 56. Respecto del antinomio entre la subsistencia y la ganancia como el principio gobernante de la política de gremio ver Friedrich Lutge, "Die Preispolitik en Munchen im hohen Mittelater; ein Beitrag zum Streit uber das Problem 'Nahrungsprinzip' oder 'Erwerbsstreben' ", *Jahrbuch für Nationalokonomie und Statistík,* CLHI (1941) 162-202.

69 George Unwin, *The Gilds and Companies of London* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1909) p. 92; John Clapham, *A concise History of Britain from the Earliest Times to 1750* (Cambridge, Enr.: University Press, 1951), p. 132.

70 Estatutos del Reino: Henry VI, 15, c. 6 (1437); Henry 19 VII, c. 7 (1504) y 22 Henry VIII, c. 4 (1531). Cf. Lujo Brentano, "On the History and Development of Gilds" in Toulmin Smith, ed. *English Gilds* (Londres: Early English Text Society, 1870) pp. cxxxi, cxl, cxlix, clvii.

71 Kelter, "Wirtschaftsgesinnung", p. 762.

de vigilar el mercado debido a que las corporaciones disminuían los precios cuando compraban y los aumentaban cuando vendían.[72] Aun en Italia, los estatutos municipales generalmente prohibían a las comunidades llegar a cualquier acuerdo secreto para mantener los precios bajos o altos.[73] El mejor ejemplo es tal vez Florencia, donde, pese a la fuerza del sistema corporativo, las ordenanzas de la justicia en 1293 y los estatutos, posteriores contemplaron medidas prohibiendo "conspiraciones", monopolios, ligas y pactos para el propósito de manipular los precios. Los delincuentes incurrían en una considerable multa de 1.000 libras di picchioli, aunque no sé de ningún caso al cual se le haya impuesto este castigo.[74]

Esta indulgencia contrasta agudamente con las medidas drásticas tomadas en Florencia para bloquear cualquier intento por parte de los trabajadores en las industrias de lana y seda para formar hermandades. En estas dos industrias el gremio estaba controlado por artesanos manufactureros o empresarios industriales. Los estatutos de estas corporaciones industriales en su mayoría proscribían enérgicamente cualquier conspiración o complot entre los artífices y oficiales sujetos a la jurisdicción de los gremios.[75] En 1345, un cardador, Ciuto Brandini sufrió la pena capital aunque su único crimen fue el intento de organizar una confraternidad entre sus compañeros

72 Ernst Kelter, *Geschichte der obrigkeitlichen Preisregelung, I: Die obrigkeitliche Preisregelung in der Zeit der mittelalterlichen Stadtwirtschaft,* (Jena: Gustav Fischer, 1935), 34. El título de este libro es decepcionante; trata principalmente con Colonia.

73 Gunnar Mickwitz, *Die Kartelfunktionen der Zunfte und ihre Bedeutung bei der Entstehung des Zunftwesens* (Helsingfors: Centraltryckeriet, 1936) pp. 20 y sigtes. Mickwitz también presenta evidencia relacionada con Inglaterra, Francia y Alemania.

74 *Statuti populi et communis Florentiae,* I (Florencia, 1778) 302-3, 426-27: ordinamenta justitiae (1293), rubr. 21 y estatuta (1415) lib. 3, rubr. 87.

75 Anna Maria E. Agnoletti, ed. *Statuto dell'Arte della Lana di Firenze,* 1317-1319 (Florencia: Felice Le Monnier, 1940) pp. 114-15: statuto de 1317, lib. 2, art. 19; Umberto Vorini, ed. *Statuti dell'Arte di Por Santa María* (Florencia: Leo S. Olschki, 1934) pp. 153-54: statuto de 1335, rubr. 134. Para prohibir los gremios laborales este estatuto llama a la hermandad de los hombres (I) y el derecho al trabajo; todos los artífices son libres de ejercitar sus oficios sin impedimento alguno (attribuendo libertatem cuilibert artifici de suo misterio exercendo absque impedimento). Este estatuto fue ratificado por la comunidad hasta tal punto que no contenía nada en contra de la fe católica (2), la doctrina de la usura y (3) la legislación antimonopólica (p. 207). El Arte di Calimala o comunidad de comerciantes redactaron medidas similares en contra de las asociaciones de tintoreros, arregladores y acabadores. Giovanni Filippi, *L'arte dei mercan ti di Calimala in Firenze in ed U suo piú antico statuto* (Turín, 1889) p. 160: statuto de 1301, lib. 5, art. 4.

de trabajo.[76] En la acusación se le describe como un hombre de mala reputación y de lenguaje obsceno y se le acusa de formar una "congregación" ilegal, amenazando la paz y el orden, poniendo en peligro la vida y la propiedad de todos los ciudadanos.[77] En otros centros textiles existían condiciones similares no sólo en Italia sino también más allá de los Alpes, incluso en Toulouse, un centro menor.[78] En Flandes, que era todavía una de las principales regiones productoras de ropa en Europa, alrededor del año 1300, los nobles y los comerciantes del rubro que manejaban los gobiernos corporativos de las ciudades aprobaron la legislación más cruel para intimidar a los trabajadores, prohibir asambleas sospechosas y suprimir las huelgas.[79] En Ipres, el castigo era la ceguera y el destierro perpetuo. En 1280 y 1281 diez huelguistas fueron brutalmente desfigurados.[80] Este castigo inhumano no evitaba los desbordes y excesos en que la nobleza incurría por su cuenta, al margen del poder, causando inquietud durante un tiempo. En cualquier caso, la evidencia es clara. La teoría del precio justo se aplicó también a los salarios y se usó positiva y negativamente para calificar a las asociaciones de los trabajadores como conspiraciones intolerables aun cuando se presentasen como fraternidades religiosas.[81]

La conclusión general de este estudio se puede expresar en forma breve. Los escolásticos estaban más a favor de la libertad o competencia que lo que generalmente se supone. Su hostilidad hacia el monopolio fue particularmente marcada. Al contrario de una creencia muy divulgada, ellos ciertamente no confiaban en el sistema de precios para mantener la jerarquía social. De hecho, no era probable que los pequeños maestros que operaran en condiciones de competencia acumularan una gran fortuna. Los niveles sociales de la Edad Media dependían esencialmente de la desigualdad en la distribución de la propiedad, principalmente las tierras, y de la recau

76 Rodolico, *Democrazia fiorentina,* pp. 119-20.

77 El texto de la acusación es publicado por Niccolo Rodolico, *II popólo minuto* (Bologna: Zanichelli, 1899) pp. 157-60, N° 14.

78 Rodolico, *Democrazia,* pp. 96-104; Hermana María Ambrose Mulholland, "Statutes on Cloth-making, Toulouse, 1227" en J. H. Mundy et al. eds. *Essays in Medieval Life and Thought: presented in Honor of Austin P. Evans* (Nueva York: Columbia University Press, 1955) p. 178 (art. 24).

79 El jurista Phillippe de Beaumanoir (1246-96) declara a todas las ligas existentes entre los artífices como ilegales: *Coutumes de Beauvaisis,* I, ch. xxx, art. 884 (París: Picard, 1899), 446. Este pasaje también se publica en Fagniez, *Documente,* I, 290.

80 G. Des Marez, "Les luttes sociales á Bruxelles au Moyen Age", *Revue de l'Université de Bruxelles,* XI (1905-6) 298.

81 Rodolico, *Democrazia,* p. 116.

dación de contribuciones (pagos feudades o diezmos) para beneficio de las clases gobernantes. Hubo una excepción: en Italia los comerciantes y los banqueros vencieron a la nobleza feudal.[82]

82 Después que este documento se leyó, Fritz Redlich gentilmente me llamó la atención sobre una promulgación poco conocida del Emperador Frederic I (1158) según la cual los vivanderos que vendían sus mercaderías a los soldados a un precio más alto que aquél que prevalecía en los mercados cercanos se exponían a ser castigados, incluyendo la confiscación de sus mercaderías, siendo azotados y marcados con un fierro caliente en ambas mejillas. Esta es una manera bastante drástica de imposición para una competencia y prevención para la discriminación de precios. *MGH*, Legum, Sectio IV, I, 241, N° 173, art. 17.

ENSAYO

LA TEORÍA ESCOLÁSTICA DE LA LEY MORAL EN EL MUNDO MODERNO*

Alan Donagan

Los planteamientos del siguiente ensayo tienden un puente entre la escolástica y la filosofía moral moderna. Al rescatar y depurar el concepto de ley natural formulado por Santo Tomás, el profesor Donagan conduce su reflexión a una zona donde, al margen de definiciones teológicas, las distancias entre los filósofos escolásticos y Kant prácticamente desaparecen.

La búsqueda de convergencias de este tipo constituye una interesante línea de desarrollo del pensamiento filosófico contemporáneo.

Si bien no más que una religión puede ser la verdadera, actualmente suele aceptarse que pueden existir errores bien intencionados en relación a si determinada religión es la verdadera. Sin embargo, ni los filósofos escolásticos ni la mayoría de los hombres corrientes han podido ser conducidos hacia un acuerdo en relación a que pueden existir errores bien intencionados fundamentales en materia de moralidad. Las diferencias en relación a la moral resultan socialmente desintegradoras, debido a que muchos hombres corrientes consideran que el estado debe reforzar la moralidad vía la legislación, cada vez que pueda hacerlo sin infringir los derechos morales de sus ciudadanos. Recuerdo que la Iglesia en cuyo marco fui formado cuando niño en Australia se ganó una gran hostilidad al apoyar una legislación destinada a cerrar todos los establecimientos que expendían licores, con el fin de tornar difícil el pecado de beber alcohol. Dado que hay más bebedores que potenciales divorciados, aquella

* Publicado bajo el título "The Scholastic Thoery of Moral Law in the Modern World" en *Aquinas; A Collection of Critical Essays* (University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1976). Traducido y publicado con la debida autorización.

hostilidad fue mucho mayor que la suscitada contra la Iglesia Católica en Nueva York por la oposición de algunos católicos a los cambios en la legislación sobre divorcio. Tales ejemplos nos recuerdan que el asunto que me propongo analizar —'¿Cómo puede distinguirse aquello que pertenece a la moral común de aquello que pertenece al modo de vida de determinada religión?'— es, por lo menos, oportuno.

No es meramente oportuno, sin embargo. El propio Santo Tomás reconoció que sólo algunos preceptos de la ley divina (el derecho revelado positivo de Dios) son también preceptos de la ley natural (la ley de la razón, 'merced a la cual cada uno sabe, y tiene conciencia, de lo que es bueno y de lo que es malo').[1] Aquellos preceptos de la ley divina que no constituyen preceptos de la ley natural no son obligatorios para los no-cristianos. Indudablemente que cada vez que la Iglesia ha sido poderosa, sus miembros se han visto tentados de imponer obligaciones religiosas a los no-cristianos en nombre de la moralidad. Y cuando ha sido débil, sus miembros han optado más bien por retirarse de la denuncia de los males morales bajo el pretexto de que los pecadores se hallan al margen de la jurisdicción de la Iglesia. La teoría escolástica de la ley natural provee, sin embargo, un fundamento para distinguir el deber de obedecer a la ley moral, que para los cristianos es tanto moral como religiosa, de obligaciones solamente religiosas que quedan al margen de la moral común. Por este motivo vale la pena inquirir acaso la teoría escolástica podría convertirse en suelo común para filósofos cristianos y no cristianos. Si Santo Tomás estuvo en lo cierto, no habría razones para que así no fuera.

I La **Ley** Natural y la Filosofía Analítica **Contemporánea**

Mi primera tesis será, entonces, que la teoría escolástica de la ley natural —y especialmente la versión formulada por Santo Tomás— tiene algo que ofrecer a la filosofía moral contemporánea no-cristiana. Hay dos motivos para desechar esta tesis como un absurdo fantástico. El primero deriva de una doctrina cardinal de la teoría ética moderna; el segundo, de una doctrina cardinal de la escolástica.

La vasta mayoría de los filósofos analíticos aceptaría como fundamental la doctrina de la autonomía de la ética. De acuerdo a A. N. Prior, esa doctrina podría ser formulada en los siguientes términos: 'La pretensión de deducir proposiciones éticas de otras que se admiten como no-éticas'[2] es falaz. Es cierto que esa doctrina ha

1 Glosa acerca de Romanos ii, p. 14, citado por Santo Tomás, *Summa Theologiae,* I - II, 91, 2.

2 A. N. Prior, *Logic and the Basis of Ethics* (Oxford, 1949), p. 95

sido recientemente cuestionada;[3] pero no pienso que haya sido conmocionada. Si la teoría escolástica de la ley natural implicara que la ética no es autónoma, no podría surtir una influencia seria sobre la teoría ética analítica. Pero el propio Santo Tomás parece implicarlo, al derivar el primer precepto de la ley natural, bonum est faciendum et prosequendum, et malum vitandum, de una afirmación no-ética sobre la naturaleza del bien, bonum est quod omnia appetunt.[4]

Para fortuna de mi tesis, lo que dijo Santo Tomás no necesariamente debe interpretarse como negación de la autonomía de la ética. Ciertamente él no quiso decir que todos debemos hacer y promover lo que de hecho buscamos; pues admitió que muchos de nosotros buscamos lo que es malo. Su afirmación de que bueno es aquello que todas las cosas buscan debe entenderse como significando que bueno es aquello que todas las cosas buscan por naturaleza; y, dado que el hombre es un animal racional, aplicado al hombre significa que el bien humano es aquel que buscan todos los hombres en virtud de su naturaleza como animales racionales. Los malhechores eligen hacer, hacen y promueven aquello que se opone a lo que buscan en virtud de su naturaleza racional; transgreden su propia razón. Ahora bien, no pienso que cualquier filósofo analítico negaría que las palabras 'quod omnia appetunt', así entendidas, expresan un concepto ético. Por tal razón falla la objeción a mi tesis desde el ángulo analítico: la teoría escolástica de la ley natural no es incompatible con la autonomía de la ética, o al menos no lo es en términos obvios.

La objeción desde el ángulo escolástico va más allá. Los filósofos escolásticos eran también teólogos, y todo gran sistema escolástico es cristiano: es decir, su parte estrictamente filosófica es presentada no sólo como incompleta e imposible de completar por la pura filosofía, sino que hallando su plenitud en la teología revelada. Por tanto, resulta legítimo dudar acaso la teoría de la ley natural es inteligible para la sola filosofía. En parte por esta razón G. E. M. Anscombe ha expresado el punto de vista de que la teoría escolástica de la ley moral es en esencia teológica y que aquella parte de la teoría moral escolástica que es filosófica es la teoría aristotélica de las virtudes cardinales.[5] Y no puede negarse que Santo Tomás define la

3 Por ejemplo, por John Searle, "Como derivar nada de es", *Philosophical Review*, LXXIII (1964), pp. 43-58; Max Black, 'La brecha entre "es" y "debiera" ', Ibid., 165-181. G. J. Warnock entrega un veredicto de interés en relación a esta materia: 'la tesis antinaturalista... si bien probablemente cierta, en realidad carece de gran importancia para la filosofía moral. Es una tesis... sobre la "teoría general" de la evaluación...' *(Contemporaiy Moral Philosophy* /Londres, 1967 / p. 68).

4 *Summa Theologiae*, I - II, 94, 2.

5 'Filosofía moral moderna', *Philosophy*, XXXIII (1958), pp. 1-19. En la posición de la Srta. Anscombe, no logro descubrir lugar para la ley natural; ella torna positiva toda ley, sea humana o divina.

ley natural en términos teológicos: habiendo explicado que una creatura racional está sujeta a la divina providencia de un modo más elevado que una bestia, por cuanto participa de la razón divina, afirma que 'tal participación de la ley eterna en una creatura racional se llama ley natural'.[6] La ley eterna, siendo 'la Idea misma del gobierno de las cosas en Dios, Señor del universo',[7] es estudiada más por la teología que por la filosofía.

Sin embargo, del hecho que Santo Tomás defina la ley natural teológicamente —en un trabajo teológico— no puede inferirse que no se la pueda definir filosóficamente, ni que una definición filosófica sea incompleta, ya que, de acuerdo a Santo Tomás, cualquier consideración del fin natural del hombre que soslayara la revelación divina sería incompleta. Si bien esto no es dicho directamente por Santo Tomás, queda implícito en su aseveración de que 'todos los hombres conocen. . . los principios comunes de la ley natural".[8] También queda presupuesto en sus derivaciones de los variados preceptos de la ley natural, en ninguno de los cuales apela a la teología revelada. Tampoco recurre explícitamente a la teología natural, excepto derivar preceptos que guardan relación con la adoración de Dios.

En este punto, Santo Tomás puede ser instructivamente contrastado con Kant. Hallé lo siguiente en un excelente texto de ética tomista:

> "Lo sobresaliente en relación al agente racionalmente libre no es, como pensaba Kant, que se constituya en ley para sí mismo. El hombre no es la fuente ulterior o principio ulterior de la ley moral. Más bien, la razón humana está sujeta a las leyes de la realidad, que provienen de la razón divina".

Estas líneas adolecen de una comprensión errónea exactamente opuesta al error de comprensión según el cual Santo Tomás no posee una concepción estrictamente filosófica de la ley natural. Kant define la ley moral en términos filosóficos. Después de definir un principio objetivo como 'válido para todo ser racional',[9] prosigue diciendo que si ha de haber una ley moral para el hombre, es decir, un imperativo categórico, 'debe ser tal que dé la idea de algo, que es necesariamente un fin para todos porque constituye un fin en sí mismo, forma un principio objetivo de la voluntad'.[10] Doy por

6 *Summa Theologiae,* I - II, 91, 2.
7 '(I)psa ratio gubernationis rerum in Deo sicut in principe universitatis existens' *(Summa Theologiae,* I - II, 91, 1).
8 *Summa Theologiae,* I - II, 93, 2.
9 *The Moral Laws, or Kant's Ground work of the Metaphysic Morals,* Trad. H. J. Patón (Londres, 1948), p. 88.
10 Ibid., p. 96.

sentado que Kant no afirma que un ser racional es una ley para él mismo: tal ser debe en efecto determinar para sí qué es la ley, pero debe hacerlo de acuerdo a principios objetivos. Y esos principios objetivos son válidos para todo ser racional, porque tienen una fundamentación objetiva en 'algo que es necesariamente un fin para todos porque constituye un fin en sí mismo'.

Escribiendo en cuanto filósofo, Kant definió la ley moral sin referencia a Dios. Pero como teólogo sostuvo que la ley moral deriva de la razón divina. En su *Grundwerk* se empeñó en señalar que no se puede afirmar que la voluntad divina esté sujeta a los principios objetivos de la ley moral en cuanto imperativos, porque ya está 'por sí misma necesariamente en armonía con (ellos)'[11]

Kant y Santo Tomás difieren en relación a cuáles son los principios fundamentales de la ley moral, aunque no al extremo como muchos piensan; pero no difieren de ningún modo significativo en relación al vínculo entre lo que Santo Tomás llamaría 'ley natural' y lo que él mismo llamó 'ley eterna'. Desde el punto de vista de la filosofía moral, la ley natural es un conjunto de preceptos cuya fuerza imperativa puede ser constatada por la razón humana; desde el punto de vista de la teología, es aquella parte de lo que Dios ordena eterna y racionalmente y que puede ser comprendida por la razón humana como imperativa para los seres humanos (Kant diría, para todos los seres racionales). Tal como en la teología, Kant puede estar de acuerdo con Santo Tomás en que la ley moral es una participación de la ley eterna en una creatura racional, de la misma manera en la filosofía moral Santo Tomás podrá estar de acuerdo con Kant respecto de que las consideraciones teológicas están fuera de lugar en la determinación de los preceptos de la ley natural.

En este punto, lo que vale para Kant también vale para la moderna filosofía analítica.

2 Derivaciones Escolásticas de los Preceptos de la Ley Natural

Si los filósofos no-escolásticos tienen mucho que aprender de aquello que los filósofos escolásticos han logrado en la teoría de la ley natural, ¿por qué no lo han hecho? El prejuicio y la ignorancia forman parte de la explicación. Pero no lo son todo. Mi segunda tesis es que a pesar de todo lo que se ha logrado, todavía no ha sido elaborada una adecuada filosofía de la ley natural. También eso debe formar parte de toda explicación satisfactoria al por qué los filósofos no-escolásticos han omitido el logro escolástico. También debiera ser mencionado en toda explicación del motivo por el cual los no-católicos pocas veces hallan convincentes los argumentos explícitos del derecho natural.

Intentaré establecer mi segunda tesis examinando la derivación

11 Ibid., p. 81.

que hace Santo Tomás de un precepto de la ley natural que no es muy controvertido: el precepto de que la mentira (mendacium) es mala y debe ser evitada. Santo Tomás define la mentira como un discurso contrario al pensamiento del hablante,[12] y sostiene que la mentira de este modo definida queda prohibida por la ley natural por el siguiente motivo:

> "...dado que las palabras son signos naturales de pensamientos, es innatural y erróneo que alguien intente significar algo con su discurso que no haya estado en su mente". *(Summa Theologiae,* II-II, 110,3.)

Este argumento presupone plenamente un principio no enunciado, según el cual si una actividad tiene un fin natural, será no natural y erróneo entrar en esa actividad de un modo tal que refute el logro de su fin. Tanto esta presuposición y la premisa tomista en orden a que el fin natural del discurso es significar lo que el hablante piensa pueden ser cuestionadas.

¿Qué se entiende por 'fin natural' de un proceso? El concepto es aristotélico y es demasiado fundamental como para ser útilmente definido. Los procesos naturales se suscitan por sí mismos, así como las sustancias naturales llegan a ser a partir de otras sustancias naturales, sin la ayuda de ningún artífice. Las cosas vivientes, los mejores especímenes de las sustancias naturales, son generadas, crecen y decaen de modos característicos. Es corriente hablar y pensar en ellas como tendiendo a crecer en dirección a la madurez y como resistiendo su decadencia. En general, Aristóteles diría de tales cosas que su fin natural es alcanzar el estado de madurez característico de sus especies. En forma similar, Aristóteles diría de las partes de una cosa que tienen un fin natural, que su fin natural es contribuir al funcionamiento eficiente de la totalidad: así, el fin natural de un ojo es facultar a su poseedor para ver. Lo mismo es valedero también para procesos que acontecen al interior de las cosas naturales: si contribuyen al funcionamiento eficiente de la cosa en cuyo seno acontecen, como es el caso de la mayoría, entonces su fin natural es realizar ese aporte. No hace diferencia al respecto que esos procesos sean voluntarios o involuntarios. Vemos así que el fin natural del proceso involuntario de respirar es (de acuerdo a principios aristotélicos, aunque Aristóteles no lo supiera) transportar oxígeno a la sangre y expulsar el dióxido de carbono de los pulmones; y el fin natu-

12 Por razones explicadas por Santo Tomás *(Summa Theologiae,* II - II, 110, 1 ad 1,3) esto es mucho más satisfactorio que cuando San Agustín afirma, 'una declaración falsa emitida con la intención de engañar'. Sin embargo, en la filosofía analítica contemporánea todavía se manifiestan variantes de la definición de San Agustín. P. ej., C. D. Broad, *Five Types of Ethical Theory* (Londres, 1930), p. 209.

ral del proceso voluntario de comer es transportar alimento a los órganos digestivos.

No podrá hacerse suficiente hincapié en que Aristóteles no personifica a la naturaleza ni la dota de un propósito consciente. Los propósitos conscientes se hallan en la naturaleza, en los seres inteligentes; pero la mayor parte de los fines naturales o propósitos no son conscientes. El arte imita a la naturaleza, pero la naturaleza no es un artífice.[13] 'Son naturales aquellas cosas que, merced a un movimiento continuo, originado en un principio interno, alcanzan alguna consumación: esa misma consumación no es alcanzada a partir de cualquier principio; tampoco hay una consumación azarosa; sino que siempre la tendencia en cada uno es en dirección del mismo fin, si no hay impedimento'.[14]

No cuestionaré que, en el sentido aristotélico, existan cosas naturales y procesos naturales. Sin embargo, el empleo en la ética que hacen Aristóteles y Santo Tomás del concepto de un fin natural presupone más que eso. Por sobre todo, presupone que es erróneo frustrar a la naturaleza. Esta presuposición debe ser calificada, por supuesto. Cuando una vaca come pasto impide que ese pasto complete su crecimiento natural; y cuando un hombre sacrifica y come o comercializa la carne de la vaca, impide que esa vaca complete su crecimiento natural. En consecuencia, Santo Tomás establece que la parte sub-racional de la naturaleza es para el uso de la parte racional.[15] Esto, si lo entiendo correctamente, constituye un principio ético y no uno físico. Desde el punto de vista de la física, la carne de la vaca no es más alimento natural para el hombre que la sangre del hombre para el zancudo. Pero, si bien concede el derecho del hombre de emplear cosas no-racionales para sus propios propósitos, Santo Tomás niega que éste pueda comprometerse voluntariamente en cualquier actividad natural si lo hace de modo tal que impide que esa actividad alcance su fin natural. Si uno procede voluntariamente a comer, no debe aumentar la capacidad de comer recurriendo, como hicieran muchos romanos, al vomitorio; al hacerlo, impediría a la actividad del comer alcanzar su fin natural, que es la digestión.

Una segunda presuposición, que conlleva importantes consecuencias morales, es que las cosas y los procesos naturales sólo tienen un fin, o tienen uno que es predominante. Aristóteles parece haber considerado esto como algo obvio. 'La naturaleza', escribió en su *Política,* 'no es cicatera, como el herrero que da forma al cuchillo deifico para muchos fines; ella hace cada cosa para un solo empleo'.[16] El comer, tanto nutre como ofrece placer; pero Aristóteles

13 Aristóteles, *Física,* II 199 b 25-31.
14 Aristóteles, *Física,* II, 199 b 25-31.
15 Santo Tomás, *Summa contra los Gentiles,* III, 22 (8).
16 Aristóteles, *Política,* I, 1252, b 1,5.

consideraría obvio que el fin natural preeminente del acto de comer es la nutrición y no el placer.

Estamos ahora en posición de decidir la validez o invalidez de las demostraciones que hace Santo Tomás en relación a que mentir es erróneo. En mi opinión, ni su premisa en orden a que el fin natural del discurso sea expresar lo que se halla en la mente del hablante, ni su presuposición sobre lo erróneo que resulta comprometerse voluntariamente en una actividad natural para evitar que esa actividad alcance su fin natural, son evidentes después de una debida reflexión. Veamos cada una por turno.

Simplemente no es verdad que el discurso se vincula con su supuesto fin de expresar lo que se halla en la mente del hablante del mismo modo que comer se relaciona con la nutrición o el ojo con la visión. Si el comer no es completado por la digestión, el alimento ha sido interferido en el cuerpo de algún modo. Y un ojo que no ve es defectuoso o está dañado. Pero, desde el punto de vista de la ciencia natural, un acto hablante mentiroso no es, per se, defectuoso ni ha sido interferido. Si los actos del habla poseen un fin natural, en el sentido aristotélico, es para expresar cualquier pensamiento que desee expresar el hablante.

Lo cierto es que resulta posible alegar que la veracidad debe ser la norma de los actos del habla. Tal como ha observado el profesor J. M. Cameron en sus Conferencias de Terry, 'mentir no podría ser la norma por motivos puramente lógicos, puesto que la razón para decir una mentira es que ésta debe ser tomada como la verdad y ello no podría ocurrir a menos que el decir la verdad fuera la norma'.[17] Pero de ello no puede inferirse que el fin natural de un acto hablante sea atenerse a esa norma; pues una cosa tiende hacia su fin natural siempre y cuando no exista impedimento, y un acto hablante mentiroso no tiende en absoluto hacia la verdad. Y tampoco, concediendo que la veracidad sea la norma para el habla, puede inferirse que todo acto hablante deba atenerse a esa norma. Si las personas desean comunicarse mediante el habla, entonces lógicamente ellas normalmente deberán decir la verdad pero no siempre. Y esa necesidad lógica no me parece una obligación moral. Vale igualmente para los mentirosos como para los veraces.

La presuposición de Santo Tomás en orden a que sería erróneo involucrarse voluntariamente en cualquier actividad natural de un modo tal que impida a ésta alcanzar su fin natural es igualmente vulnerable. Si Santo Tomás considera que los seres racionales tienen derecho a interferir e incluso destruir a las cosas naturales sub-racionales para sus propios propósitos, ¿por qué habría de pensar que sería erróneo per se interferir, para sus propios propósitos, las activi-

17 J. M Cameron, *Images of Authority* (New Haven, 1966), p. 27. El profesor Cameron no emplea esta premisa del modo que yo objeto. Sólo alega que el embuste no puede tener el valor de una virtud moral.

dades naturales en que se involucran? Estoy consciente de que, al preguntar esto, pareceré frivolo y carente de piedad natural para algunos. Pero cualquier filósofo que desee discutir como lo hace Santo Tomás debiera tomar en cuenta que no estoy en absoluto solo. Richard Robinson, en su sagaz y lúcida introducción a su traducción del tercer y cuarto libros de la *Política* de Aristóteles, deja sentada mi objeción de un modo más punzante que yo:

> "Una vez que nos hemos preguntado explícitamente por qué debiéramos hacer cualquier cosa sólo porque la naturaleza la hace, o por qué debiéramos asistir a la naturaleza en sus propósitos, vemos que no hay razón de por qué debiéramos. Dejemos que la naturaleza vele por sus propios propósitos, para el caso de que los tenga. Nosotros velaremos por los nuestros".[18]

3 Puntos Fuertes y Puntos Débiles en la Teoría Escolástica de la Ley Natural

De las objeciones que he planteado al análisis de la mentira de Santo Tomás no debe desprenderse que su teoría de la ley natural sea falsa. La definición de Santo Tomás de la ley natural y su enunciación del primer precepto de la misma, ninguna de las cuales deseo cuestionar, son lógicamente separables de su derivación de nuevos preceptos a partir de ese primer precepto. En efecto, me atrevo a decir que una de las razones por las cuales la teoría escolástica ha surtido menos influencia que la merecida fuera de los círculos católicos es que se presupone que sería una unidad monolítica y que se sabe poco de ella, aparte de ciertos análisis como el de Santo Tomás sobre la mentira. Existe una difundida convicción de que si se rechazan tales argumentos (aquel presentado contra la anticoncepción artificial es, por supuesto, el mejor conocido) entonces también cabe negar que exista una ley natural: es decir, habría que abandonar la concepción de la ley moral como materia de la razón humana.

Si mis objeciones al análisis de la mentira de Santo Tomás son justas, entonces Santo Tomás estuvo errado al mirar en dirección a la filosofía natural aristotélica en busca de un modo de especificar el bien que la ley natural nos ordena buscar y el mal que nos ordena evitar. Pero nada de lo contenido en su definición de la ley natural lo obligó a cometer ese error. Tampoco en la *Etica* de Aristóteles hay nada que pueda haberlo obligado. Me inclino por conjeturar que fue llevado a cometerlo por su fe en la Creación: aceptando los puntos de vista de Aristóteles respecto de la teología natural, y cre-

18 Aristóteles, *Política,* Libros III y IV.

yendo que el mundo natural fue creado por Dios, puede haber parecido razonable tratar los fines de las cosas naturales y de los procesos naturales no sólo como divinamente fijados, sino que también como divinamente sancionados. Sin embargo, tal como hemos visto, fue el propio Santo Tomás quien invocó la doctrina de la subordinación de los débiles y menos perfectos en la naturaleza a los fuertes y más perfectos,[19] con el fin de justificar la interferencia del hombre en algunos procesos naturales.

No deseo transmitir la impresión de que la única parte de la teoría escolástica de la ley natural que tengo por fuerte sería su fundamento, o que deseo nivelar el edificio erigido por los escolásticos sobre ese fundamento. El tratamiento que confiere la filosofía escolástica a cuestiones morales específicas es tan importante en cada uno de sus puntos como el tratamiento allí conferido a los primeros principios. En efecto, si uno busca una profundización exacta y detallada en las dificultades morales más notables, en la filosofía contemporánea no hay casi parte alguna donde ir, salvo a los escritos de los neo-escolásticos.

4 Perspectiva

Mi tesis final plantea que en orden a corregir la debilidad en la teoría escolástica de la ley natural que creo haber detectado, sería necesario reexaminar, sin conceptos previos de naturaleza teológica, el problema filosófico de cómo derivar preceptos morales específicos del primer precepto de la ley natural. Me atrevo a sugerir un modo posible de hacerlo.

El reconocimiento de Santo Tomás de la subordinación en la naturaleza, y su doctrina de que 'el hombre es el fin de todo el orden de generación',[20] sugiere que él podría haber aceptado este principio de Kant: 'el hombre y, en general, todo ser racional, existe como un fin en sí mismo, no meramente como un medio para uso arbitrario por ésta o aquella voluntad'.[21] El principio se hace evidente por sí mismo, en mi opinión. No debe interpretarse como implicando que el hombre no esté ordenado hacia algo superior, tal como Santo Tomás lo concebía ordenado hacia Dios, sino que más bien implicando que si está así ordenado, debe ser de un modo consecuente con su naturaleza como fin. Esto, por supuesto, es ampliamente admitido en la teología cristiana.

19 '...quaedam etiam perfectiora et virtuosora ex quibusdam imperfectioribus et infirmioribus (nutriment habent)' *Summa contra los Gentiles,* III, 22,(8).

20 *Summa contra los Gentiles,* III, 22 (7).

21 *The Moral Laws, or Kant's Groundwork of the Metaphysic of Morals,* trad. II. J. Paton (Londres, 1948), p. 95.

El principio de Kant, que veo implícito en el trabajo de Santo Tomás, proporciona un modo para especificar el bien y el mal. Permítaseme esbozar cómo podría aplicarse al caso de la mentira. De acuerdo a dicho principio, cualquier acto por cuya naturaleza se usa a un ser racional meramente como un fin, es malo; y, en consecuencia, de acuerdo al primer precepto de la ley natural, ha de ser evitado. Sin embargo, bajo condiciones ordinarias de comunicación libre, decir a otro algo en lo cual no se cree es emplearlo meramente como un medio. Al autoarrogarse el derecho de malinformarlo meramente porque por alguna razón uno elige hacerlo, lo está tratando meramente como medio para sus fines. En consecuencia, bajo condiciones normales de libre comunicación, mentir a otros queda prohibido sin condiciones.

En condiciones de violencia, como en el caso clásico de un potencial asesino que exige con amenazas saber la dirección en la cual se encuentra alguien a quien persigue, la situación es diferente. Al emplear o amenazar con violencia, el que pregunta ya ha tratado a la persona interrogada meramente como un medio. No tiene derecho a que se le diga nada y la persona interrogada posee el derecho de protegerse a sí misma —y al perseguido— con una mentira. (Es una interrogante si en esta instancia cabe emplear el término 'mentir'. Tal vez la calificación 'bajo condiciones de libre comunicación' debiera ser añadida a la calificación de Santo Tomás.)

En los casos que he considerado, nuestro principio arroja resultados que se adecúan al sentido común, y a la tradición moral en general, aunque en el último caso, y bajo la influencia del argumento de Santo Tomás, los filósofos escolásticos parecen aptos para ser absurdamente rigurosos o para rodear la explicación de la mentira justificada, postulando convenciones improbables del habla (por ejemplo, la así llamada 'reserva mental amplia'). Pero hay un sinnúmero de casos difíciles. Por ejemplo, ¿qué puede hacerse cuando se está obligado a mantener un secreto pero el sujeto se halla en una situación —probablemente por propia culpa— en que revelará el secreto tanto si contesta de acuerdo a la verdad o resiste contestarla? Cualquier principio de acuerdo al cual tales casos son algo más difíciles puede ser descartado por ese solo motivo. Señalo que el principio de Kant exhibe tanto su dificultad como plantea recursos para enfrentarla. Resulta instructivo cuando uno, armado de ese principio, elabora los casos morales de un buen manual de casuística.

Para no aparecer como recomendando la absorción de la filosofía moral escolástica en el kantismo, podría reiterar que abogo en favor de un enfoque nuevo y puramente filosófico del problema de derivar los preceptos específicamente morales de la ley natural, y que en una de mis razones para sugerir que el principio de Kant podría ser invocado en tales derivaciones fue que lo di por implícito en el pensamiento de Santo Tomás. También deben explorarse otras sugerencias. Lejos de desear que la filosofía moral escolástica sea absorbida por el kantismo, espero que la influencia del escolasticis-

mo nos permita liberar todo lo que haya de verdad en la filosofía moral de Kant, que es bastante, de las excéntricas opiniones morales que Kant derivó falazmente de sus principios.

Está por sobre toda duda que la teoría escolástica de la ley natural tiene una importante contribución que hacer a toda teoría racional de la moralidad. Una teoría de la ley natural puramente filosófica y debidamente reconsiderada podría lograr aún más: podría entregar el fundamento de ese consenso moral racional, que constituye el cimiento necesario de la sociedad pluralista.

TRES RAZONES PARA LA LIBERTAD*

Jorge Estrella

El trabajo expone tres argumentos en favor de la libertad, esto es, en contra del determinismo individual y social sostenido usualmente por las teorías antropológicas (psicoanálisis, estructuralismo, marxismo, por ej.).

El primero de los argumentos (I El 'efecto Edipo') muestra que el determinismo en el ámbito humano es sólo una hipótesis. Si fuese verificada por medio del conocimiento científico del futuro, dicho futuro sería modificado por los hombres y, en consecuencia, la predicción determinista quedaría refutada.

El segundo argumento (II La libertad como valoración) procura completar el sentido habitual en que se toma la idea de libertad (ausencia de coacción externa). Esta libertad exterior va precedida y fundada por un acto de dar sentido. Y en este acto radica la libertad interior, cuyo funcionamiento procura describir este argumento.

El tercer razonamiento en favor de la libertad propone que, si se acepta como valiosa la diversidad de intenciones humanas (producto del ejercicio de la libertad interior), no puede esperarse que ella prospere en el seno de colectivismos emparejadores sino sólo dentro de comunidades que respeten al individuo.

JORGE ESTRELLA. Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile.

* Otra versión de estas ideas puede encontrarse en el libro *Argumentos Filosóficos*, Jorge Estrella, Ed. Andrés Bello, 1983.

Antecedentes

Usualmente se juzga libre a la condición del hombre que puede hacer lo que desea. Por extensión, se habla de sociedades libres para aludir a las que consienten dicha condición. Y de sociedades opresivas respecto de aquellas que no la permiten.

Se trata de una descripción exterior de la condición libre. Es aquí, en efecto, el medio el permisivo o prohibitivo. El entorno es entendido como el autor de nuestra libertad o de nuestra falta de libertad. Y, en ese entorno, la autoría es atribuida particularmente a aquellos otros hombres que ejercen el poder de restringir o permitir la dirección de nuestros movimientos que intentan satisfacer lo que nos hemos propuesto. La causa de que seamos libres o sometidos será, entonces, el medio exterior. En este sentido se dice que la cárcel o la pobreza, en tanto conforman una suma de restricciones, nos privan de nuestra libertad.

Curiosamente, esta interpretación de cómo funciona la libertad suele estar asociada con un causalismo, es decir, con una visión del mundo que atribuye a cada fenómeno un lugar preciso en la red de cadenas causales[1]. Desde esta perspectiva todo acontece de manera determinada por la situación antecedente, nada ocurre en forma incondicionada, errática o irracional. Para quienes ven así al mundo, la libertad individual o social es sólo la ignorancia (personal o colectiva) de las causas que nos obligan a las conductas que efectivamente tenemos. Puedo figurarme todo lo libre que quie-

[1] La descripción del acto libre como resultado de una permisividad exterior desemboca, tarde o temprano, en la negación de la libertad. Los siguientes textos son suficientemente representativos y atestiguan esa descalificación de la libertad como categoría de nuestra espiritualidad: "Afortunadamente, la vida anímica posee mucha menor libertad y arbitrariedad de lo que suponemos, y hasta quizá carezca de ellas en absoluto" (Freud: *Psicoanálisis del Arte).* Refiriéndose a los hechos sociales, Durkheim sostiene que "son modos de actuar, de pensar y de sentir exteriores al individuo y que poseen un poder de coerción en virtud del cual se le imponen" *(Les règles de la Méthode sociologique*); "abandonar el principio determinista mismo es renunciar a la empresa de la ciencia. Por aguzada que pueda ser nuestra conciencia de la rica variedad de la experiencia humana y por grande que sea nuestra preocupación ante los peligros de usar los frutos de la ciencia para obstruir el desarrollo de la individualidad humana, no es probable que sirvamos adecuadamente a nuestros mejores intereses abandonando la investigación objetiva de las diversas condiciones que determinan la existencia de características y acciones humanas, y cerrar, así, la puerta a la progresiva liberación de las ilusiones que provoca el conocimiento alcanzado a través de tales investigaciones" (E. Nagel: *La estructura de la ciencia).* Criticando el indeterminismo en la historia humana, E. H. Carr acusó a Popper y a Berlin de haber "forzado este caballo de batalla muerto desde antiguo a volver a una vida aparente... El aserto del profesor Popper de que 'todo es posible en las cosas humanas' o nada significa o es falso. Nadie, en la vida de cada día, puede creer semejante cosa" *(¿Qué es la historia?).*

ra cuando elijo el libro que leeré, la ropa que usaré o el filme que gozaré, pero de hecho no habría tales elecciones sino firmes secuencias de fenómenos encadenados, algunos de los cuales pasan por elecciones libres sólo porque no sabemos que ya estaban inscritos en la situación precedente. Creerse libre sería tan ilusorio como la esperanza de encontrar vivo a un andinista desaparecido, sólo *por ignorar que efectivamente está muerto* (esa ansiosa búsqueda quedaría descalificada si supiéramos la verdad). En suma, la libertad sería una forma del azar y éste otro nombre de nuestra ignorancia.

Quienes así piensan suelen, sin embargo, ser defensores fervorosos de las libertades civiles. ¿Hay contradicción en ello?

Los causalismos tienen distinto signo según la variable que escojan, entre las numerosas existentes, para privilegiarla en su función determinante de la conducta humana individual y colectiva. Así, la historia, el medio social, lo político, geográfico, biológico, económico, alternan su reclamo por la autoría de lo que el hombre hace.

En lo que sigue esbozaré tres argumentos distintos en defensa de la libertad humana. El primero (I El *efecto Edipo*) servirá para mostrar que la libertad es un hecho cuya negación, en un sentido preciso, involucra *absurdo*. Mediante el segundo (II La libertad como valoración) completaré la interpretación usual de la libertad (exterior) con la descripción del proceso (interior) en que ella funciona. Por último (III Liberalismo y colectivismo) señalaré un beneficio que el ejercicio social de la libertad trae aparejado.

I El Efecto Edipo[2]

El razonamiento que sigue es un razonamiento por reducción al absurdo. Comienza, pues, aceptando la verdad de la tesis cuya falsedad se quiere probar (la conducta humana está determinada). Si esta supuesta verdad conduce a falsedad, la tesis quedará descalificada.

La tesis a cuestionar puede formularse así: “Toda porción del universo transcurre conforme a esquemas inalterables. Y la conducta humana no constituye excepción a esta regla”[3].

[2] Karl Popper ha llamado *efecto edipo* a las consecuencias indeseables que resultan de postular un determinismo en la historia. Cf. *La miseria del historicismo.*

[3] Se trata de una versión simplificada del determinismo. Porque los esquemas legales que éste defiende pueden ser alterados. Toda ley, en efecto, requiere el cumplimiento de ciertas condiciones concomitantes. Si ellas se alteran, también se altera la relación legal. Ahora bien, esta modificación, a su vez, está determinada por otros esquemas legales. De manera que, en lo fundamental, la tesis determinista está comprometida con la invariabilidad de las relaciones legales.

Si esta proposición es verdadera, si efectivamente el orden del mundo lleva diseñado en sí mismo su curso futuro (al punto que éste es tan inmodificable como el pasado), cabe esperar que la ciencia humana llegue alguna vez a conocer totalmente esa legalidad intrínseca del universo. En verdad, hasta ahora dicha proposición ha sido una hipótesis útil para el desarrollo de las ciencias. Su verdad se vería corroborada cuando el hombre hubiese recogido en sus teorías la totalidad de las leyes que rigen los fenómenos. Ubiquémosnos en esa situación como dada. Es decir, conjeturemos por un momento que el saber humano ha recogido la completa red de relaciones dentro de las cuales discurre el universo. Siendo esto así, los hombres estarían en condiciones de pronosticar cualquier estado futuro (predicción) o de saber cómo fueron exactamente los hechos del pasado (retrodicción). Y esto sobre la base del conocimiento de las leyes del mundo, por un lado, y del estado de cosas presente, por otro. Los hombres contarán, en consecuencia, con una copiosa hoja de ruta de la trayectoria del mundo por el tiempo. Un calendario de lo sido y de lo venidero, instante por instante. Un catálogo donde el futuro perderá su condición de novedad, pues ingresaría en el presente ya conocido de antemano por nosotros. Adviértase que no estaríamos ante conjeturas sino ante el *conocimiento del futuro.*

¿Qué harían los hombres con ese conocimiento que los iguala a los dioses? Sabedor de la derrota próxima, ¿Hitler habría invadido Rusia? Y las bombas de Hiroshima y Nagasaki, ¿habrían cobrado sus víctimas si éstas hubiesen conocido con suficiente anticipación el holocausto? ¿Y Juan pactará con Pedro sabiendo que éste lo engañará?

Si los hombres conociesen el futuro lo modificarían. Lo cual es otra manera de decir que asignar al futuro las condiciones de inexorable (determinado) y conocido, es contradictorio. El determinismo puede operar como conjetura, como hipótesis, pero bastaría que se viese corroborado en la construcción del calendario del tiempo para que muchos de sus pronósticos dejen de cumplirse. El determinismo en el orden humano, en el mismo momento que muestre ser verdadero y pronostique con certeza el futuro, será desmentido por el accionar de los hombres. Poseedores de ese conocimiento, éstos estarán, como siempre, obligados a elegir, a inaugurar sus propios futuros, a escoger y a realizar sus propias vidas. Es decir, a ser libres. Recordemos, a modo de ejemplo, esta historia bíblica (Génesis, 41). El Faraón ha soñado. Ha visto subir desde el río a siete vacas de gruesas carnes y hermosa apariencia. Las vacas han pastado en el prado. Pero ese paisaje encantador ha sido interrumpido por otras siete vacas escuálidas que han subido del río y devorado a las anteriores. El Faraón ha soñado

también que siete espigas han subido en una misma caña, llenas y hermosas. Pero que otras siete espigas, menudas, marchitas, abatidas del sol, han subido y devorado a las primeras. El hebreo José es consultado y descifra de este modo el sueño del Faraón: las siete vacas gordas siete años son, y las espigas lozanas son siete años. El sueño es uno y el mismo: siete años de abundancia. También las siete vacas flacas que subían y las siete espigas marchitas, siete años serán, pero de hambre. He aquí, pues, que vienen siete años de grande hartura, y han de levantarse tras ellos siete años de miseria. Aceptado el pronóstico ("la cosa es firme de parte de Dios, y Dios se apresura a hacerla"), el Faraón encarga a José que administre los siete años de abundancia, recoja el grano y calme así, anticipadamente, la hambruna venidera. José cumplió su trabajo. El tiempo pasó. Y hubo hambre en todos los países, mas en toda la tierra de Egipto había pan.

El conocimiento de ese futuro indeseable (la hambruna) y la firme voluntad de evitarlo, han orientado a los actores de esta historia para eludirlo. En hechos de esta clase prende la raíz de toda tecnología. Habitualmente se insiste en que la técnica es hija del conocimiento. Se echa en olvido que ella no ha empezado a marchar por sí misma sino merced a un acto de voluntad orientado por el deseo de cumplir un propósito. Dicho de otro modo, hay siempre una decisión *ética*, un sistema de preferencias, que se halla en la base del hacer técnico. La tecnología empleada para acopiar granos sólo puede entenderse como la convergencia de un *querer hacer* y de un *saber hacer*. Y en ello habita siempre un futuro presentido, pero incierto. En el ejemplo bíblico, gran parte de esa incertidumbre desaparece, porque José posee los trazos gruesos de un calendario del tiempo venidero. Y conocido el pronóstico, lo pronosticado deja de cumplirse.

Todo esto permite inferir la incompatibilidad que media entre una concepción de planificación centralizada de la sociedad y una sociedad libre. Pretender asociar ambas, es decir, el plan y la producción libre, es arriesgar que, una vez descifrado el plan burocrático por parte de los empresarios, tal plan sea alterado.

La ficción nos ha mostrado profusamente las complicaciones que resultan de regresar al pasado mediante la máquina del tiempo. Retornar a un estadio anterior conociendo el curso que efectivamente tuvieron los acontecimientos, y pretender que no lo modifiquemos cuando contradice nuestras preferencias éticas, es absurdo. ¿Quién podría ser testigo impasible del crimen de Sarajevo, conociendo las consecuencias que trajo?

Lo cierto es que nuestro conocimiento preciso del futuro humano nos pondría en la misma situación que es improbable remontado del tiempo hacia atrás. Pero aun sin el calendario o la máquina del tiempo en sus

manos, los hombres vienen modificando numerosos futuros que parecían inexorables: se han dado maña para hacer el amor sin que ello los obligue a procrear, para no morir masivamente cuando algunas enfermedades infecto-contagiosas se introducen en sus poblaciones, para cultivar desiertos, etc. Es decir, que el futuro aparece siempre en la actividad del hombre, pero no como un mundo a esperar sino a construir[4]. Frágil a la certeza, nuestro futuro es incertidumbre y riesgo. Si a nuestra vida venidera nos la ofrecieran ya realizada en ese preconocimiento del calendario del tiempo, la alteraríamos cuando nos desfavorezca y alentaríamos su cumplimiento toda vez que nos beneficie. Esto es, los hombres deben inventar y realizar sus futuros. Veremos luego que en esa invención radica nuestra libertad.

II La Libertad como Valoración

Se ha dicho que la libertad es la relación entre el estado presente de la conciencia y su decisión próxima. Y como tal relación es, precisamente, libre, no puede ser definida. El acto libre que precede a las decisiones humanas suele entenderse, así, como una cuña de irracionalidad en el orden del mundo.

¿Pero eso significa que el acto libre no está sometido a regla alguna en su accionar? Defender que el hombre es libre y que su libertad transcurre dentro de un esquema reiterativo es, al parecer, defender una causa perdida. Sin embargo, es lo que aquí haremos.

Decíamos al comienzo que la interpretación corriente concede al medio ambiente el carácter de causa de nuestra libertad: en tanto él permita o prohíba nuestras conductas, seremos libres o no. Esta versión de la libertad confunde la causa con el efecto, ubica la carreta delante de los bueyes. Porque el medio ambiente (histórico, biológico, social, etc.) aparece como permisivo o restrictivo según cuáles opciones haya escogido nuestra libertad. Robinson Crusoe padeció a su isla como un lugar opresivo que lo anclaba en la soledad. Y sus años en ella los vivió con el ánimo tensado por la voluntad de abandonarla y recuperar su sociedad perdida. Ese mismo entorno, sin embargo, hubiera configurado el hábito ideal para un anacoreta. Lo cual prueba que la condición de opresivo o permisivo no es una propiedad inherente al medio mismo, sino atributos que él asume cuando es

[4] En todo caso, nótese la paradoja en que nos embarcamos al sostener que las cosas humanas tienen un destino rígido: cualquiera sea, éste sólo puede ser propuesto a condición de que se lo desconozca. Porque conocerlo nos hará modificarlo, esto es, negar que exista.

confrontado con nuestra intencionalidad. La intimidad de cada cual escoge el sentido que asumirá ese entorno. Piénsese en algo tan inmediato como nuestro propio cuerpo. ¿Cuántas actividades ha ideado el hombre para realizar con ese cuerpo? Una somera descripción de la variadísima tarea laboral y deportiva mostraría la enormidad de caminos que diferentes actos libres han creado. Pretender que el entorno nos permite o nos niega nuestra libertad es algo que sólo puede hacerse después que nuestra libertad ha escogido el sentido que otorgará a ese entorno. Ningún medio puede determinarnos en dirección alguna, pues él mismo está determinado por nuestras opciones. Ahí están Sócrates y sus discípulos ante la muerte próxima del maestro. ¿Qué es esa muerte? En vano los discípulos intentan convencer al porfiado Sócrates. Ellos ven en esa muerte un despojo. El, en cambio, el cumplimiento de un destino personal que ha escogido mucho antes. En el cristianismo de tradición católica, la pobreza suele estimarse a veces como un mérito, como la capacidad de renuncia a los beneficios de este mundo para mejor conquistar el otro, el definitivo. Dentro del cristianismo luterano, en cambio, la riqueza puede ser vista como un mérito especial, como el síntoma de que su portador es grato a los ojos de Dios. Si la pobreza o la riqueza fuesen meritorias o defectuosas por sí mismas, si se tratara cualidades objetivas de la conducta humana, los hombres ya se hubieran puesto de acuerdo en ese punto.

Cada uno de nuestros actos está basado en una estimación que funda un orden con sentido. La desaforada marcha de los españoles que se lanzaron a la conquista del nuevo mundo resultaría incomprensible si no tomáramos en cuenta el proyecto que los animaba. Y lo notable es que los proyectos humanos son diferentes. He ahí el origen de nuestras discrepancias. Cortés y Cuautémoc guerrean porque sus estimaciones son distintas. Esto parece una trivialidad. Pero lo curioso es que a menudo se olvidan estas trivialidades. El causalismo histórico pretende hacernos creer que ambos personajes estaban determinados a seguir la conducta que tuvieron por los antecedentes de sus respectivas culturas. Pero en rigor nada puede imponernos una estimación determinada acerca de algo, salvo nosotros mismos. Ahí está la mexicana Malinche aliándose a los españoles, o el cura Bartolomé de las Casas, contemporáneo de Cortés, luchando en favor de los indígenas; o San Pablo, camino de las sinagogas de Damasco, torciendo su rumbo hacia la cruz del evangelio; o el gaucho Cruz abandonando la partida que intenta dar caza a Martín Fierro y hermanando a éste su puñal díscolo.

Las opciones implícitas en estos virajes —como en cualquier conducta humana— no pueden provenir causalmente del entorno sino al revés:

éste asume el sentido que esas opciones le otorgan. Una estimación moral subyace en cada una de esas conductas. Y las estimaciones morales no son parte del medio: búsquese, si no, en cualquier porción de mundo algo que se parezca a un valor. Inténtese torcer la voluntad de Gandhi mediante la oferta de la mayor riqueza. O procúrese saciar la codicia sin fin de Pizarro con el oro del Inca. Si el valor del oro fuera una propiedad intrínseca al metal, no habría Gandhis ni Pizarros, ni fluctuaciones de su precio en el mercado, sino sólo una homogénea manera de juzgarlo.

Todas las formas del determinismo ambientalista sostienen que el hombre sólo es libre cuando *puede realizar* su elección. En este sentido, es el medio el que concede o niega esa realización. La sociedad aparece así como la responsable de nuestra libertad, como la instancia que nos concede o priva de libertad. El acento puesto en el *poder hacer* echa en olvido que ese poder hacer está sometido a nuestro *querer hacer* previo. Y es éste, en verdad, el que concede a lo social su carácter de acogedor u hostil. Y somos nosotros, cada uno de nosotros, los responsables de nuestras opciones. Es inútil querer cobijarse en el alero social para responsabilizarlo de lo que somos. Al revés, es él quien resulta determinado por el complejo entrecruzamiento de nuestras intencionalidades diferentes.

La impresionante diversidad social echa raíces en la particular opción que cada uno de nosotros ejercita.

Si atendemos a las relaciones que vinculan nuestras valoraciones a nuestros actos, podremos comprender por qué la libertad está comprometida con un esquema reiterativo en su accionar (lo cual, señalábamos arriba, parecía insostenible). Dicho esquema, dentro del cual ejercemos nuestra libertad, puede formularse así: con nuestra acción esperamos obtener algo más valioso que el esfuerzo que esa acción nos exige.

Queremos decir que no hay acción propiamente humana sin objetivo preconcebido. Y ese objetivo involucra una estimación, una valoración positiva de ese objetivo: la acción se realiza para obtenerlo. De donde la acción misma, subordinada como está al objetivo deseado, es estimada en menos respecto de este objetivo. El sacrificio minucioso del andinista, que bordea el riesgo del fin, esconde una valoración agigantada de esa cumbre a conquistar. La expectativa del oro a obtener o de los indígenas a evangelizar empujaron la marcha descomunal del conquistador y del sacerdote. El seductor juzga en menos el esfuerzo desplegado en su cortejo, siente que la conquista de su amada es un premio mayor. Todos ellos ven en el futuro que están construyendo la *compensación* con creces de sus esfuerzos. Y nuestro español *compensar* se origina en el latín *pensare*, que significa *pesar*. El resultado que esperamos de nuestra acción inclinará en nuestro

favor el platillo de la balanza, nos compensará del pesar que pueda producirnos el desgaste de esa acción. Por algo la justicia ha sido simbolizada con la balanza: porque toda acción comporta una ética, un conceder peso, gravedad, a cada conducta respecto del fin que la alienta. Por eso también la libertad se ejercita en el *pensar*, en el pensamiento que pesa el valor de las cosas y de las acciones.

Pero no dejemos que el símil de la balanza nos encandile. No dejemos que nos haga creer que las cosas y las acciones tienen un peso propio. Porque no es así. Somos nosotros quienes les concedemos o negamos gravedad. Nadie puede ayudarnos ni excusarnos de esa labor solitaria de pesadores. Cada tramo de nuestras vidas nos exige, implacablemente, elegir, valorar, pensar el peso de lo que hacemos respecto de lo que esperamos. En nosotros y en nuestros prójimos. Adviértase qué dura tarea es este ejercicio de la libertad, que no es otra cosa que el ejercicio de la vida. Nótese la superficialidad de aquella libertad exterior, en cuyo *poder hacer* suele verse el signo de nuestra condición de hombres libres. Al revés: que podamos o no podamos hacer algo no proviene de nuestras posibilidades ni del medio, sino de nuestras elecciones. Y una vez que hemos escogido un proyecto, desde él pesamos nuestras posibilidades y las limitaciones o facilidades del medio. Lo cual nos coloca nuevamente en la situación de valorar tales posibilidades y limitaciones. Y ésta es nuestra segunda razón para la libertad.

Las conductas sociales uniformes (hábitos, creencias, costumbres, valoraciones, etc.) suelen esgrimirse como “pruebas” del determinismo ambiental. Sin embargo, esas conductas sociales reiterativas son asumidas, escogidas por cada quien como proyecto de vida. Forzados a hacernos cargo de nuestras vidas, nuestras respuestas serán creadoras o imitadoras, pero son siempre las que cada uno ha elegido, aun cuando parezca que nos las entregaron hechas para su consumo.

Ahora puede verse por qué el ejercicio de la libertad ocurre dentro de un esquema repetitivo sin que ello sea contradictorio. Porque el esquema es vacío, no nos conmina en dirección alguna. Cada quien, mediante el ejercicio de su libertad, inclina la estimación en alguna dirección para que el medio que habita se vuelva comprensible. La acción remata esas opciones asumidas. Nuestra libertad exterior, pues, no está determinada fundamentalmente por el medio ni por nuestras posibilidades, sino por nuestra libertad interior que escoge su propio sistema de estimaciones. Tal ejercicio de la libertad interior origina la formidable diversidad humana.

Entre las numerosas formas del determinismo merece un lugar especial el determinismo biológico. Según éste, nuestras conductas estarían

determinadas por mecanismos orgánicos, especialmente los del sistema nervioso. En sus expresiones extremas, este determinismo ha negado toda realidad a la conciencia: en tanto las estimaciones, deseos, expectativas, imaginaciones, representaciones en general, no aparecen en cualquier examen del sistema nervioso, no pueden existir. Esta actitud, que pretende provenir de la ciencia, es anticientífica. Pues niega un orden de fenómenos por el hecho de no entenderlo. Está claro que hay correlaciones entre la actividad neuronal y la actividad de nuestra conciencia. Y seguramente la segunda no puede darse sin la primera. Sin embargo, con todo lo que ha avanzado el conocimiento del sistema nervioso, está lejos de contarse con una teoría suficientemente sólida para explicar el acontecer mental. La autorizada opinión de F. C. Crick sostiene que la percepción (y la subjetividad en general) constituye un asunto para el cual "no parece que se pueda contar con ninguna explicación, ni siquiera a grandes líneas o en esbozo"[5].

El acto libre, entendido como asignador de sentido a nuestro entorno y a nuestras acciones en él, no ha podido ser comprendido desde la biología. Del mismo modo que no puede entenderse el comportamiento de las grandes masas del universo sobre la base del comportamiento de las partículas subatómicas que las componen: sin éste, aquél no tendría lugar. Pero lo cierto es que el comportamiento molar constituye un ámbito con fisonomía propia, cuyas características no provienen exclusivamente de las propiedades de sus componentes. Tampoco la actividad de la conciencia puede comprenderse desde el sistema nervioso, aunque éste constituya su condición. Tal heterogeneidad de niveles de realidad (atómico, químico, orgánico, psíquico, histórico, etc.) es quizás el más rebelde de los problemas que vienen enfrentando la filosofía y la ciencia. Sólo un determinismo simplificador puede jactarse de haberlo resuelto y, en consecuencia, desconocer así la presencia del acto libre que se manifiesta en nuestra vida interior.

III Liberalismo y Colectivismo

Cuando un sistema de estimaciones se ha consolidado socialmente, ocurre que quienes viven en la creencia de tal sistema lo juzgan absoluto, incuestionable, "natural". Un iraní contemporáneo puede ver en el rostro femenino, descubierto en público, una blasfemia. Herodoto refiere la costumbre "bárbara" de los escitas de cortar el cráneo de sus mayores adversarios y usarlos para beber. Un esquimal que ofrece su esposa al visitante en

[5] *Reflexiones en torno al cerebro,* en Scientific American, N° 38.

señal de hospitalidad, o el hijo de cierta tribu siberiana que mata a su padre cuando éste ha llegado a la madurez porque cree que de este modo le asegura una vida ultraterrena en buen estado, sin las dolencias de la decrepitud, nos parecen "extraños", "anormales". Probablemente tan extraños como a ellos deben parecerles nuestros hábitos del baño diario, o de mezclar alimentos de distinto origen (terrestre, aéreo, acuático) o de cuidar de los viejos hasta el fin.

En el interior de la tribu, un número considerable de creencias (estimaciones) ha cristalizado. Y se presentan, al individuo criado en ella, como "naturales", "espontáneas". La gravitación que ejercen las estimaciones heredadas culturalmente es considerable. Tal influencia se ve reforzada por la búsqueda de seguridad que orienta al individuo a cobijarse en el orden de la tribu: las normas aparecen como las reglas para la sobrevivencia.

Pero hay otro impulso de dirección contraria que también alienta a cada uno de nosotros. Es la tendencia a singularizarnos, a conquistar para uno y ante los otros un dominio de privacidad donde no estamos dispuestos a aceptar los dictámenes de la tribu. Separada de la colmena, la abeja muere de soledad. Se siente fuera de sí porque su sí mismo está en el cosmos de la colmena. Solitaria, enfrenta al caos (Robinson Crusoe, en cambio, no sucumbió porque supo conservar consigo las prácticas de su tribu: preservando en ellas aseguró su retorno). Y, al revés, la convivencia forzada con sus congéneres enfurece al tigre. El hombre habita en esos dos estados de animo: precisa la compañía de sus prójimos y necesita también la soledad. Según se acentúe una u otra forma de convivencia, resultará que la tribu se afianza en desmedro del individuo o que éste robustece el ejercicio de sus propias estimaciones a expensas de la cohesión de aquélla. Este último régimen privilegia al individuo y desconfía de cualquier poder que la tribu asuma para controlarlo. Juzga valiosa la diversidad que caracteriza a las personas y supone que si se han asociado es para cumplir mejor sus vocaciones particulares. La libertad exterior (el poder hacer) es respetada como derecho que sólo encuentra su límite en el poder hacer de los demás.

En el otro extremo, en la opción colectivista, advertimos que se estima prioritaria la unidad de la tribu. El "bien común" sería el verdadero fin que justifica las acciones singulares. Cualquier desvío personal que anteponga el interés privado al público será sancionado como un extravío. La libertad exterior está subordinada a los supremos intereses comunitarios. Este régimen de convivencia desconfía de las personas, en cuya diversidad ve la amenaza para la unidad tribal. Porque si los hombres se han asociado no es para realizar sus virtualidades personales sino para el logro del "bien común". Debe recordarse, sin embargo, que esa noción es vacía: histórica-

mente ha asumido contenidos diversos (religiosos, carismáticos, económicos, biológicos, etc.). El "bien común" en que estaba pensando Hitler (que incluía, entre otras nociones, la de preservar la pureza de la supuesta raza aria) no es el mismo que tiene en vistas Khomeini o el que guiaba a Stalin.

El emparejamiento de las motivaciones, implícito en la voluntad gregaria del tribalismo, contrasta drásticamente con la aceptación de la diversidad de intereses que defiende el individualismo. Los custodios de la tribu reclaman, desde sus banderas (socialismo, comunismo, nacionalsocialismo, fascismo, por ej.), la primacía de la tribu (lo "social", lo "común", lo "nacional", el "haz humano").

Quizás el lector acepte con facilidad que el liberalismo es tributario de la tendencia individualista. La propuesta del "laissez faire" consiste justamente en dejar hacer a los individuos, en aceptar que dentro de la libertad exterior se cumplan los propósitos variados de las personas que viven en sociedad.

Probablemente el lector no acepte tan fácilmente que la democracia recoge el sentimiento de la tribu ("demos", pueblo, es otro ejemplo de bandera colectiva). Históricamente el liberalismo ha ido gestando una difícil alianza con la democracia. El producto de tal alianza es el demoliberalismo. Este pasa por democracia, pero en verdad es una forma de mantener a raya la pretensión totalitaria de cierta democracia. Un demócrata agregaría que el demoliberalismo es una manera de mantener a raya los vicios del individualismo, es decir, el triunfalismo de unos pocos en desmedro de las mayorías.

Las distintas formas colectivistas suelen entrar en conflicto entre sí. En la medida que cada versión proclama una verdad absoluta, es casi inevitable la discordia entre esos credos. Pero todos los credos totalitarios saben que ningún adversario es más peligroso para ellos que el liberalismo. Este no les opone una versión concluida acerca del mundo y del hombre, no plantea un "destino colectivo" que cumplir ni un sistema petrificado de creencias. Lo que el liberalismo defiende es la necesaria libertad exterior para que los individuos puedan movilizar la formidable diversidad de motivaciones nacidas de la libertad interior. Controlar ambas libertades (intentarlo, al menos) es el primer objetivo del plan colectivista. Unificar conciencias y administrar la actividad de los individuos es la voluntad de colmena que alienta dicho plan. Pero en rigor, ningún plan de la tribu puede sobrevivir sin el asentimiento de los miembros que la componen.

Curiosamente, el liberalismo también es defensor de la igualdad. Enemigo de los privilegios no obtenidos por mérito propio, sostiene que los hombres han de ser iguales ante la ley. En este punto el colectivismo se

reconcilia con el individualismo: también él aspira a un igualitarismo. Este traslapo de dos modelos antagónicos de convivencia social es sorprendente.

Puede sostenerse que si bien ambos se refieren a la igualdad, la están concibiendo de distinto modo. La igualdad deseada por el liberalismo equivaldría a la garantía que tienen todos los competidores en el juego de la vida para iniciar dicho juego: las leyes del juego protegerían a los miembros contra cualquier desventaja indebida y aseguraría así el triunfo limpio de los mejores. Se trataría de una igualdad que viene a garantizar la diversidad plena de las personas. En estilo semejante a como la selección natural introduce las reglas de la sobrevivencia, la igualdad liberal consistiría en introducir las normas de convivencia necesarias para la mejor realización de las intenciones diferentes de los individuos. En cambio, la igualdad del plan colectivista no radicaría en las condiciones deseables sino en las condiciones finales: procuraría obtener la unificación de las conciencias en torno a la noción de un "bien común" sustantivo, defendida por el plan. Esta igualdad corregiría cualquier desviación de la uniformidad que se procura, cautelaría todo riesgo de diversidad. Se trataría, en suma, de igualdad *jurídica* en el caso del liberalismo. Y de igualdad *ideológica* en el colectivismo.

Lo anterior intenta conservar la oposición liberalismo-colectivismo arguyendo que la noción de igualdad empleada por ambos no es la misma. Desde otro ángulo, puede sostenerse que si bien la oposición es clara, cada uno de los polos contiene elementos germinales que lo aproximan al otro extremo. La igualdad, en tal caso, no es congruente con el ejercicio de la libertad. Y si el liberalismo reclama igualdad es porque se ha dejado seducir por la tentación emparejadora del colectivismo. El plan de la tribu tampoco es congruente con la libertad. Es decir que libertad e igualdad no son nociones ni realidades que se puedan emparentar impunemente. Veamos primero cómo el liberalismo se desliza sin advertirlo hacia el tribalismo colectivista.

En la perspectiva liberal, la vida del organismo social debería regirse por una legalidad semejante a la que domina en todo fenómeno biológico. La evolución de la vida recurre, además, a la diversidad de formas. Ello asegura mayores posibilidades de sobrevivencia y el dominio territorial. Por otro lado, el medio funciona como selector de aquellas formas que mejor se pueden ensamblar con él. El resultado de esa diversidad sometida a la selección natural es el formidable equilibrio ecológico que la vida nos muestra. En lo social deberíamos aceptar el mismo esquema: la diversidad de actividades y productos sociales será el resultado de permitir la mayor libertad exterior a los individuos. Su imaginación y voluntad, suficiente-

mente fecundas de suyo, serán autoras de la variada riqueza que hoy ofrece la sociedad opulenta. El medio social (el mercado de las libres transacciones) obrará, a su vez, como agente selector: ciertas conductas y productos tendrán éxito, otros no. Así como la vida orgánica, sin dirigismos exteriores, ha sido fecunda para crear seres muy distintos y sumamente adaptados al entorno, así también la vida social ha de cumplirse sin dirigismos para mejor lograr la producción de bienes y servicios que los individuos requieren. Es el individuo, cada uno de los miembros de la comunidad, quien decide si un producto cualquiera es estimable: de su elección depende la sobrevida o la declinación de cada obra o acción generada por iniciativa también singular. Es bueno que seamos diferentes, que nuestros fines sean distintos. Ello redundará en salud social. Este culto de la pluralidad, nótese, no parece fácilmente aproximable a la igualdad. Sin embargo, no puede ignorarse este fenómeno tan frecuente: cuando la competencia selectiva del mercado amenaza al triunfo obtenido por uno de sus miembros, éste busca la alianza con su adversario y, si puede, organiza el monopolio. Este monopolio elimina el riesgo y asegura la sobrevivencia sin los sobresaltos de la lucha selectiva. En todos los grupos sociales se observa esa tendencia a privilegiar sus intereses mediante pactos monopólicos. La búsqueda de seguridad acerca el individuo a la tribu. Y cuando el pacto de no competencia se consolida, ese individuo ha renunciado al sistema que le dio origen. Asimismo, los marginados por el monopolio, los emprendedores, al verse eliminados "legalmente" de la competencia en que quieren participar, dirigen sus esperanzas hacia el Estado para que éste rompa la pequeña tribu del monopolio y permita el juego libre que hará crecer al más hábil, al que produzca mejor y más barato. Pero pedirle al plan tribal (el Estado) que destruya los planes monopólicos que se organizan dentro de la tribu, es pedirle que liquide aquello que le simpatiza. El Estado colectivo sueña con el monopolio total, con apropiarse de esas unidades cerradas a que ha descendido la iniciativa privada.

Notable es también el movimiento inverso del tribalismo hacia el individuo, que practica el colectivismo. Los administradores del plan tribal recurren, una vez tomado el poder, a una organización social montada en la obediencia. Surge así la burocracia, el oficinismo, en cuyos escritorios empieza a tomar cuerpo "el bien común". Antes era sólo una vaga idea que incendió el corazón de las multitudes y las hizo conquistar el gobierno del Estado. Pero ahora, compulsados por el plan de los administradores y sin la perspectiva del beneficio personal como compensación de sus acciones, los individuos se marchitan y laboran a media máquina. La rueda social disminuye su ritmo, sometida al freno del desinterés personal que se ha origina-

do en la pérdida de la libertad exterior necesaria para movilizar las intenciones particulares. Finalmente, el terror organizado desde arriba por los administradores reemplaza al entusiasmo de la empresa personal en la actividad de los individuos. Si éstos han aceptado el plan, entregan su intimidad a la colmena. Pero, por otro lado, los administradores necesitan, además de la obediencia uniforme, la colaboración de los que saben. Sin ellos, la puesta en marcha del plan se hace poco menos que imposible. Pero los que saben son los mejores (etimológicamente: los aristócratas). Hay algo irónico en este recurso a los aristócratas por parte de los administradores abanderados del pueblo. Porque si bien la organización burocrática empalma adecuadamente con la voluntad colectivista, solicitar a los que saben, para que indiquen qué debe hacerse para sacar adelante al plan, introduce un fuerte rasgo antidemocrático. Porque el plan de los iguales está concebido por los diferentes.

Estos deslizamientos de un polo hacia el otro no deben hacernos olvidar que el tribalismo, dogmático e intolerante como es, no corre demasiados riesgos cuando recurre al individuo capacitado. Puede controlarlo con relativa facilidad. Su disidencia virtual es eliminada mediante la coacción. En cambio el individuo, en la sociedad liberal, corre mayores riesgos cuando camina hacia el Estado en demanda de seguridades: puede ser un viaje sin retorno, debido a la mayor fuerza de éste, su adversario.

El emparejamiento ideológico en torno a los fines que marcan el rumbo de la colectividad trae consigo una disminución de la diversidad creadora de los individuos: cuando éstos eligen repetir la consigna de la tribu, no explotan la rica cantera de la libertad interior. Saben, además, que están privados de la suficiente libertad exterior que les permitiría movilizar esa enorme diversidad potencial. Un mundo gris, empobrecido, reiterativo y sin expectativas es el precio que pagan las sociedades totalitarias por impedir las acciones creativas de las personas.

Los sistemas libertarios no han encontrado fórmulas mágicas para evitar los riesgos. Todo lo contrario, el riesgo de la vida en libertad es asumido como la condición para el florecimiento de la diversidad. Esto supone, claro está, una estimación positiva de la pluralidad de los intereses humanos. Los colectivismos, en cambio, ven en ella una suerte de perversidad, de anomalía. En el fondo, se trata de opciones que las personas y las sociedades han de escoger en algún momento de sus vidas.

En resumen, hemos visto tres razones diferentes en favor de la libertad. La primera es una refutación del determinismo en el ámbito humano. Si el determinismo fuese no sólo una hipótesis y, predicciones en la mano, mostrara su verdad, sería descalificado por las acciones de los hombres,

quienes, en conocimiento del futuro que se les avecina, lo modificarían. Y lo modificarían en vistas del cumplimiento de sus designios particulares, de sus preferencias. Los hombres son libres en tanto bosquejan sus propios futuros. Esto nos condujo a señalar una segunda razón en favor de la libertad: no tenemos más remedio que asumir la tarea de estimar, de asignar sentido al mundo, a nuestras acciones dentro de él y a las de nuestros prójimos. La libertad interior, como la plomada o la brújula, señala a la acción el fin elegido. Cuando nuestra intimidad ha escogido un rumbo, entonces (sólo entonces) el medio en que vivimos nos enfrentará con dificultades o facilidades. Decíamos también que somos libres, en un sentido derivado, cuando podemos ejecutar nuestro plan. Pero es ineludible que nuestro poder hacer se funde en un querer hacer previo. El polimorfismo de las intenciones humanas puede ser respetado o controlado por las reglas de convivencia social. Indicábamos —y en eso consistía una tercera razón para la libertad— que si el fin escogido como valioso es una sociedad plural, enriquecida por la infatigable diversidad de las intenciones personales, entonces no puede apostarse en favor de los colectivismos emparejadores. Es precisamente esto lo que hoy hacen muchos demócratas: claman por la libertad y votan por el colectivismo. □

CONFERENCIA

EL ANÁLISIS COMPARATIVO DE SISTEMAS ELECTORALES, CON ESPECIAL CONSIDERACIÓN DEL CASO CHILENO*

Dieter Nohlen**

Este texto abarca varios ámbitos del análisis comparado de sistemas electorales, descripción de la materia del estudio, elementos y conceptos de la sistemática electoral, efectos de los sistemas electorales.
En relación a este último tema, el autor entra en un examen de unos planteamientos teóricos de Giovanni Sartori, quien en esta misma revista (N° 17) reafirmó la certeza de las famosas leyes de Duverger. Nohlen llega a conclusiones contrarias, basando su crítica en observaciones metodológicas e histórico-sistemáticas y proponiendo un enfoque contextual. En la última parte, Nohlen se refiere al caso chileno y enfoca la opción por un sistema electoral desde el análisis cauteloso de la estructura del conflicto político en Chile y de las variables institucionales, de partido y de comportamiento de los actores. Su propuesta —en líneas gruesas— de un sistema electoral chileno es sin lugar a dudas una contribución importante al debate nacional.

I Materia del Estudio

El análisis comparativo de sistemas electorales estudia la estructura, clasificación y efectos de los sistemas electorales. Estos son en particular:

1 El registro de las diversas reglas técnicas de la organización de las circunscripciones electorales, candidaturas, procedimiento de votación y modalidades del cómputo de los votos para la conversión

* Versión revisada por el autor de conferencia dictada en el Centro de Estudios Públicos el 30 de enero de 1985.

** Doctor en Ciencia Política de la Universidad de Heidelberg y profesor de la misma Universidad. Es autor de múltiples ensayos y libros, entre ellos *Sistemas Electorales del Mundo,* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981.

de los sufragios en escaños. Aquí no se trata únicamente de un inventario positivista, sino del modo de funcionamiento de sistemas electorales (how the electoral systems work) y de la significación de elementos específicos en las consecuencias de los sistemas electorales.

2 Sistematización de la materia mediante la explicación de conceptos básicos, como sistema mayoritario y sistema proporcional, establecimiento de las diversas clases, subclases y coordinaciones de los sistemas electorales empíricos.

3 Formulación de hipótesis y examen de las consecuencias de diversos sistemas electorales en los sistemas políticos y especialmente en los sistemas de partidos, sobre la base de investigaciones particulares concretas en comparación diacrónica y en comparación sincrónica de los países. Una especial forma de análisis está constituida por los estudios hipotéticos que buscan responder la interrogante acerca de cuál habría sido el resultado electoral si se hubiera utilizado otro sistema electoral.

A continuación deseo, antes que nada, referirme a la sistemática electoral, es decir, a aquellas cuestiones relativas a la determinación, orden y evaluación de los sistemas electorales y sus elementos constitutivos particulares. Al parecer, aquí se trata sólo de problemas de definición; sin embargo, una clara conceptualización es una premisa indispensable para un adecuado marco analítico (framework of analysis). El mayor registro sistemático posible del objeto cumple en esto la función heurística de llamar la atención sobre aquellas variables, sin cuya consideración resulta muy somero el análisis comparativo de sistemas electorales. Luego me ocuparé de qué significación corresponde a los sistemas electorales en el proceso político y, además, intentaré explicar qué efectos tienen los sistemas electorales. ¿Qué puede realmente afirmarse en forma científica acerca de las consecuencias políticas de los sistemas electorales? El debate sobre esto ha comenzado (una vez más) recientemente y quizá contribuya a algunas clarificaciones. Finalmente, deseo agregar algunas ideas acerca de la historia electoral chilena, sobre la estructura del conflicto político, respecto del significado del sistema electoral en aquellos factores de los cuales depende la estructura del sistema de partidos, y sobre la conformación del sistema electoral.

II Sistemática Electoral: Elementos y Conceptos

Entendemos por sistema electoral el procedimiento por medio del cual —a efectos de la designación de órganos representativos— los electores expresan su voluntad en votos y los votos, a su vez, se convierten en escaños. En el ámbito del sistema electoral se regula el procedimiento que va desde la formación de la candidatura hasta

la asignación de los escaños o la designación —en términos partidistas— del Parlamento en su conjunto.

Las áreas fundamentales del sistema electoral son cuatro:

1 La división del país en circunscripciones electorales. Por regla general, el territorio nacional está dividido en circunscripciones. Se distingue entre diferentes tipos de circunscripciones según el tamaño del distrito, o mejor dicho, según la cantidad de escaños que correspondan a una circunscripción. Se puede distinguir no solamente entre distritos unipersonales y plurinominales, sino también formar grupos de entre los distritos plurinominales, pues por lo que respecta a la representación política tiene mucha importancia el tamaño de los distritos: cuanto mayor es el distrito, tanto mayor será el efecto proporcional ejercido por la división del territorio en distritos.

2 Formas de candidatura. En primer lugar, hay que distinguir entre candidatura individual y candidatura de lista; en segundo lugar, entre los diferentes tipos de lista: lista abierta, lista cerrada, lista cerrada y bloqueada. Otra característica de la candidatura consiste en la posibilidad o no de formar coaliciones de listas según el ámbito territorial, dentro de un distrito plurinominal (lista de circunscripción) o en el área de varios distritos.

3 Procedimientos de votación. El votante puede tener un voto para votar por un candidato o por una lista (voto único) o disponer, en distritos plurinominales, de tantos votos como diputados haya que elegir en el distrito (voto múltiple). Si la cantidad de votos es menor que la de los diputados a elegir, se habla de voto restringido.

4 Reglas para la distribución de escaños. Esta área viene determinada, en alguna manera, por los puntos anteriores e incluye los factores más importantes en relación a los efectos de sistema electoral. Incluye, por ejemplo, la determinación:

a) de la regla decisoria (mayoría o proporcionalidad); b) del ámbito de adjudicación de los escaños (distrito, agrupación de distritos, región, Estado federado, territorio nacional); c) del método de cómputo (se puede distinguir entre el procedimiento de cociente electoral y del divisor, siendo el método d'Hondt el más conocido); d) de la barrera o del umbral inicial de acceso a la representación (de unos cuantos escaños o de un porcentaje mínimo de votos).

Quizá sería preciso especificar con mayor vigor los instrumentos necesarios a proporcionar para el análisis comparativo. Ejemplarmente deseo hacerlo para el área de los métodos de cómputo, donde a menudo existe falta de claridad *(Ferrer/Russo,* 1984, pág. 142 y sig.). El método d'Hondt es un procedimiento divisorio, también llamado procedimiento de la cifra mayor (Höchstzahl). Los procedimientos divisorios deben distinguirse de los procedimientos de la cifra electoral (Wahlzahl) que trabajan con cocientes electorales o cifras repartidoras. Mientras que en los procedimientos divisorios se distribuyen los escaños en un procedimiento único, esto no resulta en la mayoría de los procedimientos de cifra electoral; de-

pende de la fórmula según la cual se calcula la cifra repartidora. La mayoría de las veces quedan escaños sobrantes que deben ser distribuidos en un segundo o tercer procedimiento. La participación en estos procedimientos puede depender de determinadas condiciones (umbral mínimo) o bien puede emplearse un procedimiento que favorezca a ciertos partidos, de tal manera que en los procedimientos de cifra electoral —de manera distinta que en los procedimientos divisorios— la representación política, en el segundo o tercer procedimiento distributivo, puede ser dirigida. De éstos, el ejemplo más conocido es el sistema electoral griego.

Con frecuencia se presenta controvertidamente cómo opera el método d'Hondt y a menudo se lee que favorece a los partidos grandes. En España todas las "injusticias" se cargan, como cuestión casi de principios, a "Monsieur d'Hondt". De ellos es únicamente cierto que Víctor d'Hondt efectivamente era belga y francófono. El método d'Hondt en sí mismo alcanza resultados relativamente proporcionales. Comparado con otros procedimientos divisorios (por ejemplo, el método St. Lague), favorece, cuando el resultado es diferenciado, a un partido grande a costa de uno chico. Lo decisivo es con qué frecuencia se utiliza el método d'Hondt; si existen muchas circunscripciones electorales (que además son pequeñas) o pocas y grandes circunscripciones. Por lo tanto, el factor decisivo es la distribución de las circunscripciones electorales.

También surgen problemas de definición frente a la cuestión acerca de qué se debe entender por sistema mayoritario y qué por sistema proporcional. Tradicionalmente se definen sistema mayoritario y sistema proporcional de la siguiente manera: Sistema mayoritario es aquel en que se elige al candidato que obtiene la mayoría (absoluta o relativa). Sistema proporcional es aquel en que la representación política refleja, si es posible exactamente, la distribución de los sufragios entre los partidos. Ambas definiciones son, ciertamente, correctas, pero no se corresponden: a una se le desprende la regla decisoria, a la otra el resultado electoral, el modelo de representación. Un intento de definición —desconocido para mí hasta la fecha— encontré recientemente en un estudio chileno: "Los sistemas pluralistas consisten en elegir un solo representante por distrito, mientras que en los sistemas de representación proporcional se elige más de un representante por agrupación" *(Ferrer/Russo,* 1984, pág. 142). Aquí, un elemento técnico, la dimensión de la circunscripción electoral, se ha tornado criterio de definición, lo que históricamente es muy limitado, porque el distrito uninominal aparece perfectamente en sistemas de elección proporcional (por ejemplo, en el sistema electoral de la República Federal de Alemania) y, por su parte, los distritos pluri-nominales surgen en sistemas electorales mayoritarios. La elección en circunscripciones electorales bi o trinominales son incluso elección mayoritaria. Pensemos sólo en el desarrollo histórico del sistema electoral británico. En él, la circunscripción electoral uninominal se impuso completamente recién en 1948.

Nadie ha afirmado que el sistema electoral británico del siglo XIX, cuando la circunscripción electoral uninominal estaba aún en minoría, era un sistema electoral proporcional.

También los sistemas de voto restringido (podrían mencionarse los sistemas electorales de España y Portugal antes e incluso después de la primera guerra mundial) descansan en la circunscripción plurinominal y son sistemas electorales mayoritarios, que permiten una representación de minoría.

En otras oportunidades (Nohlen 1969, 1978, 1981), he propuesto definir el sistema mayoritario y la representación proporcional según la función de representación: "Básicamente, existen dos tipos de sistema electoral: el sistema mayoritario y el sistema proporcional. El criterio que define a qué tipo básico pertenece tal o cual sistema electoral, no es un criterio técnico aislado, por ejemplo la regla decisoria, sino que fundamentalmente es el concepto de representación al que se aspira. El objetivo de representación del sistema mayoritario es la formación de mayorías; fomentándose la desproporcionalidad de votos y escaños se persigue o se logra la formación de una mayoría por un partido o una coalición de partidos. El objetivo de representación del sistema proporcional es establecer una relación con el más alto grado de proporcionalidad posible entre votos y escaños, y, con ello, el reflejo casi exacto del electorado en el Parlamento" (Nohlen 1984/837).

Giovanni Sartori (1984) implícitamente procede de forma semejante, cuando trata el sistema mayoritario y el sistema proporcional según la medida de sus efectos. Para él, el sistema mayoritario es un sistema fuerte (por tener efecto) y la representación proporcional un sistema débil (por no tener efecto). En otra ocasión (Nohlen 1984) he objetado esa definición nominal de que la representación proporcional tiene un objetivo de representación claramente definido. Este objetivo de representación, desde la perspectiva de la historia de las ideas, viene de los racionalistas franceses del siglo XVIII. Políticamente, era deseable para las emergentes agrupaciones políticas de la clase obrera europea, porque resultaba de la misma significación que la abolición de los privilegios de los partidos del statu quo mediante los sistemas electorales existentes. También después de la implantación de sistemas electorales proporcionales, la finalidad de las reformas era mejorar la proporcionalidad y, con ello, acercarse más al modelo de representación. Aquellos que histórica y actualmente abogan por la representación proporcional, lo hacen por los efectos que ellos aplauden.

III Efectos de los Sistemas Electorales: Las Leyes de Duverger y su Reformulación por Sartori

En la ciencia y en la política reina un espectro de opiniones sobre los efectos de los sistemas electorales que no se compadece

con la complejidad de las relaciones causales entre las líneas de conflicto social, por una parte, y las reglas político-institucionales, por otra.

Lo que en su tiempo fue formulado como "leyes sociológicas" (Duverger 1951) ha quedado profundamente arraigado en el conocimiento de los que no son especialistas: el sistema de mayoría relativa en circunscripciones uninominales conduce a sistemas bipartidistas y la representación proporcional a sistemas pluripartidistas. Estas leyes, que como leyes de las ciencias sociales no son determinadas (por lo demás nunca se alcanzará el efecto en razón de la ley, sino que siempre sólo correspondientemente a una ley), científicamente son en varios sentidos erróneas o inadecuadas:

1 Son erróneas, porque demasiados casos contradicen los efectos de leyes atribuidas a los tipos básicos de los sistemas electorales. Existen sistemas pluripartidistas con el sistema de mayoría relativa (Canadá, India) y sistemas bipartidarios con representación proporcional (Austria). Dada la controversia acerca de qué es un sistema bipartidista, no deseo discutir otros ejemplos en este punto.

2 Como existen repetidas excepciones, las leyes están formuladas inadecuadamente, porque no se indica bajo qué condiciones deberían tener vigencia. Luego, los casos discordantes no fueron reconocidos, o bien utilizados para afinar las leyes.

3 Las leyes son inadecuadas porque no comparan un sistema electoral con otro, sino que el sistema de mayoría relativa con un principio de representación, la representación proporcional. No obstante, el principio puede expresarse de diversa forma en los sistemas electorales, que entonces pueden tener muy diversos efectos. De manera general, los sistemas electorales de representación proporcional pueden dividirse en subgrupos de la siguiente manera:

a Sistemas proporcionales puros (Israel, Holanda, Nicaragua) que aspiran a la proporción matemáticamente posible del conjunto de escaños disponibles.

b Sistemas proporcionales que dificultan el acceso a los escaños mediante cláusulas prohibitivas (umbrales mínimos) o restricciones a los escaños. Sin embargo, luego de la eliminación de los partidos pequeños los escaños son distribuidos proporcionalmente entre los partidos restantes. El caso más destacado es el sistema electoral de la República Federal de Alemania.

c Sistemas electorales proporcionales, que dificultan el acceso a los escaños y provocan resultados electorales no proporcionales de forma que, entre los partidos que alcanzan escaños parlamentarios, los partidos grandes son favorecidos frente a los chicos. La mayoría de los sistemas proporcionales caen dentro de este grupo de sistemas electorales proporcionales, por ejemplo, la España de la ley electoral de 1977, en cuyo marco tuvo lugar una considerable concentración del sistema de partidos y, junto a ello, la creación de la mayoría gobernante unipartidista del PSOE.

El cuadro 1 ofrece —en términos muy esquemáticos— una imagen de la diversidad de efectos, incluso de efectos opuestos, que producen los sistemas electorales de representación proporcional, lo que hace indispensable —comparando efectos— tomar sistemas proporcionales concretos de un lado y el sistema uninominal de mayoría relativa de otro lado.

Cuadro 1

Las Funciones y Efectos de los Sistemas Electorales: El Caso de la Representación Proporcional

Función/ a) efecto	1 Exclusión de los partidos pequeños	2 Ventajas para los partidos grandes	3 Ventajas para el partido más grande	4 Efecto reductivo sobre el sistema de partidos	5 Efecto de "fabricación de mayorías"
Holanda	no	no	no	no	no
Israel	no	no	no	no	no
Alemania	sí	no	no	sí	no
Suecia	sí	no	no	sí	no
España	sí b)	sí b)	sí	sí b)	sí
Portugal	sí	sí	sí	sí	no

Anotaciones: a) de l a 2 y 3 y a 4 y 5 disminuye la importancia del sistema electoral como causa del efecto señalado. Así, la exclusión de los partidos pequeños es una función y simultáneamente un efecto directo de la causa sistema electoral (barrera en la circunscripción o cláusula del 5 por ciento).

Si el sistema electoral fabrica mayorías unipartidistas o no, depende, sin embargo, bastante de las estructuras de los sistemas de partidos. Es el resultado de múltiples factores. Sobre este punto ver los casos de España y Portugal. Ver b) en el caso español, la tendencia general de los efectos del sistema electoral, que es igual al de Portugal, es rota por los partidos regionales. Estos partidos, no obstante ser pequeños, no son excluidos[1] ni perjudicados[2] por el sistema electoral. El efecto reductivo del sistema electoral sobre el sistema de partidos se limita a los partidos pequeños de ámbito nacional.[4]

Recientemente, Giovanni Sartori (1984) ha aprovechado la crítica a las leyes de Duverger para formularlas más suavemente como "leyes tendenciales": Ley de Tendencia uno: "Las fórmulas electorales pluralistas facilitan (son condiciones que facilitan) un formato bipartidista e inversamente obstruyen (son condiciones, que obstruyen) el multipartidismo. Ley de Tendencia dos: "Las fórmulas electorales de representación proporcional facilitan el multipartidismo e, inversamente, difícilmente conducen a un bipartidismo.

En esta forma atenuada, los enunciados por cierto se acercan a las condiciones empíricas, sin embargo, no desaparecen las debilidades estructurales (falta de condiciones generales, escasa diferenciación en el sistema proporcional).

Sin embargo, Sartori principalmente se ha esforzado en indicar las condiciones concretas para los efectos de los sistemas electorales, de tal forma que puedan mantenerse como leyes de las ciencias sociales. Así es, entonces, que de aquí en adelante el pundo dos de la crítica a Duverger podría considerarse caduco. Sartori establece cuatro leyes en lugar de dos. Ellas están expresadas textualmente en el Cuadro 2.

Cuadro 2

Leyes Duverger y Leyes Sartori

Duverger:

Ley 1 El sistema de vuelta única de mayoría (pluralidad) tiende al dualismo partidista.

Ley 2 El sistema de doble vuelta (mayoría) y el de representación proporcional, tienden al multipartidismo.

Sartori:

Ley 1 Dadas una estructuración partidista sistémica y una dispersión a través de los distritos (como condiciones necesarias conjuntas), los sistemas electorales pluralistas causan (es decir, son condición suficiente para) un formato bipartidista. Alternativamente, una estructuración sistémica de partidos particularmente fuerte es, por sí sola, la condición necesaria y sustitutiva para causar un formato de competencia bipartidista.

Ley 2 Dada una estructuración sistémica, pero faltando una dispersión a través de los distritos, los sistemas electorales pluralistas causan (es decir, son condición suficiente para) la eliminación de partidos situados por debajo de la pluralidad, pero no pueden eliminar y, en consecuencia, permiten tantos partidos por encima de dos, como lo permitan considerables concentraciones de preferencias por sobre la pluralidad.

Ley 3 Dada una estructuración sistémica de partidos, la representación proporcional obtiene un efecto reductivo causado (como condición suficiente) por su no-proporcionalidad. Así, mientras mayor sea la impureza de la representación proporcional, mayor será el efecto reductivo; y a la inversa, mientras menor sea su impureza, más débil será el efecto reductivo. Alternativamente, una estructuración sistémica de partidos particularmente fuerte es por sí sola condición necesaria y suficiente para mantener cualquier formato de partidos

que antecediera a la introducción de la representación proporcional.

Ley 4 Si falla la estructuración sistémica de partidos y se da por supuesta la existencia de un sistema de representación proporcional puro, esto es, un costo de entrada igual para todos, no habrá discriminación para que el número de partidos alcanzara el tamaño que permite la cuota.

Se han introducido dos condiciones, de las cuales una o ambas se señalan en las leyes. La primera variable es la existencia de partidos estructurados en condiciones de "mass politics". En caso de existir partidos relativamente estables, los sistemas de partidos son poco sensibles a los efectos que puedan surgir de los sistemas electorales. La segunda variable es la distribución geográfica del electorado de los partidos, de los cuales dependen, en los hechos, los efectos de los sistemas electorales.

En primer lugar, se comprueba que las cuatro leyes están a diversos niveles. Esto corresponde particularmente a la ley N° 4, comparada con las otras tres leyes. Por alguna razón, también el propio Sartori duda en el caso de la cuarta ley si se trata de una ley o sólo de una explicación.

El enunciado que se formula aquí en lo esencial es de sistemática electoral y en lo básico corresponde a una definición real: tantos partidos (en un sistema pluripartidista) pueden alcanzar escaños como partidos alcancen la cuota electoral. Esa es una definición del sistema proporcional puro. El contenido informativo de esta ley no es mayor que aquel que señala que en un sistema de mayoría relativa con circunscripciones uninominales resulta elegido sólo el candidato que alcanza la mayoría relativa de los sufragios (o más sufragios que cualquier otro candidato). Si es que no han surgido partidos estructurados (grandes) y existe dispersión de partidos, entonces se producirá fielmente la representación proporcional pura. Algo que ya está (dispersión de partidos) o no está (partidos (grandes) estructurados) se refleja por el sistema electoral. Correspondiente a su definición del sistema proporcional como "no effect system", Sartori no habla más de los efectos de ese sistema electoral, por ejemplo, de que fomenta la dispersión partidaria.

Además, las leyes de Sartori están de tal manera formuladas que son deterministas y no pueden fracasar jamás. En la indicación de condiciones concretas reproducen ellas descriptivamente situaciones por las cuales —por razones de la sistemática electoral— no puede desprenderse nada más que el resultado previsto (vaticinado). Esto se ve claramente cuando expresamos las leyes con otras palabras.

Ley 1. Si ningún tercer partido (además de los dos grandes) alcanza la mayoría relativa de los sufragios en una circunscripción electoral, existe un sistema bipartidista.

Ley 2. Si tenemos terceros partidos (es decir, otros partidos además de los dos grandes) que alcanzan mayorías relativas en una circunscripción electoral uninominal, existen tantos partidos más que dos como partidos puede exhibir esa concentración geográfica de sufragios.

Ley 3. Cuanto más fuerte el efecto de desproporción del sistema electoral (en este caso del sistema proporcional) tanto más fuerte el efecto de reducción en el número de partidos, o —formulado brutalmente—: cuanto menos partidos pasen la barrera de la circunscripción (efecto natural de pequeñas circunscripciones) o el umbral mínimo exigido, tanto menos partidos ingresan al Parlamento. Atención: Todos estos enunciados son correctos. Sin embargo, su contenido de información es reducido.

Finalmente, el enunciado antitético de Duverger: en el sentido de que el sistema mayoritario conduce a un sistema bipartidista, la representación proporcional a uno pluripartidista, en las leyes de Sartori es limitado no sólo mediante las condiciones señaladas, sino también mediante elementos de sistemática electoral, esto quiere decir, mediante la nueva valoración de los efectos de los sistemas electorales. Así, en su tercera ley, Sartori atribuye al sistema proporcional un efecto de reducción al número de partidos, según sea el vigor, carácter o contenido no puramente proporcional del sistema proporcional. Mientras Sartori opina que, con sus leyes, se aproxima a Duverger y lo protege frente a la crítica exagerada, en realidad lo abandona desde el punto de vista del contenido. El define los efectos de una de las dos causas investigadas del sistema proporcional de una manera como precisamente ha sido formulada por los críticos de Duverger: En ciertos casos, también los sistemas electorales proporcionales conducen a la concentración del sistema de partidos.

En vista de que la mayoría de los sistemas electorales proporcionales no provoca una proporcionalidad pura de sufragios y escaños, se modificaría completamente el enunciado tipo de las leyes (en el marco de la conceptualización de la relación sistema mayoritario-representación proporcional de Sartori): Dos causas pensadas (elaboradas) dicotómicamente no conducen más a dos resultados diferentes y contrarios (A conduce a x, B conduce a y), sino que dos causas basadas en el continuo no-effect-effect (A, B, C) conducen a un mayor/menor efecto (a más o menos z). En el cuadro 3 aparece la nueva formulación de Sartori entre los puntos A y B. En Duverger ambos puntos son coincidentes.

Cuadro 3

Sistema Mayoritario y Sistema Proporcional, Según las Leyes de Sartori Sobre los Efectos de los Sistemas Electorales:

		efecto reductivo	
no efecto	no efecto	efecto	efecto
A	B		
representación proporcional pura	representación proporcional impura		sistemas electorales pluralistas
representación proporcional			

IV Significado y Efectos de los Sistemas Electorales: Un Enfoque Contextual

En las páginas precedentes me he concentrado en debatir con aquellas posiciones que otorgan al sistema electoral el status de variable independiente en cuanto a los efectos que pudiera ocasionar en el sistema político. De acuerdo a esas visiones, determinadas estructuras del sistema de partidos serían, en mayor o menor medida (dependiendo de cada sistema electoral y de cada autor), el resultado del efecto causal del sistema electoral.

Al respecto, mis trabajos han sostenido insistentemente que no es adecuado intentar reducir al simple esquema de causa-efecto la compleja relación existente entre varios factores que determinan la estructura del sistema de partidos. En otros términos: el sistema de partidos y el sistema electoral se interrelacionan y dependen mutuamente. Y esa relación no es lineal y unidireccional, sino interdependiente y circular (ver Nohlen 1981, 618-650). Desde el punto de vista científico, ello exige centrar la atención en el estudio de la interrelación conformativa del sistema electoral y del sistema de partidos. Además, como ya lo he señalado, es necesario integrar el análisis a otros factores institucionales y, especialmente, no-institucionales, cuya dinámica y estructura determinan el sistema de partidos. Este tipo de enfoque —un enfoque contextual— se acerca más a la complejidad y diferenciación intrínseca al objeto de investigación y correspondiente a la realidad en la cual tiene lugar.

Lo primero que hay que señalar es que no hay consenso sobre la significación de los sistemas electorales de entre los varios factores que influyen en la formación de los sistemas de los partidos políticos. Las tesis sobre los efectos de los sistemas electorales pueden diferenciarse en:

a Aquellos que afirman que un determinado sistema electoral tiene tales o cuales efectos;

b Aquellos que tal determinación sólo la examinan fijados espacio-tiempo;

c Aquellos que sostienen que en determinadas condiciones socio-políticas los sistemas electorales no tienen efectos diversos notables.

El primer enunciado tipo, por lo general, valora de manera importante el factor sistema electoral, el segundo lo relativiza y el tercero lo considera de poca importancia.

Ahora bien, no se puede negar que los sistemas electorales dan forma a preferencias de votación y resultados electorales. Ellos influyen en la votación en la medida que colocan a los electores frente a una situación decisoria específica, que está marcada por las diversas posibilidades de éxito de los partidos, según los sistemas electorales. En particular aquellos electores que desean entregar un voto útil, evitan partidos, que por ciertas premisas dadas por los sistemas electorales tienen escasas posibilidades de alcanzar una representación parlamentaria. Por consiguiente, los sistemas electorales incluso pueden disminuir el éxito electoral de los partidos en cuanto al número de votos. Aún es más destacada su influencia en el éxito en cuanto al número de escaños de los partidos. En el favorecimiento o perjuicio, afianzado en la relación entre votos y escaños, descansan los efectos políticos —visibles para cualquiera— de los sistemas electorales. La mayor parte de la formación de mayorías partidarias es consecuencia del efecto de distorsión que desatan los sistemas electorales (ver Rae, 1971, pág. 77 y siguientes).

Al igual que el enunciado c), también el enunciado a) es insostenible científicamente. Si la dispersión de sistemas de partidos políticos y la inestabilidad de sistemas políticos se atribuyen causalmente a determinados sistemas electorales, así exagera el enunciado la significación del factor sistema electoral, ignora la multiplicidad de factores económicos, sociales y políticos que generan fragmentación política e inestabilidad. Por sobre todo, queda fuera de consideración que los sistemas electorales son reglas institucionales convenidas políticamente, que no corresponden a solemnes finalidades políticas de Estado sino reflejan más bien las concretas relaciones de poder político en una situación histórica dada.

A mi modo de ver, los sistemas electorales tienen importancia pero la determinación de su significado sólo es posible tomando en cuenta espacio y tiempo. Además, es imprescindible evaluar también los otros factores que podrían haber contribuido a la conformación específica de un sistema de partidos políticos y su cambio o evolución en el tiempo.

Entrando en el tema de los efectos de los sistemas electorales se puede atribuir, de manera muy general, en el número de partidos al sistema uninominal de mayoría relativa un efecto más reductivo que a los diferentes sistemas de representación proporcional.

Correspondiente con la definición, el propio sistema mayoritario fomenta más vigorosamente que la representación proporcional la formación de mayoría a través de un partido. También en los sistemas electorales proporcionales a menudo se favorece al partido

más grande, pero en realidad el principio de representación no tiende a eso. En la mayoría de los sistemas electorales de mayoría relativa los partidos pequeños sólo tienen posibilidades de éxito cuando sus electorados se concentran regionalmente o cuando pueden concluir pactos electorales con los partidos grandes y éstos les ceden algunas circunscripciones electorales. Pero también en la mayor parte de los sistemas electorales de representación proporcional, a los partidos pequeños les resulta difícil ingresar al Parlamento. Esto radica bien en cláusulas prohibitivas, como en la República Federal de Alemania, Suecia y España, o en la distribución de las circunscripciones electorales, que puede constituirse en una barrera inmanente del sistema para una representación proporcional. En un sistema electoral proporcional, la distribución geográfica electoral de los sufragantes de los partidos también puede ser de gran importancia. La distribución de las circunscripciones electorales (es decir, el tamaño de las circunscripciones) y la dispersión del electorado según criterios político-partidarios son en los hechos las variables más importantes cuya entrada en escena sólo posibilita enunciados tendenciales generales, relativamente vagos, acerca de los efectos de los sistemas electorales.

Con la mención de las variables geográfico-electorales, por cierto que en ningún caso se ha hecho aún lo suficiente en materia de los factores no pertenecientes a la sistemática electoral y su relación con los efectos de los sistemas electorales. No existe un enunciado científico sostenible de alto contenido informativo acerca de los efectos de los sistemas electorales, que pudieran desprenderse completamente desde las respectivas relaciones sociales y políticas. La homogeneidad o heterogeneidad social, ética o religiosa de una sociedad es mucho más importante para la estructura de un sistema de partidos como para proceder simplemente en ciencias sociales de manera ahistórica. Este contexto es además altamente relevante para la elección del sistema electoral. Así, puede formularse el siguiente enunciado: A mayor fragmentación social consolidada es más posible la implantación de un sistema proporcional y también más posible el surgimiento de un sistema pluripartidista. Si verdaderamente predomina una fragmentación social, entonces probablemente tampoco un sistema de mayoría relativa conducirá a un sistema bipartidista. Cuando mayor predominio de homogeneidad social, tanto más se optará por el sistema de mayoría relativa, pero también es más posible que surja, mediante sistemas electorales proporcionales, un sistema bipartidista o bien un pluralismo de partidos limitados en sus cifras.

V **El Caso** Chileno

Chile es un ejemplo de la complejidad de las relaciones entre el sistema institucional, estructura social, política de reformas y siste-

ma partidario. En relación al sistema electoral, en la reciente historia electoral del país han existido diversos problemas (ver en particular Cruz Coke, 1984). Ellos fueron moderados, pero no completamente solucionados, por las reformas de los años 50 y 60. En este punto, ante todo, pienso en la desigual relación entre población (o ciudadanos habilitados para votar) y escaños parlamentarios (diputados) o bien distribución de las circunscripciones electorales. La falta de adaptación al desarrollo de la población tocaba incluso los principios jurídicos de la igualdad del sufragio. Pero esto no tuvo importancia directa ni indirecta en el desarrollo de las líneas del conflicto político en la sociedad chilena.

Tampoco tendría sentido relacionar causalmente el sistema proporcional en circunscripciones de tamaño diverso y la distribución de los escaños según d'Hondt (un sistema electoral standard en algunas democracias occidentales), con el descalabro de la democracia. A Dios gracias, hasta la fecha no ha surgido nadie que —como en el caso de la República de Weimar— haya relacionado el desplome de la democracia con el sistema electoral. Sobre aquellos motivos de la intervención militar que se deben interpretar como dinámica del proceso, me he pronunciado en diversas oportunidades (en primer lugar, Nohlen 1973, antes del golpe en español ver el artículo de Boye/Nohlen en "Allende 10 años después". *Análisis* N° 3, octubre 1983).

En esta oportunidad deseo limitarme a problemas político-institucionales, que tienen que ver con las cuestiones del sistema de partidos y del sistema electoral. En el análisis de su interrelación debe considerarse que Chile tiene un sistema presidencial y que los problemas de los sistemas electorales en la discusión científica, casi siempre han sido tratados en el contexto de sistemas parlamentarios. En los sistemas parlamentarios, los gobiernos tienen su origen en el Parlamento. La formación de la mayoría parlamentaria, pero también la dispersión partidaria, lo que dificulta la formación de la mayoría, tienen aquí otro valor.

Por otra parte, en el sistema presidencial debe considerarse la especial relación entre las elecciones presidenciales y parlamentarias, lo que tampoco juega un papel en los sistemas parlamentarios, a lo sumo en sistemas mixtos como el de la V República en Francia. En el caso de Chile me parece, sobre todo, que la influencia de las elecciones presidenciales sobre las parlamentarias es de considerable importancia en la estructura y cambio del sistema de partidos. La fragmentación y concentración pueden observarse de manera relativamente independiente del sistema electoral, cuya reforma de 1961, por cierto, redujo considerablemente a los partidos en competencia, aunque la concentración ha sido fuertemente influida por las decisiones en las elecciones presidenciales.

Según su estructura fundamental, Chile tiene un sistema pluripartidista. Yo contaría cinco partidos (u orientaciones partidarias): nacionales, radicales, democratacristianos, socialistas y comunistas.

Su cohesión interna es diversa (ver también Huneeus 1983). Ningún partido alcanza para sí la mayoría absoluta de los votos; sin embargo, el sistema electoral puede contribuir a obtener la mayoría absoluta porque el efecto de desproporción del sistema electoral ha sido suficientemente grande (PDC 1965). La ubicación de los partidos se expresa vulgarmente a través del tamiz ideológico derecha/centro/izquierda. Incluso, reduciendo la competencia a una situación a tres bandas es improbable una mayoría de votos para una de las opciones. Pero las elecciones presidenciales conducen naturalmente a una simplificación numérica de las opciones, porque se entrega un solo mandato según la mayoría. No obstante, según los votos, en Chile es potencialmente mayoritaria una opción sólo con una nueva reducción de la competencia: alternativas que conduzcan a dos de las tres opciones ideológicas del espectro derecha, centro, izquierda, a alianzas formales (1973: CODE) o informales (elecciones presidenciales de 1964). Mayoría potencial son las alternativas marxismo-antimarxismo, dictadura-antidictadura. Estas simplificaciones del espectro político producen tensiones en los partidos políticos con la consecuencia que algunos sectores se separan y fundan nuevos partidos. Este proceso puede observarse en el Partido Radical (DR, PIR) en los democratacristianos (MAPU, IC), y recientemente, en la derecha política (a favor o en contra de Pinochet) y entre los socialistas (por la AD o por el MDP). Los imperativos de concentración en un sistema de cinco partidos con el objeto de producir decisiones políticas fundamentales liberan, por lo consiguiente, las fuerzas de la dispersión. Ellos pueden promoverse o moderarse mediante el sistema electoral. No obstante, las posibilidades de una ingeniería política mediante el sistema electoral son limitadas. En Chile, la estructura y dinámica del sistema de partidos dependen fuertemente de situaciones históricas concretas y de los discursos ideológicos relacionados con ella. Sin embargo, es indudable que en el marco de un análisis con mayor profundidad acerca de la interacción de los diversos factores, pueden obtenerse conocimientos, de los cuales extraer conclusiones para la legislación electoral.

En ese sentido, un punto de vista a considerar es que la concentración en el sistema de partidos chilenos en forma de una disminución del conflicto, al parecer está vinculada a una estructura dualista con un alto grado de polarización. Por lo visto, en el caso chileno, fragmentación y polarización no son variables correlativamente positivas, como pudo verse según las antiguas lecciones de los sistemas de partidos tomando como ejemplos la República de Weimar y la República italiana después de la segunda guerra mundial. Si este diagnóstico es correcto, por razones sistémicas globales la reducción del número de partidos —mediante la palanca de la sistemática electoral— no puede ser un objetivo razonable orientado a condiciones democráticas estables.

Más bien, debieran considerarse las propuestas tecnológico-sociales de estructuración de la competencia partidaria en su viabili-

dad para el sistema democrático. A menudo, tales puntos de vista se dejan fuera de atención. Una gran parte de la literatura que opta por el sistema uninominal de mayoría relativa no se plantea esta interrogante. Un caso clásico son los Países Bajos, cuya cultura política está marcada por el "horor majoritatis". Por cierto que la implantación del sistema de mayoría relativa modificaría sustancialmente el panorama de los partidos. Pero realmente nadie —entre aquellos relativamente conocedores de las condiciones de funcionamiento y estabilidad de la democracia holandesa— querría ese efecto, a no ser que se tratara del resultado de un proceso en el cual se han modificado las propias premisas sociales de la democracia holandesa. Tal proceso era esperado por los cientistas sociales para los años 70, pero no tuvo lugar en las dimensiones pronosticadas.

Un segundo punto de vista sería aproximar la estructura de competencia de los partidos en las elecciones parlamentarias a los de las elecciones presidenciales. Digo aproximar, pero no hacer idénticas, esto quiere decir reducir a dos opciones o a un máximo de tres. A mí principalmente me interesa desterrar las tendencias a la dispersión que aparecen en el proceso de adaptación de la competencia parlamentaria (de los partidos) a la competencia presidencial.

En mi opinión, la legislación electoral debiera dirigirse contra los partidos pequeños. Con ello se alcanzarían algunos efectos positivos para el sistema de partidos chilenos: un sistema de partidos más estable y más claramente estructurado, más disciplina partidaria, menos personalismo, menos intelectualismo. Las grandes corrientes partidarias gozarían de mayor peso y los sectores marginales no se desprenderían tan fácilmente, porque las divisiones y nuevas fundaciones de partidos estarían situadas en un "fuera de juego" a nivel político y deberían temer la nada política.

Un tercer punto de vista consistiría en facilitar la formación de mayoría a través de un partido. A lo menos el partido más fuerte, junto a otro, debiera poder disponer de la mayoría parlamentaria; una coalición de dos partidos puede ser suficiente. En la práctica del presidencialismo, esto significaría que el Presidente debería formar un gobierno de coalición. Por lo que toca a la estructura sociopolítica del conflicto en Chile, esto quema decir que, por lo general, debieran concluirse compromisos políticos más allá de una significativa línea de conflicto político: O entre el centro y la derecha, o bien entre el centro y la izquierda o dentro del centro, entre los sectores cristianos y laicos. En suma, correspondería al centro un importante papel en el sistema de partidos, el que ciertamente sólo puede realizarse cuando las distancias ideológicas a derecha e izquierda no son tan grandes como para que no puedan surgir coaliciones. Aquí se ve, los partidos situados entre el centro y la extrema derecha o bien la extrema izquierda igualmente pueden jugar un importante papel, por lo cual, basado en razones sistémicas globales, abogo por un sistema pluralista para Chile, el que pueda dar más flexibilidad, y con ello más estabilidad al sistema político; al contrario de un rígido sistema bi-

partidista. Un sistema bipartidista únicamente puede funcionar cuando no son tan grandes las distancias ideológicas entre ambos partidos. Sin embargo, en el sistema de partidos chilenos está dado un abanico ideológico que hace imposible una alternancia sólo entre dos partidos, porque puede suponerse que ambos partidos se orientarían a un mismo padrón básico económico y/o ideológico-social.

Estas reflexiones son provisorias. Aún no he podido abordar muchos factores que también debieran ser considerados. Ya he enfatizado las posibilidades limitadas de una ingeniería electoral. También he enfatizado el no ignorar las relaciones causa-efecto; la complejidad del objeto de estudio. Teniendo como telón de fondo estas precauciones teóricas e histórico-contextuales, deseo formular la siguiente propuesta: representación proporcional en circunscripciones plurinominales de tamaño mediano (de 3 a 7 diputados), tomando la división administrativa del país para delinear las circunscripciones, salvo en los casos en que habría que subdividir la provincia por razones demográficas; sistema d'Hondt; y prohibición de alianzas o pactos electorales.

Biografía Seleccionada

Butler, D. (1984), "Sistemas electorales" en *Estudios Públicos* N° 13, pp. 61-82, Santiago.

Carreras, F./de Valles, J. M. (1977), *Las Elecciones,* Barcelona.

Cruz Coke, R. (1984), *Historia Electoral de Chile 1925-1973,* Santiago, Editorial Jurídica.

Duverger, M. (1951), *Les Parties politiques* (Los Partidos Políticos), París (Colin).

Ferrer, C./J. Russo (1984), "Sistemas Electorales Parlamentarios Alternativos: Un análisis para Chile", en *Estudios Públicos* N° 13, pp. 141-152, Santiago.

Huneeus, C. (1984), "Los Partidos Políticos y la Transición a la Democracia en Chile Hoy", en *Estudios Públicos* N° 15, pp. 67-88.

Miranda, M. T. (1982), *El Sistema Electoral y el Multipartidismo en Chile,* en Revista de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile, N° 1, p. 59 y siguientes.

Nohlen, D. (1969), "Einführung in die Wahlsystematik (Introducción a la Sistemática Electoral), en *Sternberger, D., Vogel,* B. (editores); *Die Wahl der Parlamente* (La Elección de los Parlamentos) Tomo I, Europa, Berlín (de Gryter), pp. 1-58.

Nohlen, D. (1973), *Chile - Das sozialistische Experiment* (Chile - El Experimento Socialista), Hamburgo (Hoffmann und Campe).

Nohlen, D. (1978), *Wahlsysteme der Welt* (Sistemas Electorales del Mundo). En colaboración con R. O. Schultze, Munich (Piper).

Nohlen, D. (1981), *Sistemas Electorales del Mundo,* Madrid (Centro de Estudios Constitucionales).

Nohlen, D. *Elections and Electoral Systems* (Elecciones y Sistemas Electorales). Bonn-Bad Godesberg (Fundación Friedrich Ebert).

Nohlen, D. (1984 a). *Sistema electoral,* en *Diccionario del sistema Político Español,* comp. por J. J. González Encinar, Madrid (AKAL). pp. 836-841.

Nohlen, D. (1984 b), *Los sistemas electorales entre la ciencia y la ficción. Prerrequisitos teóricos e históricos para un debate racional,* en Opciones 4. pp.5-30.

Nohlen, D. (1984 c), *Un análisis del sistema electoral nicaragüense* Managua 1984 (Fundación Manolo Morales).

Rae, D. W. (1971), *The Political Consequences of Electoral Laws* (Las Consecuencias Políticas de las Leyes Electorales), New Haven (Yale University Press).

Sartori, G. (1976), *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (Partidos y Sistemas de Partidos: Un marco para el Análisis), Nueva York (Cambridge University Press).

Sartori, G. (1985), "La Influencia de los Sistemas Electorales", en *Estudios Publicos* N° 17, pp. 5-36.

ORÍGENES Y CARACTERÍSTICAS DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN CHILE: PROPOSICIÓN PARA UN GOBIERNO PARLAMENTARIO*

Arturo Valenzuela**

El trabajo analiza en profundidad el sistema de partidos chileno, su origen y características básicas. El autor sostiene que nuestro sistema de partidos está constituido por corrientes políticas diversas y muy distantes entre sí, las cuales estarían fuertemente arraigadas en la sociedad chilena y determinadas a través del tiempo por tres escisiones generativas fundamentales: centro-periferia, religiosa y de clase. Esta característica, a su juicio, restringe el margen modificable mediante mecanismos de "ingeniería política".

En la exposición se entrega una valiosa información estadística acerca del comportamiento histórico del electorado chileno, que comprende resultados de votación, índice de fraccionalismo del sistema y correlaciones entre las votaciones obtenidas por los principales partidos chilenos durante este siglo.

El autor critica las correlaciones simples entre votación izquierdista marxista y pobreza, y se muestra escéptico respecto de que el crecimiento económico pueda alterar las preferencias políticas "fuertes"

* El autor agradece la ayuda de Hugo Castillo y Rondy Sindley en la preparación de este trabajo.

** Doctor en Ciencias políticas de Columbia University y profesor titular de Ciencias Políticas en Duke University, donde se desempeña como director del Programa de Estudios Latinoamericanos. Autor, entre otros libros, de *The Breakdown of Democratic Regime: Chile* (The Johns Hopkins University Press, 1978).

tanto de la derecha como de la izquierda, a diferencia de las preferencias comparativamente más "débiles" que caracterizan a buena parte de la votación del centro del país.

Se concluye en el trabajo que la tendencia hacia una fuerte polarización fue agudizada por un exceso de poder presidencial, el cual ha impedido crear mecanismos de acomodación que permitan llevar a un acuerdo sobre las reglas del juego y las políticas requeridas para gobernar el país. De acuerdo a esta conclusión, el autor propone la creación de un sistema parlamentario que tendría tres ventajas importantes. La primera: evitaría la presión por estructurar grandes coaliciones o alianzas electorales en torno a un candidato, lo que favorece la polarización. Por otra parte, eliminaría el continuo estado de confrontación entre el Ejecutivo y el Legislativo. Y en último término, moderaría los programas políticos de los diferentes partidos, al requerir para su implementación un amplio apoyo en el Congreso.

Introducción

Escasos días después del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile, la Junta de Gobierno dictó un decreto por el cual se prohibían determinados partidos políticos y otros se declaraban "en receso".[1] Durante más de once años los dirigentes partidistas lucharon por sobrevivir bajo un régimen que se ha convertido en el más largo de la historia del país. Los partidos de izquierda debieron hacer frente al desafío más fuerte, pero aun el Partido Demócrata Cristiano, el más numeroso del país, que se había opuesto tenazmente al gobierno de la Unidad Popular, se vio restringido estrictamente en su actuación. El Partido Nacional accediendo a la prohibición de actividades partidistas se disolvió voluntariamente. Si bien varios de sus dirigentes ocuparon puestos en el gobierno, especialmente en el Cuerpo Diplomático, cabe señalar que el gobierno militar no buscó a los dirigentes nacionales de nota para llenar puestos políticos claves, sino que prefirió a tecnócratas conservadores, pero apolíticos. Las autoridades militares habían estimado con acierto que si habían de dejar su huella en el país tendrían que evitar toda actividad partidista. En pocos países del mundo los partidos habían desempeñado un papel tan prominente como en Chile por un lapso tan prolongado. Los partidos designaban dirigentes en los

[1] Los partidos fueron prohibidos inicialmente por el Decreto Ley 77, de septiembre de 1973. Por el Decreto Ley 1697, de 1977, se adoptaron medidas restrictivas dirigidas a la Democracia Cristiana.

poderes Ejecutivo y Legislativo y determinaban las opciones de política; pero también estructuraban divisiones en la sociedad. Su influencia alcanzaba a la mayoría de los grupos de interés, asociaciones comunitarias, instituciones educacionales, incluso a los clubes de fútbol y a las iglesias. Los candidatos a puestos sindicales y a cargos de autoridad en colegios y universidades se presentaban con colores políticos y las organizaciones políticas daban tanta importancia a sus resultados como si se tratara de una elección parlamentaria extraordinaria.

El destacado lugar que ocupan los partidos en la política chilena no es un fenómeno nuevo. Se relaciona estrechamente con la larga tradición de política democrática en Chile. Desde 1830 el sufragio (aunque con un electorado restringido) ofreció el único mecanismo para llenar los cargos de autoridad presidencial y parlamentarios.

Las salvedades a este patrón se produjeron en los años críticos de 1891, 1924 y 1932, cuando gobiernos inconstitucionales detentaron el poder durante períodos hasta de cinco meses. Con la excepción parcial de la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-31), quien llamó a tecnócratas civiles para llenar cargos públicos mientras encarcelaba y exiliaba a ciertos dirigentes políticos destacados, los partidos constituyeron la fuerza política determinante para forjar las instituciones democráticas de la nación, a la vez que fueron actores prominentes en períodos de inquietud e inestabilidad político. De hecho, tan importante como el papel que desempeñaron los partidos chilenos en el quiebre de la democracia es el que los identifica con el surgimiento y la consolidación de hábitos democráticos durante varias generaciones.

Todo estudio de las perspectivas de redemocratización en Chile y de la función de los partidos chilenos debe tener presente estos hechos históricos. Si bien los regímenes militares pueden compartir ciertas características comunes, el efecto que producen a largo plazo depende de las instituciones políticas y sociales preexistentes a las cuales procuran imponer sus políticas, más que las políticas mismas. No obstante, la determinación de la índole de estas instituciones se ve dificultada por el hecho de que la propia presencia de un gobierno militar es testimonio de que el sistema experimentó una crisis profunda. Tiene, pues, igual importancia aclarar en qué medida el sistema anterior se había desintegrado antes del advenimiento del gobierno militar. ¿Estaba el sistema de partidos de Chile irrevocablemente destruido antes del pronunciamiento? Si no lo estaba, ¿se cumplió esta tarea con la experiencia del gobierno militar? O bien, aun cuando la respuesta a la primera pregunta fuera afirmativa, ¿podría la experiencia del gobierno militar ofrecer alguna

razón para pensar que de las cenizas del antiguo sistema partidista surgirá otro parecido? ¿O será totalmente distinto? Sea parecido o distinto, ¿qué papel le corresponde a la ingeniería constitucional o política en el avance hacia la redemocratización?

En este trabajo y procuraré responder a dichas preguntas en cinco partes. La primera y segunda se referirán a los orígenes y naturaleza del sistema de partidos, y el lugar que él ocupa en el contexto del proceso político de Chile. Es obvio que la política partidista no se puede entender aislada del contexto político amplio en que funciona. En la tercera y cuarta partes se analiza el quiebre de la democracia chilena y el gobierno militar posterior, y se procura juzgar en qué medida estos fenómenos paralelos han minado el sistema de partidos. La quinta parte y final tratará del papel de los partidos en la transición a un régimen democrático y del agrado en que la dirección política puede reformular el sistema de partidos en Chile. Se argumentará, sobre la base de los supuestos del análisis que se presenta en el estudio, que los dirigentes políticos chilenos deben considerar seriamente la institución de una forma de gobierno parlamentario como medio de instaurar una democracia estable.

I Antecedentes Históricos del Sistema de Partidos en Chile

Con frecuencia se ha señalado el carácter particular del sistema de partidos en Chile. Según Silvert, "Chile es único, no sólo en cuanto al número de sus partidos políticos, sino al alcance nacional de éstos, su alto grado de impersonalismo y la manera en que calzan dentro de tres ideologías principales".[2] Federico Gil agrega que los partidos chilenos se asemejaban más a sus contrapartes europeos que a los partidos de otras repúblicas americanas.[3]

En el hemisferio occidental predominan los partidos de base heterogénea, pero en Chile éstos se acercan mucho más a los modelos europeos con base de masas. En ningún otro país de América del Norte o del Sur se produjo un sistema de partidos con tres tendencias ideológicas separadas, cada una con el apoyo de entre una cuarta y una tercera parte del electorado,

---

[2] Kalman H. Silvert, *Chile: Yesterday and Today* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1965), p. 99.

[3] Federico Gil, *The Political System of Chile* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1968), p. 244.

entre ellas una izquierda marxista y una derecha política, ambas de organización fuerte y orientación electoral.[4]

El centro del espectro político ha estado ocupado por partidos cuyo ascenso o descenso ha dependido de la fuerza de los polos, pero en su mayor parte los partidos de centro han sido muy organizados y, aunque policlasistas, han presentado plataformas ideológicas propias, libres de las características populistas o personalistas típicas de otros países de la región. Y cuando el Partido Conservador perdió su brillo como partido de la feligresía católica, ganó fuerza nacional un partido Demócrata Cristiano progresista sin paralelo exacto en América Latina.

Incluso se podría sostener que el sistema de partidos de Chile se acercaba más a un sistema europeo prototípico, con la posible excepción de la Cuarta República francesa, aunque ninguno de ellos incorporó tantos de los rasgos destacados de la política partidista chilena.

El sistema partidista chileno debe sus características básicas a tres escisiones generativas, o divisiones societales de fondo, que se manifestaron en distintas épocas: centro-periferia, religiosa (Estado contra Iglesia) y de clase (trabajador contra empleador).[5]

---

[4] Hay una asombrosa carencia de estudios generales de los sistemas de partidos en América Latina. La excepción es Ronald McDonald, *Party Systems and Elections in Latin America* (Chicago: Markham Publishing Company, 1971), obra ya anticuada que fue objeto de escasa atención por parte de los especialistas. Un estudio útil, que enumera algunas de las monografías dedicadas a sendos partidos, es Mary Jeanne Reid Martz, "Studying Latin American Political Parties: Dimensions Past and Present", *Journal of Latin American Studies* Vol. 12, Nº 1: 1139-167. Hay una extensa descripción, partido por partido, en Robert J. Alexander, *Political Parties in the Americas: Canada, Latin America and West Indies* 2 vols. (Wesport, Ct.: Greenwood Press, 1982). La maciza obra de Kenneth Janda, *Political Parties: A Cross National Survey* (New York: The Free Press, 1980) contiene informaciones acerca de diez países latinoamericanos, si bien, curiosamente, Costa Rica, Brasil, Chile, Colombia y la Argentina se cuentan entre los que faltan. Sobre los partidos chilenos, véase el estudio clásico de Alberto Edwards y Eduardo Frei, *Historia de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1949). Entre otros estudios útiles, Germán Urzúa Valenzuela, *Los partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial Jurídica, 1968); Sergio Guilisasti Tagle, *Partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial Nascimiento, 1964); Gil, *The Political System of Chile.* Un resumen útil que es preciso usar con cautela por sus frecuentes errores es Lía Cortés y Jordi Fuentes, *Diccionario político de Chile* (Santiago: Editorial Orbe, 1967).

[5] Este análisis se basa sustancialmente en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, "Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno", *Revista Mexicana de Sociología* XLIV, Nº 2 (abril-junio 1982), reproducido en Manuel Antonio Garretón et al., *Chile 1973-198* (Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1983). El marco teórico se basa en el análisis de la generación de los sistemas de partidos europeos que aparece en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (de.), *Party Systems and Voter Alignment: Cross National Perspectives* (New York: The Free Press, 1967). La extensa obra de Rokkan acerca del alcance de la participación electoral y formación de partidos está compilada, en parte, en su *Citizens, Elections, Parties* (Oslo: Universitetsforlaget, 1970). Véase, en particular, "Nation Building, Cleavage Formation and the Structuring of Mass Politics", pp. 72-144. Hemos traducido "generative cleavages" como "escisiones generativas".

Es indispensable subrayar, sin embargo, que un sistema de partidos no es producto solamente de las divisiones societales. En otros países también hubo escisiones centro-periferia, religiosa y de clase, con resultados muy distintos. Lo determinante no sólo es la presencia de divisiones societales particulares sino cómo y cuándo ellas se manifiestan políticamente. Esto depende de que determinada escisión se desarrolle en el momento oportuno y de la naturaleza de las estructuras institucionales y reglas del juego que canalizan las fuerzas políticas que surgen de las divisiones societales en determinados momentos, y que a la vez reciben el desafío de esas fuerzas.[6]

Lo que dio al caso chileno su carácter particular fue la manera en que se resolvió la primera escisión, la de centro-periferia, a comienzos del siglo diecinueve. Igual que en el resto de América Latina, en Chile hubo fuerte resistencia al desarrollo de un estado laico centralizado. La resistencia nacía de rivalidades personales y familiares; de rivalidades regionales como las que tuvieron su base en la zona de Concepción; de intereses económicos de base regional, como los de los mineros de las provincias del norte; y de las élites de terratenientes conservadores, celosos de su autonomía y defensores del predominio de la Iglesia en asuntos educacionales y sociales. Aunque en apariencia, partidarias de algunas de las nuevas instituciones republicanas, estas tendencias centrífugas no vacilaron en recurrir a la fuerza, particularmente en las guerras civiles de 1851 y 1859, con miras a adelantar sus propios intereses y frenar la autoridad central.

Pero la clase política emergente de Chile no sólo inició con éxito un programa de desarrollo económico y extensión de la autoridad estatal sobre el territorio nacional y los grupos e instituciones rivales, sino también logró vencer todos los desafíos armados y establecer una efectiva hegemonía sobre las fuerzas militares.

A su vez, esto significó que los que desafiaban la autoridad estatal se vieron obligados a promover sus intereses mediante votos y no balas. La cuestión religiosa pronto dominó la escena, a medida que las élites estatales

---

[6] El problema de la secuencia y oportunidad de las crisis políticas ha recibido atención considerable en la literatura. Hay un análisis de estos fenómenos en relación con los partidos en el último capítulo de Joseph Lapalombara y Myron Weiner (de.), *Political Parties and Political Development* (Princeton: 1966). Se pueden encontrar tratamientos históricos de casos europeos y de los Estados Unidos, en esta perspectiva, en Raymond Grew (de.), *Crises of Political Development in Europe and the United States* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1978). Hay una valiosa crítica en Robert T. Holt y John E. Turner, "Crises and Sequences in Collective Theory Development", *American Political Science Review* Vol. 69 (septiembre 1975): 969-94.

anticlericales pugnaban por una mayor laicización y el Partido Conservador junto a la Iglesia, procuraban defender la influencia temporal de las élites religiosas. Sin embargo, como la oposición se centraba en el Congreso y no en el campo de batalla, a menudo elementos tan dispares como los conservadores y los radicales hacían causa común para tratar de resolver sus diferencias y promover sus programas.

Para los opositores era de máxima importancia la ampliación del sufragio y el término de la intervención oficial en las elecciones. Como en Gran Bretaña, los conservadores chilenos debido a su posición de fuerza en el agro, pronto comprendieron que la ampliación del sufragio los favorecía y se unieron a radicales y liberales ideológicos en procura de esa meta, pese a que estos grupos eran aún más firmemente anticlericales que los liberales del gobierno. Incluso ya en los años de 1860 los conservadores colaboraron en el Congreso mediante una estrategia política común con miembros del Partido Radical, el que logró representación parlamentaria y ministerial varios decenios antes que su contraparte en la Argentina.[7]

Estos esfuerzos condujeron a una amplia reforma electoral en 1874, a una mayor democratización y aumento de la autonomía local luego de la guerra civil de 1891, que constituyó la culminación de los esfuerzos que realizaron amplios sectores de las élites políticas por frenar la arbitrariedad de la autoridad ejecutiva. La guerra dio inicio a un período de treinta y cuatro años de gobierno parlamentario, durante el cual las mayorías parlamentarias determinaban la composición de los gabinetes y los partidos reforzaron sus raíces organizativas en una tentativa de ampliar su apoyo electoral.

Las reglas de la contienda política, con un papel central para el Congreso en la formulación de políticas, aparecieron antes del sufragio universal masculino. La participación política fue, a su vez, un proceso paulatino que respondía a la extensión, en los términos de Duverger, de partidos creados internamente, los que salían de la arena política para estructurar organizaciones locales y populares y así obtener ventajas electorales. La política legislativa y partidista precedió también a la formación de una fuerte burocracia estatal, con lo cual ésta quedó condicionada por aquélla. Los individuos y los grupos de interés manifestaban sus exigencias por intermedio de partidos y facciones legislativas, y no directamente a los

---

[7] El papel clave de la ampliación del sufragio y del Partido Conservador en el establecimiento de instituciones democráticas en Chile está documentado en Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas sobre el caso de Chile", *Estudios Púlbicos* Nº 12 (Primavera 1983).

organismos estatales ni mediante planes corporativistas. Con ello se reforzó la índole utilitaria y aun corrompida de la política de ese período, la que se basaba en el intercambio de votos y la distribución de la riqueza nacional para beneficio de electores y partidarios, lo que a menudo chocaba con las declaraciones ideológicas y de principios de los partidos y sus dirigentes. Con todo, tuvo el efecto de convertir a los partidos en la palanca del proceso político, aislando a la política chilena de las tendencias estatistas, corporativistas y populistas que se siguieron en países donde el Congreso era débil y donde los organismos públicos se desarrollaron bajo la tutela del Poder Ejecutivo.[8]

Fue en el entorno institucional de la República Parlamentaria, caracterizado por una política en alto grado competitiva y organizaciones partidarias en expansión, donde se destacó políticamente la tercera escisión, la de clases. El período de la República Parlamentaria coincidió con una época de cambios extraordinarios en los niveles de urbanización e industrialización, impulsados por una economía salitrera en auge. Pero aun cuando el Partido Radical procuró ampliar su base de profesionales urbanos, profesores, comerciantes y artesanos calificados (y, en el sur, agricultores productores de trigo), para alcanzar el creciente proletariado industrial y minero, no logró captar el apoyo de estos elementos.

Como lo señala Samuel Valenzuela, este fracaso se debió a que el ambiente industrial del momento no favorecía la negociación colectiva ni la sindicalización obrera. De hecho, la reacción de las autoridades fue la de reprimir el movimiento obrero con extraordinaria dureza. Los políticos moderados como los radicales no podían representar los intereses de la clase obrera, pues carecían de dirigentes capaces de hacer frente a la represión de empleadores y gobierno.[9]

Pero si bien los derechos sindicales eran limitados, los derechos políticos eran amplios. Los nuevos dirigentes obreros, inspirados en el socialismo y el anarco-sindicalismo europeos, pronto descubrieron que mientras no podían hacer valer sus quejas en el lugar de trabajo, sí podían

---

[8] Véase Arturo Valenzuela y Alexander Wilde, "El Congreso y la redemocratización en Chile", *Alternativas* Nº 3: 5-40. Hay un análisis heterodoxo del período de la república parlamentaria en Julio Heise González, *Historia de Chile 1861-1925* Vol. Y (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1973); Vol. II (Santiago: Editorial Universitaria, 1982). Véase también Arturo Valenzuela, "Politics, Parties, and the State in Chile: The Higher Civil Service", en Ezra Suleiman (de.), *The Higher Civil Service* (New York: Holmes and Meier, 1984).

[9] Véase Samuel Valenzuela, "Labor Movement Formation and Politics: the Chilean and French Cases in Comparative Perspective, 1850-1950". Tesis de doctorado sin publicar, Columbia University, 1979.

organizarse y presentarse a elecciones para cargos públicos. El primer partido obrero de alguna importancia, el Partido Democrático (fundado en 1887), eligió su primer candidato a parlamentario en 1894. Otros partidos no tardaron en descubrir que los pactos y alianzas electorales con el nuevo grupo obrero reforzaban su propia postura frente a rivales tradicionales. El Partido Democrático se alió con los liberales y los radicales, incluso estructuró pactos electorales con el Partido Conservador. Esta disposición a aliarse con grupos tradicionales determinó una división en las filas del partido en 1912, la que condujo a la formación del Partido Socialista de los trabajadores, precursor del Partido Comunista que se fundó en 1922.

Aun cuando el Partido Comunista rechazaba las alianzas con las fuerzas tradicionales, sí aceptaba la estrategia de obtener ganancias electorales y solía aliarse con el Partido Democrático. Ya en 1926 había obtenido tres senadores. Y en 1938 se alió con los radicales y con el recién formado Partido Socialista en la elección exitosa de un candidato bajo la consigna del Frente Popular. El partido siguió obteniendo ganancias electorales pese a los esfuerzos que se hicieron por suprimirlo y que fructificaron en 1948.

En resumen, la índole competitiva de un sistema político centrado en el Congreso permitió que se incorporaran al proceso político partidos creados fuera del ámbito legislativo.[10] A los partidos que se desarrollaron a mediados del siglo diecinueve en respuesta a las escisiones centro-periferia y religiosa, pero que continuaban representando intereses económicos de las clases dirigentes, se agregaron partidos que representaban a la clase obrera. Su presencia en la escena política sólo hizo redoblar los esfuerzos de los partidos tradicionales por ampliar sus bases y su organización. Escribiendo sobre Europa, Lipset y Rokkan han observado que "es difícil encontrar una excepción significativa a la regla de que aquellos partidos que lograron establecer organizaciones de masas y atrincherarse en las estructuras locales de gobierno, antes del impulso final hacia la movilización máximas, han resultado los más viables".[11] Lo dicho vale también para Chile, al igual que su aseveración de que el carácter del sistema de partidos se mantiene notablemente semejante al que se consolida al momento de la ampliación inicial del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación inicial del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación del sufragio, parece que el "mercado de apoyo

[10] Hizo la distinción clásica Maurice Duverger en su *Parties Politiques* (París: Armand Colin, 1951).

[11] Lipset y Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments", en Lipset y Rokkan (de.), *Party Systems and Voter Alignments*, p. 51.

electoral" se agota y deja poco espacio para movimientos nuevos, aunque a lo largo de los años, como se verá más adelante, numerosos partidos intenten establecerse con escaso éxito. La única excepción notable es el surgimiento de la Democracia Cristiana como partido importante a fines de la década del cincuenta, tardío reflejo de la cuestión religiosa, producto de la ruptura de electores católicos y funcionarios eclesiásticos con el Partido Conservador en busca de una alternativa cristiana y reformista ante la izquierda; y también en respuesta a la declinación del Partido Radical como tendencia centrista viable.

II Características del Sistema de Partidos en Chile a Mediados del Siglo

El mejor punto de partida para describir la dinámica del sistema de partidos en Chile es un estudio de las grandes tendencias electorales del último medio siglo. El año 1932 es un buen momento para comenzar, pues ese año Chile volvió a la estabilidad constitucional luego de un interludio durante el cual varios presidentes renunciaron a su cargo, incapaces de resolver las crisis políticas y económicas, interludio que también contó con la participación militar directa en política en dos ocasiones distintas, por períodos de varios meses.

Los años de 1930 culminaron en Chile con la elección del Frente Popular y el inicio de una serie de gobiernos de centro-izquierda que durarían hasta 1952, cuando el discurso populista de Carlos Ibáñez impuso al sistema tradicional de partidos un desafío breve, pero significativo. A su gobierno sucedieron un régimen conservador con Jorge Alessandri (1958-1964), un gobierno reformista con Eduardo Frei 91964-1970) y el régimen izquierdista de Salvador Allende (1970-1973).

En el Cuadro 1 se da un panorama de las tendencias globales de Chile entre 1932 y 1970, con todos los partidos chilenos que recibieron más del 5% de la votación en elecciones de diputados entre 1937 y 1973. En los años 30 y 40 los partidos de derecha tenían la mayoría relativa más alta, con alrededor del 40% del electorado. A la inversa de sus contrapartes en Francia y Alemania, y más cerca de los conservadores en Gran Bretaña, la derecha chilena mantuvo una base electoral fuerte y se resistió a la fragmentación durante largo tiempo.[12]

[12] Lipset y Rokkan señalan la debilidad electoral de la derecha alemana y francesa que condujo a una asimetría respecto del centro y la izquierda.

No obstante, en los años 50 y 60 comenzó a erosionarse el apoyo de la derecha y a crecer ininterrumpidamente el apoyo de la izquierda. Los partidos de centro obtuvieron entre el treinta y el cuarenta por ciento, con la excepción notable del Partido Demócrata Cristiano, que en la elección parlamentaria de 1965 obtuvo el 42,3% de la votación, el total más alto para un partido solo en la política chilena moderna.

Cabe observar, sin embargo, que ya en 1941 en la primera elección parlamentaria después de la ascensión al poder en 1938 del Frente Popular compuesto de radicales, comunistas y socialistas, la izquierda dejó atrás tanto a la derecha como al centro y obtuvo el 34% de los votos. El Partido Comunista, en particular, hizo grandes avances en los años 40, a veces a expensas de sus compañeros de coalición, y alcanzó triunfos impresionantes en las elecciones locales de 1947. El éxito comunista, las divisiones en la coalición de gobierno y el inicio de la guerra fría condujeron a la proscripción del Partido Comunista durante diez años. En 1949 el electorado izquierdista bajó al 9,4%, su nivel más bajo en el período. Poco a poco, sin embargo, la izquierda recuperó su fuerza electoral, aunque no logró igualar el total de 1941 hasta 1973, en los tumultuosos años de la Unidad Popular.

Se produjeron cambios significativos en el centro del espectro político. El Partido Radical dominó la política chilena en los años 30 y 40, pero a comienzos de los años 50 la ciudadanía exigía cambios y abandonó al Partido Radical y demás partidos tradicionales, en favor de los llamados populistas del ex presidente Carlos Ibáñez y una multitud de partidos más pequeños y regionales. Los radicales nunca se recuperaron del todo, aunque el movimiento de Ibáñez resultó efímero. Los reemplazó en gran medida la Democracia Cristiana, que creció a expensas de ellos y de la derecha. Entre 1961 y 1973 (última elección parlamentaria) la derecha bajó del 34,8% al 21,1% de los votos y el Partido Radical cayó del 21,4% al 3,6%. La Democracia Cristiana pasó del 16,5% al 28,5%, en tanto que los partidos de izquierda aumentaron su participación del 22,1% al 34,6% de la votación, la cifra más alta que habían obtenido en la historia.

Si bien los totales nacionales revelan la importancia de estos cambios, se debe destacar que ellos fueron de amplio alcance y afectaron a comunidades grandes y pequeñas, urbanas y rurales, a lo largo de todo el país. Esta observación se confirma mediante un análisis en detalle por comuna de las elecciones municipales, las que a menudo se centraban mucho más en cues-

[13] Todos los datos de este artículo fueron compilador por el autor a partir de datos electorales de la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

tiones locales. De acuerdo con el Cuadro 2, el Partido Nacional perdió, en promedio, el 14,8% de la votación y el Radical perdió un promedio del 16,2%. En cambio, el Partido Demócrata Cristiano vio elevarse su participación en el 14,2% y la votación comunista y socialista subió en el 6,9% y 7,3%, respectivamente. Los partidos menores aumentaron su participación en un promedio del 2,7%. Aún más espectacular es el hecho de que estos partidos aumentaron su votación en más de los dos tercios de las comunas de Chile, en tanto que radicales y nacionales perdieron un promedio del 17,8% y 16,7% en 168 y 263 comunas, respectivamente. En las comunas en que los partidos obtuvieron una votación superior a la media nacional, el Comunista incrementó la suya en el 18,9% en 89 comunas, el Socialista en el 20,4% en 86 comunas y el Demócrata Cristiano en el 25% en 112 comunas. La tendencia de las elecciones municipales indicó erosión de la derecha en favor de la izquierda y la Democracia Cristiana, aunque en las elecciones presidenciales el cambio no aparecía tan grande, y Allende en 1970 ganó un porcentaje de la votación inferior al que ganó en 1964.

Este breve panorama de las tendencias del apoyo partidista en Chile revela dos características básicas de la política partidista chilena: su alto grado de competitividad y su marcada polarización.[13]

Competencia Partidista

En el período entre 1932 y 1973, 45 partidos lograron elegir a lo menos un representante a la Cámara de Diputados. De ellos, 23 partidos tuvieron éxito en una sola elección, siete obtuvieron representación en dos elecciones sucesivas, cuatro en tres. Once partidos pudieron hacer uso del sistema electoral D'Hondt modificado, vigente en Chile, para obtener la elección de sus candidatos durante más de tres períodos.

En el Cuadro 3 se ve que el número de partidos fue más alto en tiempos de crisis política, como ocurrió luego de la depresión y en los primeros años de la década del 50, cuando Ibáñez desafió a los partidos tradicionales con su retórica populista. Los índices de fraccionamiento de Rae y Laakso y de Taagepera son más altos en 1932 y 1952, cuando 17 y 18 partidos respectivamente, obtuvieron representación parlamentaria. Ya en los años 60 el número de partidos que elegían candidatos había disminuido notablemente, a medida que los cuatro grandes partidos tradicionales y la Democracia Cristiana consolidaban su posición. Como se ve en el cuadro, los cinco partidos más grandes de Chile han gozado siempre de la mayor parte del electorado, además de una proporción aún mayor de escaños parlamentarios.

En un estudio del fraccionamiento de partidos en 27 "democracias estables" en el período de 1945-1973, Giovanni Sartori señala que Chile ocupa el tercer lugar, en esa medida, después de Finlandia y Suiza, seguido de cerca por la Cuarta República francesa, los Países Bajos e Israel. El Uruguay, único país latinoamericano además de Chile que figura en la muestra, aparece en decimonoveno lugar.[14]

En Chile también el fraccionamiento se dio en todos los niveles: no fue simplemente el resultado de patrones de votación o de agregados nacionales en Santiago y otras zonas urbanas grandes, donde se concentra más de la tercera parte de la población. El análisis de regresión múltiple, que se entrega en el Cuadro 4, revela que ni el tamaño ni el grado de urbanización explica el nivel de fraccionamiento político. Tampoco variables tales como el porcentaje de la población ocupada en minería o agricultura, o el porcentaje de la población de categorías obreras o de clase media, explican la varianza del fraccionamiento. Más aún, la competencia partidista en Chile era tan intensa en las elecciones nacionales como en las locales, fenómeno que distingue a Chile de Francia, donde las elecciones locales centradas en cuestiones locales dieron como resultado un fraccionamiento mucho menor que las elecciones para la Asamblea Nacional cifradas en cuestiones nacionales. En el Cuadro 5 se confirma esta aseveración al comparar un índice de competencia partidista en ambas clases de elecciones, por comuna, en Chile y en Francia. El mismo cuadro señala que la competencia partidista fue uniformemente alta en todas las regiones de Chile en ambas elecciones, y que en cuatro de ocho regiones del país, la competencia partidista en elecciones municipales superó el nivel de la competencia partidista en elecciones nacionales.[15]

---

[14] Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (Cambridge, England: Cambridge University Press, 1976), p. 313. Las cifras efectivas de fraccionamiento en el período 1945-1973 son las siguientes: Finlandia 0,804, Suiza 0,801. Chile 0,796, Francia IV 0,790, Suiza 0,801, Países Bajos 0,787, Israel 0,784. Dinamarca tuvo una cifra de 0,755 e Italia de 0,721. Hay un estudio inteligente que calcula el índice de fraccionamiento, junto con probar los resultados de Douglas Rae en el caso chileno, en M. Teresa Miranda H., "El sistema electoral y el multipartidismo en Chile", *Revista de Ciencia Política* Vol. 4, Nº 1 (1983): 59-69, 130-138.

[15] Este punto se elabora en Arturo Valenzuela, "The Scope of the Chilean Party System", *Comparative Politics* Vol. 4, Nº 2 (enero 1972). Además, el examen de los aspectos socioeconómicos correlacionados de la competencia partidista apoya los resultados que figuran en el Cuadro 4 con el fraccionamiento. En Chile, las comunidades más pequeñas y atrasadas en los aspectos socioeconómicos tenían la misma probabilidad de mostrarse competitivas que las más grandes y modernizadas, indicio fuerte de que las variables del sistema de partidos no estaban vinculadas estrechamente con los determinantes socioeconómicos. Estos resultados refutan un importante cuerpo de literatura que ha procurado establecer esa relación y da a entender que los fenómenos políticos eran varaibles independientes de por sí. Véase, por ejemplo, S. N. Eisenstadt, "Social Change, Differentiation and Evolution", *American Sociological Review* Vol. 29, Nº 3 (junio 1964): 375-87. Este tema volverá a aparecer más adelante cuando se analice el apoyo de los distintos partidos.

Polarización de los Partidos

Sartori, sin embargo, ha sostenido con elocuencia que el fraccionamiento o el grado de competitividad, si bien se presta fácilmente a la cuantificación, no basta para reflejar la característica más importante de un sistema multipartidista. Varios países, entre ellos Suiza, Israel, los Países Bajos y Dinamarca, tienen niveles de fraccionamiento comparables a los de Chile. No obstante, en aquellos países la distancia ideológica entre partidos no es tan grande, lo que destaca claramente el hecho de que el fraccionamiento es independiente de la polarización. Chile, de acuerdo con Sartori, se puede clasificar, junto con Finlandia, Italia y la Cuarta República francesa, como sistema de partidos polarizados, dados sus polos de Derecha e Izquierda muy definidos compuestos de partidos con objetivos políticos fuertemente divergentes e incluso con claras diferencias acerca de la naturaleza misma del régimen.[16]

Igual que la competencia entre partidos, esta distancia ideológica no es el resultado de los totales nacionales, esto es, un reflejo de zonas geográficas políticamente homogéneas, que manifiestan preferencias políticas diferentes, las cuales conducen a totales nacionales muy distintos. En una elección cualquiera, la polarización se debía evidentemente al grado de apoyo que recibían la izquierda y la derecha y a la suerte de los partidos de centro. Esta relación se observa durante los años 60, si se examina el número de comunas del país que dieron apoyo a la derecha y a la izquierda por encima de los promedios nacionales que obtuvieron en la elección parlamentaria de 1965, la menos polarizada del decenio debido al éxito de la Democracia Cristiana. Como se ve en el Cuadro 6, en 1961 hubo 102 comunas, esto es el 35% del total, polarizadas en alto grado, con apoyo electoral superior al 30% tanto para la izquierda como para la derecha. En 1969, el número de dichas comunas polarizadas disminuyó a 77 (27%), pues los democratacristianos lograron mantener un promedio de votos elevado. Pero ya en 1973 la polarización se había acentuado fuertemente y más de la mitad de todas las comunas registraron una votación alta tanto para la derecha como para la izquierda, aunque el porcentaje de votos que recibió la derecha bajó a medida que ganaban los partidos de izquierda. En esa elección los partidos de centro se aliaron con la derecha y el escrutinio se realizó sobre la base de dos coaliciones, lo que destaca la polarización casi total de la política chilena.

---

[16] Véase Sartori, pp. 310-315.

La Base Heterogénea del Apoyo Partidario

A las dimensiones de competitividad y polarización podemos agregar una tercera, la que no se distingue fácilmente en las tendencias electorales en el tiempo. Si bien el sistema contemporáneo de partidos en Chile se caracterizó por un fuerte debate ideológico centrado en las cuestiones de clase, sería un error suponer que las bases electorales de los partidos estaban definidas estrictamente por líneas de clase.[17]

Está claro que los partidos de izquierda, especialmente el Comunista, obtenían buena parte de su apoyo entre elementos de la clase obrera, en particular los mineros y obreros industriales. Los partidos de derecha y centro a todas luces reunían más votos en las clases alta y media, aun cuando el apoyo electoral de estos partidos comprendía grandes porcentajes de trabajadores. Para la derecha, los trabajadores rurales constituían un bloque electoral más seguro, aunque en ciertas zonas del país los radicales contaban con un apoyo campesino considerable. El Gráfico I ilustra algunas de estas asociaciones con una descripción de las características de aquellas comunas en que cada partido recibió el apoyo del cuartel superior (25%). Las comunas con elevada votación comunista eran con mayor probabilidad comunas mineras; el Partido Socialista conquistó más apoyo en esas zonas que el Radical y el Demócrata Cristiano, en ese orden. Una asociación menos definida pero siempre clara, se observa en las características de las clases trabajadoras en las comunas. Aquellas que mostraban una elevada votación comunista y socialista se caracterizaban por una población más numerosa de clase obrera. Las comunas socialistas tenían una población de

[17] Se han realizado varios estudios de diversa calidad sobre las correlaciones socioeconómicas de la votación partidista en Chile. A modo de muestra, véase Glaucio Ary Dillon Soares y Robert L. Hamblin, "Socio-Economic Variables and Voting for the Radical Left in Chile, 1952", *American Political Science Review* Vol. 61 (diciembre 1967): 1053-65; Maurice Zeitlin y James Petras, "The Working-Class Vote in Chile: Christian Democracy Versus Marxism", en *British Journal of Sociology* Vol. XXI, Nº 1 (1970): 16-29; Steven Sinding, "The Evolution of Chilean Voting Patterns: A Re-examination of some Old Assumptions", *The Journal of Politics* Vol. 34 (agosto 1972): 774-96; Robert Ayres, "Electoral Constraints and the Chilean Way to Socialism", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, *Chile: Politics and Society* (New Brunswick: Transaction Books, Inc., 1975), pp. 30-66; Arturo Valenzuela, "Political Participation, Agriculture and Literacy: Communal versus Provincial Voting Patterns in Chile", *Latin American Research Review* Vol. 12, Nº 1 (1977); 105-114; Daniel Hellinger, "Electoral Change in the Chilean Countryside: The Presidential Elections of 1958 and 1970", *The Western Political Quarterly*, Vol. XXXI, Nº 2 (junio 1978): 253-273. El estudio clásico, en la tradición de Siegfried, es siempre Eduardo Cruz Coke, *Geografía electoral de Chile* (Santiago: Editorial del Pacífico S.A., 1952). Véase André Siegfried, *Tableau politique de la France de l'ouest sous la Troisième République* (París: Librairie Armand Colin, 1913).

clase obrera ligeramente más numerosa que aquellas en que primaba la Democracia Cristiana, y las comunas en que radicales y nacionales tenían buena votación mostraban el mismo porcentaje de elementos de clase obrera, aproximadamente. En cambio, en aquellas comunas en que el Partido Comunista tenía la mayor votación, el porcentaje de la población campesina era notablemente menor que en comunas donde los nacionales gozaban de mayor apoyo. Los demás partidos, sin embargo, incluso el Socialista, tenían al parecer buenos resultados en comunas donde el electorado rural era aproximadamente igual. El análisis de regresión múltiple, con datos agregados, confirma estas tendencias, pero también deja en claro que las categorías ocupacionales de clase obrera no explican buena parte de la varianza estadística en la votación partidista de cualquier partido, excepto el Comunista, cuya votación estaba muy relacionada con la incidencia de la población minera. En el Cuadro 7 se resumen algunos de estos resultados.

El análisis basado en encuestas apoya los resultados que arroja el análisis electoral. Tal como se observa en el Cuadro 8, en una muestra de ciudadanos de Santiago, el 31% se identificó como derechista, el 24,5% de izquierdista. Estos porcentajes se aproximan a las cifras respectivas del 30% y 22% en la votación de la elección parlamentaria siguiente, de 1961 (véase el Cuadro 1). La encuesta, que se realizó en 1958, demuestra que los diez años de proscripción del Partido Comunista tuvieron escaso efecto sobre las preferencias electorales. Donde los resultados de la encuesta difieren de los resultados electorales es en la identificación con el centro. En 1961 los partidos de centro recibieron el 44,3% de la votación, en tanto que de los entrevistados en 1958 sólo el 17,8% se identificó como de centro. Es posible que esta cifras reflejen una renuencia, especialmente entre las categorías de clase obrera, a dar una identificación ideológica. El 25% de los encuestados prefirió no responder a la pregunta. Las cifras también respaldan la tesis de Sartori, en el sentido de que en un sistema polarizado el centro es débil, reflejo de las exclusiones de los extremos más bien que tendencia centrista positiva. El centro recibe los votos de los se identifican débilmente o de los votantes que defeccionan de los partidos de derecha o izquierda. Esto ocurrió en particular en 1958, cuando la coalición centrista de Ibáñez había casi desaparecido, y los nuevos partidos de centro, principalmente la Democracia Cristiana, no habían surgido aún para reemplazarla.

Con todo, el Cuadro 8 también señala que en Chile la Derecha, y no sólo la Izquierda, recibió un fuerte apoyo de los grupos de clase obrera. Así, pues, mientras el 31,1% de la clase obrera se identificaba con la izquierda, el 29,4% se identificaba con la derecha. En la categoría de clase alta ninguno de los encuestados manifestó preferencia por la izquierda; pero el 18,2% de los

encuestados de clase media alta eligió la izquierda, contra el 33% que eligió la derecha. Las encuestas posteriores, lo mismo que los análisis de datos agregados, confirmaron que esa distribución del respaldo a izquierda y derecha se mantuvo asombrosamente estable hasta la elección de Salvador Allende.[18]

La base heterogénea del respaldo se debió en parte a la fuerte adhesión de los electores por razones personalistas y de clientela política. La derecha, por ejemplo, seguía teniendo importante apoyo entre los campesinos y las personas en ocupaciones de servicio, sobre la base de dichos lazos tradicionales. Pero el respaldo heterogéneo también se debió a la vitalidad constante de la otra escisión o división societal de fondo: la religiosa, años después de que se hubo resuelto las relaciones entre Iglesia y Estado. Los electores con fuerte identificación religiosa, independiente de su clase, votaban con mayor probabilidad por los conservadores, y más tarde por los democratacristianos, que aquellos de orientación más laica. Puesto que las mujeres eran con mayor probabilidad religiosas, las electoras en especial (como ocurrió en muchos países europeos) votaban por la Derecha y la Democracia Cristiana. En cambio, los electores protestantes o aquellos con compromiso religioso débil, en distintos estratos socioeconómicos, exhibían una probabilidad mucho mayor de apoyar a los radicales centristas o a la izquierda.[19]

El surgimiento de la Democracia Cristiana, con su posición fuertemente reformista, sin lugar a dudas minó la capacidad de la izquierda para hacer mayores conquistas en los elementos más católicos de la clase obrera. Pero también minó a los partidos de derecha. La grave pérdida de apoyo que sufrieron los históricos partidos Liberal y Conservador, a comienzos de los años 60, los indujo a fusionarse en un partido nuevo: el Partido Nacional, junto con otros pequeños grupos nacionalistas. Con la unión de estos partidos que habían estado separados principalmente por la cuestión religiosa, se dio prioridad a los asuntos de clase, así la Democracia Cristiana consiguió un mayor monopolio de los católicos observantes. Esta tendencia se vio reforzada por cambios internos en la Iglesia, la que en los años 50 se apartó de su identificación estrecha con el

---

[18] Véase James Prothro y Patricio Chaparro, "Public Opinion and the Movement of the Chilean Government to the Left", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela (de.), *Chile: Politics and Society* (New Brusnwick, N. J., 1976).

[19] Existe alguna investigación sobre la mujer y la dimensión religiosa del voto en Chile. Véanse Patricia Kyle y Michael Francis, "Women at the Polls: the Case of Chile, 1970-71" en *Comparative Political Studies* Vol. 11, Nº 3 (octubre 1978); Kenneth P. Langton y Ronald Rapport, "Religion and Leftist Mobilization in Chile", *Comparative Political Studies* Vol. 9, Nº 3 (octubre 1976); Lucy C. Behrman "Political Development and Secularization in Two Chilean Urban Communities", *Comparative Politics* Vol. 4, Nº 2 (enero 1972); Steven M. Neuse, "Voiting in Chile: The Feminine Response", en John Booth y Mitchell Seligson, *Political Participation in Latin America* (New York, 1978).

Partido Conservador frente a lo que veía como desafío creciente de la izquierda marxista, el que sólo se podía encarar con un partido católico más progresista.

Las escisiones societales de fondo (socioeconómica y laico-religiosa) encontraron expresión política durante varias generaciones y en repetidas elecciones. Estas, que eran algo así como un deporte nacional, contribuyeron a estructurar verdaderas "subculturas políticas" en torno a cada uno de los partidos. En la calle, las tiendas, los lugares de trabajo, en los trenes o en los clubes, sindicatos, organizaciones de acción católica, masonería, e innumerables otros grupos y asociaciones, los chilenos de todas las clases sociales respiraban y vivían la política partidista. Con los años, los partidos estructuraron una multitud de organizaciones, entre ellas los famosos clubes y asambleas Liberal y Radical, e instituciones deportivas afiliadas, las que servían de organizaciones tanto sociales como políticas.

A su vez, las afiliaciones políticas se veían reforzadas por otros grupos societales de referencia. Así, los dirigentes socialistas y radicales de niveles alto y medio solían educarse en liceos y enviar a su hijos a las universidades estatales o a la Universidad de Concepción, mientras que los conservadores y democratacristianos se educaban, con mayor probabilidad, en colegios religiosos y universidades católicas. Las élites políticas radicales y socialistas prevenían, más frecuentemente, de la clase media y tenían apellidos "chilenos", en tanto que los dirigentes de la derecha y los democratacristianos eran, con mayor probabilidad, de familias profesionales y tenían apellidos "extranjeros", aun cuando los judíos mostraban una mayor tendencia a escalar posiciones de liderazgo en los partidos de izquierda, incluso en el Partido Comunista. De hecho, cuando sectores significativos de la Democracia Cristiana se separaron y viraron hacia la izquierda, formaron nuevos partidos izquierdistas y no se fusionaron con los más antiguos y "laicos". Aun hoy, los dirigentes de estos pequeños partidos se distinguen claramente en cuanto a sus antecedentes de los dirigentes del partido Socialista o del Comunista.

Este último, en particular, produjo su propia "subcultura", claramente reforzada por los años de actividad clandestina. Más que los otros partidos chilenos, el Partido Comunista formó un liderazgo de auténtica clase obrera, reclutado entre los sindicatos y algunas organizaciones populares. Las asociaciones secundarias creadas por el partido, junto con los diarios, revistas, canciones folclóricas y expresiones artísticas (que tomaron cuerpo en artistas y poetas como Violeta Parra y Pablo Neruda) ayudaron a consolidar un fuerte sentido de comunidad y de propósito que trascendía la simple procura de votos.

No se debe entender con esto que las consideraciones ideológicas carecieran de importancia. Al contrario, eran sobresalientes y ayudaban a

definir una visión del mundo para militantes y simpatizantes. La ideología, sin embargo, reforzaba importantes diferencias culturales, religiosas y de clase, y era a su vez reforzada por ellas. Estos factores se combinaban para cementar distintas identidades partidistas, las que se transmitieron de generación en generación, reforzadas además por sucesivas contiendas electorales de gran importancia para la vida nacional. Compartían estas identidades con mayor fuerza los militantes, pero ellas se extendían también a la comunidad más amplia de simpatizantes y electores.

Aunque poderosa, la identificación con el partido no era inmutable. A fines de los años 30 fue el ala de juventud del Partido Conservador el que llevó a la creación de la Falange (más tarde Democracia Cristiana), partido que a su vez vio cómo muchos de los jóvenes abandonaban sus filas en los años 60, para crear partidos de izquierda cristiana. Al mismo tiempo, el Partido Socialista se benefició notablemente de la desilusión con el radicalismo que surgió entre los elementos de clase media que procedían de la tradición laica de Chile. Sin embargo, estas defecciones no alteraron los grandes rasgos del panorama político chileno; más bien los reforzaron.[20]

---

[20] La interacción de las dimensiones culturales e ideológicas, en su relación con las escisiones societales de fondo, en el tiempo, es un campo que necesita investigación. De hecho, tenemos escasos estudios buenos acerca de los partidos chilenos. La mayoría se centra en una cronología de acontecimientos o en modificaciones de las posiciones partidistas, o bien son panfletos semipolíticos e ideológicos escritos por dirigentes de partidos. No hay ningún estudio que enfoque de manera sistemática las variables organizatias y la dimensión decisiva de las relaciones entre dirigentes, mandos medios, militantes y votantes. No se ha hecho ningún estudio sobre la historicidad de las alternativas partidistas en el caso de Chile, como los que han hecho sobre Escandinavia autores como Rokkan o Valen. Entre los estudios corrientes sobre partidos chilenos se cuentan, por la izquierda: Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, 2ª edición, 2 vols. (Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971); Alejandro Chelén Rojas, *Trayectoria del socialismo* (Buenos Aires: Editorial Austral, 1967); Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile* (Santiago: Editorial Austral, 1965); Erns Halperin, *Nationalism and Communism in Chile* (Cambridge: MIT Press, 1965); Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile* (Urbana, III.: University of Illinois Press, 1978); Tomás Moulian, *Democracia y socialismo en Chile* (Santiago: Flacso, 1983). Acerca de partidos de derecha, véanse Ignacio Arteaga Alemparte, *Partido Conservador XVI Convención Nacional - 1947* (Santiago: Imprenta Chile, 1947); Marcial Sanfuentes Carrión, *El Partido Conservador* (Santiago: Editorial Universitaria, 1957); José Miguel Prado Valdés, *Reseña histórica del Partido Liberal* (Santiago: Imprenta Andina, 1963). No hay ningún buen estudio del Partido Nacional. Un estudio muy perspicaz de la derecha chilena es Robert Kaufman, *The Politics of Land Reform in Chile, 1950-1970* (Cambridge; Harvard University Press, 1972). Acerca del Partido Radical, véanse Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1967): Florencio durán Bernales, *El Partido Radical* (Santiago: Editorial Nascimiento, 1958). Acerca del Partido Demócrata Cristiano, véanse Leonard Gross, *The Last Best Hope: Eduardo Frei and Chilean Christian Democracy* (New York: Random House, 1967); George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano chileno* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968); Jaime Castillo Velasco, *Las fuentes de la Democracia Cristiana* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1968). No existe ningún buen estudio del fenómeno Ibáñez ni del agrario laborismo.

La existencia continuada de estas subculturas, llámense radical, socialista, comunista, izquierda o derecha cristiana, es la que ayuda a explicar buena parte de las subyacente estabilidad del comportamiento electoral chileno. El análisis de la intercorrelación de la votación partidista durante varias elecciones en los años 60, señala que aun en período de realineamiento electoral significativo, se mantuvo la estabilidad subyacente del patrón electoral. Como se observa en el Cuadro 9, el Partido Comunista y el Conservador tuvieron el grado más alto de estabilidad interpartidista, con coeficientes de correlación muy elevados entre la elección municipal de la época de Alessandri y la elección parlamentaria del período de Allende, dos épocas diametralmente distintas de la historia de chile, separadas por años de cambios importantes. El Partido Socialista ocupó el lugar siguiente, con coeficientes de correlación algo inferiores, y los dos partidos de centro, uno en declinación y el otro en notorio aumento en este período, mostraron el nivel menor de estabilidad interpartidista.

El Sistema de Partidos y el Proceso Político[21]

No se puede entender un sistema de partidos con referencia solamente a partidos determinados, su número, su distancia ideológica y sus bases de apoyo. Todo sistema de partidos da forma al contexto institucional en el cual funciona y recibe la influencia de éste: las reglas y los procedimientos formales junto con las prácticas políticas informales que caracterizan a todos los sistemas políticos. Podemos distinguir, entonces, entre dos niveles distintos: el sistema de partidos en el electorado y el sistema de partidos en la toma de decisiones.

Giovanni Sartori, basado en sus estudios de la política italiana, ha procurado aclarar el juego de ambos niveles en los sistemas multipartidistas polarizados.[22] Sostiene que en un entorno altamente polarizado, donde hay una Derecha y una Izquierda claramente definidas que dominan porcentajes considerables del electorado, el impulso principal del sistema político será centrífugo. Esto quiere decir que un sistema polarizado tiende a moverse hacia los extremos, hacia mayores divisiones de la sociedad. Al contrario de los sistemas políticos que han evitado que surjan tendencias partidistas

---

[21] Los párrafos que siguen, en versión ligeramente corregida, pertenecen a Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Régimes: Chile* (Baltimore: 1978), pp. 6-7.

[22] Véase Sartori, "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism", en Lapalombara y Weiner (de.), *Political Parties and Political Development.*

abiertamente opuestas, el sistema de partidos polarizado no tiene un impulso centrípeto fuerte, no hay un consenso centrista dominante. Cosa curiosa, los sistemas polarizados sí tienen polos de centro ocupados por un partido o varios partidos. No obstante, Sartori señala que en tales condiciones el centro no representa una tendencia política significativa por derecho propio, sino que tiende a verse compuesto de fragmentos que emanan de los polos de Izquierda y Derecha. Observa Sartori que el "centro es principalmente la retroalimentación de los impulsos centrífugos que predominan en el sistema" y que "es más bien una convergencia negativa, una suma de exclusiones, que un agente positivo de instigación".[23]

El análisis de Sartori es utilísimo para comprender el caso de Chile, porque explica el repetido surgimiento de movimientos centristas en la política chilena, a expensas tanto de la derecha como de la izquierda. Puesto que dichos movimientos centristas representaban sólo a nivel mínimo una tendencia centrista viable y de hecho eran principalmente reflejos de la erosión de los dos polos extremos, se han derrumbado, sólo para dejar el paso a nuevas coaliciones de centro. La inestabilidad de los movimientos de centro agravó a su vez las dificultades para estructurar un orden público común, por la consecuente fragilidad del consenso centrista a nivel de toma de decisiones. La erosión del consenso centrista se aceleró en forma notable durante el período de Allende y contribuyó a la crisis que culminó en el fracaso del régimen.

Pero como el efecto que tienen las características de un sistema de partidos determinado depende de la índole de la estructura institucional, es indispensable destacar que el sistema de partidos polarizado tuvo un efecto distinto en el régimen presidencial de Chile, al que tuvo en el régimen parlamentario italiano estudiado por Sartori. Pese a la competitividad, la polarización y la inestabilidad de las opciones de centro, en Chile el gobierno no corría peligro de "caer" si no ganaba el apoyo mayoritario del Congreso o si perdía el que ya tenía.

Del mismo modo, las coaliciones que en Italia se formaban en el Congreso después de una elección parlamentaria, en Chile tenían que estructurarse antes de una elección presidencial. Ningún partido o tendencia era capaz de ganar la presidencia por sí solo. Se eligió el candidato de centro, con apoyo de la izquierda, en las elecciones presidenciales de 1938, 1942 y 1946; con apoyo de la derecha, en 1964; y con apoyo de ambos bandos, en 1932 y 1952. Sólo en dos ocasiones en ese período, ganó la

[23] Sartori en Lapalombara y Weiner, pp. 156, 164.

presidencia un candidato que representaba a la derecha o a la izquierda: en 1958, cuando se eligió al independiente Jorge Alessandri con apoyo de la derecha; y en 1970, cuando se eligió al socialista Salvador Allende. En ambos casos, los polos rechazaron la solución de compromiso y los partidos de centro creyeron erróneamente que podrían ganar solos. Como se verá más adelante, la selección de un candidato fuertemente influenciado por las tendencias maximalistas de su opción polar habría de tener consecuencias serias para la estabilidad institucional.

Como las coaliciones pre-electorales se formaban principalmente por razones electorales, en un ambiente de gran incertidumbre política, a los pocos meses del nuevo gobierno tendían a desintegrarse. A menudo había conflictos ideológicos en el origen de los cambios en las coaliciones, pues los partidarios de una fórmula resistían las proposiciones de otros partidarios. Pero también había consideraciones netamente políticas de igual importancia. El presidente no podía ser reelegido y los dirigentes de otros partidos de su coalición pronto caían en la cuenta de que la mejor forma de aumentar su participación en las elecciones municipales y parlamentarias posteriores era desplegándose de las dificultades que encerraba el gobierno en una sociedad afligida por problemas económicos. Las elecciones se caracterizaban por una política de mejor oferta, puesto que la suerte de los gobiernos no pendía de una votación perdida. Los partidos se esmeraban en criticar a los funcionarios en ejercicio y aprovechaban todo aumento inflacionario, todo incidente de represión policial, toda acusación de prácticas partidistas o de corrupción, en un esfuerzo por asegurarse un mejor resultado en las urnas. La retórica de la prensa controlada por los partidos y de los oradores diestros de las cúpulas partidistas, solía alcanzar proporciones desmesuradas. En semejante ambiente los partidos de centro, con corrientes ideológicas o posiciones pragmáticas distintas, que pasaban del apoyo a la oposición y e vuelta al apoyo del presidente en ejercicio, enfrentaban un costo político.

La erosión de las coaliciones pre-electorales conducía inevitablemente a nuevas alianzas temporales con partidos o grupos dispuestos a proporcionar al Poder Ejecutivo respaldo parlamentario y político general, a cambio de concesiones presidenciales. El presidente se veía obligado a buscarlas, porque no podía disolver el Congreso en caso de impasse. En términos concretos, esto significaba ajustar el gabinete presidencial de acuerdo con las nuevas alianzas operativas no sólo en la Cámara de Diputados sino también en el Senado, que retenía poderes considerables. Aun cuando Chile no tenía oficialmente un primer ministro, al estilo de la Quinta República francesa, el Ministro del Interior, como jefe del gabinete, debía reflejar las

realidades de los alineamientos políticos, vitales no sólo para el programa del presidente sino para la administración ininterrumpida del país.[24]

Con la Constitución de 1925, los ministros ya no eran responsables ante las mayorías transitorias de cualquiera de las cámaras. No obstante, el Congreso conservaba el derecho a acusar constitucionalmente a los ministros, y los presidentes contemporáneos, en su mayoría, debieron hacer frente repetidas veces, con éxito o sin él, a acusaciones constitucionales dirigidas a mantener la honradez de la coalición presidencial y contenta a la oposición parlamentaria. Con esto se garantizaba que las carteras ministeriales fueran para individuos con lazos partidistas impecables.

Más aún, los partidos aseguraban doblemente su influencia con la exigencia de que los candidatos que se proponían para puestos en el gabinete recibieran el pase o permiso oficial del partido para ocuparlos. Los presidentes no podían simplemente nombrar militantes de diversas organizaciones partidistas, tenían que negociar activamente con los comités centrales para obtener su consentimiento. En momentos críticos, con el fin de resolver estancamientos políticos, el presidente a menudo buscaba tecnócratas no políticos, o militares, para llenar cargos ministeriales, costumbre a la que Salvador Allende recurrió con resultados ominosos.

En el Cuadro 10 se resumen las estadísticas de coalición de los cinco últimos gobiernos constitucionales de Chile. En la mayoría de ellos, los acuerdos de coalición se desarmaron a mitad del período presidencial, lo que exigió nuevos arreglos de coalición. Como se ve en el Cuadro, sólo en el período de 1961-1963 el presidente tuvo una coalición de mayoría, es decir, que para implantar medidas claves siempre tuvo que contar con apoyo adicional. Los gabinetes, a su vez, eran sumamente inestables. Un estudio de la rotación ministerial en todos los períodos presidenciales, desde 1932 a 1973, que figura en el Cuadro 11, señala que salvo el gobierno de Alessandri, que gozó de mayoría parlamentaria, y el de Frei, que intentó gobernar sin coalición debido a su mayoría en la Cámara de Diputados, los gabinetes duraron en promedio menos de un año y los ministros por separado estuvieron en el cargo sólo unos cuantos meses.

Efectivamente, por la competitividad y la polarización del sistema de partidos, el intento de devolver a Chile al sistema presidencial de gobierno, mediante la Constitución de 1925, fracasó. El sistema chileno era semipresidencial, sin las garantías oficiales que ofrecen las reglas y procedimientos

[24] Se analiza este punto en Arturo Valenzuela, “Politics, Parties and the State in Chile: The Role of the Higher Civil Service”.

parlamentarios que tienden a basar la autoridad ejecutiva en el apoyo mayoritario. Los presidentes, para mantenerse en el cargo estaban continuamente obligados a procurar coaliciones operativas y se veían constantemente frustrados por la imagen de inestabilidad y crisis permanente que este procedimiento de negociación daba a la política chilena.[25] No es por casualidad que los últimos presidentes chilenos, en su mayoría, alabaron el algún momento el ejemplo del Presidente Balmaceda, quien se suicidó en 1891, antes que ceder a las exigencias de los partidos parlamentarios.

Y con todo, esta descripción del sistema de partidos, competitivo y polarizado, de la política de Chile entrega sólo una parte del cuadro completo. Si bien el quiebre de los acuerdos de partidos, la acusación de ministros y el fuerte desacuerdo en torno a cuestiones importantes de política dominaban los titulares, la gran mayoría de las transacciones políticas chilenas se caracterizaba por el compromiso, el toma y daca, y un profundo respeto por las instituciones y procedimientos de la democracia constitucional. Es más, la democracia chilena no habría durado lo que duró, de no ser porque el sistema político era capaz de estructurar arreglos operativos que respondían a las exigencias que le hacían las fuerzas políticas, en alto grado movilizadas y competitivas.

Así, con los años se fueron estructurando acuerdos que permitieron la ejecución de políticas tan visionarias como fueron el desarrollo industrial patrocinado por el Estado, los sistemas nacionales de educación, salud y previsión, un sistema universitario que tiene escasos paralelos en este continente, y una completa estructura de negociación colectiva, mecanismos de control de precios y reajuste de salarios, reforma agraria y nacionalización del cobre. Todas estas medidas fueron el resultado, no sólo de la iniciativa del Ejecutivo, sino de la labor de innumerables grupos de trabajo que cruzaban el espectro partidista. Algunos eran ad hoc e informales; muchos otros eran exigidos por ley, entre ellos los consejos de las empresas estatales y las importantísimas comisiones del Senado y de la Cámara, en las que se preparaban leyes fundamentales.

Pero las relaciones de trabajo también se centraban en asuntos más corrientes, aunque no menos importantes. Los dirigentes partidistas y los

---

[25] El punto muerto de la política chilena se repetiría, probablemente, en Francia, que es el otro sistema de partidos polarizados con gobierno presidencial, si un presidente de aquel país perdiese el apoyo mayoritario del Congreso. No obstante, como lo señala Aron, habría un paso más claro al modelo "parlamentario" debido a la disposición constitucional de que haya un primer ministro responsable ante la Asamblea Nacional. Véase Raymond Aron, "Alternation in Government in the Industrialized Countries", *Government and Opposition* Vol. 17, Nº 1 (Invierno 1982).

parlamentarios de determinadas regiones o provincias a menudo se unían, independientemente de la afiliación partidista, en favor de iniciativas que beneficiaban a los electores, ya fuera un camino nuevo, una represa o una ley especial que destinara fondos para proyectos de desarrollo o declarara un feriado especial en honor de un hijo ilustre. De hecho, todos los dirigentes partidistas, elegidos o no, pasaban la mayor parte del tiempo procurando responder a las peticiones de grupos y personas en pos de cosas tales como pensiones para viudas, trabajo para maestros de escuela, beneficios previsionales para un gremio, reajustes salariales para sindicatos, etc... Gran Parte de esta labor significaba servir de intermediarios ante reparticiones gubernamentales demasiado sobrecargadas para responder eficazmente al público de acuerdo con criterios universalistas.

La política partidista chilena se caracterizó, pues, no sólo por los fuertes desacuerdos en ideología y programa, sino por la estructuración de compromisos y cooperación con el fin de alcanzar objetivos políticos conjuntos y responder a las peticiones de los electores, organizados o no. Este modelo de concesiones políticas mutuas se puede atribuir a tres factores que se refuerzan recíprocamente: los imperativos de la política electoral, la existencia de un centro pragmático y la viabilidad de las tribunas institucionales representativas para la toma de decisiones. En Chile el sistema de partidos se caracterizó por la existencia de partidos relativamente cohesionados y en alto grado ideológicos. Cabe recordar, sin embargo, que su función principal consistía en participar en las ubicuas elecciones del país. Ellas, municipales, parlamentarias, presidenciales, todas celebradas en años distintos, obligaban a los partidos a dedicar la mayor parte de sus energías a la selección de candidatos y a las campañas electorales. El éxito en las urnas, en un país donde había habido elecciones durante varias generaciones, era una meta tan valiosa como la pureza ideológica. Esto era así no sólo porque todos los partidos procuraban conseguir la elección de sus representantes, sino también porque las elecciones ayudaban a definir el valor de un partido en la formación de coaliciones.

Las elecciones también servían para determinar la correlación interna de fuerzas dentro de los partidos. Los representantes elegidos pesaban mucho, invariablemente, en los círculos del partido, y la capacidad de una facción cualquiera para obtener el mayor número de funcionarios reforzaba su posición en las asambleas y congresos del partido.

La versión modificada del sistema representativo de D'Hondt, vigente en Chile, sólo aumentaba la importancia de las elecciones en la competencia interna de los partidos y para las negociaciones entre éstos. La ausencia de votación acumulativa significaba que si bien cada partido presentaba

una lista con tantos candidatos cuantos asientos se disputaban, los electores podían votar sólo por uno de ellos. La votación total de todos los candidatos de cada lista servía para saber cuántos escaños podía llenar un partido determinado. Esto significaba, en último término, que los candidatos competían no sólo contra los de las listas opositoras sino contra sus propios correligionarios. Antes de las reformas electorales de 1958, el lugar en la lista, decidido antes de la elección por los dirigentes del partido, determinaba cuáles candidatos salían elegidos, lo que quería decir que el candidato que quedaba más abajo en la lista podía quedar sin asiento aunque tuviera gran cantidad de votos; pero su éxito hacía que en contiendas posteriores los dirigentes del partido les dieran mayor importancia a él y a su facción. Después de la reforma de 1958, resultaban elegidos los candidatos con mayor cantidad de votos y su número quedaba determinado por la fuerza de la lista, con lo que el acto electoral se convertía a la vez en elección interna del partido y elección general.[26]

Pero la negociación se efectuaba no sólo dentro de los partidos sino entre ellos. Antes de 1958 no era infrecuente ver listas conjuntas, compuestas de partidos muy dispares, pues éstos pugnaban por maximizar su éxito electoral en distintas zonas. Después de 1958 quedaron proscritas las listas conjuntas y los partidos entraron en pactos regionales, incluso nacionales, para darse apoyo mutuo en zonas de igual fuerza, absteniéndose de presentar listas competidoras. Si bien en la mayoría de los casos los pactos se estructuraban con partidos que quedaban próximos en distancia ideológica, no era raro hallar pactos que abarcaban toda la amplitud del espectro. Y a menudo los electores encontraban que los votos que emitían por un candidato determinado podían conducir a la elección de otro, de un partido o tendencia ideológica enteramente distintos, según un modelo muy parecido al que se siguió en el Uruguay con el sistema de votación doble simultánea.

La importancia del proceso electoral significaba, inevitablemente, que los partidos debían prestar atención principal a los criterios particularistas y clientelistas, a medida que iban más allá de los fieles para alcanzar a los simpatizantes del partido y a los votantes potenciales. El sistema de varios representantes por distrito y la gran cantidad de partidos significaba

---

[26] Véanse Mario Bernaschina G., *Cartilla electoral* (Santiago, 1958) y Alejandro Silva Bascuñán, *Tratado de Derecho Constitucional* Vol. 1 (Santiago, 1963). Acerca de la ley electoral de 1962 y las modificaciones de 1965 y 1968, véase Antonio Vodanovic, de., *Ley general de elecciones* (Santaigo: Editorial Nascimiento, 1969). Las reformas de 1970 se analizan en Guillermo Piedrabuena Richard, *La reforma constitucional* (Santiago: Ediciones Encina, 1970).

que los electores debían escoger entre un elevado número de candidatos; pero también significaba que se podía elegir candidatos a parlamentarios con una cantidad de votos relativamente baja. Por ejemplo, en la elección parlamentaria de 1969 el promedio de votos por candidato fue de 4.200, o 3.700 sin contar la zona de Santiago. Esto sólo reforzaba la importancia del llamado personal directo. En las comunidades más grandes los candidatos a escaños parlamentarios empleaban dirigentes de nivel más bajo, tales como regidores municipales, para consolidar su propia fuerza electoral. Los dirigentes locales, a su vez, esperaban que se les diera ayuda para entregar beneficios concretos a sus propios simpatizantes, beneficios que sólo se podían obtener manteniendo buenos contactos en la capital, en muchos casos cruzando las líneas partidistas. La centralización de las estructuras gubernamentales y de la toma de decisiones, lo mismo que la escasez de recursos en la economía inflacionaria del país, sólo reforzaba la importancia de estas funciones de corretaje.

Con todo, tales funciones hubieran carecido de sentido si los representantes electos no hubieran tenido acceso a recursos. El segundo factor que acentuó la dimensión pragmática de la política partidista chilena fue la existencia de instituciones representativas viables con funciones significativas en la elaboración de políticas. La primera de ellas era el Congreso. El congreso era el foro de compromisos en torno a leyes importantes, además de tribuna clave para dar curso a asuntos tan serios como las leyes de presupuestos y de reajustes salariales, esta última tal vez la medida de orden público más decisiva en una economía inflacionaria. Las facultades legislativas, presupuestarias e investigadoras daban la fuerza para los acuerdos entre partidos, y la influencia para que los parlamentarios hicieran uso de su posición para atender a los deberes relativos a su electores, fundamentales para la reelección. El Congreso chileno era la arena principal para expresar posiciones y desacuerdos importantes en materia política; era también el lugar fundamental para conformar, con objetivos divergentes, políticas comunes.

Este procedimiento de agregación, la estructuración de amplias coaliciones, además de las alianzas respecto de medidas determinadas, se hacía posible, a su vez, gracias a un tercer rasgo de la política chilena que ya se mencionó. Se trata de la existencia de partidos de centro flexibles, capaces de aliarse con partidos de izquierda respecto de ciertos asuntos, con partidos de derecha respecto de otros. En la política chilena no había gigantes, ningún partido ni tendencia que tuviera mayoría decisiva. Aun así, el compromiso y el acomodamiento no hubieran sido posibles sin la flexibilidad que ofrecían los partidos de centro, en particular el Radical, que heredó el

papel de los liberales del siglo XIX como palanca de la política de coalición, ya fuera desde la situación ventajosa del Poder Ejecutivo o bien desde su posición de partido importante en el Legislativo. El hecho de que los presidente, en su mayoría, pertenecieran a partidos centristas o procuraran proyectar una imagen suprapartidista (como Jorge Alessandri o Carlos Ibáñez) sólo contribuía a contrarrestar las tendencias centrífugas del sistema de partidos y reforzar los mecanismos de puente de la política chilena.

La literatura relativa a los partidos políticos ha distinguido entre partidos de base de masas, orientados principalmente hacia las metas de política y los asuntos de peso, y más preocupados de la pureza ideológica y la movilización de militantes que de triunfar en las urnas; y partidos de base heterogénea, con escasa coherencia ideológica, cuyo único fin es el de estructurar acuerdos para ganar elecciones y asignar a sus seguidores recompensas tangibles.[27]

En Chile, la autodefinición ideológica ha sido la característica más sobresaliente del sistema de partidos. No obstante, sería un error sostener que las orientaciones electorales y los criterios de clientela política han faltado. Si bien algunos partidos tomaban el elemento ideológico más en serio que otros, la doctrina partidista era importante en todas las organizaciones políticas. y Hasta el Partido Comunista chileno definió como su objetivo principal la conquista de cargos públicos importantes por medio del proceso electoral. Durante varias generaciones, la política partidista chilena sobrevivió como mezcla compleja, a menudo contradictoria, de ambas dimensiones.

III Deterioro del Régimen. Papel y Destino del Sistema de Partidos

¿Fue el quiebre de la democracia chilena, en 1973, consecuencia de las características estructurales del sistema de partidos de Chile? Buena parte del debate contemporáneo que tiene lugar entre los sectores partida-

---

[27] Wright distingue entre el modelo "racional eficiente" y el "modelo de democracia partidista", el primero orientado a ganar elecciones, el segundo, a alcanzar la pureza ideológica. Véase William E. Wright, "Comparative Party Models: Rational Efficient and Party Democracy", en William E. Wright (de.) *Comparative Study of Party Organization* (Columbus, Ohio: 1971). Acerca de las distinciones ya clásicas en tal sentido, véanse las de Duverger, *Les parties politiques* y Otto Kirchheimer, "The Transformation of the Western European Party System", en Lapalombara y Weiner. Un estudio excelente, que destaca las metas dobles de éxito electoral y objetivos ideológicos, es Samuel Barnes, *Party Democracy: Politics in an Italian Socialist Federation* (New Haven, Ct.: Yale University Press, 1963).

rios del régimen militar y en esferas oficiales, acerca del futuro del sistema de partidos, se basa en una respuesta afirmativa a esa pregunta. Porque se supone que el quiebre tuvo una relación directa con la fisonomía del sistema de partidos, las autoridades han concluido que sólo con un cambio drástico en el sistema de partidos competitivos y polarizados se asegurará un porvenir democrático estable y se evitará otro colapso del régimen. Como lo han manifestado las autoridades, dicho cambio que se espera poner en marcha mediante nuevas reglas electorales y partidistas, apuntaría a crear un sistema de dos partidos, o cuando más tres, orientados al electorado y sin contrastes ideológicos fuertes; un sistema de partidos que sería el polo opuesto del sistema de partidos histórico de Chile.[28]

La dificultad que presenta este razonamiento es que su premisa fundamental es en alto grado discutible. Las pruebas comparativas, y no sólo las pruebas del caso chileno, dan a entender que hay escasa relación **directa**, o no la hay, entre la naturaleza del sistema de partidos **per se** y la incidencia de deterioro del régimen. Y, aparte de que se pueda establecer dicha relación, es igualmente discutible que con cambios en las leyes electorales y de partidos se pueda obtener un sistema de partidos distinto. En esta parte analizaremos brevemente las pruebas comparativas generales, y veremos en seguida el papel que tuvieron los partidos y el sistema de partidos en el quiebre chileno. El trabajo terminará con un estudio de la suerte del sistema de partidos bajo la Junta y sus perspectivas futuras.

a Las Pruebas Comparativas

La opinión de que los sistemas multipartidistas son menos estables o eficaces que los bipartidistas ha sido blanco de ataques por parte de diversos autores. En particular, los estudios comparativos de los regímenes europeos, con inclusión de democracias más pequeñas, en especial los países escandinavos y del Benelux, han demostrado que los sistemas multipartidistas

---

[28] Esta posición ha figurado en numerosas ocasiones en declaraciones públicas de Jarpa. Hay artículos académicos que se refieren al mismo tema, en Hernán Larraín, "Democracia, partidos políticos y transición: el caso chileno", *Estudios Públicos* Nº 15 (Invierno 1984), especialmente pp. 111-115; y Juan Irarrázaval, "Democracia, partidos políticos y transición", *Estudios Públicos* Nº 15 (Invierno 1984), p. 51. Irarrázaval, al contrario de Larraín, no sugiere medidas de política dirigidas a transformar el sistema de partidos. Estudios valiosos que tratan las bases jurídicas de la legislación sobre partidos son Francisco Cumplido, "El estatuto jurídico de los partidos" y Enrique Barros, "Aspectos jurídicos del estatuto de partidos", ambos publicados en *Estudios Públicos* Nº 14 (Otoño 1984).

acompañan a democracias estables.[29] Es más, entre las democracias estables los sistemas multipartidistas son la norma y los sistemas de dos partidos son una clara excepción.

Como sostiene Sartori, la cuestión fundamental se centra no tanto en la cantidad de partidos sino en el grado de polarización dentro del sistema de partidos, esto es, la presencia de grandes partidos antisistema o extremistas que conquistan buen apoyo electoral. Los sistemas de partidos polarizados enfrentan situaciones graves, como en los casos dramáticos de la República de Weimar, la República española, la Cuarta República francesa y Chile.[30]

Si bien es cierto que en algunos estudios empíricos se señala que los sistemas de partidos con "partidos extremistas" tienen mayor probabilidad de experimentar una duración reducida de los gabinetes y una mayor inestabilidad del Ejecutivo, no se desprende que los sistemas multipartidistas polarizados sean más propensos al deterioro del régimen.[31] O bien, para decirlo de otro modo, simplemente no es efectivo que los países que tienen partidos no ideológicos y de base heterogénea tengan mayor probabilidad de ser democracias estables y evitar el quiebre del régimen. G. Bingham Powell, luego de estudiar la estabilidad de una amplia gama de regímenes, subraya este punto al observar que "una vez que se controla el nivel de desarrollo económico, el tipo de sistema de partidos no muestra ninguna relación con la duración o derrocamiento del régimen". Si hay algo de eso, agrega, resulta más probable que ocurra deterioro del régimen en "sistemas

---

[29] Véase Arend Lijphart, *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries* (New Haven, Ct.: Yale University Press, 1984), p. 111. Véase también Lawrence C. Dodd, *Coalitions in Parliamentary Governments* (Princeton University Press, 1976).

[30] Cabe señalar que aun cuando Sartori no dice expresamente que los sistemas de partidos polarizados tienen mayor probabilidad de derrumbarse, lo insinúa; pero no demuestra esta proposición ni con análisis comparativo con casos no polarizados ni con la muestra de casos polarizados. No queda claro por qué Italia o Finlandia no ha sufrido esta suerte. En tono más serio, Sartori no da otros casos de sistemas políticos de índole no polarizada que se hayan deteriorado constantemente. Si se ha de incluir el caso de Chile, entonces no se pueden excluir otros casos latinoamericanos que quedaron fuera porque tenían una mayor incidencia de deterioro.

Véase Sartori, *Parties and Party Systems.*

[31] Para el argumento de que los sistemas multipartidistas pueden tener mayores niveles de inestabilidad de gabinete o de gobierno, véanse Dodd, *Coalitions;* G. Bingham Powell, "Party Systems and Political System Performance", *American Political Science Review* Vol. 75 (1981), pp. 861-879; Michael Taylor y Valentine M. Herman, "Party Systems and Government Stability", *American Political Science Review* Vol. 65 (1981), 28-37. Lijphart, *Democracies* también se refiere a este punto, véase p. 110. Esindispensable destacar, sin embargo, la diferencia entre inestabilidad de gobierno e inestabilidad de régimen.

de partidos no extremistas" del tipo de "mayoría agregativa" (como los que hay en los Estados Unidos, Canadá, las Filipinas y Turquía) que en sistemas "de partidos extremistas" con fuertes partidos antisistema (como en Japón, Dinamarca, Finlandia, Italia y Chile).[32]

De hecho, los sistemas de partidos no ideológicos de base heterogénea son la norma en América Latina. Y sin embargo, como se dijo en la introducción, sólo uno o dos países del continente han tenido una historia tan pareja de gobierno democrático como la tuvo Chile. Los países multipartidistas, como el Ecuador, Perú y Brasil, se han caracterizado por sus partidos difusos, clientelistas, pero su historia de continuidad democrática ha sido abiertamente mixta. Y los sistemas de dos partidos o de un partido dominante, con orientaciones ideológicas de centro, tampoco han corrido mejor suerte. El caso de Colombia ilustra la medida en que la competencia partidista puede conducir a una violencia y un deterioro extraordinarios, aun en ausencia de un sistema multipartidista polarizado, definido en términos ideológicos. En la Argentina un sistema de partido único dominante no fue capaz de estructurar un consenso gobernante sino que condujo a un pretorianismo extremo.[33]

En América Latina el mejor caso comparativo para destacar la idea de que la índole del sistema de partidos tiene relación directa con el deterioro democrático es el del Uruguay. Como Chile, el Uruguay estableció uno de los regímenes democráticos de mayor duración en el Tercer Mundo; a la inversa de Chile, sus sistema de partidos se componía de dos partidos clientelistas de estructura floja, con objetivos de política moderados, en principio capaces de estructurar un consenso gobernante. Y sin embargo, la democracia uruguaya se derrumbó en 1973, el mismo año del pronunciamiento militar chileno.

Es notable que en el Uruguay los observadores y dirigentes políticos también han procurado atribuir el deterioro político de ese país a su sistema de partidos, pero, a la inversa de sus contrapartes en Chile, critican precisamente aquellos rasgos del sistema uruguayo que los chilenos preconizan para su propio país. Así, pues, se critica a los partidos uruguayos por meter en un molde bipartidista una gama de distintos puntos de vista ideológicos que se expresarían mejor en un sistema multipartidista. Además, se estima que los partidos urugua-

---

[32] Powell, "Party Systems", p. 868.

[33] Acerca de partidos en diversos países latinoamericanos, véase McDonald. Sobre la Argentina, véase el trabajo de Marcelo Cavarozzi, "Los partidos argentinos: subculturas fuertes, sistema débil", preparado para el taller sobre "Political Parties and Redemocratization in the Southern Cone", Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984.

yos son demasiado clientelistas y difusos, están excesivamente preocupados de los objetivos electorales y dispuestos a transar a costa de los principios.[34]

Si el quiebre del régimen en Chile y en el Uruguay se debió a características del sistema de partidos, y cada uno de estos sistemas era diametralmente opuesto al otro, ¿cuánto crédito puede darse a una explicación que se basa en las características del sistema de partidos **per se** para dar cuenta de la crisis del régimen? Las pruebas comparativas dan a entender con fuerza que se trata de un caso de la falacia lógica de **non causa pro causa,** de tomar por causa efectiva de un hecho aquello que no es la causa. Incluso se acerca peligrosamente a caer en una variante de esta falacia, la de **post hoc propter hoc,** en la que se expone que como determinado fenómeno (la índole del sistema de partidos) precedió a un fenómeno posterior (el quiebre del régimen), el primero fue forzosamente causa del segundo.

Es importantísimo destacar, sin embargo, que si bien la estructura particular de un sistema de partidos no es en sí misma causa del quiebre del régimen, no se debe entender con ello que las variables del sistema de partidos no desempeñen un papel, incluso protagónico, en las crisis de los regímenes democráticos. Tanto en el Uruguay como en Chile, a las cúpulas partidistas les cabe una fuerte responsabilidad en el resultado final, y los partidos con frecuencia procuraron acomodar los estrechos intereses de grupo a los más amplios intereses del régimen. Y en ambos casos ciertos rasgos del sistema de partidos, como la clientela política o la polarización, pusieron obstáculos importantes que limitaron el espacio de maniobra. No obstante, en ambos casos el resultado final no era inevitable: había espacio para decisiones salvadoras del régimen. La estructura del sistema de partidos no condujo inevitablemente al quiebre del régimen. Las variables del sistema de partidos, afectadas de distintas maneras en distintos sistemas de partidos, fueron condiciones contribuyentes, tal vez incluso necesarias del directorio del régimen, pero no fueron condiciones suficientes.

b Los Partidos y el Quiebre Chileno

Como se dijo más arriba, en la descripción de las características sobresalientes del sistema de partidos chileno, un sistema de partidos es más

---

[34] Véase el trabajo preparado por Luis González, "Political Parties and Redemocratization in Uruguay", para el taller sobre "Political Parties in the Southern Cone", Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984. Véase también el trabajo mimeografiado de Juan Rial, "Los partidos tradicionales del uruguay ante la transición democrática".

que la suma de los partidos separados, su grado de coherencia, distancia ideológica y movilización de adherentes en las contiendas electorales. También encierra el complejo juego entre partidos en el sistema político más amplio, juego que está tan condicionado por reglas y estructuras oficiales como lo está por prácticas y acuerdos no oficiales. En Chile, no se puede entender un sistema multipartidista polarizado sin referirse al sistema de negociación y acomodamiento que tuvo lugar en instancias que iban desde las elecciones locales hasta el Poder Legislativo nacional, dentro de un sistema presidencial.

Varios acontecimientos condujeron a la erosión progresiva del sistema chileno de acomodamiento que, dadas las peculiaridades del sistema institucional y no sólo del de partidos del país, contribuyó a aumentar la fragilidad del régimen.[35] Entre estos acontecimientos se cuentan las reformas promulgadas con el fin de instituir mayor eficiencia y racionalidad en la política y la toma de decisiones. Así, en 1958, una coalición de centro e izquierda aprobó una serie de reformas electorales, entre ellas la abolición de las listas conjuntas. Esta reforma puso fin al sistema de pactos políticos, largo tiempo establecido, que permitía que partidos de visiones ideológicas opuestas estructuraran acuerdos de beneficio electoral mutuo. Si bien se consiguió que los acuerdos pre-electorales fueran menos "políticos" se eliminó una importante instancia de negociación entre partidos.

Más importantes fueron las reformas dirigidas a frenar algunas de las facultades del Congreso, disfrazadas de refuerzo a la autoridad del Ejecutivo para hacer frente a las dificultades económicas crónicas de Chile. Entre las más importantes se contaban las que se referían al control ejecutivo del proceso presupuestario, con la creación de una Dirección del Presupuesto, en 1959, y la restricción de las prerrogativas parlamentarias en la asignación de recursos fiscales. Más aún, durante el gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970), el Congreso se vio privado de asignar fondos para proyectos particulares, fuente tradicional de protección e instancia importante de intercambio de favores.

El golpe más serio a la autoridad parlamentaria vino con las reformas constitucionales patrocinadas por una coalición democratacristiana y derechista, que en 1970 recortaron fuertemente las prerrogativas del Legislativo. Entre estas disposiciones, las reformas prohibían las enmiendas que no se referían a una ley determinada y aprobaban el uso extenso de decretos supremos para ejecutar programas que el Legislativo había aprobado en

[35] Esta parte se basa en Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Régimes.*

términos muy generales. También privaba al Congreso de tratar asuntos relativos a previsión social, reajustes de sueldos, pensiones, etc., en los sectores privado y público, el corazón de la negociación legislativa.[36]

Lo irónico es que los reformadores constitucionales daban por sentado que ganarían fácilmente la presidencia en 1970. En cambio, como fuerza de oposición heredaron un Poder Legislativo debilitado con facultades esencialmente negativas, mientras entregaban a la izquierda un Poder Ejecutivo menos obligado que nunca antes a buscar la transacción y el acomodamiento con las élites legislativas. En aras de la eficiencia política habían reducido la importancia de la instancia principal de acomodamiento, acentuando así la índole contrapuesta del sistema de partidos polarizado de Chile.

Estos cambios en las reglas del juego coinciden con otros cambios importantes en la política chilena, incluso los explican. El más notable de ellos fue en los años 60, el surgimiento de un partido de centro nuevo, con un estilo político marcadamente diferente. Al contrario de su predecesor, el pragmático Partido Radical, la Democracia Cristiana chilena se concebía a sí misma como una nueva fuerza de mayoría absoluta en la política chilena, el camino del medio entre "el marxismo" y "la reacción", capaz de ganarse la adhesión del electorado de ambos lados de la gran línea divisoria de la política chilena.

La Democracia Cristiana logró conquistar la presidencia en 1964, en un arreglo de coalición con la derecha y en las elecciones parlamentarias de 1965 logró la votación más impresionante de un partido chileno en la historia moderna del país.

Una vez en el poder y alentados por su éxito electoral, los democratacristianos procuraron poner en marcha un programa de amplio alcance, despreciando el toma y daca tradicional de la política chilena, con lo que despertaron el antagonismo de todos los elementos de oposición, de izquierda, derecha y centro. Se mostraron particularmente duros con los radicales de centro, rechazaron las ofertas de colaboración y despidieron o pasaron por alto a los funcionarios radicales en la burocracia. Aun cuando lograron desplazar al Radical como el partido chileno de centro, a la inversa de éste no se mostraron dispuestos a tolerar políticas clientelistas o de intercambio de favores, ni a servir de mediadores o de puente eficaz entre partidos y grupos. La actitud democratacristiana, unida a la creciente radicalización de los grupos elitistas de izquierda (en especial dentro del Partido Socialista) y el resentimiento que se sentía en los círculos derechistas que habían dado su

[36] Véase Valenzuela y Wilde, "El Congreso y la redemocratización en Chile".

apoyo electoral a Frei por las reformas gubernamentales, acrecentó el nivel de enfrentamiento ideológico.

Si la Democracia Cristiana hubiese conseguido convertirse en auténtica mayoría de centro, la creciente tensión política no hubiera tenido repercusiones institucionales tan serias. Pero, a pesar de inmensos esfuerzos organizativos, extenso uso de recursos y programas estatales en beneficio de los partidarios, y de niveles extraordinarios de ayuda del exterior, la DC no logró romper la división tripartita de la política chilena.

En consecuencia, aun cuando quedó en claro que no podría ganar sola las elecciones presidenciales de 1970, resultó imposible estructurar una coalición pre-electoral ni con la derecha ni con la izquierda. La mayor parte del disminuido Partido Radical se unió a la candidatura del socialista Salvador Allende, quien aventajó apenas al candidato de derecha Jorge Alessandri, en la elección entre tres competidores, con una mayoría relativa del 36,2% contra 34,9% de la votación, sorprendiendo a la mayoría de los encuestadores. Allende ganó, a pesar de recibir un porcentaje de votos inferior al que tuvo en 1964, en una contienda presidencial de dos candidatos, contra Eduardo Frei. Los resultados ilustraron claramente las repercusiones del fracaso de la derecha y del centro, al no lograr en 1970 una coalición como la habían tenido en 1964. El candidato democratacristiano Radomiro Tomic llegó tercero con el 27,8% de los votos.

El apoyo democratacristiano en el Congreso permitió que Allende ocupara la presidencia; por primera vez en la historia de Chile la izquierda conquistaba el cargo máximo de la nación. Pero la posición minoritaria del presidente, junto a la falta de apoyo mayoritario en el Congreso le significó al igual que otros presidentes anteriores, ajustar su programa a las realidades de la política de coaliciones, aunque la propia reforma que la derecha y la Democracia Cristiana habían conseguido hacía menos imperiosa que antes esa transacción.

Era más fácil hablar de transacción que realizarla. Había elementos importantes en la coalición de la Unidad Popular, incluso el propio Partido Socialista de Allende, que estaban comprometidos abiertamente con la transformación revolucionaria del orden socioeconómico y del marco institucional de la política chilena. Además, la coalición era torpe y recalcitrante, con grupos y partidos que competían, tanto entre sí como con la oposición por el botín y el apoyo popular.

Al mismo tiempo, la elección de Allende encendió una reacción extraordinaria entre poderosos sectores de la sociedad chilena, que temían pudiera instalarse en Chile una “democracia popular” marxista-leninista pro Moscú. A ambos lados del dividido sistema chileno de partidos, el compro-

miso con el cambio o la mantención del orden socioeconómico a toda costa superaba muy lejos todo compromiso con los principios de la democracia histórica de Chile.

En tales circunstancias, la estructuración de una coalición de centro, comprometida con cambios de fondo mientras garantizaba las libertades tradicionales, resultaba vital para la supervivencia del sistema político. No obstante, igual que sus antecesores democratacristianos, muchos dirigentes de la coalición de la Unidad Popular se convencieron de que el uso audaz del poder estatal podría romper el punto puerto político y llevar a un apoyo mayoritario para la izquierda. Ello condujo a la promulgación de múltiples políticas redistributivas y de estímulo económico mal concebidas que determinaron una inflación desatada y otros infortunios económicos que, combinados con medidas de discutible legalidad dirigidas a poner la empresa privada bajo control estatal, enajenaron profundamente los intereses empresariales grandes y pequeños, y a buena parte de la extensa clase media y clase media baja del país.

Pero los fracasos del gobierno no eran solamente fruto de políticas irresponsables y presiones de la extrema izquierda por acelerar un proceso revolucionario. También se originaron en el rechazo de dichas políticas por parte de una población cada vez más movilizada, ubicada en las clases media alta. Junto a ello hay que agregar el sabotaje y la subversión, así como las intrigas foráneas. En este ambiente de suspicacias y violencia creciente, las líneas de comunicación entre dirigentes y simpatizantes de partidos opuestos se erosionaron, acentuando así la polarización de la política chilena.

En diversos momentos claves, y a pesar de las presión de ambos polos, se hicieron intentos de forjar un consenso de centro y estructurar las transacciones necesarias para salvar el régimen. Pero los grupos de centro y los políticos moderados de ambos bandos que tenían en su mano la posibilidad de encontrar soluciones renunciaron a su responsabilidad en favor de intereses de grupo más estrechos y de corto plazo; con ello se agravó aún más la tensión y se redujeron los canales de acomodamiento. La participación activa de los "poderes neutrales", como los tribunales y las Fuerzas Armadas, abre paso al pronunciamiento militar.[37]

El quiebre chileno fue, pues, un proceso dialéctico complejo, en el cual los patrones de acomodamiento que habían resistido la prueba del

---

[37] Potencias neutrales es término que usa Juan Linz. Véase su estudio pionero, *The Breakdown of Democratic Régimes: Crisis. Breakdown and Re-equilibration* (Baltimore, Md.: The Johns Hopkins University Press, 1978) que destaca la dimensión de elección contra determinantes socioeconómicos.

tiempo se vieron erosionados por el surgimiento de un centro mal dispuesto a cerrar la brecha entre los extremos, y la declinación de las instancias institucionales de acomodamiento en aras de la eficiencia técnica. También fue el fruto de serios errores de cálculo, estrechos intereses de grupo y falta de coraje en circunstancias decisivas. Pero el quiebre no era inevitable. Aun cuando las características estructurales de la política chilena y el curso de los acontecimientos entrababan seriamente la acción humana, había espacio para elegir, para que un liderazgo resuelto impidiese el desenlace final.

IV El sistema de Partidos en Chile Autoritario

El proceso de quiebre marcó una profunda crisis en el sistema institucional chileno, pero no significó la destrucción del sistema de partidos en el país. De hecho, el quiebre no fue, para usar las palabras de Samuel Huntington, ejemplo de instituciones débiles incapaces de hacer frente a las crecientes exigencias políticas de una población cada vez más movilizada. Al contrario, se puede argüir que la movilización fue fruto de la creciente fuerza de los principales partidos de Chile, espoleada por el impulso del período de la Democracia Cristiana y de Allende.[38]

A medida que el foro institucional se veía reemplazado por el electoral y por la calle, como lugares principales de actividad partidista y aun paramilitar, las organizaciones partidistas crecieron en fuerza y militancia. Aun cuando la elección de 1970 se realizó bajo la bandera de dos coaliciones: la Unidad Popular y la Confederación Democrática, cada partido conservó su identidad y apeló a los electores sobre la base de esa identidad. Las organizaciones y los militantes de los partidos incluso ganaron la supremacía, pues a los dirigentes nacionales se les hizo cada vez más necesario responder a las demandas de las bases.

En el período inmediatamente posterior al pronunciamiento militar quedó en claro que las nuevas autoridades no se proponían simplemente restaurar el orden y devolver el sistema político a los líderes de los partidos. Mientras muchos de los dirigentes de los partidos de izquierda eran encarcelados o exiliados y los bienes de sus partidos confiscados, los partidos de centro vieron sus actividades fuertemente restringidas. Los partidos de derecha simplemente se autodisolvieron y en su mayoría aceptaron la definición de la crisis y del porvenir del país que daban las Fuerzas Armadas.

---

[38] Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies* (New Haven, 1968).

Cabe destacar, sin embargo, que los dirigentes del gobierno militar no contaban con la represión como único factor que iba a volver anticuado el histórico sistema de partidos. Estaban seguros de que los partidos se componían principalmente de políticos egocéntricos que buscaban su propio interés y que los chilenos transformarían el sistema de partidos y sus hábitos a medida que experimentaran el orden y el progreso sin la demagogia de costumbre.

Y el gobierno militar encontró elocuente apoyo a esta posición en el equipo de jóvenes tecnócratas pro mercado libre a quienes se contrató para manejar la economía. De acuerdo con los "Chicago boys", el crecimiento económico y el acceso a una multitud de bienes de consumo derivados de una apertura a la economía internacional, minaría la adhesión a los partidos de la izquierda marxista. El sistema de partidos de Chile aparecía, pues, como vestigio del subdesarrollo y de políticas estatistas, que desaparecería con la modernización.

El espectacular resurgimiento de los partidos políticos a la zaga de las protestas de 1983, diez años después del pronunciamiento militar, debilitó considerablemente estos supuestos. Las organizaciones y los dirigentes de partidos ocupan nuevamente el centro de la escena y las autoridades del régimen deben dedicar buena parte de su tiempo a contrarrestar la estrategia partidista. Los partidos constituyen las fuerzas determinantes que respaldan los movimientos de protesta representados por la Alianza Democrática (AD), de centro, y por el Movimiento Democrático Popular (MDP), de izquierda.

Tres factores explican la incapacidad del régimen militar para destruir el sistema de partidos.[39] En primer lugar, si bien Chile efectivamente experimentó cierto crecimiento económico a fines de los años 70 y amplios sectores de la población tuvieron acceso a bienes de consumo importados, sería erróneo suponer que la adhesión partidista, especialmente de la izquierda, se podría explicar cabalmente en función de la pobreza o la frustración, o que la prosperidad y la disminución de dicha frustración debilitarían esa adhesión.

El Cuadro 8 que ya se mencionó subraya el hecho de que la izquierda recibía apoyo de grupos de altos ingresos y no sólo de los bajos ingresos. Y los excelentes estudios de Alejandro Portes demuestran de manera concluyente que los indicadores de pobreza, bajo nivel educacional y frustración no logran explicar adecuadamente la votación izquierdista en Chile. Como lo ha señalado

---

[39] Esta parte se basa en Valenzuela y Valenzuela, "Partidos políticos". Véase un acento diferente en el estudio de Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno* (Santiago: Flacso, 1983).

Portes, la identificación con partidos de izquierda es producto de la socialización política, la influencia de la organización y los grupos claves de referencia, tales como los sindicatos en el entorno laboral industrial. La socialización política contribuye a su vez a cambios en la visión del mundo, en función de la cual los individuos tienden a asociar sus propias dificultades, o las del país, con desigualdades estructurales, y no con sus propias deficiencias. Como indica Portes, el aumento de la votación a favor de los partidos de la Unidad Popular en 1973 (en relación con 1969), en medio de hiperinflación y fuertes privaciones, testimonia los cálculos no economicistas de los partidarios de la izquierda.[40] Los cálculos políticos basados en criterios estrictamente económicos explican mejor la posición política de los votantes de centro, cuya identificación partidista es débil, que la adhesión de votantes de izquierda o votantes cuya identificación es fuerte. Fueron más bien los votantes de centro quienes apoyaron al Presidente Pinochet en el plebiscito de 1980, en pleno "boom" económico. La grave declinación económica que comenzó en Chile a fines de 1981, si bien determinó escasa diferencia en el apoyo al régimen entre los de identificación partidista fuerte, significó serias dificultades para el régimen entre los sectores cuyo entusiasmo por sus políticas era relativo.

En segundo lugar, los partidos políticos no han desaparecido, pese a restricciones considerables, porque con ella los partidos han logrado establecer una presencia importante en una multitud de instituciones de la sociedad civil. En las juntas de vecinos, sindicatos, grupos estudiantiles, incluso las asociaciones profesionales, los cargos dirigentes se han ido llenando poco a poco con activistas con vínculos de partido. Con ello se ha asegurado la presencia de actividad partidista entre los dirigentes de nivel inferior y las bases. De hecho, el régimen aseguró el libre acceso de los elementos partidistas tradicionales a cargos dirigentes, al negarse a procurar la estructuración de un movimiento partidista masivo en su favor. Si bien dicho movimiento hubiera tropezado con serias dificultades en Chile (como se ve por la suerte de los sindicatos pro gobierno), de todos modos hubiera podido contener los esfuerzos partidistas por recuperar su presencia en funciones societales de liderazgo.[41]

---

[40] Véase Alejandro Portes, "Occupation and Lower-Class Political Orientations in Chile", en Valenzuela y Valenzuela, *Chile: Politics and Society*. Véase también su "Status Inconsistency and Lower-Class Leftist Radicalism", *The Sociological Quarterly* Vol. 13 (Verano 1972): 361-382, y "Political Primitivism, Differential Socialization, and Lower-Class Leftist Radicalism", *American Sociological Review* Vol. 36 (octubre 1971): 820-835, ambos basados en su estudio de Chile. Véase también Portes, "Urbanization and Politics in Latin America", *Social Science Quarterly* Vol. 52, Nº 3 (diciembre 1971).

[41] Véase Karen Remmer, "Public Policy and Régime Consolidation: The Five Years of the Chilean Junta", *The Journal of Developing Areas* Vol. 13 (julio 1979).

Sin una competencia abierta y autorizada oficialmente, los partidos pudieron reclutar dirigentes nuevos, con frecuencia por selección de los líderes "naturales" que surgieron luego de la purga de líderes anteriores. Los sucesos en Chile se han parecido a los de España en circunstancias aún más restrictivas. Como anota José Maravall, refiriéndose a los partidos de izquierda, "el surgimiento de la clase obrera y del movimiento estudiantil dependía de la supervivencia clandestina de los partidos de izquierda. Estos partidos proporcionaron las estrategias y los dirigentes, y fue la capacidad de supervivencia de estos partidos lo que mantuvo vigente la resistencia de obreros y estudiantes durante el período largo y difícil de los 40 y 50, y lo que más tarde reanimó la lucha".[42]

Pero el fracaso de la motivación económica para minar la adhesión partidista, junto con la capacidad de los activistas de partido para mantener una presencia significativa en los diversos espacios organizativos de la sociedad, es en muchos aspectos función del tercer factor, que es el más importante: la supervivencia del "panorama político" de Chile. Ninguna democracia que haya experimentado un quiebre político, posiblemente con excepción del Uruguay, tuvo un sistema de partidos tan fuerte y duradero.

La identificación con los partidos principales tiene fuertes raíces en la sociedad chilena, donde la adhesión partidista pasa de generación en generación. Como ya se dijo, los chilenos acostumbran hablar de una "subcultura" comunista o radical para señalar afiliaciones partidistas que son frecuentemente indicio de un estilo de vida más que de simples preferencias políticas. Y, como se vio en el Cuadro 9, supra, los totales cambiantes en el porcentaje global de la votación que recibieron los partidos principales no disminuyeron la fuerte continuidad en la estabilidad geográfica de las bases partidistas a nivel comunal. El partido más débil de Chile puede ser el centrista Partido Demócrata Cristiano, porque es nuevo y por la volatilidad de las opciones de centro en el país. No obstante sus raíces datan de más de cuarenta años y sus fuerzas organizativas propias, además del interés ideológico para los elementos católicos que buscan un gobierno progresista, dan a entender que todavía conserva su lugar en la política chilena.

Es irónico que al prohibir los partidos y limitar sus actividades, el régimen en realidad contribuyó a "congelar" en su lugar no sólo a los partidos tradicionales sino también a los propios dirigentes a los partidos tradicionales sino también a los propios dirigentes a quienes sacó del poder en 1973. En ausencia de contiendas internas y de intereses electorales más amplios, no han podido surgir líderes nuevos que reemplacen a los antiguos, más fácilmente reconocibles, que se destacaban antes del pronunciamiento militar.

---

[42] José Caravall, *Dictatorship and Political dissent* (London: Tavistock, 1978), p. 166.

No contradice esta observación el hecho de que han surgido múltiples opciones partidistas desde que el régimen inició la apertura política, en agosto de 1983, encabezada por el Ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa. Muchos de estos protopartidos constituyen reclamaciones rivales de los cargos dirigentes de partidos establecidos. Es lógico que en un contexto autoritario de apertura parcial la norma habrá de ser el hiperfaccionalismo. Ello ocurre precisamente porque no se pueden resolver con eficacia las reclamaciones rivales mediante la democracia interna de los partidos y no hay elecciones que determinen la diferencia entre partidos de verdad y partidos de papel. Con el regreso de la democracia, aquellos grupos que sean capaces de reclamar la corriente principal de los partidos históricos serán los que conquisten la mayor parte del apoyo electoral.

Pero ¿y si las reglas del juego cambian sustancialmente? Algunos dirigentes del gobierno han dejado en claro que les gustaría ver en Chile el surgimiento de un sistema bipartidista. Con tal fin se han analizado diversas propuestas, entre ellas la proscripción de los partidos marxistas, el cambio a un sistema de distritos con representante mayoritario único, y una ley que exigiría 10.000 firmas para que un partido obtenga reconocimiento legal.[43]

Las autoridades y los adherentes al régimen, al sostener que la prohibición legal de los grupos marxistas ayudaría a restaurar la democracia en Chile señalan como ejemplo la prohibición de "partidos totalitarios" que figura en la Constitución de la República Federal de Alemania.[44] Pero la comparación con

---

[43] La proscripción de los partidos marxistas se contempla en el Artículo 8 de la Constitución. Véase la nota 44. El Presidente Pinochet envió a la Junta en 1984 la ley sobre partidos políticos, con la salvedad que se necesitarán 100.000 firmas para que un partido pueda inscribirse como tal. Esta proposición ha encontrado oposición en la Junta, la que resuelve por unanimidad. El Consejo de Estado todavía no ha pasado al Presidente la ley electoral y ésta continúa en estudio en una subcomisión. Es probable que el sistema de representación proporcional quede descartado en la propuesta del Consejo de Estado, en favor de un sistema de mayoría simple, con el fin de tratar de cambiar el carácter subyacente del sistema de partidos. Sin embargo, es posible que contemple distritos con dos representantes y no uno solo. Todo el paquete de leyes constitucionales está todavía en estado embrionario.

[44] Véase el argumento de Jaime Guzmán en una mesa redonda del Centro de Estudios Públicos, que se publicó con el título "Pluralismo y proscripción de partidos antidemocráticos", *Estudios Públicos* Nº 13 (Verano 1984): 10-15. Las restricciones a los partidos políticos en Chile se encuentran en el Artículo 8 de la Constitución, el cual señala que "todo acto de persona o grupo destinado a propagar doctrinas que atenten contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la socedad, del Estado o del orden jurídico, de carácter totalitario o fundada en la lucha de clases, es ilícito y contrario al ordenamiento de la república. Las organizaciones y los movimientos o partidos políticos que por sus fines o por la actividad de sus adherentes tienden a esos objetivos, son incosntitucionales". El Artículo 19 agrega: "Prohíbense las asociaciones contrarias a la moral, al orden público y a la seguridad del Estado". Véase *Textos comparados de la Constitución Política de la República de Chile 1980 - Constitución Política de la República de Chile 1925* (Santiago: Instituto de Estudios Generales, 1980). Las citas corresponden a las páginas 19 y 30, respectivamente. Véase una opinión contraria en la participación de Francisco Cumplido en la mesa redonda ya mencionada, publicada en *Estudios Públicos* Nº (Verano 1984).

Alemania es totalmente inadecuada. El Partido Comunista alemán jamás alcanzó la prominencia de su contraparte chilena. Además, su fuerza había menguado considerablemente incluso antes de que se adoptaran las medidas constitucionales restrictivas. Por último, otros factores tales como el requisito de que los partidos pequeños cuenten al menos con el 5 por ciento del electorado para sobrevivir, los importantes cambios en la sociedad alemana y la división del país, fueron mucho más influyentes que las prohibiciones constitucionales en decir el destino electoral con los comunistas.[45]

Es más, si el partido alemán hubiera poseído la fuerza del chileno, habría logrado sobrevivir pese a las prohibiciones, como de hecho lo logró el Partido Comunista chileno por cerca de un decenio de proscripción. Durante los años en que el partido estuvo prohibido se las arregló para presentar candidatos bajo otras banderas partidistas. Y aunque tales prácticas fueran objeto de una vigilancia más estricta, sería imposible impedir que militantes y simpatizantes comunistas voten por otros partidos, con lo que su presencia pesaría indirectamente y ocasionaría tensiones en otros partidos y movimientos. En el mejor de los casos, la proscripción de los partidos de izquierda induciría a grandes sectores de la población a poner en duda la legitimidad de las instituciones democráticas y debilitaría la capacidad de éstas para resolver los problemas de la nación. En el peor, reforzaría las corrientes internas de aquellos partidos que son hostiles a los procedimientos democráticos y fomentaría la instalación del socialismo por la fuerza.

Aun cuando el Partido Comunista chileno ha adoptado la actitud de que la oposición al régimen militar no debe excluir los actos de violencia, la postura histórica del partido se ha centrado en el rechazo de la vía armada al poder y la aceptación de la participación plena en el proceso electoral. Tal es claramente la posición de la inmensa mayoría de los dirigentes socialistas. Prohibir los partidos de izquierda en Chile, so pretexto de que constituyen una amenaza al orden social, y desarrollar una política "moderna" no sólo es una medida ilusoria condenada al fracaso sino que también corre el riesgo de convertirse en una profecía autocumplida, que refuerza el propio resultado que la medida procura evitar.

---

[45] Ningún estudio serio de la política de Alemania Federal atribuye la escasa votación comunista a las disposiciones de la Constitución. Véase, como estudio definitivo, Juan Linz, "The Social Bases of West German Politics", 2 tomos, tesis de doctorado sin publicar, Columbia University, 1959. Un artículo que utiliza parte de sus resultados es Juan Linz, "Cleavage and Consensus in West German Politics: The Early Fifities", en Lipset y Rokkan (de. *Party Systems and Voter Alignments*, pp. 283-321. Según hace notar Linz, en Alemania el Partido Comunista, aun antes de ser prohibido, ya estaba reducido a una "minoría insignifcante". Véase p. 285. Hay un resumen útil del sistema de partidos alemanes en Gerhard Loewenberg, "The Development of the German Party System", en Karl H. Cerny (de.) *Germany at the Polls* (Washington: 1978), reproducido en *Estudios Públicos* Nº 13 (Verano 1984): 152-83.

La tentativa de crear un sistema de dos partidos también es ilusoria. Señalar al Brasil como ejemplo exitoso de régimen autoritario que crea dos partidos moderados es una interpretación seriamente errónea de la historia previa de los sistemas de partidos en el Brasil y en Chile.[46] Como lo ha observado Bolívar Lamounier, los partidos brasileños, para comenzar, eran difusos y mal estructurados, con raíces históricas poco profundas y escasa continuidad, en abierto contraste con el sistema de partidos en Chile.[47]

Ciertos estudiosos de la conducta electoral apoyan la tesis de Duverger en el sentido de que los sistemas de mayoría simple con un representante por distrito se asocian con los sistemas de dos partidos, en tanto que los sistemas de representación proporcional se asocian con los sistemas multipartidistas.[48] Si bien confirma la validez de esta tesis, Arend Lijphart destaca el hecho de que no existe una relación causal simple entre ley electoral y características del sistema de partidos. La relación es en realidad recíproca; con el tiempo los sistemas bipartidistas ven que les conviene conservar el sistema de mayoría simple con un representante por distrito, en tanto que los sistemas multipartidistas prefieren mantener el sistema de representación proporcional.[49] Por este motivo, no sólo es dudoso que un cambio en el sistema electoral vaya a afectar al sistema de partidos sino, lo que es más significativo, es discutible que la instalación de un sistema de mayoría simple con uno o dos representantes por distrito, impuesta por un gobierno militar saliente, vaya a durar mucho una vez restablecida la política democrática. Los intereses creados son demasiado grandes en favor de mantener la presencia de partidos en cada una de las tres tendencias históricas de Chile.

---

[46] Véase Larráin, "Democracia, partidos políticos y transición", p. 115.

[47] Véase el trabajo de Bolívar Lamounier, "Partidos políticos e consolidaçao democratica: algunas indicaçoes sovre o caso brasileiro", preparado para el taller "Political Parties in the Southern Cone", Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984. Está claro, además, que el sistema brasileño de dos partidos no sobreviviría a una apertura democrática verdadera. La formación del Partido Liberal y del Partido Obrero insinúa la evolución de un sistema multipartidista que, en todo caso, guardaría mayor similitud con el sistema histórico de Chile que con el sistema de partidos del Brasil anterior a 1964.

[48] Véanse Duverger, *Parties politiques* y Douglas Rae, *The Political Consequences of Electoral Laws* (New Haven: 1967), pp. 93-95. Hay una proposición antigua y algo extrema que relaciona los sistemas electorales con los de partidos, en F.A. Hermens, *Democracy or Anarchy: A Study of Proportional Representation* (South Bend, Ind.: University of Notre Dame Press, 1941).

[49] Lijphart, *Democracies*, p. 158. En un estudio del surgimiento de partidos nuevos en el marco de Europa Occidental, Charles Hauss y David Rayside demuestran que el sistema electoral tuvo escasa importancia. Los partidos nuevos prosperaron tanto con el sistema de representación proporcional como con el de mayoría simple con un solo representante. Véase Hauss y Rayside, "The Development of New Parties in Western Democracies since 1945". Al analizar el caso de Chile, Teresa Miranda también señala que el sistema electoral como tal no fue un factor determinante. Es más, observa que la declinación del fraccionamiento en los años

Es más, probablemente la oposición más fuerte a la adopción de un sistema de mayoría simple con uno o dos representantes por distrito provenga de la derecha, cuya participación relativa en la votación disminuyó durante los años 60. En una simulación de tres elecciones parlamentarias en los años 60, que hicieron Carolina Ferrer y Jorge Russo, se observa que con una fórmula de mayoría simple con un representante por distrito los ganadores habrían sido claramente los partidos de centro.[50] Así pues, en 1961, el Partido Radical, que obtuvo el 26,5% de los escaños, hubiera obtenido el 50% con la fórmula de mayoría simple. Y en 1965 y 1966 la Democracia Cristiana hubiera obtenido el 86% y el 76% de todos los escaños, contra el 55,8% y el 37,3% que fue lo que el partido obtuvo efectivamente. Los partidos de derecha hubieran desaparecido por completo en 1965 y en 1969 hubieran ganado sólo el 3,4% de los escaños, contra el 22% que en realidad obtuvieron. Los partidos de izquierda hubieran corrido una suerte similar.

Puesto que es improbable que en un sistema de mayoría simple con un representante por distrito los partidos se hubieran presentado solos, Ferrer y Russo simularon el resultado de las elecciones con coaliciones de derecha, centro e izquierda. En 1961 la derecha hubiera tenido virtualmente todos los asientos; en 1965 los partidos de centro hubieran controlado el 71% y en 1969 la izquierda marxista hubiera obtenido el 86,2% de los escaños (con el 25% solamente de los votos).

Aun cuando un sistema de dos vueltas, como el que se usa en la Quinta República francesa, impediría que la suerte cambiante de las coaliciones arrase con los escaños, está claro al parecer, que la introducción de un sistema de mayoría simple con un representante por distrito, con la esperanza de estructurar dos partidos, está rodeada de incertidumbre y sería resistida por todos los bandos. De hecho, resulta irónico que haya sectores de derecha que piensen en un sistema de mayoría simple con un representante por distrito, puesto que, como lo ha demostrado tan brillantemente Stein rokkan, los sistemas de representación electoral fueron instituidos históricamente por elementos de clase alta y conservadores, como medio de conservar su propia influencia en un ambiente de creciente política de masas.[51]

---

60 se produjo a pesar de que se había empleado el mismo sistema electoral todo el tiempo. Véase Miranda, "El sistema electoral", pp. 68-69. Los sistemas electorales pueden reforzar ciertos patrones partidistas en el tiempo, pero no son determinantes.

[50] Carolina Ferrer y Jorge Russo, "Sistemas electorales parlamentarios alternativos: un análisis para Chile", *Estudios Públicos* Nº 13 (Verano 1984).

[51] Véase Stein Rokkan, "Electoral systems", en Rokkan, *Citizens, Elections, Parties*, pp. 157-58.

Con todo, ¿es posible que una combinación entre reglas electorales de mayoría simple con un representante por distrito, abolición de los partidos marxistas y exigencias estrictas para la inscripción de partidos, junto con el sistema presidencial chileno en que el ganador se lleva el premio, pueda alentar la formación de un sistema bipartidista?

No es imposible, por cierto, que dichas medidas pueden culminar en la reducción drástica de la cantidad de partidos. No obstante, el resultado práctico sería sencillamente el de obligar a estructurar coaliciones que serían partidos sólo en el nombre. Esto ha ocurrido en países como Israel y Francia, donde los partidos se han visto reemplazados por grandes bloques o federaciones.[52] Y si se trata de reducir el grado de conflicto e inestabilidad, dichos bloques pueden incluso ejercer el efecto contrario. Chile ofrece uno de los mejores ejemplos del ominoso efecto de una dinámica política que obliga a la estructuración de semejantes bloques. Para maximizar las posibilidades obtener el mayor número de escaños en las elecciones parlamentarias de 1973, los partidos que apoyaban al gobierno y los que apoyaban a la oposición estructuraron sendas listas conjuntas bajo la denominación de Unidad Popular y Confederación Democrática, respectivamente. En lugar de moderar el espectro político, la configuración en dos partidos llegó a representar la polarización más extrema: una curva en U con carencia absoluta de fuerzas de centro.

La experiencia chilena demostró que en tales condiciones las fuerzas moderadas al interior de cada una de las coaliciones se ven presionadas fuertemente por los extraños, reduciendo así aún más toda tendencia, centrípeta del sistema político. No hay motivos para suponer que los esfuerzos por obligar a la política chilena a encarar alternativas bipartidistas no terminarán, otra vez, en la creación de coaliciones que van a polarizar el proceso político. Es erróneo pensar que la política "moderada" se puede "imponer" a una sociedad cuyas opciones partidistarias están claramente definidas. La proscripción de la izquierda sólo reforzará el proceso, al dejar a los partidos de centro e izquierda sin otra opción que la de coligarse.

Estas observaciones tomadas del caso chileno apoyan la tesis de Arendt Lijphart, en el sentido de que en sociedades claramente divididas, una opción mayoritaria bipartidista puede de hecho crear tensiones mayores en el sistema político que una opción multipartidista. Citando como ejemplo el caso de Austria, observa que el sistema bipartidista de ese país limitó el

---

[52] Véase Jonathan Mendilow, "Party Cluster Formations in Multi-Party Systems", *Political Studies* Vol. XXX, Nº 4: 485-503.

proceso de cooperación y comprensión a nivel de élite, en lugar de facilitarlo. Ello ocurrió porque la estructura bipartidista impedía la representación correcta de importantes segmentos de la sociedad. Según Lijphart, el sistema multipartidista es más capaz de reflejar los intereses societales de manera clara y separada, facilita la transacción y el acomodamiento del liderazgo político. Mendilow demuestra lo mismo cuando sostiene que el "agrupamiento de partidos", como en Israel y Francia, en lugar de conducir a la estabilidad que contemplan los "partidos de base heterogénea", de Otto Kirchheimer, "tienden a hacer que todo el sistema de partidos se vuelva inestable".[53]

V Conclusión: Proposición para un Gobierno Parlamentario

De este análisis y de los temas de este trabajo se desprende que la redemocratización de Chile no tendrá éxito si se estructura sobre la premisa de que es preciso destruir el sistema de partidos o cambiarlo drásticamente. La clave para la redemocratización es reconocer que la política chilena está constituida por diversas corrientes políticas importantes y polarizadas, con fuerte representación partidista. El desafío de la redemocratización no reside en la tentativa ilusoria y contraproducente de destruir aquel sistema de partidos. Se trata más bien de reestructurar mecanismos dirigidos a cerrar la brecha de la realidades centrífugas de la política chilena y alcanzar un consenso mínimo respecto de las reglas del juego y de las políticas que se necesitan para gobernar el país. Esto se podrá lograr solamente reforzando las instancias institucionales de adaptación capaces de ofrecer canales de expresión política, transacción y gobierno eficaz.

El punto de partida debe ser el reconocimiento de que el régimen presidencial en Chile fracasó. Como ya se sostuvo, todos los presidente de Chile que han gobernando desde la configuración del sistema de partidos en los años 20, entre ellos Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri, que se presentaron como candidatos independientes "por encima" de la política partidista encontraron que gobernar el país era extraordinariamente difícil. Los presidentes eran elegidos sin excepción por minorías o coaliciones que luego se desintegraban después de cada elección. En consecuencia, los presidentes, en su mayoría, contaban con escaso apoyo en el Congreso, e incluso con una oposición declarada. Lo que importa destacar es que a todos los partidos les

[53] véase Lijphart, *Democracy in Plural Societies* (New Haven: 1971), pp. 62-64. Véase Mendilow, "Party Cluster Formations", p. 486.

interesaba poco prestar apoyo activo al presidente. Al contrario, podían ganar más con la percepción del fracaso de la gestión presidencial que con la de su éxito. Como el presidente no podía ser reelegido, carecía de la autoridad política que nace de la posibilidad de ganar la reelección. Hasta su propio partido estimaba ventajoso, apartarse del presidente y sus problemas, a mediados de su período, y preparar la próximo candidatura. Los períodos presidencial y parlamentarios fijos construían al ambiente de punto muerto y a la impresión de crisis permanente que permeaba la política chilena.

Es paradójico que en Chile la reacción a este problema de gobierno haya sido la de buscar un aumento del poder presidencial. Se sostiene que la solución del urgente problema económico y social del país exige un liderazgo fuerte, el cual se ve impedido de actuar por los estrechos intereses partidarios representados en el Poder Legislativo. Pero la historia de Chile en el último tiempo ha demostrado que un aumento en el poder presidencial sólo ha agravado el problema al reducir las instancias de adaptación funcional y provocar los enfrentamientos más fuertes entre Ejecutivo y Legislativo. La razón por la cual el aumento del poder presidencial no resuelve el problema de gobierno se deriva directamente de los puntos fundamentales que se sostienen en este trabajo. El sistema multipartidista de Chile no puede generar apoyo mayoritario salvo mediante la estructuración de coaliciones amplias. Estas se producen frecuentemente antes de las elecciones presidenciales y en el régimen presidencial no hay incentivo para mantener el respaldo de la coalición el Congreso. Más aún, cuanto más fuerte es el poder del mandatario como actor constitucional separado, más se desincentiva la estructuración de dicho respaldo entre partidos y grupos celosos de su autonomía y de sus perspectivas electorales futuras. Se podría incluso sostener que en Chile ha habido una correlación inversa entre el poder de la presidencia y el éxito del régimen presidencial Cuando más fuerte ha sido el presidente, más débil ha sido el régimen presidencial. Por esta razón, las élites políticas de chile deben pensar seriamente en instalar un régimen de gobierno parlamentario.

El sistema parlamentario se caracteriza por la generación de la autoridad ejecutiva mediante el apoyo mayoritario en el Parlamento y la responsabilidad constante del Ejecutivo ante él. De este modo, si la mayoría parlamentaria cambia, el Ejecutivo debe reflejar ese cambio con el nombramiento de un nuevo primer ministro y de un nuevo gabinete, o con un llamado a elecciones para elegir un nuevo parlamento. Todos los regímenes parlamentarios tienen un jefe de Estado y no sólo un jefe de gobierno. En muchos países el jefe del Estado es un monarca. En otros es un presidente elegido por el pueblo o bien por el Congreso. Aun cuando en un régimen

parlamentario el presidente detenta pocos poderes, puede desempeñar un papel importante como jefe simbólico "por encima de la política", en condiciones de cumplir una importante función mediadora en tiempos de crisis.

La instauración en Chile de un régimen parlamentario presentaría tres ventajas claras. En primer lugar, relajaría la tremenda presión por estructurar coaliciones en torno a una opción presidencial de suma cero, alternativa que en el cuadro chileno, pro definición, estimula la polarización. Con un régimen parlamentario en Chile, como en Italia, el presidente seria una fuente de unidad nacional y no de división partidaria. Le tocaría invitar a la formación de gobiernos de gabinete basados en la mayorías parlamentarias.

En segundo lugar, el régimen parlamentario eliminaría el punto muerto paralizante y el enfrentamiento que han caracterizado las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo en Chile en lo que va del siglo. La nación no tendría que vivir con la rigidez de un compromiso con un período presidencial de seis u ocho años que ya no cuenta con una mayoría operativa. Si el régimen de Chile hubiera sido parlamentario, no se hubiera producido el quiebre de 1973. La mayoría parlamentaria compuesta de la Democracia Cristiana y los partidos de la Unidad Popular, que permitió la elección de allende en 1970, hubiera tenido que continuar para que Allende se mantuviera como jefe del gobierno. En ausencia de dicha mayoría, el gobierno hubiera caído. Dada la posterior alianza de la Democracia Cristiana con la derecha, se hubiera formado un nuevo gobierno, encabezado probablemente por un democratacristiano.

Esto nos trae a la tercera ventaja: el sistema parlamentario moderaría la política chilena. Dadas muchas de las similitudes en la posición de los partidos de izquierda y la Democracia Cristiana en 1970, es probable que una coalición entre centro e izquierda hubiera subsistido si el régimen hubiera sido parlamentario. Hubiera subsistido, sabiendo Allende y sus colaboradores que los cambios no podían ser demasiado drásticos, so pena de caída del gobierno. al mismo tiempo, con un régimen parlamentario, el Ejecutivo no hubiera podido embarcarse en la estrategia de tomar sectores de la economía por decisión propia. No hubieran existido los "resquicios legales" para una acción ejecutiva independiente, pues todas las medidas hubieran debido contar con la aprobación mayoritaria del Parlamento.

Esto, a su vez, hubiera reforzado los elementos moderados a ambos lados de la divisoria política de Chile, estimulando así un impulso centrípeto hacia las coaliciones y la transacción, y no el modelo centrífugo de conflicto y la búsqueda de soluciones maximalistas que caracterizó al pasado institucional reciente de Chile. Lo que Chile necesita es precisamente un

sistema que aliente la formación de amplias tendencias centristas, y no uno en que la tendencia de centro desaparece bajo el peso de los extremos, o en que el presidente procura interpretar la voluntad nacional como él estima conveniente, sin el apoyo concreto que hace falta para gobernar.

Resulta algo paradójico que la conveniencia del régimen presidencial goza, al parecer, de tanto favor en la opinión público de élite en Chile.[54] Es un mito que los regímenes parlamentarios sean más débiles que los presidenciales. La fuerza de todo régimen se mide por su capacidad para promulgar políticas y programas. Pero en una democracia, políticas y programas sólo se pueden promulgar, en último término, si gozan de amplia apoyo popular. Los regímenes parlamentarios funcionan sobre la base del apoyo mayoritario y luego son, por definición, más fuertes. Pese a su triunfo electoral arrollador en 1984, por su carencia de apoyo mayoritario en el Congreso, Ronald Reagan es un gobernante más débil que Margaret Thatcher, en Gran Bretaña, a quien para permanecer en el cargo le hace falta una mayoría parlamentaria.

Es verdad que ciertos regímenes parlamentarios parecen inestables; pero el régimen no es inestable **per se,** es que el sistema parlamentario, como cualquier otro, refleja las divisiones societales subyacentes que se manifiestan en la política partidista. Se cita a menudo el caso de Italia, cuyo sistema de partidos se parece mucho al de Chile. Sin embargo, cabe destacar que Italia ha sido capaz de generar gobiernos moderados y relativamente exitosos. Cosa más importante, sus crisis políticas han sido crisis de gobierno, no de régimen.

Salvo en América Latina, donde los gobiernos constitucionales han sido notablemente débiles, los regímenes presidenciales son la excepción, no la regla. En su mayoría, las democracias estatales del mundo son parlamentarias. Entre las primeras democracias del mundo sólo en los Estados Unidos existe un régimen presidencial en todo el sentido de la palabra. Los únicos otros regímenes presidenciales son las de Francia y Finlandia, y los dos son semiparlamentarios, porque el primer ministro y el gabinete responden ante el poder Legislativo. Y hay que destacar que el régimen presidencial de los Estados Unidos funciona en el marco de un sistema extraordinariamente difuso y a-ideológico de dos partidos del tipo “heterogéneo”, sistema que evolucionó a partir de “escisiones” o divisiones societales de fondo muy distintas de las que se produjeron en Chile.

---

[54] Un buen ejemplo de esta opinión, la que se entrega, sin embargo, sin documentación, es el texto presentado por el Consejo de Estado de Chile, junto con el borrador de la Constitución de 1980. Véase *Textos comparados de la Constitución.*

Las escisiones de fondo que condujeron a la creación del sistema multipartidista polarizado en Chile se compara mejor con las que se presentan en Europa y no así con las del caso excepcional de los Estados Unidos. No debe ser tan ilógico estimar que Chile debe pensar en adoptar el sistema de ejercicio del poder más extendido entre los regímenes democráticos, sistema que ha funcionado bien en sociedades cuyas escisiones y tradiciones políticas son similares. La decisión reciente de España en el sentido de instalar un régimen parlamentario sólo refuerza este argumento.

Un obstáculo efectivo que se presenta en Chile en la transición misma está en el hecho de que todas las fuerzas políticas del país confían en que, tarde o temprano, el ejercicio de la democracia ha de conducir a una elección presidencial en alto grado visible y enfrentada, que sólo obligará a los grupos a abanderizarse. Ciertos sectores de la derecha, que hoy quizá se dan cuenta de que no lograrán cambiar la fisonomía de la política partidista de chile, temen legítimamente que los podrían arrollar. Sectores de centro e izquierda se preguntan cómo van a estructurar una coalición y mantener la legitimidad de su propio programa sin caer víctimas de las intensas fuerzas centrífugas de la política chilena. Los sectores moderados de todos los bandos que piensan que es preciso restablecer las instituciones democráticas pronto, corren el riesgo efectivo de verse acorralados por la lógica de los extremos.

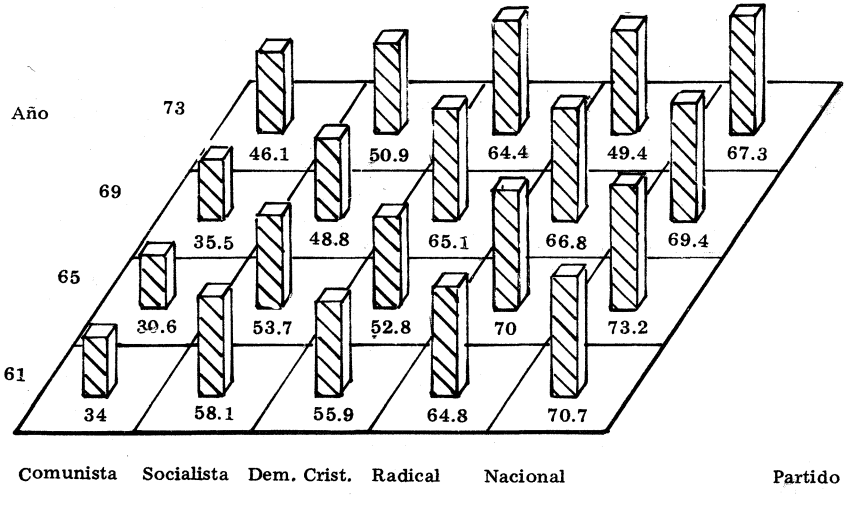
Si se reinstituye el régimen presidencial, a los menos debe contar con algunos de los rasgos importantes del régimen parlamentario. Como en Finlandia, podría contar con un primer ministro y un gabinete responsables ante el Congreso, y disposiciones para llamar a elecciones en caso de "impasse" serio entre el Ejecutivo y el Legislativo. Un sistema electoral de dos vueltas, como en Francia, también ofrecería garantías de que el presidente no salga elegido por pequeñas mayorías relativas del electorado, y que las coaliciones preelectorales se compongan de una mayoría efectiva. Dado el sistema de partidos de Chile, a mi juicio, el marco constitucional de la Constitución Política de 1980, con un Poder Ejecutivo excepcionalmente fuerte, un período presidencial de siete años y un Congreso débil, es la peor opción posible y la menos indicada para conducir a una democracia estable.[55]

---

[55] Para debilitar aún más el conflicto se podría tomar diversas medidas adicionales con el fin de construir mecanismos de acomodamiento consociativo, aunque no podrían reemplazar eficazmente un régimen parlamentario de gobierno. Sobre esta cuestión véanse los estudios de Eric Nordlinger, *Conflict Regulation in Divided Societes* (Cambridge, Mass.: Harvard Studies in International Affairs, Nº 29, Center for International Affairs, Harvard University, 1972) y Arend Lijphart, *The Politics of Accomodations: Pluralism and Democracy in the Netherlands* (Berkeley, Cal.: University of California Press, 1975). Un excelente esbozo de estas ideas con aplicación al caso chileno se encuentra en los trabajos de Alberto Van Klaveren. Véase "Instituciones consociativas: alternativa para la estabilidad democrática en Chile", Documento de Trabajo Nº 12, Centro de Estudios del Desarrollo, abril 1984.

Gráfico 1

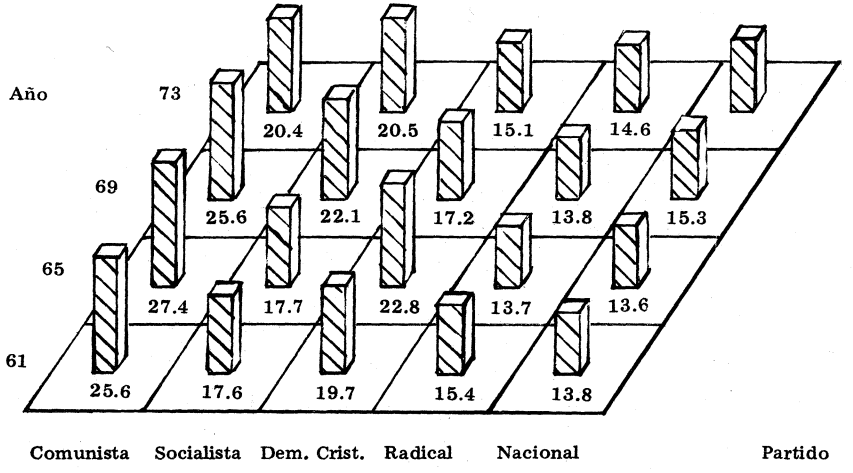
Porcentaje de Población Agrícola en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 2

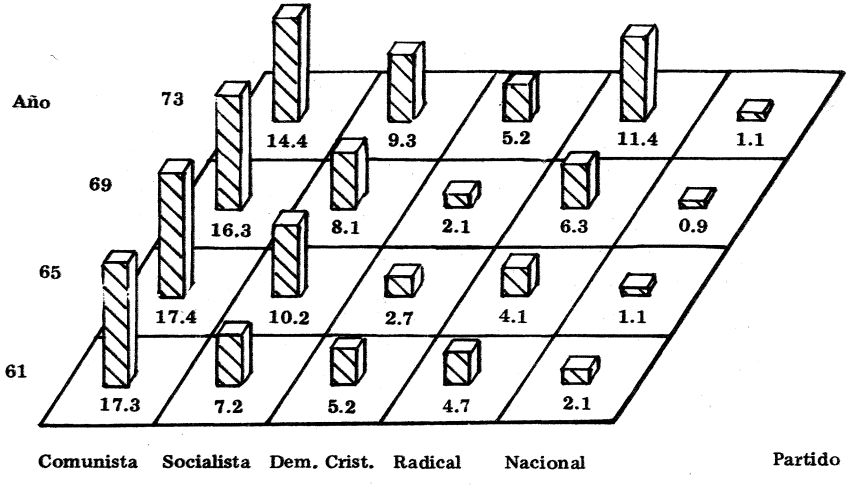
Porcentaje de Población Industrial en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 3

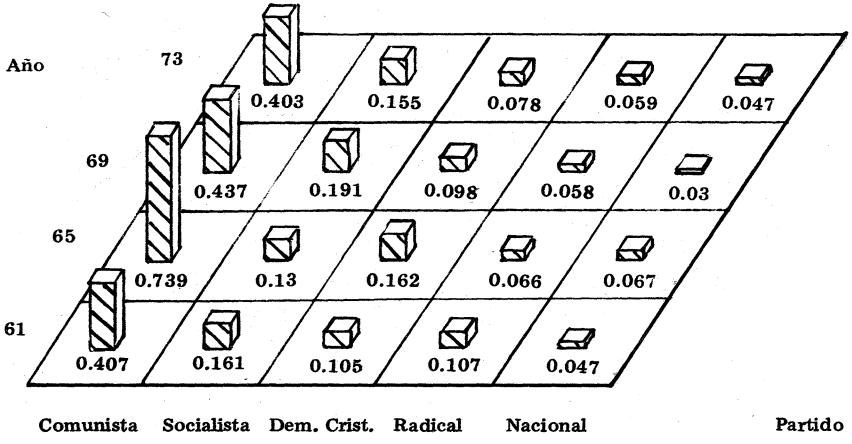
Porcentaje de Población Minera en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 4

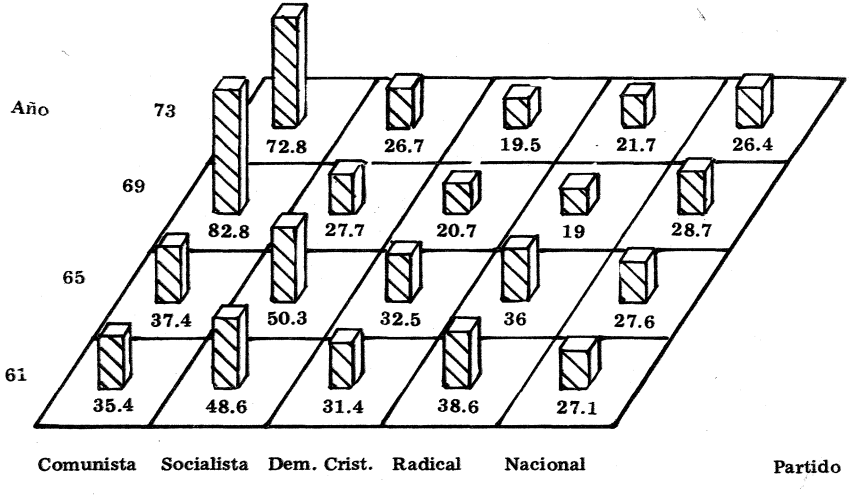
Consumo per Cápita de Electricidad en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 5

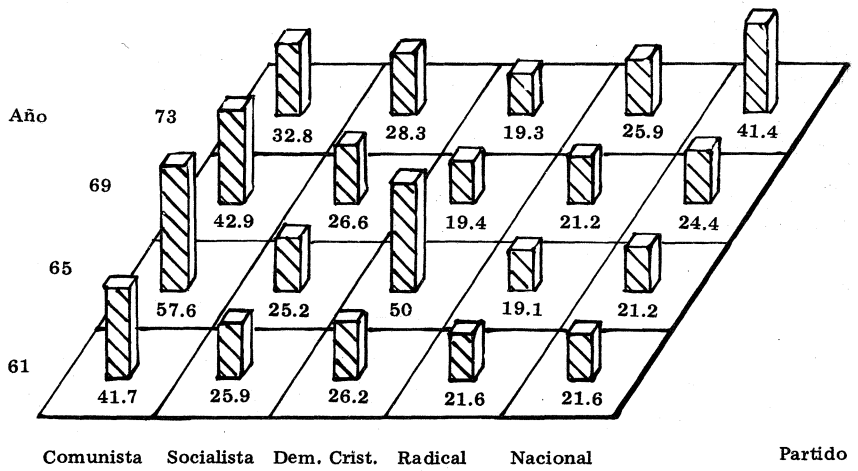
Porcentaje de Población en Ocupaciones Obrero-Industriales en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 6

Porcentaje de Población en Ocupaciones de Clase Media en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

CUADRO 1 ELECCIONES DE DIPUTADOS: RESULTADOS POR PARTIDO*

Partido	1932 Nº votos	1932 % voto total	1932 dip. elect.	1937 Nº votos	1937 % voto total	1937 dip. elect.	1941 Nº votos	1941 % voto total	1941 dip. elect.
Conservador	55.260	16,9	34	87.845	21,3	35	77.243	17,2	32
Liberal	32.645	10,0	18	85.515	20,7	35	63.118	14,0	22
Nacional									
Otros	22.214	8,1	9						
Derecha	110.119	35,0	61	173.360	42,0	70	140.361	31,2	54
Radical	59.413	18,2	34	76.941	18,7	29	98.269	21,9	44
Falange Nac./									
Democracia Crist.									
Agraria Laborista									
Otros	45.040	13,7	20	38.702	9,4	12	41.144	9,1	11
Centro	104.453	31,9	54	115.643	28,1	41	139.413	31,0	55
Socialista									
de Chile				46.050	11,2	19	75.500	16,8	15
Socialista									
Popular									
Progresista Nac./									
Comunista				17.162	4,2	6	53.144	11,8	16
Otros							23.702	5,3	3
Izquierda				63.212	15,4	25	152.346	33,9	34

*Partidos que han obtenido sobre el 5% del voto total en más de una elección parlamentaria. Los resultados no suman 100% por estar excluidos los partidos con menos del 5%, o aquellos que se presentan en una sola elección.

Partido	1945 Nº votos	1945 % voto total	1945 dip. elect.	1949 Nº votos	1949 % voto total	1949 dip. elect.	1953 Nº votos	1953 % voto total	1953 dip. elect.
Conservador	106.254	23,6	36	98.118	21,1	31	111.715**	14,4	18
Liberal	80.597	17,9	31	83.582	17,9	33	84.924	10,9	23
Nacional									
Otros	9.849 [1]	2,2	3	13.916 [2]	3,0	4	21.381 [3]	2,7	4
Derecha	196.700	43,7	70	195.562	42,0	68	218.020	28,0	45
Radical	89.922	19,9	39	100.869	21,7	34	103.650	13,3	18
Falange Nac./									
Democracia Crist.	11.565	2,6	3	18.221	3,9	3	22.353	2,9	3
Agrario Laborista				38.742	8,3	14	118.483	15,2	26
Otros	39.075 [4]	8,7	11	60.869 [5]	13,2	16	137.747 [6]	17,6	21
Centro	140.562	31,2	53	376.553	47,1	67	382.233	49,0	68
Socialista									
de Chile	32.314	7,2	6	15.676	3,4	5	41.679	5,4	9
Socialista									
Popular				22.631	4,9	6	68.218	8,8	20
Progresista Nac./									
Comunista	46.133	10,3	15						
Otros	25.104 [7]	5,6	3	5.125 [8]	1,1	1			
Izquierda	103.551	23,1	24	43.427	9,4	12	109.893	14,2	29

* Partidos que recibieron sobre un 5% del total de votos en más de una elección.
** Votación combinada de los partidos Conservador y Conservador Unido.
1 Partido Liberal Progresista
2 Incluye partidos Conservador Tradicionalista y Liberal Progresista
3 Partido Nacional Cristiano
4 Incluye partidos Agrario, Alianza Popular, Lib. Democrático de Chile, Dem (0) de Chile
5 Incluye Radical Doctrinario, Radical Demo. Dem. de Chile, Dem (0) de Chile, Dem. del Pueblo, Acción Renov. de Chile, Mov. Soc. Cristiano.
6 Incluye partidos Agrario, Mov. Nac. Pueb., Unidad Popular, Acc. Ren. de Chile, Laborista.
7 Partido Socialista Auténtico
8 Socialista Auténtico.

Partido	1957 Nº votos	1957 % voto total	1957 dip. elect.	1961 Nº votos	1961 % voto total	1961 dip. elect.	1965 Nº votos	1965 % voto total	1965 dip. elect.
Cons. Unido	154.877 [1]	17,6	23	198.260 [2]	14,3	17	121.822	5,2	3
Liberal	134.741	15,4	30	222.485	16,1	28	171.979	7,3	6
Nacional									
Otros	47.060 [3]	5,9	7						
Derecha	336.678	38,9	60	420.745	38,4	45	293.801	12,5	9
Radical	188.526	21,5	36	296.828	21,4	39	312.912	13,3	20
Falange Nac./									
Democracia Crist.	82.710	9,4	17	213.468	16,1	28	995.187	42,3	82
Agrario Laborista	68.602	7,8	10						
Otros	87.320 [4]	9,9	10	95.179 [5]	6,9	12	111.275 [6]	4,7	3
Centro	427.158	48,6	73	605.475	44,4	79	1.419.374	60,3	105
Socialista									
de Chile	38.783	4,4	7	149.122	10,7	12	241.593	10,3	15
Socialista									
Popular	55.004	6,3	5						
Progresista Nac./									
Comunista				157.572	11,4	16	290.635	12,4	18
Otros									
Izquierda	93.787	10,7	12	306.694	22,1	28	532.228	22,7	33

1 Votación combinada de los partidos Conservador y Conservador Unido
2 Conservador Unido
3 Incluye partidos Nacional y Nacional Cristiano
4 Incluye partidos Radical Doctr., Democrático, Mov. Repub. de Pueblo, Laborista y del Trabajo
5 Democrático Nac.
6 Democrático, Democrático Nac., Acción Nacional

Partido	1969 Nº votos	1969 % voto total	1969 dip. elect.	1973 Nº votos	1973 % voto total	1973 dip. elect.
Conservador						
Liberal						
Nacional	480.523	20,0	33	777.084	21,1	34
Otros						
Derecha	480.523	20,0	33	777.084	21,1	34
Radical	313.559	13,0	24	133.751	3,6	5
Falange Nac./						
Democracia Crist.	716.547	29,8	56	1.049.676	28,5	50
Agrario Laborista						
Otros						5
Centro	1.030.113	42,8	80	1.183.427	32,1	60
Socialista						
de Chile	294.448	12,3	15	678.674	18,4	28
Socialista						
Popular						
Progresista Nac./						
Comunista	383.049	15,9	22	595.829	16,2	25
Otros						3
Izquierda	971.945	28,2	37	1.274.503	34,6	56

Fuente: Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral. Santiago, Chile.

CUADRO 2 GANANCIAS Y PÉRDIDAS DE LOS PARTIDOS CHILENOS POR COMUNA: 1961-1971

	Comunas en que ganó		Comunas en que perdió		Comunas que ganó lejos		Promedio	
	Cant.	%	Cant.	%	Cant.	%	Cant.	%
Comunista	70	-5.5	216	10.9	89	18.9	287	6.9
Socialista	65	-7.6	221	11.6	86	20.4	287	7.3
Dem. Cristiana	24	-9.2	262	16.3	112	25.0	287	14.2
Radical	268	-17.8	18	7.6	8	12.9	287	-16.2
Nacional	263	-16.7	23	7.1	9	15.4	287	-14.8
Otros	82	-11.5	204	8.4	149	11.0	287	2.7

n = 287

Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Stgo. Chile.
Nota : Comunas con alta ganancia son aquellas donde los partidos reciben un porcentaje mayor a su promedio nacional.

CUADRO 3 INDICE FRACCIONAMIENTO, NÚMERO DE PARTIDOS Y PESO RELATIVO DE LOS CINCO PARTIDOS MÁS GRANDES EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS CHILENAS: 1932-1973

	1932	1937	1941	1945	1949	1953	1957	1961	1965	1969	1973
Indice Rae*	.903	.865	.861	.854	.870	.929	.890	.860	.770	.815	.815
Número de partidos con asientos en el Congreso	17	11	12	12	14	18	13	7	7	5	
Porcentaje de la votación obtenido por los cinco partidos más grandes	58.8	76.8	81.7	78.6	74.0	58.3	52.5	78.6	85.6	90.9	87.8
Porcentaje de asientos obtenidos por los cincos partidos más grandes	74.6	76.8	87.7	86.4	81.6	70.5	77.5	83.6	95.9	100	100
Indice Laakso y Taagera**	10.03	7.4	7.2	6.8	7.7	13.2	9.1	7.1	4.3	5.4	5.4

Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

* El índice de Rae es:

$$F = 1 - \sum_{i=1}^{h} S_i^2$$

donde S_i es el porcentaje de los votos obtenidos por el partido y en relación al número total de votos emitidos.

** Basado en Rae.

CUADRO 4 PORCENTAJE DE LA VARIANZA (R2) DEL INDICE DE FRAGMENTACIÓN EXPLICADO POR DISTINTOS INDICADORES SOCIOECONÓMICOS EN ALGUNAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS

	Urbanización	Tamaño comuna	Porcentaje población ocupada en minería	Porcentaje población ocupada en agricultura	Porcentaje población ocupación cl. obrera	Porcentaje población ocupación clase media
Frg. 61	.07	.11	.006	.14	.006	.002
Frg. 65	–.003	–.003	.01	.01	.006	–.007
Frg. 69	.08	.03	–.001	.05	.002	.007
Frg. 73	.02	.04	.07	–.003	.002	.0006

n = 287

Fuente: Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Stgo. Chile.

CUADRO 5 INDICES DE COMPETENCIA PARTIDISTA EN FRANCIA, CHILE Y REGIONES DE CHILE EN UNA ELECCIÓN PARLAMENTARIA Y UNA ELECCIÓN MUNICIPAL*

	Francia	Chile	I Reg.	II Reg.	III Reg.	IV Reg.	V Reg.	VI Reg.	VII Reg.	VIII Reg.
Elección Parlamentaria	3.37	3.95	3.86	3.86	4.05	4.0	4.12	3.92	4.08	3.25
Elección Municipal	1.64	3.83	3.89	3.95	3.73	3.84	3.79	4.10	3.53	3.61

n = 287

* Nota : La fórmula del índice de Competencia Partidista es la siguiente:

$$I = \text{antiloge} \{ - \sum_{y}^{k} pi \log e pi \}$$

En que k = número de partidos que presentan listas;
pi= proporción de la votación de la lista iésima;
ipi = 1. Se eliminaron del cálculo las listas o los candidatos que recibieron menos del 5% de la votación.

Fuente : El índice de competencia partidista y los datos de Francia se tomaron de M. Kesselman, *The Ambiquous Consensus: A Study of Local Government in France* (New York: Alfred Knopf, Inc., 1967). Los datos de índice de Chile se compilaron en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile. Kesselman señala que el índice "mide el grado en que los votos de una comuna se distribuyen entre listas o candidatos en competencia. Aumenta a medida que crece el número de candidatos o de listas y a medida que convergen los porcentajes de la votación total que reciben los candidatos o las listas. El valor del índice está en su capacidad para medir la estrechez del resultado electoral en un sistema multipartidista". (Kesselman, p. 27.)

CUADRO 6 PORCENTAJE DE COMUNAS POLARIZADAS Y VOTACIÓN PROMEDIO EN COMUNAS POLARIZADAS, POR TENDENCIAS: 1961, 1969 Y 1973*

	1961	1969	1973
Porcentaje comunas polarizadas	35 % (102)	27 % (77)	55 % (158)
Porcentaje izquierda	30.0%	29.4%	34.7%
Porcentaje centro	33.1%	40.7%	33.1%
Porcentaje derecha	33.8%	25%	25.6%

* Nota : Comunas polarizadas son aquéllas en que tanto la derecha como la izquierda obtuvieron más del 25% de la votación.
Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral. Stgo., Chile.

CUADRO 7 PORCENTAJE DE LA VARIANZA EN LA VOTACIÓN PARTIDISTA (R2) EXPLICADA POR DIVERSAS CATEGORÍAS OCUPACIONALES EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIA Y MUNICIPAL DE 1969 Y 1971, POR COMUNAS

	1969	1971
Nacional	.17	.16
Comunista	.33	.32
Socialista	.08	.09
Demócrata Cristiana	.08	.07
Radical	.07	.05

n = 287

Fuente : Compilado con datos de la Dirección de Registro Electoral, Stgo., Chile.

CUADRO 8 AUTOIDENTIFICACIÓN DE CHILENOS EN CUANTO A PREFERENCIA POLÍTICA Y CLASE SOCIAL

Clase Social	Alta		Media Alta		Media Baja		Obrera		No responde		Total	
Preferencia política	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Derecha	11	78.6	67	33.0	98	32.8	60	29.4	17	54.8	253	31.4
Centro	3	21.4	63	31.0	59	19.7	19	9.6	0	0.0	144	17.8
Izquierda	0	0.0	37	18.2	58	19.4	100	31.1	3	9.7	198	24.5
Otras	0	0.0	4	2.0	4	1.3	3	0.7	1	3.2	12	1.5
No responde	0	0.0	32	15.8	80	26.8	78	29.2	10	32.3	200	24.8
Total muestra	14		203		299		250		31		807	

Fuente : International Data Library and Reference Service. Survey Research Center, “1958 Presidential Election Survey in Santiago, Chile” (University of California, Berkeley).

CUADRO 9 CORRELACIONES ENTRE LA VOTACIÓN DE LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS EN LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1963 Y 1971, POR COMUNAS, CENTROS URBANOS IMPORTANTES, OCHO REGIONES Y TOTAL NACIONAL

	Comunista	Socialista	Radical	Democracia Cristiana	Nacional
Nación	.84	.53	.45	.27	.72
Centros urbanos importantes	.85	.39	.82	.49	.71
Y Región Tarapacá-Coquimbo	.83	.60	.43	.47	.65
II Región Aconcagua-Valparaíso	.80	.60	.67	.27	.73
III Región Santiago	.83	.22	.55	.23	.64
IV Región O'Higgins-Ñuble	.74	.60	.42	.12	.73
V Región Concepción-Arauco	.72	.59	.47	.69	.70
VI Región Biobío-Cautín	.86	.28	.33	.03	.35
VII Región Valdivia-Chiloé	.57	.43	.05	.12	.60
VIII Región Aisén-Magallanes	.67	.60	.24	.93	.93

N = 287

Nota : La votación de los partidos Conservador y Liberal en la elección de 1963 se sumó. Son centros urbanos importantes aquellos cuya población es superior a 50.000 personas, 40 comunas en total.

Fuente : Resultados electorales de la Dirección del Registro Electoral, Stgo., Chile.

CUADRO 10 ULTIMOS PRESIDENTES Y APOYO APROXIMADO DE COALICIÓN Y CONGRESO

Presidente	Años	Partidos de Coalición Presidencial	Apoyo Central	Mayoría/Minoría
G. González Videla 1946-1952	1946-1949	Radical Comunista Falange Nacional	Minoría	Radical
	1949-1957	Conservador-Tradicional Liberal Radical	Minoría	Radical
C. Ibáñez 1952-1958	1952-1955	Agrario Laborista Socialista-Popular Otros Fragmentos Izquierda y Derecha	Minoría	Agrario Laborista
	1955-1958	Agrario-Laborista Apoyo cambiante diverso		
J. Alessandri 1958-1964	1958-1960	Liberal (no oficial) Conservador (no oficial) Independientes	Minoría	
	1961-1963	Radical	Mayoría en Cámara	Liberal
		Liberal	Mayoría en Senado	
		Conservador		Conservador
	1963-1964	Conservador	Minoría en Cámara	Liberal
		Liberal	Minoría en Senado	Conservador
E. Frei 1964-1970	1964-1965	Demócrata-Cristiano	Minoría	Demócrata Cristiano
	1965-1969	Demócrata-Cristiano	Minoría en Senado Mayoría en Cámara	Demócrata Cristiano
	1969-1970	Demócrata Cristiano	Minoría	Demócrata Cristiano
S. Allende 1970-1973	1969-1973	Socialista Comunista Radical	Minoría	Socialista Comunista

Fuente : La fuente más útil para compilar este cuadro fue Lía Cortés y Jordi Fuentes, *Diccionario político de Chile* (Santiago, Editorial Orbe, 1967). Se consultaron también numerosas obras secuandarias. Cabe señalar que este cuadro es solamente aproximado y no incluye variaciones anuales más complejas ni variaciones respecto de asuntos particulares.

CUADRO 11 CAMBIOS DE GABINETE Y ROTACIÓN MINISTERIAL EN PRESIDENCIAS CHILENAS

Presidente	Número Minis. Interior	Número cambios gabinete parciales	Número cambios gabinete importantes	Total Minis.	Promedio duración gabinetes	Promedio duración ministros en cargo
Arturo Alessandri 1932-1938	6	2	3	59	10 meses	12 meses
Pedro Aguirre Cerda 1938-1942	7	2	2	44	9 meses	11 meses
Juan Antonio Ríos 1942-1946	8	3	5	84	$6\ ^{1}/_{2}$ meses	6 meses
Gabriel González V. 1946-1952	4	2	2	78	7 meses	11 meses
Carlos Ibáñez 1952-1958	8	3	5	75	7 meses	12 meses
Jorge Alessandri 1958-1964	2	1	1	20	29 meses	43 meses
Eduardo Frei 1964-1970	3	2	1	22	31meses	40 meses
Salvador Allende 1970-1973	9	1	5	65	$5\ ^{5}/_{6}$ meses	7 meses

Fuente : Sobre los cuatro primeros gobiernos, datos sacados de las informaciones disponibles en Luis Valencia A., *Anales de la República*, 2 Vols. (Santiago: Imprenta Universitaria, 1951.) Sobre los demás se consultó *Hispanic American Reports*, *Facts on File* y *El Mercurio Edición Internacional.*

ESTUDIO

PANORAMA DE LA IZQUIERDA CHILENA 1973-1984*

Andrés Benavente U.**

El presente trabajo tiene por finalidad analizar el desarrollo de la izquierda chilena entre 1973 y 1984.

Ha sido un período singularmente especial para este sector político. Actuando en la clandestinidad oficial, primero, en una posición semipública, después a través de diversos movimientos sociales, y públicamente en la etapa de la apertura política, la izquierda nunca ha dejado de estar presente en la escena política.

En este período ha experimentado cambios, superficiales y de fondo en su discurso. No pocas crisis orgánicas de sus integrantes se deben a esas transformaciones. El exilio, la receptividad de nuevas ideas, la misma experiencia del Gobierno militar y su ímpetu fundacional obligaron a la izquierda a replantearse temas que antes formaban parte de su dogmática fundamental. Es el caso del tema de la democracia, del pluralismo, de la metodología que encuadra la acción política.

A partir de ello, la formulación de estrategias ha apuntado en direcciones contrarias. De un lado, hacia la reafirmación de una izquierda tradicional expresada en moldes aparentemente nuevos; de otro, el intento de fundar en el país una izquierda nacional reconciliada con el ideal democrático.

Este trabajo pretende mostrar lo que ha sido el desarrollo de este sector que fue gobierno entre 1970-1973, para tener un conocimiento aproximado que permita explicarse el porqué el escenario izquierdista de 1984 dista de ser aquél que el país conoció en el momento de la ruptura institucional de los años de Allende.

Habrá que partir desde el período de la Unidad Popular y ver su valoración al interior de la izquierda misma, y terminar con la actual diversidad

* Documento presentado el día 13 de septiembre de 1984 en el Seminario "Formación Democrática" organizado por el Centro de Estudios Públicos. Dicho Seminario fue dirigido por el autor.

** Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

en las políticas de alianzas. Y es una labor que hay que asumir para entender el quehacer global de los sector políticos, aun cuando en estricto sentido hacer un análisis de fondo del período resulte temprano para la historia.

I La Izquierda en 1973

1 Situación de la Unidad Popular

En 1969 se había formado la coalición política denominada Unidad Popular, integrada por comunistas, socialistas, radicales, Mapu, socialdemocracia y API. En 1970 había llegado al poder en virtud de la elección que hizo el Congreso Pleno del senador Salvador Allende como Presidente de la República, en vista de que en la elección popular ningún candidato obtuvo la primera mayoría absoluta. Hacia 1973 la Unidad Popular orgánicamente había sufrido variaciones menores, tales como la integración de los socialdemócratas al Partido Radical en 1972; la aparición como partido de la Izquierda Cristiana —y su inmediato ingreso a la coalición— en 1971; y la división del Mapu en marzo de 1973 que dio lugar a un nuevo partido: el Mapu Obrero y Campesino.

Ahora bien, en el fondo, la Unidad Popular hacia 1973 se encontraba dividida y paralizada. Dividida, en cuanto se venían expresando dos tendencias que obedecían a diferentes enfoques respecto de culminar con el proceso de construcción del socialismo, el que era estimado unánimemente dentro de la coalición como irreversible. Dichas tendencias eran, de un lado, aquellas dirigidas por el Partido Comunista que estimaban que había que marchar más lento a fin de consolidar los cambios estructurales que se iban logrando, y asegurar por esa vía la pretendida irreversibilidad. Era preciso dividir a la oposición y neutralizar a la Democracia Cristiana, cuando no celebrar con ésta pactos tácticos, en el sentido que los da Lenin. De otro lado, estaban quienes eran partidarios de acelerar el proceso, sin detenerse ante las trabas institucionales, despreocupándose de la oposición, para terminar lo más pronto posible desbordando el aparato jurídico-político a que el socialismo estaba llamado a suceder.

La diferencia central radicaba no sólo en cuestiones de estrategia política, sino en el distinto carácter que cada sector asignaba al proceso encabezado por el presidente Allende. Para los sectores llamados "moderados", dicho carácter era el de una revolución democrático-popular, en que la vanguardia de clase debía aliarse con fuerzas sociales distintas para superar el momento oligárquico-feudal-imperialista. Responde esta caracterización a la tesis del Frente de Liberación Nacional sustentada por el Partido Comunista que posibilitaba alianzas de partidos pluriclasistas, pero teniendo siempre el proletariado —y su vanguardia— la hegemonía en dicha alianza. La configuración misma de la Unidad Popular habría respondido al mencionado planteamiento.

Los sectores "ultristas", en cambio, consideraban que el carácter de la revolución era lisa y llanamente socialista, por lo tanto, la alianza política era contra todos aquellos que se oponían a la construcción del socialismo. Bastaba entonces una alianza de fuerzas, mayoritariamente proletarias y exclusivamente socialistas. Era la expresión de la tesis del Frente de Trabajadores que el Partido Socialista había aprobado ya en el Congreso de 1957 y ratificada al extremo en el Congreso de Chillan de 1967 cuando se desahució la vía electoral para acceder al poder y se hizo una apología de la violencia como método político. Que en 1970 en el socialismo hubo un paréntesis en la aplicación de esta tesis lo demuestra la propia elección de Allende, quien, por lo demás, fue nominado candidato presidencial de su partido con una mayoría de abstenciones que se le oponía. El paréntesis quedó cerrado en el Congreso de La Serena de 1971 que elige como máxima autoridad partidaria al senador Carlos Altamirano.

En el sector "moderado" se alineaban comunistas, radicales, mapu obrero-campesino y un sector socialista encabezado por el senador Aniceto Rodríguez y cercano al Presidente Allende. En el sector "ultrista" se agrupaban los socialistas seguidores de la directiva oficial que encabezaba Altamirano, mapucistas, la izquierda cristiana y, desde fuera de la Unidad Popular, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

La actitud de ir consolidando el avance del socialismo dentro de la institucionalidad vigente —sin que por ello se renunciara a su desbordamiento futuro— fue mantenida por el polo comunista prácticamente hasta la víspera de septiembre de 1973. En su oportunidad fueron partidarios del ingreso de los militares al gobierno,[1] como táctica para ampliar artificialmente la base de apoyo del gobierno. También fueron decididos partidarios del diálogo con la Democracia Cristiana en las postrimerías del régimen de Allende, en un afán de ganar tiempo negociando sin ceder nada de fondo, y de neutralizar ya desesperadamente a un partido que se había inclinado, por mandato de sus bases, hacia una oposición radical. Eran partidarios de que el movimiento de masas, clave de toda la acción política de la izquierda, estuviese dirigido por los obreros —la vanguardia- organizados en la Central Única de Trabajadores.

Por su parte, la actitud rupturista del sistema fue ganando cada vez más terreno. Las conversaciones con la Democracia Cristiana, así como la incorporación de uniformados al gabinete fueron percibidas como signos de debilidad política, cuando no de concesiones imperdonables a la oposición burguesa. Ya en 1972 los sectores rupturistas establecieron, como se verá luego, una instancia que preten-

1 El ingreso de los militares al gobierno contó con la opinión favorable de los comunistas, radicales y API. En tanto, se opusieron, siendo derrotados, socialistas, mapucistas e izquierda cristiana.

día reemplazar al Parlamento: la Asamblea del Pueblo. Agitando y movilizando a masas campesinas, estudiantiles y marginales, eran sostenedores de la creación de un Poder Popular, paralelo al oficial, en un dualismo propio de la época leninista de la Rusia del 17, el que debía emerger de nuevos organismos: los cordones industriales y los comandos populares.

Después de las elecciones de marzo, la UP perdió vigencia como tal: cada partido siguió su propia línea; si bien es notorio que se fue imponiendo el rupturismo. En efecto, allí se pudo optar por detener la marcha del proceso, en vista de la derrota sufrida, y consolidar lo hecho, sea haciendo un gobierno de mera administración, sea pactando de alguna forma con la DC. Pero, como dice un dentista político de esta última tendencia, fue imponiéndose la vía insurreccional, es decir, "ensayar la conquista violenta del Estado en una insurrección que quebrara a las FF. AA. y que se jugara el doble o nada en las calles". Ello entremezclado con "un juego político insulso, sin destino, mitad parlamentario, mitad revolucionario, donde la política se fuera consumiendo en la ineficiencia y en el desprestigio, y donde el caos fuera invadiendo aceleradamente toda la vía nacional".[2]

Los últimos gabinetes del presidente Allende fueron obra de sus transacciones personales con los diferentes grupos de izquierda, sin dejar contentos a todos. Se dio el caso de que al nombrar como Ministro del Interior a Carlos Briones, el Partido Socialista —al que por largos años pertenecía el ministro— señaló públicamente que no pertenecía a sus registros. (Sustentaba una posición distinta a la oficial del partido.) No tiene nada de extraño, entonces, que el asesor político personal de Allende, Joan Garcés, relate en un libro suyo que ya en agosto de 1973 el Comité Coordinador de la Unidad Popular no se reunía,[3] hecho que también es confirmado por Sergio Bitar, ex ministro del régimen en otro texto.[4]

Después de 1973 asistimos a una suerte de resurrección de la Unidad Popular, pero será más bien, como se verá, la recomposición de un simbolismo, sea por motivos sentimentales, sea por erigir una estructura política capaz de canalizar el apoyo de grupos izquierdistas extranjeros a los socialistas criollos que habían sido derrotados, sea para mantener vigente una romántica convocatoria, en la creencia inicial que muchos tuvieron, o que la administración iniciada en 1973 sería corta y extraordinariamente sensible a las presiones foráneas. El paso del tiempo, sin embargo, y la permanencia de esa administración, terminaron por revivir las pugnas internas y la parálisis

2 Amagada Herrera, Genaro: *De la vía chilena a la vía insurreccional,* Editorial del Pacífico, 1974, pág. 235.

3 Véase Garcés, Joan: *Allende y la Experiencia Chilena,* Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

4 Véase Bitar, Sergio: *Transición, Democracia y Socialismo,* Ediciones Siglo XXI. México, 1979.

operacional. En definitiva, la izquierda tuvo que enterrar su coalición.

2 Situación del Presidente Allende y su Gobierno

Era ciertamente claro para todos los sectores que hacia 1973 el gobierno de Allende había perdido todo ímpetu fundacional. Más grave aún, ni siquiera era un régimen de administración que espera con relativa tranquilidad el fin de su período (como Ibáñez hacia 1955, por ejemplo), sino que administraba una crisis creciente y profunda en que pilares antes muy sólidos de nuestro edificio institucional aparecían ahora cuestionados en su legitimidad.

Da la impresión de que la Unidad Popular no estaba preparada para ser gobierno en 1970. Su campaña había girado en torno a superficialidades. Los sectores más extremos creían posible un triunfo de Alessandri lo cual, a su juicio, posibilitaría una radicalización del conflicto social que, a su turno, daría paso a un gobierno de izquierda-ortodoxo.

Pero el gobierno del Presidente Allende tuvo un período fundacional. Este está situado entre noviembre de 1970 y septiembre de 1972. Allí se formulan algunas líneas gruesas: la política del cobre; la política de estatización de la banca y de las empresas impulsadas desde el gobierno mismo; la política económica de Vuskovic; el intento de reformar la Constitución, etc.

Después, la crisis interna de la izquierda fue desbordando el gobierno de Allende. Hay un hecho muy revelador que narraremos. El 26 de julio de 1972 el MIR, el grupo extremista del Partido Socialista, convoca a una Asamblea del Pueblo que pretende levantarse como poder paralelo al Parlamento. Adhieren casi todos los partidos, menos el Comunista. El 31 del mismo mes el Presidente Allende, muy molesto con ese hecho, envía una carta pública a los dirigentes de los partidos de la UP. Allí les decía: ". . . el poder popular no surgió de la maniobra divisionista de los que quieren levantar un espejismo lírico surgido del romanticismo político que llaman, al margen de toda realidad, Asamblea del Pueblo . . . ¿Qué elementos teóricos respaldan su existencia? ... En otras experiencias históricas ha surgido como un "doble poder" contra el gobierno institucional reaccionario sin base social y sumido en la impotencia. Pensar en algo semejante en Chile en estos momentos es absurdo, si no crasa ignorancia o irresponsabilidad. . . Y con la más profunda conciencia revolucionaria, no toleraré que nadie ni nada atente contra la plenitud del legítimo Gobierno del país".[5]

La carta presidencial no fue respondida oficialmente, salvo por

5 Carta Pública del Presidente Allende a partidos de izquierda con ocasión de realizarse la Asamblea del Pueblo en Concepción. *La Nación* 1° de agosto de 1972.

los comunistas —que no habían participado en la Asamblea—. El Partido Socialista, su partido, le contestó, con manifiesta falta de cortesía, por medio de un columnista de un diario, diciéndole que "La Asamblea Popular surgida en Concepción es tan sólo el inicio de una gran tarea que ahora se deberá desarrollar".[6]

La intención de Allende de instituir un camino propio para establecer el socialismo en forma irreversible, compatibilizándolo con el sistema institucional vigente, quedaba demolida prematuramente. De ahí para adelante se iniciará un largo período de crisis, cuya primera gran manifestación social es el paro de octubre, que terminará por derribarlo del poder y sepultar su experiencia.

Durante 1973 Allende no tenía mando real. La oposición consideraba su autoridad como carente de legitimidad en la misma medida en que el Presidente se salía de la Constitución y desconocía el veredicto del pueblo dado en marzo. La Unidad Popular dividida y paralizada, no obedecía tampoco las instrucciones del Presidente. Cuando en cierta ocasión dio una orden de devolver algunas industrias tomadas por los extremistas, nadie le escuchó. Cuando entró a dialogar con la Democracia Cristiana, en las semanas últimas de su paso por el poder, su partido, el Socialista, le advirtió públicamente que cualquiera fuere el resultado de dicho diálogo, él no lo acataría, llegando a amenazarle con el retiro del gobierno.

Con razón Raúl Ampuero, dirigente socialista disidente y actual líder de la reconstitución del socialismo, podía decir lo siguiente sobre Allende y la Unidad Popular en junio de 1973: "Allende ha demostrado saber resolver los problemas inmediatos, pero carece de horizonte, de perspectiva estratégica. . .". Sobre la UP, afirmaba: "Soy de los pesimistas. Veo que se fortalece la oposición social y eso es un mal síntoma. El desaliento de los propios militantes de la UP me desmoraliza, hasta el punto que trato de no oírlos. Como revolucionario, me afecta lo que pasa con la revolución. Una vida completa entregada a la causa del socialismo me autoriza a opinar".[7]

Para una destacada analista marxista de estos días, Liliana de Riz, el gobierno de Allende fue en sí un experimento populista, donde "la lucha por la inclusión de nuevas formas sociales en el sistema político se expresó de manera condensada en el conflicto pueblo-oligarquía, eje de articulación de un movimiento social en el que la perspectiva de clase se subordinó a la conquista de un espacio institucional de negociación de los conflictos". . . Para ella, "la transición hacia la sociedad populista surgió no de la ruptura total del vie-

6 *Noticias de Ultima Hora,* 4 de agosto de 1972.

7 Entrevista a Raúl Ampuero Díaz en Revista *Ercilla* N° 1.979 del 19 de junio de 1973, pág. 12.

jo orden, sino de un "clima" populista de convergencia de las demandas de fuerzas sociales heterogéneas".[8]

Por lo mismo, agotada la experiencia de Allende, según Liliana de Riz, ella tiene un valor político-histórico para la izquierda, pero en caso alguno constituye un camino a seguir.

El sacerdote Gonzalo Arroyo, dirigente del grupo Cristianos por el Socialismo, en su libro *Golpe de Estado en Chile,* dice lo siguiente: "La tragedia del Presidente Allende, que le costó finalmente la vida, fue que, siendo él más bien partidario de la estrategia institucional, dio desde el inicio incierto apoyo a sectores políticos identificados más bien con la insurrección revolucionaria".[9]

Por su parte, Darcy Ribeiro, en su *artículo Salvador Allende y la izquierda desvariada*[10] expresa lo que sigue: "Para esta gigantesca tarea (la de hacer gobierno) Allende estaba solo. Para unos, los ortodoxos, la vía chilena era una especie de trampa de la historia que ponía en riesgo conquistas y seguridades duramente logradas en décadas de lucha... Para otros, los desvariados, no existía ninguna vía chilena. En su cegera, tapados los ojos por esquemas formalistas, y en el sectarismo de su disposición unívoca hacia un voluntarismo, tan heroico cuanto ineficaz, sólo querían convertir a Chile en Cuba, concebida como único modelo posible de acción revolucionaria. . . Alienados por su visión paranoica, negaron, de hecho, su concurso al proceso que Allende comandaba y le crearon sus primeros graves problemas internos".

No cabe duda de que Ribeiro —que junto con Garcés es el asesor político más directo de Allende— emite juicios muy lapidarios sobre los socialistas, destinatarios, junto con el MIR, de la parte final de la cita.

3 El Avance y Hegemonía del Leninismo en la Izquierda

Dentro de la descripción sumaria de lo que era la izquierda chilena en 1973, digamos, finalmente, que era mayoritariamente leninista.

Siguiendo a Moulián, podemos caracterizar a esa ideología del siguiente modo: "Se define como un corpus ya establecido de conocimientos, cuya infalible interpretación corresponde al partido. Leninismo —sigue nuestro autor— es fuente del saber y depósito de la

8 Véase Liliana de Riz: "Fin del Estado Populista en América Latina". Artículo en Revista *Nueva Sociedad,* Caracas, septiembre de 1981.

9 Véase Arroyo, Gonzalo: *Golpe de Estado en Chile,* ediciones Sigúeme, Salamanca, 1974.

10 Véase Amagada, Genaro y Orrego, Claudio: *Leninismo y Democracia,* Editorial Aconcagua, 1976, de donde se han tomado las citas de Ribeiro, pág. 126 y sgtes.

ciencia política, además ciencia práctica sin cuyo conocimiento y aplicación la acción se convierte en ineficiente y errática".[11]

El Partido Comunista desde su fundación en la década del 20 se había declarado leninista. Habíase fundado en vida de Lenin y había aceptado las 21 condiciones que la Internacional Comunista establecía para quienes querían usar el nombre de comunistas. Desde entonces ha sido el más fiel seguidor del leninismo, así como de las estrategias elaboradas por el partido soviético.

El Partido Socialista, que en un momento inicial se declaró como adherente crítico del marxismo, actitud que con algunas variantes mantuvo durante un buen tiempo, se fue acercando progresivamente al leninismo, por la vía de la admiración a la revolución cubana. En su Congreso de Chillan de 1967, tan célebre por el significado político que tuvo, los socialistas adoptan una nueva definición: "El Partido Socialista, como organización marxista leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario. . . La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. . . Las formas pacíficas o legales de lucha no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada".[12] Su práctica política desde entonces fue esencialmente leninista, es decir, encaminada exclusivamente a la ruptura del orden vigente.

El MIR, por cierto, se confesaba leninista, y dentro de su pugna con los comunistas acusaba a éstos de no seguir fielmente las "enseñanzas de Lenin", lo que a su vez era replicado por aquéllos señalando que el MIR era el sector político correspondiente a lo que Lenin llamaba "el izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo". Todo se resolvía recurriendo, cual libro sagrado, a los escritos del comunismo de los inicios del siglo.

Los nuevos partidos de izquierda, aquellos que emergieron entre 1969 y 1971, adhieren progresivamente a este postulado, aun cuando inicialmente tienen otras intenciones.

El Mapu y la Izquierda Cristiana, cada uno a su turno, nacen para ser la expresión de los cristianos de izquierda que no encontraban un cauce adecuado en los partidos de la izquierda tradicional, entre otras cosas, por no ser —tales cristianos— marxistas y menos leninistas.

De los dos, es la Izquierda Cristiana la que logra relativamente mantenerse al margen del leninismo, por cuanto no lo incorpora oficialmente a su declaración de principios, pero su práctica dice más

11 Moulián, Tomás: "Cuestiones de Teoría política marxista: una crítica de Lenin", documento de trabajo de *Flacso,* diciembre 1980, pág. 2.

12 Partido Socialista, Acuerdos del Congreso de Chillan de 1967, en Jobet, Julio César: *El Partido Socialista de Chile,* Tomo II, pág. 139 Editorial PLA, 1971.

bien otra cosa, ya que a meses de nacida, va a pactar con el MIR, sobrepasando incluso a la Unidad Popular en las elecciones de la CUT. En 1973, después de su derrota electoral, su subsecretario general va a usar terminología leninista en función de propiciar una salida a la crisis en que se encontraba sumido el gobierno: "A nuestro entender, decía, el problema fundamental gira en torno del tema del poder popular. . . nosotros planteamos un poder popular distinto al Gobierno, pero no por ello lo entendemos como un poder antagónico. Se trata de un poder no subordinado al Gobierno".[13] La ya gastada tesis del poder dual de la revolución bolchevique estaba de moda en la experiencia socialista santiaguina.

Hasta el Partido Radical, según Genaro Amagada en su libro, adhirió a esta tesis, con lo cual se confirma la aseveración de que el leninismo avanzaba rápidamente en la izquierda. Su vicepresidente Benjamín Teplizky, otrora prominente dirigente de la corriente radical que logró imponer la colaboración de este partido al gobierno derechista de Jorge Alessandri, sostenía ahora: "El pueblo está generando en cada una de las crisis parciales que forman parte de la llamada lucha de clases, organismos e instrumentos que permitan ir creando un poder alternativo al poder burgués. . . Frente a este fenómeno, el Partido Radical, si es consecuente con sus planteamientos ideológicos de la Convención de 1971, debe favorecer, alentar y participar en todas estas nuevas formas de poder popular".[14]

Ahora bien, en el caso del Mapu, se da más acentuada la característica, pues el partido oficialmente se declara marxista a poco andar, y después expresa como meta interna, pero primaria, el llegar a ser un partido leninista. Rodrigo Ambrosio, máximo dirigente de ese partido hasta su fallecimiento en 1972, señala en una de las tesis que presenta a consideración del partido y que fue aprobada: "Transformarnos en una primera instancia en un movimiento homogéneo de pequeña burguesía revolucionaria, e intentar en segunda instancia proletarizar al movimiento mediante el desarrollo de la ideología proletaria, sin la cual no hay perspectiva para criticar y superar las desviaciones pequeño-burguesas".[15]

Es un destacado intelectual de izquierda, militante de aquel Mapu, quien con bastante posterioridad nos entrega su visión de ese partido y su vinculación al marxismo-leninismo: "El Mapu adoptó las características ya catalogadas por los otros partidos de izquierda. Su pretensión de competir por la dirección del movimiento popular con los partidos consolidados impidió que buscara ser una co-

1.3 Declaraciones de Juan Enrique Miquel a Revista *Chile-Hoy,* N° 41, 23 de marzo de 1973, pág. 7.

14 Entrevista a Benjamín Teplizky en revista *Punto Final,* N° 180, 27 de marzo de 1973, pág. 8.

15 Ambrosio, Rodrigo: *Sobre la Construcción del partido,* Ediciones Barcos de Papel, 1972, pág. 14.

rriente política de nuevo tipo, adoptando las señas, lenguajes y ritos tradicionales. . . El elemento fundacional de 1969, su discurso crítico frente a la izquierda tradicional, considerada como resultante típica de la política cupular y transaccional del "Estado de Compromiso" representó solamente el anuncio de una posibilidad que no se concretó".[16]

Ahora bien, si prácticamente todas las fuerzas constitutivas de la Unidad Popular, y en todo caso, las más fuertes, eran confesadamente leninistas, es obvio desprender de ello la conclusión de que el proceso político llevado a cabo por tales fuerzas no conducía sino al rompimiento del orden institucional por entonces vigente, difiriendo sólo del modo cómo ello podría lograrse. La base teórica sustentada por dicho gobierno es la más categórica prueba de su sello marcadamente antidemocrático. . .

Según Moulián: "La Unidad Popular no representó la realización de una línea de profundización democrática sino el intento de desbordar rápidamente esa línea para caminar por el camino "más corto" hacia el socialismo. La obsesiva creencia en la actualidad inmediata del socialismo tomó diversas formas pero siempre estuvo presente. A veces se expresaban bajo la consigna de ampliar el área de propiedad social, otras veces tomaba una forma más precisa y nítida, proponiendo la toma del poder, el asalto militar del Estado".[17]

Es, pues, desde la izquierda misma, donde se reconoce la caracterización rupturista de la experiencia leninista que presenciamos entre 1970 y 1973. Por cierto que tal reconocimiento tiene el valor de ser efectuado por quien es uno de los que hoy aspiran, con innegable sinceridad y con gran claridad conceptual, a la concreción de un socialismo democrático.

II La Izquierda y su Momento de Recomposición

1 "Valoración de la experiencia 1970-1973 por sus protagonistas

A juicio de los comunistas, la crisis de 1973 se produjo por la conjunción de dos factores: la acción del imperialismo, la oligarquía financiera internacional y la reacción interna y, de otra parte, las desavenencias respecto de las tácticas que debía implementar el gobierno que surgieron en el seno de la Unidad Popular.

Afirman que "si nuestro partido hubiese sido mucho más fuerte, mucho más capaz teórica, ideológica y políticamente hablando, la situación habría sido seguramente diferente porque en tales condiciones habríamos podido convertirnos, en esos días, en la vanguardia reconocida de la clase obrera y del pueblo".[18] Vale decir, el prin-

16 Moulián, Tomás: "La crisis de la Izquierda" en obra colectiva "Chile 1973-198. . .?", editada por *Flacso*, 1983, pág. 302.

17 Moulián, Tomas, op. cit. pág. 309.

18 La cita está tomada del Informe al Pleno del Partido Comunista rendido por Luis Corvalán. Praga 1977. Versión mimeo.

cipal error del gobierno de Allende y de la Unidad Popular, al tenor de estas declaraciones, es el haber desentendido el papel central de los comunistas.

Carlos Bascuñán comenta: "Intentar, como es común en todos sus análisis, demostrar que al desconocer los otros grupos y partidos el papel dirigente del Partido Comunista, se produjo la crisis interna de la Unidad Popular. Junto con reafirmar su línea hegemónica, desconocen a los otros grupos que formaban parte de su alianza, su capacidad táctica para guiar el movimiento obrero, como también su solvencia ideológica".[19]

Desde el polo insurreccional, aquel que conforman según el decir de Ribeiro "las izquierdas desvariadas", surge otro tipo de análisis crítico. Smirnow en su libro *La Revolución desarmada* sostiene que "el Poder Popular tuvo en Chile una existencia real y se expresó claramente como la capacidad de accionar sobre la marcha de la sociedad al margen de los mecanismos consagrados por la Constitución. Sin embargo, este poder popular fue insuficiente como para convertirse en poder global alternativo a la institucionalidad burguesa, lo cual se debió principalmente a la resistencia que le opuso un sector de la UP y el gobierno, que temían ver sobrepasado su esquema táctico en una dinámica incontrolada por ellos".[20]

Se critica el no haber seguido bien a Lenin aplicando la tesis del poder dual, el que no se destruyó la ideología dominante, el que se utilizó la vía legal existente para provocar cambios revolucionarios.

Hay, por último, una tercera vertiente crítica del proceso de gobierno entre 1970 y 1973, que a su tiempo dará paso a la visión renovadora de la izquierda. Al decir de estos críticos, fundamentalmente intelectuales, no existía conciencia, en ese entonces, de que el camino emprendido solamente llevaría al socialismo después de una lenta construcción hegemónica, aplicando un concepto propio de Gramsci, pues "se trataba, dice Moulián, de crear un nuevo universo teórico, con otras categorías y tesis que las que habían servido desde octubre de 1917. No existió ninguna conciencia refundadora. Todo lo contrario, el esfuerzo constante fue demostrar el carácter revolucionario del proceso, según los parámetros y exigencias del modelo clásico. Esa convulsión dramática por ajustarse a las exigencias de una "política revolucionaria" revela la incapacidad de hacer teoría desde la propia práctica".[21]

19 Bascuñán Edwards, Carlos: "Los partidos de izquierda en Chile (1973-1983) El Partido Comunista". Documento de trabajo *Icheh,* 1981, pág. 15.

20 Smirnow, Gabriel: *La revolución desarmada. Chile 1970-1973,* ediciones ERA, México, pág. 249.

21 Moulián, Tomás: "Crítica a la crítica marxista de las democracias burguesas", aparece en la obra colectiva *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular,* Deseo, Perú, 1981, pág. 45.

Blas Tomic agrega, por su cuenta, que uno de los errores graves de la Unidad Popular fue "el tratamiento francamente simplista a todo el fenómeno de las capas medias. La categoría analítica con que los dirigentes de la izquierda englobaban a esos sectores era la de "pequeña burguesía" usada en su connotación clásica. . . La Unidad Popular no conceptualizó adecuadamente ni el origen histórico ni los rasgos estructurales de la crisis hegemónica que con ella vino a desencadenarse. . . como consecuencia de ello se alienó el potencial apoyo de las capas medias a un proceso dirigido por la izquierda política".[22]

Desde luego, todas estas críticas hechas en el momento de recomposición de la izquierda y mantenidas después, hacen que el leninismo vaya perdiendo su hegemonía en ese conglomerado, lo que posibilitará vislumbrar una tendencia renovadora. Sin embargo, con el posterior desarrollo de la dinámica política a partir de la crisis económica, han vuelto a aparecer tesis tributarias del campo doctrinal marxista-leninista clásico.

En efecto, la convocatoria actual de los grupos de izquierda, principalmente del Movimiento Democrático Popular (MDP), es similar al discurso de la izquierda tradicional de los años 67-70, cuando su norte era la agitación de masas. No es aventurado, entonces, plantear la hipótesis de que si la izquierda del MDP de hoy fuese gobierno, luego de desprenderse de los sectores renovadores, cada vez más disminuidos, aplicaría las mismas tesis leninistas, cuidando tal vez de no descuidar el problema de la "unidad de la vanguardia".

2 El Nuevo Significado de la Unidad Popular

La reorganización de los aparatos partidarios fue poniendo en vigencia el tema de la crisis direccional de la izquierda y con ello el cuestionamiento de la Unidad Popular como instancia política. Al decir de Manuel A. Garretón, en ese momento aparecen dos dimensiones de la problemática de la izquierda. "Una apunta a la capacidad de constituirse en actor significativo y de superar su dimensión adaptativa y moldear las nuevas realidades, y dos, debe abordar la cuestión ideológica donde los problemas principales a superar dicen relación con la relativa rigidez de su tradición teórica, una cierta visión esquemática de la sociedad y un lenguaje que contribuye al aislamiento de las fuerzas sociales no directamente invocadas en su proyecto político".[23]

Así, en este juicio crítico de la UP, como condición para volver a ser un actor significativo, el dirigente socialista Jorge Arrate sostiene que al ser distintas las condiciones, la izquierda requiere de

22 Tomic, Blas: "Condiciones históricas del régimen militar y de su oposición", en revista *Mensaje* pág. 282 de marzo-abril de 1980.

23 Garretón, Manuel Antonio: *Procesos políticos. . .*, ya citado, pág. 45.

un nuevo proyecto "que se caracterice por la efectiva comprensión del significado de nuestra experiencia y las razones de nuestra derrota. No basta con retocar el antiguo programa de la UP. . . hay que volver a la base una problemática para reflexión y discusión que fructifique en una nueva propuesta democrática y socialista para Chile".[24]

El juicio del ex senador Aniceto Rodríguez sobre la UP es contundente: "En el exilio, la Unidad Popular ha vegetado en un proceso de unidad formal que jamás abrió debate crítico y autocrítico para ubicar los errores del pasado y renovarse creativamente para responder con eficiencia a los desafíos nuevos".[25]

No menos duro es el ex Ministro Pedro Vuskovic, quien afirma que "la UP constituye hoy una sombra del pasado".[26]

En 1979 eran no ya personalidades de izquierda sino que tres partidos de la coalición quienes la criticaban ácidamente. En efecto, en declaración conjunta emitida en México, el Mapu, el Mapu Obrero y Campesino y la Izquierda Cristiana sostenían que la UP demuestra "falta de iniciativa, carencia programática, ausencia de una discusión profunda en su seno y un precario funcionamiento colectivo en Chile".[27]

Hay que hacer notar que fue el Partido Comunista el que más se afanó en la defensa y mantención de la Unidad Popular, como instrumento unitario de la política de izquierda. Sólo que había que hacerle algunas adecuaciones, que no eran otras que establecer allí su propia hegemonía.

La crítica de la Unidad Popular era, analíticamente, necesaria, para un sector político que tenía como tarea central reconstituirse como sujeto político. Ello era así, no por capricho sino porque la sociedad chilena estaba experimentando nuevas realidades producto de hondas transformaciones. No bastaban antiguas convocatorias, sino nuevos enfoques. De ahí el nacimiento de la pugna entre renovadores y tradicionalistas dentro de la izquierda. Ahora bien, en la medida en que el ímpetu fundacional se ha ido desdibujando, tienden a rebrotar tendencias que pregonizan unidades cupulares ya conocidas, que bien podrían llamarse Unidad Popular.

24 Entrevista a Jorge Arrate en *Chile-América,* Nos. 54-55, junio-julio de 1979 en Dossier sobre "Crisis del Socialismo Chileno".

25 Entrevista a Aniceto Rodríguez Arenas en *Chile-América* Nos. 54-55, junio-julio de 1979, en Dossier sobre "Crisis del Socialismo Chileno".

26 Entrevista a Pedro Vuskovic en *Chile-Améríca,* Nos. 54-55 de junio-julio de 1979, en Dossier sobre "Crisis del Socialismo Chileno".

27 Véase la declaración conjunta de los partidos Mapu, Mapu O.C. e Izquierda Cristiana en mayo de 1979, en *Chile-Améríca* Nos. 54-55, de junio-julio de 1979. También puede verse otra declaración conjunta de los tres partidos: "Nuestro acuerdo para la lucha" de mayo de 1980, aparecida en *Chile-Améríca* Nos. 64-65 **de** julio-septiembre de 1980.

3 Los Niveles de la Recomposición Orgánica

Al asumir los partidos de izquierda la tarea de reconstituirse, la cuestión a abordar es si lo hacen de acuerdo a los parámetros tradicionales y preexistentes, o bien, los que emergen son nuevos actores políticos.

El asunto apunta a varios aspectos: al tipo de partido político; a los partidos mismos en cuanto tales y a los ejes de la acción política.

Tomando la parte más simple, digamos que los partidos políticos de izquierda son prácticamente los mismos del período 70-73, salvo que su grado de fragmentación es elevadísimo.

Los comunistas permanecen intactos y las deserciones que vendrán luego, como la de Luis Razeto y Alejandro Rojas serán más bien a título personal. Los radicales permanecen: sólo sufren una división por los años 77 ó 78 cuando un grupo de dirigentes radicados en Chile se va a la Social Democracia. El Mapu OC sufre deserciones individuales, particularmente de su sector intelectual que va a querer con prisa asumir una postura renovada. El Mapu se divide en 1976 cuando un grupo de militantes empieza a advertir el cambio del basamento doctrinario —el leninismo— y se margina para defender su vigencia: forman el Mapu de los Trabajadores cuyo máximo dirigente es Eduardo Aquevedo. La Izquierda Cristiana permanece también y sufre deserciones de tipo personal tales como las de Alberto Jerez, ex senador y la del ex diputado Julio Silva Solar. El Partido Socialista es, sin duda alguna, la tienda que sufre más divisiones, contándose numerosísimos grupos que invocan una misma raíz en el tronco socialista: en 1977 aparece la Coordinadora Nacional de Regionales dirigida por Pedro Vuskovic, de clara afirmación leninista. Por esa misma fecha se constituye la Tendencia Humanista, dirigida por el ex senador Aniceto Rodríguez, que desconocía a las autoridades del partido. En 1979 viene la gran división entre las fracciones de Altamirano y de Almeyda; después surgirán grupos menores como "La Chispa", la "Tendencia Vanguardia", los "suizos" entre otros.

No hay, entonces, partidos nuevos que reflejen nuevas tendencias y tampoco se evidencian fusiones que consagren los acercamientos ideológicos que se van produciendo. A su turno, la Convergencia Socialista será, sin embargo, el intento más serio por configurar algo de ese tipo.

Manuel Antonio Garretón es quien con más dureza comenta el problema de la recomposición de los partidos de izquierda. Señala que había un espectro de partidos que "correspondían a una realidad social y política que ya desapareció". Afirma que en la izquierda hay una tradición vigente; ideas fuerzas del pasado, presente; símbolos y nombres con capacidad de convocatoria popular. A partir de ese reconocimiento plantea varios interrogantes como "Los partidos de izquierda se limitarán a una acción adaptativa o contri-

buirán a recrear la acción política; se mantendrán a la expectativa, al margen de las nuevas realidades, o contribuirán a crearlas y moldearlas, buscarán preservarse como aparatos cristalizados en espera de condiciones democráticas para reemerger y convocar en torno a viejas identidades y símbolos, o buscarán penetrar y ser penetrados por la sociedad desde ahora. . . son precisamente estas suposiciones —dice— las que llaman a la acción racional y deliberada, las que exigen un acto de voluntad política que marque la diferencia entre la inercia conservadora o mera sobrevivencia y un proceso de renovación. Porque se trata ahora no de mantener estructuras sino de ser actores significativos en la sociedad".[28]

Esta renovación debe considerar tres elementos: uno, adecuarse a una realidad que muestra convergencia y divergencias ideológicas que las atraviesan distintas organizaciones, haciendo a veces irreconocibles diferencias políticas que no sean la pura pertenencia a organizaciones distintas. (Sucede esto con los militantes de la IC, del Mapu y del Mapu OC); dos, se debe reemplazar el concepto de partido destacamento para dar paso a otro capaz "de recoger la extrema diversidad del sujeto popular", abriendo paso a una efectiva democracia interna, dejando de lado "fórmulas viejas de manual, bajo cuyo nombre se esconden en definitiva o formas autoritarias o transacciones que manipulan clientelas",[29] y por último, debe darse una nueva relación entre partido y sociedad, donde aquél esté dispuesto a ser interpelado por esta última. "Ello obliga, dice Garretón, a la reconstrucción del diagnóstico que la izquierda tiene de la sociedad chilena, en el que se abandone definitivamente la visión determinista de clases, grupos y organizaciones sociales. La sociedad chilena no es la de 1970 ni la de 1973. Ella ha pasado por profundas recomposiciones estructurales, pero también por recomposiciones valorativas y culturales. Es hora de asumirlas".

Con lo anterior se responde al asunto sobre le redefinición del tipo de partido que la izquierda debe experimentar. Básicamente todo apunta hacia una renovación que supere el concepto leninista de partido político.

El otro nivel dice relación con las premisas sobre las cuales se debe desarrollar la política de la izquierda. Aquí las proposiciones son claramente tributarias del pensamiento de Gramsci. Tomás Moulián, por ejemplo, propone los siguientes ejes como premisas básicas de una acción política de izquierda:

1 Pensar en política como búsqueda racional del consenso y no

28 Garretón, Manuel Antonio: "Vigencia, crisis y renovación de los partidos de izquierda", en *Chile-América* Nos 64-65 de julio-septiembre de 1980, pág. 109 y sgtes.

29 Ibidem.

30 Ibidem.

como el aprovechamiento de coyunturas en función de la movilización de masas.

2 Pensar la acción política como realización de grados cada vez mayores de democracia.

3 Entender que "el consenso obtenido determina en cada momento los límites del programa de cambios. . . Es evidente que el consenso como pacto social no permite la existencia de clases excluidas dentro del campo político.

4 La dirección del cambio deberá ser la instalación de la democracia o su perfeccionamiento, porque es a partir de ella que el tema del socialismo se plantea.

5 No confundir la acción política de la izquierda con una acción en pro del estatismo… "debe asignárseles mayores responsabilidades a los poderes locales, no sólo por un problema técnico de diversificar los ámbitos de decisión, sino también para no concentrar la totalidad de competencias y atribuciones en una élite que opera inevitablemente como canal de intermediación de todas las demandas y reivindicaciones".[31]

En buenas cuentas, lo que se redefine en la acción política de la izquierda es el tema de la democracia. Sobre él volveremos más adelante.

4 Caracterización del Régimen Militar y Política de Alianzas

Finalmente, dentro de esta parte del trabajo, tocaremos algo que empieza a perfilarse en el período de recomposición: la política de alianzas sustentada por los partidos de izquierda.

Para ello debemos abordar primero otro tema, que es el de la caracterización que le dan al gobierno militar instalado en 1973, ya que de eso depende la política de alianzas a seguir.

Hay un sector tradicional que parte siendo muy amplio en los años 74 y siguientes, que sostiene que el régimen que preside el general Pinochet es de tipo fascista. La inspiración de esta tesis, obviamente, es de signo leninista, y posibilita entonces dejar de lado —sin renunciar a ellas claro está— las cuestiones ideológicas, para centrar los esfuerzos en combatir al enemigo común.

Para otros sectores, que serán la base de las tendencias renovadoras, el gobierno militar es un régimen autoritario institucional que tiene por finalidad la refundación del Estado para desde allí impulsar un proyecto político de recomposición capitalista. Esta concepción pone el énfasis en el aspecto fundacional del nuevo régimen, para captar las transformaciones sociales que se irán produciendo y desde allí, entonces, elaborar una política de oposición.

31 Moulián, Tomás: "Democracia, Socialismo y Proyecto Nacional" en obra colectiva *Futura Institucionalidad de la Paz en Chile,* Cisec 1977, págs. 33 a 36.

El debate en la izquierda sobre la caracterización del gobierno militar, que someramente hemos mostrado aquí, produjo en su oportunidad hondas trizaduras e inagotables discusiones.

Ahora bien, ¿qué tipo de proyecto de alianzas políticas se desprende de aquí?

En el primer caso, la respuesta es obvia: el Frente Antifascista, donde tienen cabida todas las expresiones políticas que sean adversarias al régimen militar, no importando su ideología ni su comportamiento político previo a 1973. Por eso es que los comunistas al convocar a la constitución de este frente llaman a toda la Democracia Cristiana y no a una parte de ella, como ocurría antes, y hasta a sectores de la derecha política que tienen el carácter de disidentes. El desarrollo de la lucha política tiene entonces dos momentos claramente diferenciables: uno, aquel en que todas las fuerzas opositoras al régimen luchan juntas por sustituirlo, y la otra, en la que logrado tal objetivo, cada cual recupera su propia identidad para luchar por sus propios proyectos políticos. Lógicamente que en la primera etapa se concibe, como transición, la formación de un gobierno provisional, integrado por todas las fuerzas del frente. Esto, por lo demás, no ha variado, y se lo hemos leído a don Manuel Almeyda, presidente del Movimiento Democrático Popular.

La Democracia Cristiana, en su oportunidad, no acogió el llamado al Frente Antifascista. Tampoco simpatiza con la propuesta del MDP.

Lógicamente, la tesis del Frente Antifascista —y su amplitud hacia sectores no izquierdistas, para su aprovechamiento coyuntural— no es del agrado de sectores ultristas, como lo son, por ejemplo, la Coordinadora Nacional de Regiones y el MIR, los que propician la formación de un Frente Revolucionario que luche directamente por el derrocamiento del gobierno militar y por el establecimiento, todo en un solo acto, del socialismo.[32]

El MIR, más adelante, entrará a jugar un doble juego: por un lado, la mantención de la perspectiva insurreccional, pero, por otro, también, el lograr establecer ciertos grados de entendimiento con fuerzas políticas no de izquierda. Significativa, en este sentido, me parece la atenta carta que Andrés Pascal le envía al presidente de la Democracia Cristiana, Gabriel Valdés, en noviembre de 1982.[33]

En el segundo caso, la política de alianzas tiene otro sentido: se trata de construir bloques políticos que aseguren la hegemonía en torno a un proyecto político. Para oponerse al régimen es bueno un entendimiento con otras fuerzas políticas no de izquierda, pero, a diferencia del Frente Antifascista, no congelando la cuestión ideo-

32 Véase Vuskovic, Pedro: *Una Sola Lucha,* Iepala, España, 1978.

33 Carta de Andrés Pascal Allende, secretario general del MIR, a Gabriel Valdés Subercaseaux, presidente de la Democracia Cristiana, en *El Rebelde* de diciembre de 1982.

lógica, pues es precisamente con tales herramientas como se van a abordar las nuevas contradicciones que a nivel estructural y de valores generan los cambios sociales. Es decir, es una alianza "más consciente" de su papel a futuro y por lo tanto junto con ser una alianza de tipo político, lo es también —y primordialmente— de tipo social y cultural. En la valoración de la democracia, punto de acuerdo de todas las fuerzas convocadas, se debe incluir la idea de que el socialismo es el punto culminante de la democracia. Superado el momento inicial, la tarea prosigue en el mismo sentido, con los cambios formales que son de esperar. Si bien el socialismo no se alcanza por el solo hecho de acceder al Estado —como ocurriría al decir de los primeros—, tampoco es una tarea que se pueda posponer en aras de una política de etapas: es una tarea diaria donde la orden del día es ir construyendo la hegemonía.

Moulián es partidario de la segunda opción en materia de política de alianzas: "El eje agitativo debe ser reemplazado por el constructivo, que apunta hacia la reorganización de células, la generación de tejido social. El énfasis cultural debe primar sobre el énfasis llamado "político", tacticista y organizacional, que impide pensar la acción política como una experiencia de formación, de educación popular. El énfasis cupular debe ser desplazado por el énfasis en el trabajo de base y los partidos deben ser vistos como centros de coordinación y síntesis de una práctica popular diversificada más que como depositarios de la teoría que es necesaria aplicar".[34]

III La Izquierda: La Ruptura del Discurso Tradicional

1 Del Ultrismo a la Democracia: un Regreso Instrumental

Entre 1979 y 1981 la izquierda vive un período de honda crisis, el que se había gestado en el proceso que hemos descrito como momento de recomposición.

Divisiones y virajes, nuevos proyectos políticos e inmovilismo. Ellos son los ingredientes contradictorios de un período en que ya establecida la recomposición de los actores, lo que urge a la izquierda es redefinir su perfil ideológico y, consecuentemente, su acción política, ante las nuevas condiciones del país —que a esas alturas aparecen como innegables hasta para el más recalcitrante opositor al régimen—.

Se tiene la certeza de que el gobierno no cae, como se creyó en los años iniciales, y se ve, además, que éste lleva a cabo con relativa tranquilidad los procesos de institucionalización política y de institucionalización social, también llamada "política de modernizaciones sociales".

34 Moulián, Tomás: "Dictaduras hegemonizantes y alternativas populares", documento de trabajo de *Flacso*, septiembre de 1981, pág. 28.

Es el tiempo de la aguda división socialista, del viraje comunista hacia la insurrección; de la liquidación definitiva de la Unidad Popular; de la aparición de la Convergencia Socialista.

Surge entonces un tema central en el nuevo discurso de la izquierda: la valoración de la democracia como la forma de convivencia social de un lado, y como método de resolución de conflictos por otro. Así es como Carlos Altamirano señala en un Congreso de su sector celebrado en 1980 lo siguiente, que puede ser interpretado o como viraje o bien como una demostración leninista de camuflaje. "Ha sido una lección, dice, derivada de nuestra experiencia reciente, el haber menospreciado las conquistas democráticas alcanzadas por nuestro pueblo, a desconsiderar algunos logros evidentes de la democracia liberal, que el socialismo no elimina, sino, por el contrario, profundiza".[35] Luego agrega Altamirano la correspondiente dosis de ambigüedad, o por lo menos el derecho a interrogarse sobre qué democracia está hablando: "Todo este conjunto de ideas acerca de la vinculación entre democracia y socialismo nada tiene que ver con la ilusión de que el cambio social podría llegar a ser el resultado de un idílico y progresivo desarrollo democrático".[36]

En todo caso, advirtamos que aquí nuevamente está presente la concepción mesiánica del socialismo: sólo el pueblo encontrará su felicidad y su realización. Todo lo que no es socialista, por lo tanto, debe considerarse como alternativa falsa. ¿No se cree que por esta vía, cualquiera sea el color de su pavimento, se transita inevitablemente al totalitarismo?

La Izquierda Cristiana, por su parte, en el Pleno de marzo de 1980, toca también el tema de la democracia. Allí se dice que "la vinculación profunda entre democracia y socialismo, es el factor que asegurará en el futuro un progresivo, constante y sostenido traspaso de la riqueza y el poder político a la mayoría del pueblo chileno".[37] Para ella, democracia es sinónimo, al decir de los acuerdos del Pleno citado, de participación, autogestión *e* igualitarismo.

Es saludable la valoración que se hace de la democracia, pero es bueno tener presente que es peligroso identificar democracia y socialismo, pues en tal caso quien no es socialista es antidemocrático. Una cuestión clave de la democracia es la alternancia en el poder. Cabe entonces preguntarse si en un régimen de democracia plena ¿la izquierda aceptará el principio de alternancia en el poder político de opciones valóricas distintas, especialmente si ella es gobierno, o volverá la izquierda a hablar de procesos irreversibles y mostrar la instrumentalidad de la democracia?

Ricardo Lagos, al parecer, ya ha esbozado una respuesta a esta inquietud. Ha sostenido en entrevistas de prensa que en el futuro,

35 Altamirano Orrego, Carlos: *Ocho Tesis sobre una estrategia socialista para Chile*, 1980, mimeo.
36 Ibidem.
37 Izquierda Cristiana, Pleno de marzo de 1980, mimeo.

de ser ellos los detentadores del poder político, habrá exclusiones y hasta ha precisado que estarán excluidos de la vida cívica todos los chilenos que hayan colaborado con el actual régimen.[38,39]

En efecto, porque se cree que la valoración de la democracia responde en varios sectores de la izquierda a un tacticismo más, es que conviene recordar aquí a Lenin: "La más fiel devoción a las ideas del comunismo debe unirse al arte de consentir todos los compromisos prácticos que sean necesarios: contemporizaciones, "culebreos", maniobras de conciliación y retirada, etc."[40]

Contribuye a un cierto escepticismo el pensamiento de un destacado socialista, de larga trayectoria, y que hoy está por una postura renovadora: Osear Waiss. Mientras muchos afirman con gran acentuación que se debe abandonar la dictadura del proletariado como concepto y como etapa en el advenimiento del socialismo, Waiss se encarga de contarnos, así como lo hizo Lagos, la verdad que está en el fondo del asunto: "Cuando los socialistas hablamos de la República Democrática de Trabajadores no ignoramos que ella deberá reprimir los intentos de involución propiciados por los grupos privilegiados, pero evitamos usar el término "dictadura", en cuanto al enunciarla estamos provocando reacciones negativas y creando anticuerpos propagandísticos".[41]

Claro está que al lado de esta versión instrumentalista camuflada de la democracia que muestra un sector de la izquierda, se mantienen otras dos posiciones: la del Partido Comunista y sus seguidores, quienes sin rodeo sostienen que la democracia liberal es meramente formal, y al otro lado de la barrera, la posición de algunos intelectuales, cuyo aporte al debate político ha sido valioso, y que consideran que la democracia sí es un valor no instrumental. Sus afirmaciones le han costado no sólo críticas de parte del resto de la izquierda, sino también el rompimiento de viejas lealtades partidistas. Garretón dice, por ejemplo, que, respecto de la democracia, la izquierda debe tener "un ajuste de cuentas teórico, más allá de una declaración discursiva. Afirmar que la democracia como uno de los fines de la sociedad implica compromisos más radicales que afirmarla sólo como un medio que se puede cambiar si hay otros más eficaces".[42]

38 Entrevista a Ricardo Lagos a *La Tercera,* 11 de diciembre de 1983.

39 Ver mi opinión al respecto en "Comentario a entrevista de Lagos: Ingenuidad política", de Andrés Benavente, *La Tercera* 18 de diciembre de 1983.

40 La cita de Lenin ha sido tomada del libro de Fernando Moreno Valencia: *La Herencia Doctrinal y Política de Karl Marx,* Ilades 1979.

4t Waiss Band, Osear: "Socialismo y Hegemonía" en *Nueva Sociedad,* N° 62, septiembre de 1982, pág. 100.

42 Garretón, Manuel Antonio: *Vigencia, crisis y renovación de los partidos de izquierda, ya citado.*

2 La División del Partido Socialista

Uno de los elementos cruciales de la crisis de la izquierda lo constituye la división del Partido Socialista en 1979. Si bien el partido estaba ya fraccionado y en 1977 se había producido también una división importante al marginarse el grupo de Vuskovic que dará origen a la Coordinadora Nacional de Regionales, va a ser en esta división donde van a salir elementos determinantes: de un lado, la mantención del fondo ideológico leninista, y de otro, el asumir la tarea de un socialismo renovador.

La chispa que hace estallar la división fue la elección de Clodomiro Almeyda como secretario general del partido, desplazando a Carlos Altamirano. Este y sus seguidores no aceptan tal resolución y se marginan de esa colectividad, formando tienda aparte e invocando el nombre oficial del partido.

En un trabajo anterior describíamos al Partido Socialista como "un partido político que siempre se caracterizó por ser el receptáculo de cuanta variación en el marxismo internacional ocurría, a diferencia de la obediencia militar de los comunistas respecto de la ortodoxia moscovita. Así, por ejemplo, el PS mostró en su época caracteres trotskistas; después titoístas cuanto Tito rompe con la Unión Soviética; en la década del 60 recibe el impacto de la Revolución Cubana; durante el gobierno de Allende sus principales dirigentes se inspiraban en las posiciones que entonces sustentaba Debray. Ahora, al parecer, dentro de un sector del socialismo, la moda es Gramsci. Ateniéndonos a su trayectoria histórica, no pecaríamos de livianos si afirmáramos que no se puede decir si esta inspiración va a ser duradera o efímera".[43]

Un rápido muestreo de las tendencias que protagonizan la división que comentamos, nos da la siguiente caracterización:

Clodomiro Almeyda declara que su sector es marxista leninista, es partidario —en la acción contingente— de la vía insurreccional, pero donde la superación del actual régimen se confunde con la instalación del socialismo; se muestra defensor del concepto de dictadura del proletariado.

Jorge Arrate, dirigente del sector altamiranista, después denominado Partido Socialista XXIV Congreso, dice que su fracción no sigue al leninismo, que no acepta el concepto de dictadura del proletariado al encontrarlo contrapuesto, a diferencia de Waiss, a la tesis de la República Democrática de Trabajadores que supone una organización democrática del Estado y un necesario pluralismo; se muestra contrario a la vía insurreccional, siendo partidario, en cambio, de la movilización de masas.

Es sin duda Carlos Altamirano quien va a precisar la línea de

43 Benavente Urbina, Andrés: "Convergencia Socialista: Afirmaciones, contradicciones y perspectivas", *Icheh* 1983, pág. 32.

su fracción en el Gobierno de 1980. Dice que el socialismo es un partido obrero que lucha por construir una sociedad de trabajadores, "sin embargo, el partido debe ser un partido nacional, en el sentido que debe identificarse y confundirse con los intereses de la abrumadora mayoría de las capas dominadas de la sociedad. En una palabra, debe identificarse con los intereses de la nación chilena. . . El carácter de partido nacional de la clase obrera obliga también a reconocer la legitimidad de los intereses y aspiraciones de los otros grupos sociales. La clase obrera debe asumirlos como propios y buscar diversas formas de convergencia, de modo de convertirse en clase hegemónica nacional".[44] Está muy clara en la cita la influencia de Gramsci, de quien se toman conceptos políticos bien definidos. Pero así como a Aniceto Rodríguez le penan los acuerdos del Congreso de Chillan, perjudica su ultrismo de los años 70 y 73.

El sector de Almeyda se convirtió en firme aliado del Partido Comunista y del ultrismo en general, en tanto que el sector de Altamirano fue adoptando una postura renovadora, donde algunos han teorizado sobre ella. Parte de él está en la Alianza Democrática.[45] La división socialista no culmina con la crisis de 1979, pues se desprenderán nuevos grupos, tanto del sector Almeyda (grupo Stuardo) como del de Altamirano (grupo La Chispa).

3 La Convergencia de los Cristianos de Izquierda

En los finales de la década de los 60 el Mapu, al separarse de la Democracia Cristiana, pretendió ser una expresión de los cristianos de izquierda: terminó siendo un partido marxista más. En 1971 la Izquierda Cristiana nace para ser el cauce de esos cristianos que el Mapu había dejado de lado y que no se sentían representados por la postura centrista de la DC: termina también dentro de las aguas marxistas.

Curiosamente, después de la recomposición partidaria, estos partidos, más el Mapu Obrero y Campesino que se había formado en 1973, vuelven a invocar el argumento fundacional de la primera hora para querer llenar un espacio determinado en la vida política. Y otro rasgo interesante: estos partidos, separados por diferencias tácticas en el gobierno de Allende, empiezan a converger para formar una sola fuerza política de los cristianos de izquierda. Así lo demuestran las declaraciones conjuntas de los tres partidos firmadas en México, una en 1979 y otra en 1980. Indudablemente que habían recibido dos aportes, uno que podría ser considerado ideológico y otro de la experiencia política. El primero, el desarrollo de la

44 Altamirano, Carlos: *Ocho tesis. . .* ya citado.

45 Véase Arrate, Jorge: *El socialismo chileno: rescate y renovación,* ediciones Instituto para el Nuevo Chile, Holanda, 1983.

teología de la liberación desplegada en la década del 70. El segundo, la participación de grupos cristianos en la revolución sandinista.

Fue la Izquierda Cristiana la que en su Pleno de marzo de 1980, al dar por liquidada la Unidad Popular, da un paso significativo para cristalizar orgánicamente esta convergencia: "Bloqueadas las instancias orgánicas unitarias, se torna para la Izquierda Cristiana una exigencia inaplazable en impulsar con autonomía todo tipo de iniciativas encaminadas a romper el inmovilismo".[46]

La Izquierda Cristiana ya había dejado de hablar el lenguaje leninista de 1973, y ahora levantaba como bandera la No Violencia Activa[47] e invocaba la doctrina de los Padres de la Iglesia para reafirmar sus propias propuestas contingentes.

Se traduce lo anterior en una fuerte presencia en Chile de miembros de estos partidos en organismos de la Iglesia Católica o patrocinados por ésta. Las Comunidades Cristianas Populares, insertas en la teología de la liberación, son una suerte de nucleamiento primario de estos sectores, de igual modo que órganos de publicidad de ciertos sectores eclesiásticos abren tempranamente tribuna a representantes de este pensamiento.

En 1982 el Mapu Obrero y Campesino celebra un Pleno donde junto con abordarse el tema de la Convergencia Socialista, que veremos luego, hace referencia al tema de la convergencia de los cristianos de izquierda. Da por superada la circunstancia de que la izquierda descanse sobre un eje comunista-socialista, pues los comunistas en su dogmatismo se han ausentado de la realidad de la izquierda de base para irse al ultrismo, y el Partido Socialista por sí solo, dada su fragmentación, "no es capaz de producir la síntesis histórica y práctica que el movimiento popular requiere". De lo anterior se infiere que es necesario iniciar un proceso tendiente a constituir un partido nuevo: "Concebimos la creación de la nueva fuerza política como un proceso que se deberá dar en varios niveles y diversos ámbitos, cuya culminación será la constitución de un nuevo partido".[48]

Esta nueva fuerza política, anunciada por el Mapu OC, y compartida por los otros dos partidos, intenta asumir la posición renovadora de la izquierda, llegando a conformar un polo dentro de ella. Sin embargo, no logra concretarse. Por eso es que citamos esta problemática en esta parte del trabajo: en la elaboración de respuestas

46 Pleno de la Izquierda Cristiana, marzo de 1980, mimeo.

47 Véanse algunos escritos del dirigente Eugenio Díaz, tales como "Hacia una democracia integral", *Análisis* N° 27, septiembre de 1980; "Renovación Democrática: aprender de la práctica", en *Análisis* N° 29, diciembre de 1980; "Violencia o no violencia: una falsa polémica", en *Análisis* N° 33, abril de 1981. Y, particularmente, "No violencia activa: un método de lucha", en *Análisis* N° 35, junio de 1981.

48 Partido Mapu Obrero y Campesino, Pleno de 1982: *Hacia la creación de una nueva fuerza política,* documento de discusión, pág. 12.

en medio de la crisis de la izquierda. La convergencia de los grupos políticos cristianos de izquierda se va a intentar encauzar primero en la Convergencia Socialista y, desaparecida ésta como proceso orgánico multipartidista, se va a canalizar en el llamado Bloque Socialista, donde, empero, ingresa al Partido Socialista XXIV Congreso. Todo parece indicar que estos sectores van a terminar siendo los aliados naturales del eje socialista que daban por superado.

4 La Convergencia Socialista: el Intento Renovador en la Crisis

La convergencia de los partidos cristiano-izquierdistas, más sectores socialistas que estaban bajo la influencia gramsciana y los intelectuales renovadores de la izquierda van a ser los protagonistas del denominado proceso de Convergencia Socialista, otro de los momentos del período de crisis de la izquierda, pero que implica la búsqueda de una salida.

El proceso se da en Chile y en el exilio. En este último, tiene su partida con el encuentro de Ariccia de enero de 1980.

Entretanto, en Chile un grupo de intelectuales en el mismo año 80 se da a la tarea de analizar los nuevos perfiles ideológicos de una posición de izquierda renovada. Aquí están Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulián, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi y otros más. En agosto de ese año elaboran un documento titulado *Fundamentos de una Propuesta* de donde vamos a extraer varias citas que nos permitan caracterizar la convergencia en sus momentos iniciales.

Allí se define a la convergencia como "un proceso político que se propone aportar a la superación de la crisis de la izquierda, a partir de un mayor acercamiento entre partidos que comparten una común identificación con el socialismo chileno. . . La Convergencia Socialista persigue la progresiva integración, en un nuevo y común espacio, de las diversas expresiones que en la actualidad tratan de responder a la demanda democrático-socialista de vastos sectores de nuestro pueblo".[49]

Se fijan como tarea la de propender a la renovación del marxismo en Chile: "Un factor fundamental de la renovación del socialismo chileno es la adopción de un marxismo crítico, en permanente búsqueda y creación, abierto al provenir de otras vertientes teóricas y culturales, contrario a toda manipulación dogmática y a todo congelamiento de su esencial contenido revolucionario".[50] En Chile se mantiene, entonces, la clara hegemonía del pensamiento marxista en el espacio de la izquierda política. Señala que, a diferencia de la izquierda tradicional, se deberán tomar en consideración las nuevas transformaciones sociales que han venido a configurar un nuevo es-

49 Convergencia Socialista: *Fundamentos de una propuesta* en set de documentos básicos de la Convergencia. Mimeo 1983, pág. 4.

50 Op.Cit.pág.7.

cenario político y social, lo que a su vez constituye "un nuevo escenario para el quehacer político popular y democrático", donde advierte un divorcio entre el llamado movimiento social y los partidos políticos: "El nuevo movimiento social se caracteriza por sus rasgos corporales, reivindicacionistas y cortoplacistas, mientras que el movimiento político preserva sus características parlamentarias, invocativas, lineales y organicistas".[51]

Sobre su concepción de socialismo dicen que éste no es sólo la socialización de la economía, sino que "un programa de socialización del poder social en todos sus niveles. Para lograr que la economía social sea dirigida por los trabajadores, es preciso antes que nada que la sociedad pueda dirigirse a sí misma".[52] Sobre la cuestión de la democracia expresan que la experiencia ha enseñado a revalorar su dimensión "que ayer pudo aparecer como simple dato del quehacer político. La propia crisis de los socialismos reales, donde existen variados signos de dominación burocrática, contribuye a desarrollar la crítica del movimiento socialista sobre su propia historia y a reconquistar para sí mismo los valores libertarios que se encontraban en la esencia misma de su surgimiento como teoría política y movimiento social".[53] Son partidarios de la autonomía del movimiento social respecto de los partidos políticos, pues "sólo un movimiento social autónomo es garantía estable contra las deformaciones burocráticas del socialismo y la involución del proceso de democratización".

En 1981 emiten un segundo documento: *Un Horizonte Democrático para Chile,* donde se ve más pulida su definición como movimiento, así como más claros los pasos a seguir. "Postulamos, dicen, la renovación como imperativo. Nos obliga a ello una consideración sobre la experiencia de la Unidad Popular. . . La experiencia autoritaria, por su parte, ha fortalecido nuestra convicción democrática, lo que nos lleva a plantearnos críticamente frente a cualquier dictadura y frente a muchas prácticas y concepciones tradicionales de la propia izquierda".[54] Reiterando su adhesión al pluralismo político, insisten también en sus críticas a los socialismos reales. Con todo esto se va produciendo un progresivo alejamiento de las posturas comunistas, lo que va a tener su punto culminante en 1982 cuando la izquierda chilena no es capaz de elaborar un documento unitario.

En enero de 1982 se formula una declaración donde reclama su propio espacio político: "Pensamos que en Chile la presencia de un socialismo con vocación y contenidos democráticos, populares y nacionales es no sólo necesaria, sino inevitable. . . para asegurar esa presencia es preciso una reactualización y renovación del socia-

51 Op. Cit. pág. 18.
52 Op. Cit. pág. 19.
53 Op. Cit. pág. 19.
54 *Convergencia Socialista: Un horizonte Democrático para Chile,* en set citado pág. 27.

lismo chileno". Luego viene una definición más concisa de lo que son: "Nos definimos como un espacio político de encuentro, debate y creación que tiene por objeto estimular la renovación socialista en diversos ámbitos de la sociedad. No somos, ni pretendemos ser hoy, un partido político, una combinación de partidos ni un grupo de poder. Somos esencialmente un grupo generador de ideas y de opinión sobre el socialismo y las alternativas nacionales. . . nuestro campo de acción es, pues, el marco teórico-ideológico. . ."[55]

Ahora bien, las ideas del Grupo por la Convergencia Socialista, que hemos reseñado, encontraron eco en los partidos que dentro de la izquierda venían planteando también un anhelo renovador. Pero ellos no adhieren al Grupo sino que forman su propia instancia coordinadora: el Secretariado de la Convergencia Socialista, integrado por los partidos Izquierda Cristiana, Mapu, Mapu Obrero y Campesino, y Socialista (XXIV Congreso). Entre ambas instancias hay no pocas dificultades en los dos años que va a durar el paralelismo.

Los integrantes del Secretariado quieren transformar rápidamente las ideas y propuestas convergentes en una orgánica, sea ésta un nuevo partido o una alianza política. En tanto que los miembros del Grupo insisten en que la convergencia es un proceso de reformulación teórica y reestudio ideológico-político, todo lo cual debe culminar con la elaboración de un nuevo proyecto histórico.

Conscientes de las dificultades que este dualismo importaba, los políticos de izquierda convocan a un encuentro en Madrid en febrero de 1983, de donde saldría el efímero Movimiento de la Convergencia.

Allí se preparó un borrador sobre lo que sería el marco ideológico-político del nuevo movimiento. De él vamos a extraer aquellos elementos que nos parecen centrales.

El primer elemento es el propiciamiento de una alternativa nacional "sin sujeción a modelos reestablecidos de supuesta validez universal". El segundo elemento es la reafirmación del carácter autónomo de la Convergencia "no reconociendo tutorías externas ni políticas ni ideológicas". Un tercer elemento es su definición como movimiento revolucionario, pero le da a esta palabra un contenido singular: "Lo esencial del carácter revolucionario no está asociado a la mayor o menor radicalidad de los métodos, sino al contenido liberador y emancipador de una propuesta. . . la oferta irresponsable de caminos cortos y simples tiene precios incalculables para el pueblo".[56] Un cuarto elemento es la reafirmación del carácter democrático de la Convergencia, al postularse la democracia "como una forma de gobierno y de convivencia ciudadana. . . el pueblo

55 *Convergencia Socialista: Declaración de enero de 1982,* en set citado, Pág. 72.

56 Véase "Borrador para la discusión de las Bases Políticas del Movimiento Convergencia Socialista" en *Grupo por la Convergencia Socialista: Documentos,* 1983, págs. 10 a 15.

accede y ejerce en las más diversas instancias el poder de acuerdo con la ley, de las mayorías con respecto al derecho de las minorías".[57] Un quinto elemento es la definición como movimiento humanista, un sector lo define como libertaria, pero señalamos que la real libertad sólo se logra en la plena igualdad. Finalmente se manifiestan como partidarios de un internacionalismo de los oprimidos.

Entre los acuerdos de Madrid está el crear una fuerza política que exprese lo que es el área socialista, pero como eso aún demora, debe constituirse de inmediato un Movimiento de la Convergencia que integre a todos los grupos de trabajo, organizaciones sociales y partidos políticos que adhieren al proceso. Este Movimiento debe tener, se estipula, un perfil orgánico claro y un liderazgo político visible.

Pero los hechos políticos del año 1983 irán poniendo dificultades al proceso convergente: desde luego el Movimiento de la Convergencia no alcanza a cristalizarse y el Secretariado de la Convergencia se disolverá. Quedará el Grupo, pero como una expresión más dentro de la izquierda.

Una de las primeras dificultades que experimenta el proceso convergente es la reunificación socialista. Adhería a él el Partido Socialista XXIV Congreso. En abril de 1983 este grupo logra una coordinación con otros grupos socialistas, previamente ligados por un Comité de Enlace, dando paso a un Comité Político de Unidad, una suerte de partido federado. Va a ser este Comité el que va a reclamar la representación oficial del socialismo, siendo partidario de que cada partido —los aliados de ayer— asuma su propio papel. Además desestiman toda posibilidad de integrarse orgánicamente a la Convergencia. Lo dice su dirigente Jorge Arrate: "La idea de hacer de la Convergencia Socialista un partido, en su sentido corriente, no contribuye a clarificar su contenido, naturaleza y propósitos, sino más bien a crear en diversos sectores el temor a un supuesto riesgo de desidentificación".[58]

A su vez, el secretario general del Mapu Obrero y Campesino, Jaime Gazmuri, señala que el proceso de reunificación socialista, siendo en sí positivo, por la forma en que se está llevando, perjudica el proceso convergente. "Podría conspirar contra el desarrollo de la Convergencia una reunificación que se hiciera a espaldas de las exigencias y los problemas del movimiento popular y el país. Ella sería una reunificación que no tendría mayor significación histórica".[59]

La ruptura es ya visible y el proceso de Convergencia queda virtualmente paralizado.

57 Ibidem.

58 Entrevista a Jorge Arrate en Revista *Análisis* N° 61 del 2 de agosto de 1983.

59 Gazmuri, Jaime: *Conversando en voz alta,* Ediciones Contemporáneas, 1983, pág. 159.

En marzo de 1983 dos personeros socialistas firman el Manifiesto Democrático: Hernán Vodanovic y Ramón Silva Ulloa (el tercero es entonces de la Fracción Almeyda). Quienes creyeron que allí estaba representada la Convergencia se equivocaron, pues ésta el 25 de ese mes en carta pública dirigida a los firmantes del Manifiesto les expresa si bien su simpatía por la iniciativa unitaria opositora, que ellos no forman parte de él y los invitan a suscribir un "pacto constitucional" sin exclusiones, es decir, con el Partido Comunista con plenos derechos.

Los sucesos posteriores del año 83 van a hacer que cada sector político de la izquierda actúe por sí solo. La Convergencia Socialista perderá entonces su ímpetu inicial, al punto que será su núcleo intelectual el que, de hecho, retendrá la identidad de un proceso que antes había llegado a conformar todo polo político en la izquierda. Como en los tiempos iniciales, los intelectuales convergentes retoman la iniciativa. Así, Manuel A. Garretón pone el acento en recordar a los partidos de izquierda que hay varios sectores que en estos 10 años han emergido renovadamente y que no se sienten interpretados por las estructuras y tendencias partidarias preexistentes a 1973 y ello implica un desafío. Llama a comprender que la simple coordinación entre las estructuras partidarias existentes no agota ni mucho menos el mundo socialista; que en la expresión política de éste deben estar presente los sectores socialistas que no se han sentido representados en los partidos actuales, que no hay liderazgos definidos de una vez para siempre.[60]

En suma, los partidos políticos otrora integrantes del movimiento convergente formaron el Bloque Socialista, del que nos ocuparemos luego, y en el cual, como instancia aparte, figura el Grupo por la Convergencia. Es decir, ésta ha terminado siendo una expresión orgánica más dentro de la multiplicidad de expresiones del socialismo actual. Pero esta recomposición, que acentúa la crisis de fondo en la izquierda, tal vez sea necesaria para que quienes efectivamente desean una renovación ideológica en la izquierda, puedan luchar por ella presentándose como alternativa definida, alejados ya de toda instrumentalización como ocurrió en los momentos en que la idea convergente experimentó su auge.

5 El Discurso Comunista

En los últimos meses del gobierno de Salvador Allende, los comunistas propician el diálogo con la Democracia Cristiana, para consolidar lo hecho por el Gobierno y a la vez neutralizar a la oposición. La consigna es "No a la Guerra Civil", partiendo del supuesto que ésta estaba a punto de desencadenarse.

60 Garretón, Manuel Antonio: "Reconstruyendo la izquierda socialista", en *Análisis* N° 62 del 17 de agosto de 1983.

Curiosamente, la primera declaración del partido con posterioridad al 11 de septiembre de 1973, emitida en diciembre de ese año, se titula "No puede descartarse ni la guerra civil". Allí, junto con la condenación esperada al nuevo régimen y las alabanzas al anterior, se atacaba duramente al sector "freísta" de la Democracia Cristiana en cuanto era co-responsable de la intervención militar. Sin embargo, propiciaba una alianza con el sector "progresista" de ese partido. Señalaba también que el momento que vivía el país era distinto al anterior a septiembre, luego la línea divisoria entre las fuerzas políticas no pasaba entre partidarios y detractores de la Unidad Popular, sino entre partidarios del Gobierno militar y opositores a éste. Entre estos últimos debía formarse un sólido frente político.[61]

En el momento de la recomposición, el partido tenía prácticamente su dirección política conocida en el exterior, encabezada por Luis Corvalán luego de ser liberado por la Junta Militar en 1975. (En su ausencia lo reemplazó como secretario general Volodia Teitelboim). A la vez, estableció en Chile una dirección política clandestina. Al decir de Arturo y Samuel Valenzuela, "el Partido Comunista, severamente afectado por la represión del gobierno, ha logrado resistir el régimen autoritario con mucho mayor éxito. Su experiencia como organización clandestina en los años 50, cuando el partido era ilegal, y su disciplina y cohesión internas le han permitido mantener un marco organizado con unidad de propósitos y dirección. De particular valor han sido la organización celular del partido y la práctica de designar un Comité Central alternativo y clandestino tan pronto como el comité en vigencia traslada sus funciones".[62]

En 1977 celebra su primer pleno en la clandestinidad —en el exilio— y allí formula a la oposición dos proposiciones: la formación de un Frente Antifascista, cuestión que ya hemos abordado en páginas anteriores, y el desarrollo de una amplia movilización de masas, a partir de la articulación de demandas y reivindicaciones sectoriales. No eran partidarios abiertos de la lucha insurreccional. En el Frente Antifascista eran partidarios de entenderse con toda la Democracia Cristiana y no con un sector de ella (a diferencia de lo expresado a fines de 1973). Incluso se muestran partidarios de un entendimiento con sectores de la derecha disidente del régimen militar.

Lo novedoso, sin embargo, del pleno de 1977 estuvo en las revelaciones de Luis Corvalán sobre la política seguida por el partido, conocida como la "vía pacífica al socialismo". "Al sostener desde 1956 la posibilidad de la vía pacífica en nuestro país, dice, tuvimos en cuenta, primero, que se trataba sólo de una posibilidad, y se-

61 Partido Comunista: N*o puede descartarse la guerra civil*, mimeo, diciembre 1973.

62 Arturo y Samuel Valenzuela: "Partidos de Oposición bajo el régimen autoritario" en "Chile 1973-198. . .?", *Flacso* 1983, pág. 287.

gundo, que de abrirse paso la revolución por dicha vía, en algún momento podría surgir la alternativa de la lucha armada. Consecuentemente, nos preocupamos desde 1963 de la preparación militar de los miembros del partido. . ." "Cuando después de las elecciones de marzo de 1973 estaba claro que la reacción buscaría el derribamiento del gobierno a través del golpe de Estado, lanzamos la consigna de "no a la guerra civil" y simultáneamente intensificamos la preparación combativa de aquellos militantes que ya trabajaban en ese frente y los pertrechamos de algún armamento".[63]

Con esto queda demostrado que el Partido Comunista jugaba una doble vía en política. Así ha ocurrido en toda propia experiencia histórica. En 1931, por un lado, llevaba a un hombre de sus filas como candidato a Presidente de la República y, por otro, alentaba la sublevación de la marinería. En 1946 mientras formaba parte de la Alianza Democrática y hacía un juego parlamentario, intentó derribar al Vicepresidente Duhalde mediante una asonada popular.

En 1979, Luis Corvalán da a luz otro documento revelador de la postura del partido. En *Nuestro Proyecto Democrático* se mantienen las principales tesis del pleno anterior, pero tomando en cuenta que la directiva de la DC no ha respondido a la invitación de constituir un Frente Antifascista. Se plantea la necesidad de ir articulando consensos políticos opositores desde la base y en torno a cuestiones comunes, como lo son la defensa de los derechos humanos, las demandas salariales y otras.

. En 1980, al conmemorarse el decenio del triunfo de Allende en las urnas, el Partido Comunista decide lanzar públicamente su llamado a seguir la vía insurreccional, denominada por ellos "Violencia Aguda". Con este llamado introduce otro factor de perturbación en la izquierda, ya que de inmediato se separa del polo renovador que sólo confiaba en una movilización de masas. Poco tiempo después, Luis Corvalán precisa más el contenido de la "violencia aguda", señalando que la línea del partido es propiciar la Rebelión Popular, concepto más amplio, a juicio suyo donde se insertan diversas formas de lucha, desde pacíficas y legales, hasta violentas e ilegales.[64]

El cambio de línea del Partido Comunista provoca el siguiente comentario de Moulián en la izquierda renovadora: "Hasta el plebiscito de 1980, el Partido Comunista había trabajado en la dirección exactamente opuesta: favorecer las aperturas que el centro intentaba obtener, sin darles demasiada importancia a las acusaciones del "seguidismo" que le lanzaban otras organizaciones de izquierda. En alguna medida, el viraje posterior corresponde a una sicología de frustración, lo que permite entender por qué el plebiscito es in-

63 Partido Comunista. Informe al Pleno de 1977, ya citado.

64 Corvalán Leppe, Luis: *La Rebelión Popular se abre paso en Chile,* ediciones Estudio y Lucha. 1982.

terpretado como un corte radical. . . El Partido Comunista elabora su línea política utilizando como teoría el marxismo leninismo. Pone énfasis en el realismo de Lenin, quien haría del problema de los medios una pura decisión de balance de fuerzas sin conexión directa con el socialismo como proyecto de emancipación.[65]

A juicio de Moulián, la postura insurreccional la adoptó el Partido Comunista por considerar, primero, que el plebiscito había cerrado todas las alternativas políticas, y segundo, porque existiendo las condiciones objetivas, solamente faltaba una vanguardia capaz de "gatillar" la combatividad de las masas adormecidas por las tendencias pacifistas.

Es claro, asimismo, que la caída de Somoza en Nicaragua revaloriza las posibilidades de la lucha insurreccional popular. La decisión de los comunistas chilenos en tal sentido debe ser interpretada a la luz del contexto internacional, marcado no sólo por la caída de Somoza en Nicaragua, sino que la del Shah de Irán, y por la intervención militar soviética en Afganistán.

En el momento en que la estrategia insurreccional se determina —1980—, sus posibilidades de éxito en Chile son sumamente precarias. El gobierno de las FF. AA. está en la cumbre de su poder, y el proyecto de fundación liberal-conservadora desde el Estado en lo socioeconómico parece triunfar. El país lleva varios años creciendo a un ritmo anual del 7% a 8%, el cual, de mantenerse, permitirá en diez años doblar el ingreso per cápita de los chilenos. En el campo sindical, la nueva legislación laboral está operando y los salarios no sólo se ajustan según la inflación, sino que crecen en términos reales. En materia educacional, el control municipal de las escuelas, las mejorías en cuanto a subsidios para las instituciones privadas, el estímulo —eliminado a fines de 1981— a las universidades privadas, y la enorme expansión de los institutos profesionales y su arraigo en los grupos medios, configuran un cuadro nuevo. Todo ello parece favorecer la moderación y la constitución de un socialismo antileninismo y renovado como, por ejemplo, ocurrió en la España postfranquista. La estrategia insurreccional del comunismo parece completamente impracticable y foránea.

Lo sorprendente es que un año después el país se sumergía en la peor y más larga recesión desde la del 29. En el segundo trimestre del 83 comienzan las protestas y parte la violencia: La movilización popular e insurreccional empieza entonces a tomar cuerpo y resultar real.

En el período en que se desarrolló el polo de la convergencia, el Partido Comunista se sintió incómodo, pues veía peligrar su tradicional hegemonía dentro de la izquierda chilena. Por eso, la actitud generalizada frente a ella fue ignorarla como proceso. Para ellos, lo básico es la unidad de la izquierda (son los últimos en dejar de lado

65 Moulián, Tomás: *La Crisis de la Izquierda*, artículo citado, pág. 306.

a la Unidad Popular) y sitúan los problemas de la crisis como conflicto entre las direcciones políticas. . . "pero la clase tiene muy clara la unidad, tiene muy claro cuales son sus objetivos. El partido ha sido y seguirá siendo el campeón de la unidad, ése es uno de los componentes básicos de nuestra política de rebelión. . . independientemente de los desacuerdos circunstanciales, lo importante es que la oposición de izquierda se dé en la acción, en la lucha diaria, en el combate permanente".[66]

Sin embargo, la doble vía en los comunistas siempre está presente. Efectivamente, al lado de la postura insurreccional que les hace formar un frente común con los socialistas de Almeyda, y los miristas, está la opción de participar indirectamente en el juego político formal que desarrolla la oposición. Así es como Jaime Insunza da a conocer periódicamente su pensamiento —y el del partido- corno columnista de la Revista *Análisis'*, y don Luis Guastavino, ex diputado, dice que está vigente la necesidad de un entendimiento político con la Democracia Cristiana porque "cuando se pretenden transformaciones estructurales de la sociedad es insuficiente la unidad de la izquierda". Propicia entonces un pacto político "por un período determinado de tiempo. . . pero si no es un pacto somos partidarios de entendernos en los más diversos aspectos".[67]

IV La Izquierda en 1983

La izquierda va ocupando un mayor espacio público —gracias al proceso de apertura política iniciado en agosto del 83—, y partidos que permanecían en la clandestinidad absoluta dan conferencias de prensa y realizan reuniones públicas. En suma, se incorporan como interlocutores al quehacer político, y como tales, se esfuerzan por presentarse como una alternativa definitiva ante la opinión pública.

1 El Proceso de Reunificación Socialista

En 1983 el socialismo chileno conmemoró 50 años de vida. Con tal ocasión tres ex secretarios generales del partido lanzaron un "Mensaje a los Socialistas Chilenos" donde los instaban a la unificación.

Se inició un proceso de unidad. Primero se estableció un Comité de Enlace, en que participaban las fracciones del Partido Socialista XXIV Congreso, la Tendencia Humanista, el Grupo "Los Suizos",

66 *Los Comunistas, la Rebelión y la Situación Nacional.* Mesa Redonda de la Dirección Interior del Partido Comunista en Chile. Mimeo, octubre de 1982.

67 Entrevista a Luis Guastavino, en Revista *Análisis*, mayo 1983.

la Unión Socialista Popular, los socialistas Convergencia 19 de Abril y una fracción de los socialistas de Almeyda.

Estos mismos sectores, puliendo más sus acuerdos, lograron establecer en abril de 1983 un Comité Político de Unidad que pasó a actuar en representación oficial del socialismo en Chile. Sus voceros pasan a ser Hernán Vodanovic, Julio Stuardo, Akin Soto y Juan Gutiérrez.

Por ese mismo tiempo entran a formar parte del Manifiesto Democrático, firmado por Vodanovic, Stuardo y Ramón Silva Ulloa. Digamos que Stuardo, por este paso, fue separado de la fracción almeydista del socialismo. Estos mismos personeros y el Comité Político de Unidad integran la Alianza Democrática, que para ellos tiene la virtud de poner fin a la marginalidad del socialismo y con él, de parte de la izquierda chilena.

Al margen de la unificación socialista quedó la fracción de Almeyda. La separación es más de fondo que la simple disputa caudillista por el poder interno: diferentes concepciones políticas separan a esta corriente de las otras. Estas últimas propician una adhesión crítica al marxismo, en tanto que aquélla se declara sin problemas como marxista y leninista.

En el plano político, la fracción Almeyda no participa de la Alianza Democrática ni del Bloque Socialista. Es parte del Movimiento Democrático Popular (MDP) junto al Partido Comunista. Respecto de la cuestión socialista, son partidarios de la unidad como "elemento decisivo para ordenar y potenciar el proceso de unidad de la izquierda y para afirmar la presencia popular en el seno de una gran coalición democrática". "Este objetivo (la unidad socialista) es alcanzable en la medida en que se lo busque al compás de la lucha común, desde la base y a través de un debate ideológico constructivo".[68]

Otros grupos que quedaron al margen de la unificación socialista de abril de 1983 fueron la Coordinadora Nacional de Regionales y el Grupo Socialista La Chispa —cuyo máximo exponente aquí es Cecilia Suárez— y quien forma parte del MDP. Una representante de este último grupo, Loreto Hoecker, aludiendo a la persistencia de la división socialista, dice: "Es obvio que en los momentos de definición se produzcan quiebres importantes. En este sentido, las mismas contradicciones internas durante el tiempo de la UP y la imposibilidad de resolverlas, incapacitaron al Partido Socialista para que se jugara el papel que le correspondía. . . Entonces hay diferencias y formas de enfrentar esas diferencias, las que por cierto tienen una repercusión orgánica y que se expresa en las divisiones que hoy encontramos".[69]

68 Entrevista a Clodomiro Almeyda Medina en Revista *Análisis* N° 75 del 14 de febrero de 1984.

69 Opinión de Loreto Hoecker, dirigenta del Partido Socialista "La Chispa", en Revista *Análisis* N° 73, del 3 de enero de 1984.

El Comité Político de Unidad da lugar a un congreso unitario en 1984. Pero en vez de concretarse el proceso unitario, ese sector socialista sale dividido: de un lado la fracción Briones, aparente heredera de la iniciativa renovadora en el Partido Socialista, y la fracción Mandujano, que reivindica la tradición histórica del socialismo.

La circunstancia de que estos grupos socialistas sean caracterizados por el nombre de sus dirigentes: Carlos Briones y Manuel Mandujano, gráfica muy bien una de las causas importantes del fraccionamiento socialista: el caudillismo personalista.

2 El Bloque Socialista

A fines de septiembre los partidos que habían conformado el Secretariado de la Convergencia, más el Grupo por la Convergencia, dieron vida al Bloque Socialista. Los partidos ya habían sufrido divisiones al irse los partidarios del MDP. El Bloque ingresó de inmediato a la Alianza Democrática designando como su delegado a Jorge Molina.

A juicio del Bloque, su justificación emerge de las propias organizaciones sociales, donde se viene perfilando una corriente de izquierda renovadora, y que como corriente "busca una identidad y un cauce político que dé proyección y coherencia a su lucha por liberar, democratizar y transformar al país".[70]

Así como la Convergencia, ellos piensan que socialismo y democracia se identifican, agregando que ése fue el empeño político mayor que puso el ex Presidente Allende. Con ello están contribuyendo a levantar el allendismo como una bandera populista a los 11 años de la muerte de su líder. "Concebimos al socialismo como un régimen que eleva a su más alto nivel la democratización de la sociedad y posibilita el autogobierno de los ciudadanos. . . Jamás el socialismo chileno podrá ser obra de minorías que se imponen al país".[71]

Para ellos, la renovación política es un tema crucial de esta hora. "El pueblo chileno no quiere ver nunca más reproducido el tradicionalismo político con su secuela de sectarismo, exclusión, manipulación y pequeñas pugnas por parcelas de poder. . . La renovación política con que nos identificamos tiene como base central la extensión, unidad y elevación del papel político de las organizaciones reales del pueblo chileno en toda su amplitud".

Se sienten, a futuro, protagonistas de un proceso de cambios estructurales, para ellos deben ser el resultado no de proyectos iluministas, sino de la acción de "un movimiento democrático, popular y nacional, que supere la fatal división entre la izquierda y el centro

70 "Declaración de Principios del Bloque Socialista" (se difundió como separata de la Revista *Análisis* N° 65).

71 Ibidem.

político. Hemos superado la concepción de que un frente de izquierda es capaz de expresar por sí mismo al conjunto de las fuerzas transformadoras chilenas. Estamos por la apertura de un cauce mucho más amplio que reunifique el conjunto de nuestro pueblo en una poderosa corriente transformadora en cuya gestión intervengan tanto sus partidos como sus organizaciones sociales".[72]

Vuelve a estar presente, en este sector, la tesis de la autonomía de los movimientos sociales, que contradice el postulado leninista según el cual éstos requieren forzadamente de una vanguardia política que los dirija.

Asimismo, se expresa cual es su forma de oposición al régimen actual y marcando claramente las fronteras que en este aspecto haya con la izquierda que se aglutina en el Movimiento Democrático Popular: "El Bloque Socialista se manifiesta, sin equívocos de ninguna especie, por la desobediencia civil, y masiva. . . La conquista de la democracia pasa necesariamente por la masificación de la lucha política. . . Afirmamos con claridad que no somos partidarios de una confrontación militar que conduzca a nuestro pueblo a sacrificios inútiles. Nos oponemos, asimismo, a cualquier acción terrorista que lleve inevitablemente a favorecer ese camino".[73]

Esta declaración de principios lleva las siguientes firmas: Ricardo Núñez, Akin Soto y Juan Gutiérrez por el Partido Socialista (más bien dicho por el Comité Político de Unidad); Guillermo del Valle, Juan Manuel Parra y Rodrigo González por el Mapu; Enrique Correa, Jaime Estevez y Tomás Moulián por el Mapu Obrero y Campesino; Pedro Felipe Ramírez, Sergio Aguiló y Rodrigo González L. por la Izquierda Cristiana; Jorge Molina, Manuel Antonio Garretón y Fernando Echeverría por el Grupo de la Convergencia Socialista; y Ricardo Brodsky, Francisco Estevez y Osvaldo Aguiló por el Movimiento de Convergencia Universitaria.

El Partido Radical, que desde la salida de Sule de la presidencia quedó al margen de los frentes políticos al interior de la izquierda y participa solitariamente de la Alianza Democrática, expresó, poco después de conformado el Bloque Socialista, su deseo de incorporarse a él. Su dirigente Manuel Rioseco luego de señalar en un artículo las amplias coincidencias entre las dos expresiones políticas, dice: "La ausencia de la corriente laica racionalista (en el Bloque) le resta, a nuestro parecer, poder convocante para lograr un amplio espectro socialista y democrático". Con auténticos y legítimos títulos, el Partido Radical reclama su lugar en el área socialista democrática

72 Ibidem.
73 Ibidem.

chilena. . . ante la fórmula concreta del Bloque Socialista, no se ve inconveniente de ningún orden para que pueda incorporarse a él.[74]

Así como en los años 1967 y 1969 el Partido Radical anda en una peregrinación dentro de la izquierda, pasa a ser asimilado a un frente político pues de otro modo su único camino sería el aislacionismo político.

3 La Izquierda y la Alianza Democrática

La izquierda estuvo inicialmente representada en la Alianza Democrática por dos tendencias: el Partido Radical y los socialistas del Comité Político Unitario. La Convergencia Socialista en un principio, cuando aún se estaba en el "Manifiesto Democrático", quedó al margen y en carta pública hacía ver que no podía haber una alianza opositora fuerte si de ella se excluía al Partido Comunista. Superada la instancia del Secretariado de la Convergencia Socialista, varios de sus partidos integrantes se acercaron a la Alianza Democrática, tales como el Mapu y el Mapu Obrero y Campesino.

Los socialistas del Bloque, por intermedio de Ricardo Núñez, fijan su posición: "Los socialistas entienden la Alianza Democrática como un proceso en construcción. Ello implica que la Alianza debe profundizarse, extenderse y afiatarse en todos los planos de la vida social y política del país. No es cierta la alusión sostenida por determinados sectores de la izquierda en el sentido de que en la Alianza Democrática no están debidamente representados los intereses populares. Los socialistas no dudan en reafirmar que no representan sino más bien que forman parte de una franja popular significativa y fundamental de la sociedad chilena. Y en tal virtud se disponen a sostener dentro de la misma Alianza sus intereses fundamentales. Ello los lleva a rechazar el intento de crear fuera de la Alianza Democrática un referente distinto, pues es dentro de ella donde se deben defender las aspiraciones de nuestro pueblo movilizado".[75]

Este sector no participa en el diálogo Alianza-Jarpa (Ramón Silva lo hace a título personal). Meses más tarde ocupa, por turno, la presidencia del conglomerado por medio de Ricardo Lagos.

Posteriormente, la adhesión de los socialistas a la Alianza se ha ido debilitando. A fines del 83, en carta al presidente de la Democracia Cristiana, le dicen que la práctica de la Alianza "está lejos de satisfacer las expectativas que surgieron inicialmente". Sostienen

74 Rioseco Vásquez, Manuel: "El Partido Radical y el Bloque Socialista" en Revista *Análisis,* N° 73, del 17 de enero de 1984. Se supo después que el Partido Radical rechazó incorporarse al Bloque Socialista, por no estar éste aún definido en cuanto a su futuro orgánico (dato extraído de la entrevista concedida a *El Mercurio* del 4 de marzo de 1984 por Anselmo Sule).

75 Núñez, Ricardo: "Los socialistas y la Alianza" en *Análisis* N° 64 del 13 de septiembre de 1983, pág. 14.

que se ha ido produciendo una separación entre la AD y su base social", lo que ha provocado la creación paralela de "otras formas de oposición que introducen confusión y dispersión". Son partidarios de darle una reorientación sustantiva —terminando con toda posibilidad de diálogo con el gobierno— y además de hacer "un esfuerzo serio al interior de la Alianza Democrática para ampliar el espectro político y social que lo conforma. . . Una vez más debemos enfatizar que la Alianza Democrática debe discutir la incorporación del Partido Comunista en tanto que durante toda la vigencia del sistema democrático chileno este partido tuvo una participación respecto de la cual ningún sector del país indicó su desacuerdo".[76]

La respuesta de Valdés fue, en la forma, categórica: "Nuestra convicción es que la Alianza Democrática no ha sufrido pérdida de su prestigio por el diálogo". . . "Las grandes crisis, para ser superadas, exigen de los actores políticos acuerdos claros, compromisos morales y políticos profundos. La Alianza aspira a ser este tipo de respuesta. El Partido Comunista está fuera de la Alianza por el hecho simple de que él no participa de los principios fundamentales que son base a nuestro proyecto para Chile en el futuro".[77]

Las relaciones de la Izquierda Cristiana con la Alianza han sido ambivalentes. El ex diputado Pedro Felipe Ramírez señala que la Alianza constituye un paso positivo, pero "es un paso parcial en la medida que plantea la llamada política de exclusiones y deja fuera al Partido Comunista. . . A nosotros nos parece esto una cosa grave porque proyecta una división muy importante entre todas las fuerzas democráticas".[78] El ex diputado Luis Maira, por su parte, señala que en la Alianza "actúan sectores que tienen énfasis alternativos. . . lo que repercute polémicamente en el seno de la izquierda". Fijando la línea de la Izquierda Cristiana apunta que hay en ella tres momentos: uno, el de participar en el bloque de los que quieren poner fin al régimen actual —y en tal sentido es partidario de la participación de la IC en la Alianza—; luego, como dentro de ese bloque o alianza hay amplitud de proyectos, ellos piensan formar internamente, pero sin ánimo divisionista, un bloque o frente común que adhiera a la plataforma de democratización. Tal es el papel que le asigna al Bloque Socialista dentro de la Alianza. Por último, dice: "Reabierto el escenario democrático, queremos concursar con el

76 Carta de la dirección del Partido Socialista (aliancista) a Gabriel Valdés S., presidente del PDC. En *Política y Espíritu,* N° 361, noviembre-diciembre de 1983, pág. 60.

77 Respuesta de Gabriel Valdés a la dirección del Partido Socialista, en *Política y Espíritu* N° 361, noviembre-diciembre de 1983, pág. 61.

78 Entrevista a Pedro Felipe Ramírez Ceballos, en Revista *Análisis* N° 64 del 13 de septiembre de 1983, pág. 17.

proyecto que hemos llamado Nueva Fuerza Socialista, que nos estamos esforzando en perfilar".[79]

En cuanto a los Mapus, su participación en la Alianza les ha generado conflictos. En octubre del 83 decidieron su participación, designando a su propio representante: Jorge Molina, quien, a su vez, es miembro del Grupo por la Convergencia. Forman parte también del Bloque Socialista. El problema que hemos mencionado es que hay grupos divergentes de la adhesión de la Alianza. Por considerarla un proyecto centrista, se marginan, para ir a incorporarse al Movimiento Democrático Popular, donde ven que estaría la tradición política de la izquierda. Del Mapu sale el Grupo Lautaro y del Mapu Obrero y Campesino sale el Mapu Unidad Proletaria. De éstos dos, Reinaldo Sáez va a ser su delegado en la directiva del MDP.

Osear Guillermo Garretón en marzo del 84 declara, admitiendo un desgaste de la adhesión de su partido a la Alianza, que ninguna de las coaliciones de oposición existentes es por separado, "capaz de convocar a todo el pueblo, condición fundamental para vencer. Necesitamos de un gran acuerdo nacional, de todo el arco democrático y no sólo de los partidos sino también de las organizaciones sociales más significativas".[80]

En esta posición está también la fracción almeydista del socialismo, integrante del Movimiento Democrático Popular. Su líder, Clodomiro Almeyda, lo afirma: "Debe concertarse un entendimiento entre el Movimiento Democrático Popular y la Alianza Democrática, simplemente porque es una necesidad de ambas coaliciones, porque solamente con la suma de ambas fuerzas será posible poner fin a la actual situación. Lo saben en la DC y lo sabemos en la Izquierda".[81] Lo que Almeyda propone es una generación de un "Gran Acuerdo Democrático Nacional".

No diferente es la posición de los comunistas expresada en conferencia de prensa de enero del 84 por sus dirigentes en el interior y publicada en el diario El Siglo (clandestino). Lo primero para ellos es restablecer la unidad de la izquierda, pero también les preocupa "desarrollar el reencuentro del pueblo allendista con el pueblo freísta"[82] para así lograr la acción común de todas las fuerzas de oposición.

Para un analista que viene del Grupo por la Convergencia Socialista, Manuel A. Garretón, la constitución de la Alianza es un hecho político de alta significación porque "muestra al país una alternativa viable al régimen formada por fuerzas políticas responsables,

79 Entrevista a Luis Maira Aguirre en Revista *Análisis,* N° 66 del 11 de octubre de 1983.

80 Entrevista a Oscar Guillermo Garretón, en Revista *Análisis* N° 76 del 1° de marzo de 1984.

81 Entrevista a Clodomiro Almeyda, ya citada.

82 Conferencia de prensa del Partido Comunista en Chile, enero de 1984, versión mimeografiada anexa a *El Siglo* de ese mes.

porque constituye un espacio político donde pueden y deben hacerse representar las posiciones del pueblo y del movimiento popular y hacerlas avanzar democráticamente". Afirma con énfasis: "No hay otra alternativa que exprese mejor la amplitud del acuerdo democrático y la posibilidad de proyectar éste a transformaciones profundas de la sociedad".[83]

En conclusión, la participación de la izquierda o, mejor dicho de una parte de ella, en la Alianza Democrática, es a título precario. Ingresaron a ella por ser en un momento dado la única instancia organizada que aglutinaba a la oposición política al régimen. En la misma medida en que se han ido creando otros referentes, los izquierdistas de la Alianza sienten naturales inclinaciones por ellos, manteniéndose separaciones tácticas —como el uso de las vías de acción—, y pugnan entonces por levantar un bloque opositor más amplio. ¿Se logrará eso?, o bien, ¿se producirá una ruptura de este bloque político por su ala más izquierdista? El tiempo nos dará la respuesta.

4 El Movimiento Democrático Popular

En septiembre de 1983 los grupos de izquierda fuera de la Alianza Democrática, principalmente el Partido Comunista, se dan a la tarea de levantar un frente político opositor alternativo. Su gestación es lenta, por cuanto quieren primero reconstituir lo que era la antigua Unidad Popular, conversando para ello con los partidos integrantes de lo que luego sería el Bloque Socialista. No prosperan las conversaciones y deben conformarse con contar con pequeñas fracciones de los partidos del Bloque.

Cerrado el ciclo de conversaciones lanzan el Movimiento Democrático Popular, presidido por Manuel Almeyda Medina, socialista, y cuyo secretario general es el comunista Jaime Insunza. Si bien la composición del Movimiento no es, públicamente, por representaciones orgánicas, allí están los partidos Comunista, Socialista (fracción Almeyda), MIR (representado en la directiva por el sacerdote Rafael Maroto), Mapu Unidad Proletaria, Grupo Lautaro y Partido Socialista "La Chispa" (que dirige Cecilia Suárez).

Que allí estén el rartido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, le da de inmediato carácter insurreccional. Sus vinculaciones con el terrorismo son evidentes.[84]

83 Garretón, Manuel Antonio: "Riesgos y esperanzas de la Alianza" en *Análisis* N° 65, del 27 de septiembre de 1983.

84 La Alianza entre el Partido Comunista y el MIR tras objetivos terroristas se viene dando hace años. Recuérdese que el Partido Comunista desde septiembre de 1980 propicia abiertamente una política de rebelión popular que incluye "todas las formas de lucha". Véase *Llamamiento a la Unidad y al combate*, documento suscrito en 1982 por el PC, el MIR, el PS (fracción Almeyda) y el Partido Radical.

A juicio de Almeyda, el MDP surge con la intención de constituirse en una instancia unitaria de la izquierda. Advierte que en sí tiene un germen de transitoriedad, pues lo que a su juicio la oposición requiere es un Acuerdo Democrático Nacional.

En cuanto a los métodos de lucha, el pensamiento del presidente del MDP es el siguiente: "Son legítimas todas las formas de lucha en contra de los regímenes dictatoriales. Ahora, si esto se inscribe en el momento político chileno actual, yo diría que hay un amplio campo de acciones de tipo pacífico, de acciones de masas, que no son violentas y que pueden hacernos caminar un largo trecho en esta lucha en que estamos. Ahora no podemos predecir concretamente cómo van a irse modificando las circunstancias actuales. . . (ellas) pueden derivar en que el pueblo, imposibilitado de expresarse pacíficamente y de obtener la satisfacción de sus necesidades básicas, se sienta inducido a responder a la violencia con violencia".[85]

En la parte programática, el MDP aspira a la creación de un Gobierno Provisional con todas las fuerzas opositoras y hacia el futuro aspira a una redemocratización de la sociedad y de sus instituciones, en forma especial el Poder Judicial y las Fuerzas Armadas.

El MIR, uno de sus componentes, llama en diciembre del 83 al "desarrollo de una guerra popular, que significa la más amplia movilización de masas, el impulso de sus luchas políticas y reivindicativas y la utilización de todas las formas de lucha". Dentro de esas formas está la siguiente: "Impulsar la organización de milicias, brigadas de propaganda y acción directa que se constituyen en sólidos instrumentos de la lucha violenta y armada".[86]

En cuanto a los comunistas, son claros en relación a los fines del MDP: "Es un movimiento combativo, unitario, que impulsa el proceso de rebelión popular" y las acciones terroristas le merecen su aprobación; ellos las denominan "acciones de desestabilización y sabotaje que realizan diversas fuerzas revolucionarias".[87]

Patricio Hales, dirigente comunista, da una visión particular sobre la relación PC-MIR señalando que ambas fuerzas entienden de manera distinta "la contradicción principal. Ellos tienen una visión reductiva, excluyente. Definir el carácter de la alianza para hacer los cambios en torno a las fuerzas del proletariado. . . El PC define el carácter de la alianza de una manera más amplia. Entendemos que es necesario sumar fuerzas. El PC define el carácter de la revolución como antimperialista, antioligárquica, nacional y popular".[88] Es decir, se está volviendo al lenguaje pre 1970.

85 Entrevista a Manuel Almeyda, en Revista *Análisis* N° 69, del 23 de noviembre de 1983.
86 *El Rebelde,* diciembre de 1983.
87 Conferencia de prensa del Partido Comunista, citada.
88 Entrevista a Patricio Hales, en Revista *Análisis* N° 72 del 3 de enero de 1983.

Contrariando a quienes dentro del partido sostienen la tesis insurreccional, Hales señala que "incluso la rebelión produce una modificación de condiciones y conceptos por ejemplo, el concepto unidad-acción". "El PC no cree en el vanguardismo que va a determinar desde fuera cómo el pueblo debe luchar. Así como los partidos políticos no tienen por qué estar dando recetas de la forma de lucha, su obligación es estar insertos en esa lucha, potenciarla y dirigirla".[89] Esto es una vuelta a la política de masas.

Pero no se crea por ello que Hales ha experimentado una conversión democrática, pues dice que a futuro habría que buscar un "equilibrio entre consenso y persuasión excluyendo definitivamente las formas de alternancia al estilo 11 de septiembre".[90]

V Movilización Social, Izquierda y Conformación de Ejes

1 De la Crisis Económica a la Movilización Social

En 1982 se hizo sentir en toda su magnitud la crisis económica que se había anunciado ya en 1981. El ritmo fundacional del Gobierno decreció y empezó un período en que en materia económica se caracterizó por una administración de crisis y en lo político por un inmovilismo respecto del avance y sentido de la transición.

La oposición, que por largo período había permanecido a nivel meramente cupular, comenzó a tener correspondencia en la inquietud y en las demandas económicas de la población. Los partidos de izquierda retomaron la antigua estrategia de usar la movilización social por su cuenta en vez de agregarse a la posición política de la Democracia Cristiana y de la Iglesia como lo venía haciendo.

La posición del Partido Comunista, tan solitaria en apariencias en 1980, encontró mayor receptividad en sectores de la izquierda tradicional y en cierta base política que no actuaba. De pronto, la movilización social dejó de ser una expresión en acuerdos y declaraciones para tomar cuerpo. Primero, las marchas del hambre convocadas por los comunistas y después acciones de desbordamiento de la legalidad fueron los indicadores que en la izquierda las plataformas sufrían una modificación, que sólo vino a ser constable en su real dimensión en 1984.

El Movimiento Democrático Popular asume una pretensión de hegemonía al interior de la izquierda tomando la bandera de la movilización social, pero insertándole la perspectiva insurreccional que le dan los comunistas. De otro lado, se forma, como se ha anotado, el Bloque Socialista, el que intenta dar un contenido no violento a la movilización social, coincidiendo en esto con la Democracia Cristiana. Existe en el Bloque Socialista una más clara conciencia de

89 Ibidem.
90 Ibidem.

que la crisis económica es la generadora de la inquietud social y política, de modo que al superarse, los climas de agitación vuelven a ser nulos o poco eficaces.

La discusión en la izquierda deja de ser meramente discursiva, como lo venía haciendo la Convergencia Socialista, para centrarse en un debate sobre metodología política y la táctica de las Alianzas.

2 La Movilización Social y la Configuración de Polos

Si no es posible hablar de unidad de la izquierda en propiedad es por la aplicación de estrategias y tácticas distintas. El diferencial de fondo que pudiera existir es más bien una tarea por hacer, algo que rescatar.

Así como el Movimiento Democrático Popular va asumiendo cada vez más una postura insurreccional, el Bloque Socialista, o por lo menos algunos de sus integrantes, retoma una vieja tradición socialista de diferenciarse lo más posible del Partido Comunista. Al respecto, los acuerdos del Pleno de la fracción socialista de Carlos Briones son muy reveladores.[91]

El MDP insiste en refundar en la izquierda la tesis del frente único, es decir, la reconstitución, con otro nombre y otro programa contingente de la Unidad Popular y del Frap. Incluso en esto se insertan en el camino de la izquierda chilena de la década del 60; la vigencia de la vía armada, sólo que esta vez es el Partido Comunista el que se ha plegado a ella. No cabe duda de que la tradición allendista de la izquierda está inscrita en el MDP aun cuando curiosamente el Bloque Socialista pretenda rescatar para sí la figura política del ex Presidente y buscar en sus discursos una suerte de fundamentación ideológica de un socialismo nacional. Si bien la adhesión formal de Allende a la vía pacífica puede colaborar con esa intención, la adhesión de éste al leninismo y su tolerancia hacia los grupos insurreccionales juegan como elementos legitimadores de la opción del MDP. No es una casualidad, de otro lado, que gran parte de sus ex ministros y personas muy ligadas a él, se sientan identificados con el conglomerado marxista leninista.

El Bloque Socialista es a la vez moderno y antiguo. Es moderno como lo planteáramos alguna vez[92] en cuanto intenta conformar una nueva izquierda, despegada del leninismo, autónoma del Partido Comunista, en cuanto desarrolla fundamentaciones que, con no ser novedosas, son por lo menos aportes recientes al discurso de la izquierda chilena, como es el discurso gramsciano, de la construcción de la hegemonía. Es antiguo en cuanto rescata las caracterísi-

91 Véase Partido Socialista de Chile (fracción Briones). Acuerdos del IV Pleno Nacional. Mimeo, agosto 1984.

92 Véase Benavente Urbina, Andrés: "Renovación Socialista, un Mito contemporáneo" en Revista *Política* del Instituto de Ciencia Política de la U. de Chile, 1984.

cas fundacionales del socialismo chileno, es decir, su acento anticomunista, su carácter autónomo, su rechazo a los métodos violentos.[93] Conscientes, incluso, de que una posición gramsciana no está muy vinculada a la tradición de la izquierda chilena, han levantado el allendismo como bandera, con las reservas que ello merece y que ya hemos señalado.

El Movimiento Democrático Popular ocupa, pues, el espacio de la izquierda tradicional. Es el antiguo eje socialista-comunista, cuyas fronteras fueron muy difusas en los años 60 y 70. El Bloque Socialista intenta crear un espacio nuevo entre el llamado centro político y esa izquierda tradicional. Es por ello más susceptible de entenderse con la Democracia Cristiana y así lo prueba la pertenencia, por ejemplo, de la fracción Briones del socialismo en la Alianza Democrática.

En la izquierda se han ido configurando dos ejes visibles. El ortodoxo, donde se reúnen elementos de la izquierda histórica: comunistas, socialistas de Almeyda, miristas y elementos sueltos del Mapu y de la Izquierda Cristiana, y el renovador, en que se aglutinan aquellos que desean establecer una izquierda no divorciada con el ideal democrático (para los tradicionales, la democracia no sólo es una etapa burguesa a ser superada), aun cuando lleguen a identificarlo con el socialismo.

Así como es posible ver en el MDP la prolongación de la izquierda tradicional, la presencia de la fenecida Unidad Popular, así es perfectamente legítimo sostener que el Bloque Socialista tiene sobre sí la responsabilidad de constituir en Chile una izquierda democrática, capaz de asumir el resultado y el significado de las experiencias de Mitterrand y de Felipe González. La cuestión es que tal renovación no sea ni meramente circunstancial ni solamente táctica.

La existencia de dos ejes, autónomos, molesta al Partido Comunista, acostumbrado en los últimos 20 años a fijar, de una manera u otra, el meridiano de la acción política de la izquierda. En septiembre de 1984, cuando la movilización social ha alcanzado niveles más altos y cuando se han conformado grupos violentistas que implementan la política de la rebelión popular, lanza un documento público dirigido a los dirigentes de los partidos de oposición, donde se pronuncia con claridad en favor de la violencia.[94] En un intento por recuperar un liderazgo de otros tiempos. No obtiene, sin embargo, una respuesta favorable. Su documento es fuertemente criticado

93 Al respecto ver la Declaración de Principios del Partido Socialista de Chile al momento de su fundación. En Jocob, Julio César: *El Partido Socialista de Chile,* tomo I, Ediciones PLA, 1971.

94 Véase *Carta de la Comisión Política del Partido Comunista a los presidentes y jefes de los partidos de Oposición,* mimeo, septiembre de 1984.

por el llamado centro político[95] así como por voceros del otro eje de la izquierda.[96]

De otro lado, los componentes del eje que podría apuntar a una izquierda democrática, han intentado promover dentro de la oposición la suscripción de un pacto constitucional que, junto con posibilitar el entendimiento en la acción de todos los opositores, sirva de base para un futuro gobierno. La idea del pacto constitucional[97] así como los compromisos que él implica hicieron que prontamente los miembros del MDP anunciaran que no suscribirían tal documento a menos que el rupturismo insurreccional estuviese incorporado a su contenido.

Se puede afirmar, entonces, que en la conformación de los dos polos de la izquierda, hay algo así como un empate en la confrontación de fuerzas internas. De aquí surge un dilema: o tratan de superar ese empate para que unos absorban a otros en nombre de una política de "unidad", o bien, cada polo recorre su propio camino abriendo una nueva página en la izquierda chilena.

La opción por uno u otro sentido permitirá sostener después si el período de crisis que la izquierda empieza a vivir con el despuntar de la década del 70 fue un largo paréntesis para volver a una estrategia tipo Unidad Popular, o bien, si ese período es el de gestación de nuevos perfiles políticos que se incorporan al quehacer público haciendo más dinámica la política de alianzas, en función de lograr bloques de centro izquierda, diferenciándose de la izquierda ortodoxa.

El futuro democrático del país reclamará esto último, pero para ello el Bloque Socialista debe dar un paso decisivo: establecer una nueva concepción de izquierda.

3 Las Elecciones de la Fech como Signo de Interrogación

En la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile se realizaron en octubre elecciones para elegir directiva luego de doce años de inactividad electoral directa.

La oposición concurrió unida para así asegurarse una cómoda victoria sobre las fuerzas de centro derecha que fueron dispersas en varias listas. En verdad, si la Democracia Cristiana con el apoyo de la Alianza Democrática hubiese ido sola, habría de todas formas obtenido una victoria. El resultado de la elección de la Fech debemos interpretarlo como un triunfo de la táctica del MDP de lograr la unidad de toda la oposición bajo su hegemonía indirecta. Es claro que

95 Le responden negativamente la Democracia Cristiana, el Partido Radical y la Social Democracia.

96 Particularmente Manuel Antonio Garretón en su columna habitual en la revista *Análisis.*

97 Véase Borrador del Pacto Constitucional, mimeo, septiembre de 1984.

la cúpula de la DC estaba en contra de la idea de dicho pacto electoral, pero la presión que el MDP, concretamente el Partido Comunista, ejerció sobre la base estudiantil democratacristiana fue tan fuerte, que la lista unitaria se logró dejando en situación inconfortable a la directiva nacional del partido. Incluso, después del triunfo, dicho malestar se hizo público a través de la opinión de uno de sus dirigentes, Juan Hamilton.

El Bloque Socialista, el otro polo de la izquierda del que hemos hablado, también fue en la elección en lista común con el MDP y la DC. Y en otras elecciones estudiantiles ha ido la alianza con el MDP ofreciendo la visión de una izquierda reconstituida en torno al padrón tradicional. Lo anterior deja una interrogante sobre la profundidad de la opción renovadora que sustenta en su discurso, así como en su perseverancia de constituir efectivamente un eje autónomo dentro de la izquierda.

Por lo demás, la realización de pactos con la izquierda tradicional no ha favorecido al Bloque Socialista. En el caso de la Fech que comentamos, en los resultados de los votos para vocales, la izquierda fue separada, a diferencia que en la elección de la cúpula, de la DC, se logró un sorprendente resultado: mientras en la cúpula de la DC obtenía una holgada victoria sobre sus aliados, en las vocalías, la que se impuso fue la lista de la izquierda (MDP = Bloque) y dentro de ella de los once vocales elegidos, siete son miembros del Partido Comunista.

4 Conclusión

Como todos los actores políticos, la izquierda pasa por un período en que necesariamente deberá plantearse frente al futuro.

No es ya la cuestión contingente del hoy lo que debe motivar su reflexión final, sino su papel a jugar en la sociedad política en la democracia plena. Allí debe considerar algunas variables que no puede eludir.

¿Se identificará con el discurso rupturista que el polo tradicional sustenta, en aras de la unidad?, o consecuente con los ejes actuales, ¿tendremos una izquierda bipolar?

¿Reeditará pasadas alianzas cuyo desenlace se conoce, o bien, intentará seguir los caminos que nuevas concesiones le dicten, a pesar de que ello signifique clausurar una etapa de la unidad por la unidad?

¿La izquierda renovada estará a la altura del desafío actual de constituir una opción diferente, capaz de aliarse con el centro político y de jugar un papel en el juego democrático, o bien, será absorbida por el polo radical siendo su paso actual un mero accidente político?

Las respuestas las dará el tiempo. Entretanto, el analista sólo puede limitarse a registrar los hechos y sobre esa base pretender ver las tendencias que apuntan al futuro.

ENSAYO

LAS BASES SOCIALES DE LA DEMOCRACIA*

Fernando Molina V.**

El ensayo pretende hacer un primer aporte a la redefinición del concepto de democracia. Este concepto se aplica a realidades muy diversas: a la ciudad estado, la nación estado y a sectores que son parte de la sociedad global como cuando se habla de democracia industrial o democratización de la Universidad. En Latinoamérica la democracia es importada, constituyendo un caso más de herodianismo.

Se plantea la necesidad de definir el concepto como un proceso histórico-social, no sólo referido a la toma de decisiones, sino como proceso que afecta la estructura de la sociedad y su relación con el estado y cuya evolución como idea y como experiencia es compleja y gradual. La democracia es entonces un proceso dinámico de acercamiento a un cierto tipo ideal o utopía humanista.

Dada la vinculación con la estructura social se pregunta acerca de cuál es la clave específica que permite explicar los caracteres principales del subdesarrollo. Para abordar la pregunta se recurre a la teoría de la marginalidad como una teoría que postula la existencia de grandes masas que no pertenecen, que no participan, constituyendo un "afuera" de la sociedad instalada.

A partir de este enfoque se utiliza el concepto de "poliarquía" de R. Dahl, se definen las condiciones necesarias de un régimen democrático, sus garantías, las dimensiones de oposición y debate público por una parte y de participación por la otra, como elementos esenciales.

* Documento presentado el día 9 de julio de 1984 en el Seminario "Temas de Teoría Democrática Contemporánea", organizado por el Centro de Estudios Públicos. Dicho Seminario fue dirigido por el señor Osear Mertz.

** Abogado, cientista político, M. A. Universidad de Wisconsin; profesor visitante de las universidades de Notre Dame, Purdue (USA), Essex (Reino Unido) y del Instituto de Estudios Sociales de La Haya; Ex profesor de la Universidad Católica de Valparaíso y profesor de Ciencia Política Universidad Católica de Chile.

Entre los sistemas hegemónicos cerrados y el tipo democracia existe un proceso en que los elementos de la democracia ideal se van dando histórica y socialmente en grados diversos. Luego se definen los parámetros de un régimen poliárquico en la perspectiva de la democracia. Estos parámetros son: el de la legitimidad, el de la participación y el de las autonomías sociales solidarias.

I El Problema de la Definición de la Democracia

El ideal de la democracia y los diversos intentos por llevarla a la realidad, atraviesan veinticinco siglos de historia en Occidente. Desde la democracia ateniense hasta los ensayos contemporáneos, el ideario democrático y sus experiencias concretas han sufrido continuas reformulaciones. El uso del término a través de tanto tiempo y su aplicación a realidades tan diversas han determinado que su significado sea poco preciso, a veces abusivo y cuando menos ambiguo. Así, por ejemplo, históricamente el término democracia ha sido aplicado a la ciudad-estado, a la nación-estado, a sectores que son parte de la sociedad global, como en el caso de la "democracia industrial" o la "democratización de la Universidad", e incluso se le ha utilizado para caracterizar el régimen de los organismos supranacionales.

En la experiencia histórica el desarrollo de instituciones e ideas democráticas se va produciendo de un modo complejo. Así, en Inglaterra, en el siglo XVIII, existía un avanzado proceso de debate público, factor clave de la democracia, pero a la vez sólo una pequeña parte de la población adulta gozaba del derecho a sufragio; éste llegó a extenderse sólo entre los años 1867 y 1884, haciéndose progresivamente universal. Otras democracias, como la suiza, gozan en la actualidad de un sofisticado sistema de discusión y debate público, pero, al mismo tiempo, excluyen el voto femenino en las elecciones nacionales.

Es interesante observar que, históricamente, como en el caso de regímenes autoritarios, sus poderes de algún modo aparecen limitados, otro elemento clave de la democracia, cuando la sociedad como tal tiene un cierto grado de organización autónoma frente al gobierno, esto es, si existen con alguna vitalidad propia familias, clanes, iglesia, ciudades y tradiciones. Un buen caso de lo anterior es Inglaterra en tiempo de los Tudor, un régimen autoritario (no totalitario), en el que el rey gobernaba por derecho divino, las ejecuciones sumarias eran comunes y se utilizaba la tortura. Sin embargo, la fuerza y poder relativo de las clases sociales, de la iglesia, de los gremios, fueron gradualmente limitando el poder del estado y fueron los agentes en gran parte responsables por el aparecimiento gradual de instituciones pre-democráticas a finales de los siglos XVII y XIX. Tocqueville, Taine, Von Gierke, Acton y Weber, son algunos de los historiadores y sociólogos que han mostrado palmariamente el papel que cumplen las instituciones intermedias en la

limitación del poder central y en la transición de un régimen autoritario a una democracia moderna.

Cabe llamar la atención que nos referimos a regímenes autoritarios y no a estados totalitarios. Los estados totalitarios son una creación más bien del siglo XX. "Nada fuera del Estado, todo dentro del Estado y nada contra el Estado", fue la definición fascista de los años 20. El estado totalitario absorbe a la sociedad, todo es parte de él y no existe o no se permite vida social, económica o cultural al margen del mismo.

En América latina la idea y prácticas democráticas fueron y son básicamente importadas. Se han imitado idearios e instituciones y se las ha adoptado, sin muchas veces adaptarlas a nuestra especificidad social y cultural. Fue Toynbee el que acuñó el concepto "herodiano" para caracterizar a una minoría nacional que adopta el modo de vivir y escala de valores culturales, políticos y económicos pertenecientes a otra nación o grupos de naciones influyentes.[1] Podemos decir, en general, que la democracia, en América latina, cuando existe, es básicamente herodiana, es una réplica más que un proceso creador.

La exposición anterior no estaría completa sin incluir otras visiones[2] que aún van más allá y distinguen entre democracias liberales y democracias no-liberales, tratando entre estas últimas las variantes comunistas y la de los países en desarrollo, del Tercer Mundo. Así, por ejemplo, Macpherson dice: "La realidad de la democracia comprende estas tres clases, sin que pueda excluirse a ninguna de ellas. Resulta tan irreal pretender que la nuestra es la única democracia verdadera como para los soviets o para el Tercer Mundo insistir en que la suya es la única genuina."[3] Cabe sí comentar que el autor aludido no incluye en la clasificación a América latina y que en el análisis histórico-filosófico de la democracia por él llamada liberal, tampoco alude a las corrientes socialistas democráticas anteriores y posteriores a Marx, ni a las vertientes de origen cristiano —sean protestantes o católicas— que tan importante contribución han hecho al ideario y prácticas democráticas.

A todo lo anterior hay que agregar la existencia reconocida de

1 "Hay dos debilidades inherentes al herodianismo. . . la primera es que es, ex hipótesis, mimético y no creador, de modo que si logra éxito, tiende simplemente a aumentar la cantidad de productos manufacturados de la sociedad que imita, en lugar de soltar en las almas nuevas energías creadoras. La segunda debilidad es que este éxito, poco inspirador —lo mejor que el herodianismo puede ofrecer— sólo puede dar salvación a una minoría de la comunidad que tome el camino herodiano. La mayoría no puede esperar ni siquiera llegar a ser miembros pasivos de la clase gobernante de la sociedad imitada". (Toynbee, A., *La Civilización puesta a prueba.* Emecé, Bs. Aires, 1949, pp. 241-242.)

2 Véase C. B. Macpherson *La Realidad Democrática.* Editorial Fontanella.

3 Macpherson obra citada, página 52.

dos marcadas tradiciones democráticas clásicas, que enfatizan diferentes ideales, que dan origen a diversas instituciones, que tienen distintas prácticas y que aún persiguen a veces distintos fines. Nos referimos a la tradición anglo-americana y a la tradición francesa continental.[4]

La complejidad del tema ha llevado a los politólogos a un esfuerzo por aclarar el campo y a definir criterios. Así, por ejemplo, considerando sólo el aspecto de toma de decisiones se ha llegado a establecer ciertas condiciones para que un proceso de decisión pueda ser llamado idealmente democrático.[5] Estos criterios son:

a Igualdad de voto. Significando con ello que al tomarse decisiones colectivas, cada ciudadano al expresar su opinión, ésta será ponderada con igual peso que la de los demás en la determinación final.

b Participación efectiva. Cada ciudadano debe tener igual y adecuada participación en el proceso de toma de decisiones que afectan la vida colectiva, incluyendo en esto la igualdad de oportunidad para expresar su opinión y la de incluir temas de debate en la discusión.

c Cada ciudadano debe tener igual y adecuada oportunidad para formarse su opinión con la debida información y conforme a su propio juicio.

d El conjunto de ciudadanos debe tener la exclusiva facultad para determinar qué materias deben o no deben ser sometidas a decisión, conforme a procedimientos que satisfagan los criterios anteriores.

e El cuerpo cívico, demos, debe incluir a todos los adultos.

Hay que observar que este conjunto de criterios ideales, difícilmente se aplica en su totalidad a la diversidad de realidades que llamamos democráticas.

De todo lo anterior se concluye que no existe una definición unívoca, ni menos simple, de democracia. El concepto se aplica a realidades históricamente diferentes, se le usa para caracterizar a la sociedad global y también a algunos de sus componentes. Se distingue entre democracias liberales y no liberales, existen las tradiciones anglo-americanas y francesa continental; está la experiencia tan diversa latinoamericana.

Todas estas consideraciones conducen a la necesidad de mejorar la comprensión del problema democrático y a entenderlo tanto en su práctica como en su ideario como un proceso histórico-social que se refiere no sólo a como se toman decisiones o a ciertas institu-

4 "The Two Democratic Traditions". *The Philosophical Review,* Vol. 62, octubre 52, George Sabine.

5 Robert Dahl, Dilemmas of Pluralist Democracy: Yale University Press, 1972.

ciones formales, sino como un proceso que afecta la estructura de la sociedad y su relación con el estado y cuya evolución como ideario y como experiencia es compleja y gradual.

La democracia es así más bien un impulso humanista que hunde sus raíces profundamente en la historia occidental y que ha experimentado un continuo y diversificado proceso de reformulaciones en sus ideales, instituciones y prácticas.

Este trabajo pretende ser un aporte en la comprensión más compleja de la democracia, nos preocupa sobre todo la relación sociedad y democracia y cómo a partir de eso se puede tratar de establecer parámetros que definan a la democracia como un proceso dinámico de acercamiento a un cierto tipo ideal o utopía humanista.

Esta utopía humanista se concibe como un proceso creador de un pueblo —como cultura— y como una sociedad dotada de autonomía, en la cual el gobierno responde y es sensible al pueblo, en que el poder se distribuye, en el cual hay mayorías y minorías, igualdad, libertad, participación y sobre todo opción real para todos de autorrealizarse.

II La Teoría de la Marginalidad

La Sociedad Establecida y la Masa Marginal

Redefinir la democracia implica situar el problema en su contexto social e histórico, acercarnos al tema con un enfoque que podríamos denominar estructuralista-cukural. No se trata simplemente de replicar instituciones e ideas de otras democracias y ni siquiera de replicar mecánicamente las instituciones, ideas y prácticas de intentos democráticos anteriores. Se trata de volver a pensar la democracia con una mente fresca y abierta, que recoja la lección del pasado, pero a la vez la enfoque globalmente y en relación intrínseca con lo que es el cuerpo social, en relación intrínseca al tejido social que servirá de base al sistema político.

Intentar redefinir la democracia como un proceso global autóctono, que no sea una mera acomodación o imposición de estructuras políticas copiadas sobre el cuerpo social, supone aclarar cuál es la clave específica que permite explicar la esencia y caracteres principales de nuestro subdesarrollo económico y social. Para hacer esto hemos recurrido a la teoría de marginalidad que la estimamos una proposición válida y un instrumento que arroja luz sobre este problema y es útil para el replanteo de la democracia.[6]

6 *Hacia la superación de la marginalidad,* Inedes. Editorial Herder, 1972. *Marginalidad, promoción popular y neo marxismo.* Cedial. Génesis Editores, Bogotá 1976. En cuanto a la crítica de la teoría véase: Cardoso Femando: Participación y marginalidad en *Estado y Sociedad en América Latina,* Bs. Aires, Nueva Visión 1972. Cetrulo, Ricardo: *La marginalidad como noción ideológica,* en Perspectivas de Diálogo (Montevideo)

Teoría de la Marginalidad

Las sociedades latinoamericanas especialmente si son observadas desde una óptica humanista y democrática, muestran un agudo problema de pobreza.[7] "En el año 2.000, alrededor de 170 millones de latinoamericanos seguirán viviendo en condiciones de pobreza crítica". Según el mismo estudio ya citado, en 1970 había en América latina aproximadamente 112 millones de personas pobres, de los cuales vivían en zonas urbanas 41 millones y en zonas rurales 72 millones. De éstos, 60 millones eran indigentes.[8] Estas cifras son suficientes para mostrar la magnitud del problema de la pobreza y su proyección en el futuro próximo,[9] sobre todo ponen de manifiesto la enorme herida que afecta al cuerpo social, implicando el desconocimiento real de la igualdad, libertad real y posibilidad de participación de grandes masas de hombres.

La teoría de la marginalidad se inscribe dentro de esta realidad, aportando elementos específicos para su análisis, siendo los principales de ellos la postulación de que existen en América latina grandes masas que no es que están aplastadas en la base de la pirámide social sino que están ubicadas "fuera del sistema" y la postulación de la sociedad latinoamericana como una cultura herodiana.

En efecto, la teoría de la marginalidad sostiene que las sociedades latinoamericanas son solamente globalidades in fieri, no son naciones-estados acabados, sino en devenir y por lo tanto no son unidades conclusas. Hay en ellas un "adentro" y un "afuera" que en la medida que la sociedad se va haciendo más acabada el "afuera" se va internalizando, haciéndose parte del "adentro".

La totalidad susceptible de análisis no es entonces la nación-estado como algo acabado, sino como algo en formación y dotada de un adentro y de un afuera.

Nos. 73-74 junio 1973. "Chile - Modelos de desarrollo y opciones" pp. 45-103, Bogotá, Universidad de Los Andes. *Cuadernos de Ciencias Políticas* N° 2, junio 1973. También véanse autores como José Nun y Aníbal Quijano.

7 Oscar Altamir, "La dimensión de la pobreza en América Latina", serie *Cuadernos de la* Cepal, N° 27, 1979. Osear Altamir, "Poverty in Latin America", *Revista de la* Cepal, N° 13. abril de 1981. Marshall Wolfe, "Participation: The View from Above". *Unrisd/83/C.* 14. GE. 83-01169 Geneva, March 1983. "La Superación de la Pobreza: Una Tarea Urgente y Posible". Cepal, G. 1308, 9 mayo 1984. (Informe Final del Proyecto de Pobreza Crítica en América Latina.)

8 En otras palabras, las familias indigentes son aquellas que aun cuando asignaran la totalidad de sus recursos a la compra de alimentos, no satisfarían sus necesidades nutricionales mínimas. Las familias pobres son aquellas cuyos hábitos de gastos en alimentos y sus otros gastos de consumo no les permiten satisfacer sus necesidades nutricionales mínimas.

9 Ver cuadros anexos.

Esta hipótesis podría ser compatible con el "conflicto-explotación" en la sociedad establecida, siempre que se reconozca la existencia de un "conflicto-rechazo" con respecto al "afuera", al marginal que quiere incorporarse. Este enfoque, llamado estructural-culturalista, se distancia tanto del estructural-funcionalista como del estructural-historicista, los cuales presuponen en el análisis una totalidad acabada, y por tanto la analizan como tal, como una unidad conclusa.

La teoría de la marginalidad supone una ruptura al interior de la sociedad. No hay un continuun social, sino un punto donde la sociedad se dis-continua, se quiebra, dando origen a los de afuera y a los de adentro. "En la teoría marxista las clases están concebidas como hermanos siameses. Solamente son concebibles la una en función de la otra. Más aún, la clase no implica sólo la ubicación en una misma escala —como en el caso de un continuum estructural funcionalista— sino que, en un sentido muy propio del estructural historicismo, implica un antagonismo recíprocamente constitutivo. Si las clases no estuvieran, por así decirlo, en el mismo cuadrilátero boxístico, es decir, en contacto dentro de la misma unidad social, no habría ni siquiera posibilidad de lucha. En suma, en las dos corrientes mencionadas, el totalismo se traduce en continuismo".[10]

En la perspectiva de la teoría de la marginalidad el supuesto es que la unidad social, en cuanto totalidad, está en devenir y que está marcada por una ruptura, una quiebra intrasocietal, que no está superada. Hay discontinuidad, hay un punto de ruptura entre lo que está dentro de la sociedad instalada y lo que está fuera.

Históricamente, los que estaban fuera, mediante la conquista y la colonización instalan una sociedad super-puesta a la sociedad y pueblos pre existentes a los que dejan fuera. Se quedan y llegan a ser "los de dentro". En lo cultural son "herodianos", es decir, siguen viviendo en la matriz de donde vinieron. "Siguen importando la cultura sin preocuparse mayormente de crearla a partir del terruño propio". Todo este proceso puede producir convivencia pero las distancias enormes se mantienen. "En el fondo subsiste la exterioridad pre-colombina". "Esta es la raíz de la marginalidad".

Concepto de Marginalidad

La dicotomía que caracteriza a América latina es la que existe entre una sociedad participante, instalada, hegemónica y por otra parte una masa marginal. Hay un "afuera transatlántico" que llega a convertirse en un adentro a través de la conquista y colonización y que deja "afuera" a los pueblos con que se encuentra. Se constituye una sociedad estructurada y por la otra queda una masa marginal, no incorporada, ni siquiera a título de proletariado. Es evidente que

10 *Marginalidad, promoción popular y neo marxismo,* pág. 74, obra citada.

hay una especie de comunidad o convivencia que engloba a ambos segmentos (el instalado y el marginal) pero es superficial, es demo-territorial. Hay claramente una línea divisoria, un punto de ruptura que define lo instalado de lo marginal. Es la línea de la no-pertenencia, de la no-participación. El marginal es, entonces, el que no participa de los bienes y recursos de una sociedad ni toma parte en la red de decisiones que toda sociedad establece. El marginal está "afuera".[11]

El mundo marginal se caracteriza por la no pertenencia, por la no participación a lo que se agrega a su interior, su falta de integración. El mundo marginal es un mundo aplastado, no articulado, atomizado. Es un mundo donde la articulación de intereses que generen organizaciones relevantes, no se da. Es un ghetto.

Este mundo que nació con el continente, aún sigue vigente. Hay, entonces, una sociedad que goza de los bienes y recursos y toma decisiones y un mundo excluido de los bienes y de las decisiones.

Esta profunda escisión tiene múltiples manifestaciones. En la población aparece como una diferenciación en la estratificación social en la que "lo blanco" es lo alto y lo "negro o cobrizo" es lo bajo. Se revela en la diferenciación entre lo urbano-metropolitano y el interior-rural-provincial, se observa en lo económico por la concentración de los sectores secundarios y terciarios en los centros urbanos y el verdadero confinamiento de lo rural al sector primario, fundamentalmente agropecuario. Finalmente, en el plano político se pone de manifiesto en un verdadero colonialismo interno, ejercido por la concentración de las élites de la sociedad excluyente, en las áreas urbano-metropolitanas, las que ejercen su dominación casi sin contrapeso sobre el interior, explotando sus recursos humanos y naturales.[12]

III Legitimidad, Participación y Autonomías Sociales Solidarias

La necesidad de re-definir la democracia, sus ideas, instituciones y prácticas, de entenderla como un proceso dentro de un contexto social caracterizado por la marginalidad social y el herodianismo cultural, nos lleva a ensayar muy cuidadosamente un esquema desde el cual pensar el sistema democrático. Más que definir estricta

11 Una bibliografía más detallada sobre marginalidad, véase Cedial: Complemento a la bibliografía *Desarrollo y Revolución;* mimeo Cedial, Bogotá Boletín A-I y A-2. También Silva, Ismael: *Marginalidad y marxismo en Tierra Nueva,* Bogotá N° 10, julio 1974. Para una visión crítica véase: Aníbal Quijano: "Notas sobre el concepto de marginalidad", Santiago, Cepal y José Nun, "Super Población relativa, Ejército Industrial de Reserva y masa Marginal" en *Revista Latinoamericana de Sociología;* Bs. Aires, N° 2, 1969, pp. 178-235.

12 González Casanova, Pablo. *La Democracia en México.* Ediciones ERA, 1965.

y estáticamente la democracia, se trata de buscar los parámetros dentro de los cuales —en mayor o menor grado— se da el proceso democrático, y de este modo facilitar la comprensión de sus variadas formas. Este enfoque permite comprender dinámicamente la democratización, como un proceso histórico y social de acercamiento permanente a un cierto tipo —ideal—. R. Dahl[13] ha hecho una importante contribución en este sentido al acuñar el concepto "poliarquía". Este autor sostiene que un carácter vital de un gobierno democrático es su capacidad para responder en forma permanente a las preferencias de los ciudadanos, considerados estos últimos como iguales.

Para que este tipo-ideal de sistema pueda darse se requiere que todos los ciudadanos tengan la oportunidad de:

1 Expresar sus preferencias;
2 Expresar sus opiniones a sus conciudadanos y al gobierno, sea individualmente u organizándose para ello;
3 Hacer pesar sus preferencias en la conducta del gobierno, sin que se discrimine contra ellas en razón de sus contenidos u origen.

Estas son, según Dahl, tres condiciones necesarias —aunque no suficientes— para que un régimen sea democrático.

Para que estas condiciones puedan existir en el mundo real es necesario que la sociedad establezca las siguientes garantías:

1 La libertad de asociación.
2 La libertad de expresión.
3 El derecho a votar.
4 El derecho a ser elegido.
5 El derecho de los candidatos a competir por el apoyo y votos de los ciudadanos.
6 El derecho a disponer de fuentes alternativas de información.
7 El derecho a elecciones libres y justas.
8 Finalmente deben establecerse las instituciones y mecanismos que hagan depender las políticas gubernamentales de los votos y preferencias de los ciudadanos.

Este conjunto de garantías envuelven a su vez dos aspectos o dimensiones del proceso democrático: por una parte la existencia de un sistema de oposición y debate público y por la otra la participación del pueblo. De acuerdo a esto, la plena democracia como tipo-ideal, existiría cuando operaran totalmente las garantías ya señaladas y se dieran en plenitud el debate público, la oposición y la ple-

13 Robert Dahl: *Polyarchy, participation and opposition,* Yale University Press, 1972.

na participación ciudadana. Debido a que en los macrosistemas sociales del mundo real es difícil que se den en plenitud estas condiciones y garantías, se prefiere utilizar el término "poliarquía" para indicar con él un régimen relativamente democrático en el cual existe un grado sustancial de participación popular y debate público, o en otras palabras que está abierto a la oposición y permita una amplia participación ciudadana. La poliarquía será entonces más o menos democrática, según los grados en que se acerque al punto ideal donde estas dos dimensiones, ocho garantías y tres condiciones que hemos descrito, se den plenamente.

Lo contrario a la poliarquía son los regímenes "hegemónicos cerrados", en los cuales no hay debate público ni oposición y la participación ciudadana no existe. Entre la "hegemonía cerrada" y la poliarquía y finalmente la democracia como tipo ideal existen una variedad de sistemas políticos que son más o menos democráticos en la medida que se liberalizan frente a la oposición y que permitan ampliar la participación ciudadana.

Dentro de este enfoque ¿cuáles son los parámetros dentro de los cuales se puede pensar un sistema poliárquico en la perspectiva de una plena democracia?

Nos parece que hay tres factores principales: el de la legitimidad, la participación y el de las autonomías sociales solidarias.

La Legitimidad

Todo sistema político debe responder a la pregunta: ¿en virtud de qué razón o hecho se manda u obedece? La respuesta de la sociología política clásica agrupa los fundamentos de la legitimidad en tres: el carisma, la tradición y el ordenamiento legal-racional. Así, en el caso de la autoridad carismática, se obedece por estar ella investida de un carácter notable o extraordinario, en el caso de la autoridad tradicional se obedece porque ella aparece como tal por tiempo inmemorial y constituida por un hecho antecedente. Finalmente, la autoridad puede estar fundada en el ordenamiento legal vigente en virtud del cual la autoridad adquirió el poder.

A esta visión clásica tal vez valga la pena agregar lo que podría denominarse "legitimación por ejercicio", es decir, el caso de una autoridad que adquiere ese derecho por el hecho de haberla ejercido realmente por un plazo largo de tiempo. Una especie de prescripción adquisitiva.

Lo importante es que toda autoridad para ser tal, sociológicamente requiere de un fundamento en el que basa su poder y que ella sea reconocida no sólo como un hecho de poder desnudo, sino como un poder fundado en el carisma, la tradición, el ordenamiento legal o el ejercicio prolongado. El mero uso de la autoridad, aun dotado de poder para imponerse, no es un caso de autoridad.

La democracia funda en último término la legitimidad de la autoridad en el pueblo, en la voluntad del pueblo. El pueblo es el "au-

tor" original que sanciona directa o indirectamente, expresa o tácitamente a la autoridad y las decisiones que se toman y ejecutan. Debido a esto es que se caracteriza al gobierno democrático como aquel que responde adecuadamente a las manifestaciones de la voluntad de los ciudadanos.

El punto no deja de ser problemático. En efecto, ¿cómo se organizan los ciudadanos para hacer pesar su voluntad frente al gobierno? ¿Es la autoridad sólo una especie de intermediario entre la voluntad ciudadana y las decisiones que haya que tomar y ejecutar? ¿Es sólo una procesadora de demandas y presiones? ¿Qué ocurre si la mayoría ciudadana manifiesta su voluntad de realizar, por ejemplo, políticas claramente antiéticas? ¿No tiene la autoridad un papel propio como la encargada —en virtud de un orden supra-legal— de cuidar por el Bien Común?

Quedan estos temas planteados.

En una democracia la autoridad se legitima en la voluntad popular y se ejerce dentro de normas (escritas o no escritas) que están establecidas y que son superiores a ella misma, conservando el pueblo, el derecho de control final sobre esa autoridad. El caso extremo está constituido por el derecho último que tiene el pueblo a rebelarse contra la autoridad que no es tal o que se ha excedido gravemente.

Lo normal será que los ciudadanos expresen su voluntad dentro del juego de mayorías y minorías. La mayoría manda pero respeta la existencia, expresión y posibilidad de ser gobierno alternativo de la minoría (mayority rule, minority rights).

Surgen aquí también varios problemas. Desde luego el clásico de la mayoría que se volviera tiránica o la minoría que abusando de sus derechos obstruyera el derecho de la mayoría a mandar. La historia de las democracias parlamentarias de comienzos de siglo es un buen ejemplo de esto último. Pero el peligro o distorsión mayor en este campo es tal vez la tendencia de las grandes organizaciones a generar dentro de ellas élites que actúan como verdaderas oligarquías. Es lo que Mitchell llamó "la ley de hierro de las oligarquías".

La oligarquía se interpone entre los ciudadanos o miembros de una organización mayor y el aparato de decisiones controlándolo en beneficio propio. Hacer operativa en la realidad la voluntad de la mayoría y desbaratar las tendencias oligárquicas de las organizaciones es un problema clave de la democracia.

El juego de mayorías y minorías no es simple, implica un grado complejo de civilización en que las posturas sociales se juegan como grandes hipótesis y no como dogmas cerrados y finales. Significa reconocer la validez de una pluralidad de puntos de vista y grupos sociales como un elemento normal de la vida social. Esta pluralidad conlleva la disputa, el conflicto y la negociación, costumbres todas sanas y propias de la vida democrática, pero para las cuales hace falta el desarrollo de la correspondiente cultura política.

El juego de mayorías y minorías puede provocar un conflicto

vital. Ello ocurre cuando el adversario representa o simplemente es mirado como un enemigo cuya presencia y triunfo se sienten como una amenaza a la propia sobrevivencia. Si ganas tú, muero yo y si gano yo mueres tú. En este punto el esquema parece haber llegado a su límite. Si esa situación se da y no existen mecanismos para institucionalizar el conflicto, el consenso básico se ha quebrado y se estará al borde del hacerse "justicia" por sí mismo. De aquí que la generación sólida de un consenso social sea considerada la verdadera constitución no-escrita de una sociedad sin la cual la convivencia pacífica se hace imposible.

La mayoría debe mandar. Debe jugar su hipótesis dentro de un sistema de reglas establecidas y sometida a control. La autoridad debe tener todo el poder necesario para jugar sus proyectos. Las minorías tienen derecho a existir, expresarse y ser gobierno alternativo, sin obstruir la oportunidad vigente de la voluntad mayoritaria.

El gobierno de mayorías puede ser una declaración formal, legal, pero que en las condiciones prácticas no se realice, sea por la manipulación de las oligarquías u otra causa. Normalmente la mayoría en una nación-estado contemporánea actuará en las elecciones sin que existan muchas otras posibilidades concretas para una actuación consciente, libre y decisiva en la vida social normal. Los ciudadanos aparecen en la sociedad de masas atomizados, expuestos a la manipulación y desprovistos de mecanismos para influir. Conjurar esta desviación propia de la democracia formal es otro de los problemas claves de la democracia. Por esta razón, no basta con la legitimación en la voluntad popular, ni con la regla de la mayoría y los derechos de la minoría, sino que es esencial abordar el tema de la participación y ligado a ello la existencia de subsistemas sociales dotados de autonomía dentro de la nación-estado.

La Participación

No basta con la legitimación democrática. Es necesario que el pueblo se exprese en el juego de mayorías y minorías de manera efectiva. De aquí que buscar los medios de hacer operativa la expresión, decisión y control del pueblo en las decisiones es fundamental para la democracia. A veces se ha reducido el sentido de la democracia a las elecciones. Otras se ha reducido al slogan que toda decisión sea tomada por todos, conduciendo este vicio al asambleísmo estéril. Estos errores provienen de reducir lo característico de la democracia al hecho de si manda uno, varios o todos. De manera simplista se contesta que en el primer caso estamos frente a una monarquía, en el segundo de una oligarquía y en el tercero de una democracia.

Este reduccionismo proviene de la mala comprensión de criterios históricos utilizados para clasificar los sistemas políticos. En concreto, éste es uno de los criterios utilizados por Aristóteles. Caracterizar la democracia sólo por este criterio, es un error que cier-

tamente no cometió Aristóteles. Este reduccionismo es erróneo porque no se responde al problema de la representación o democracia indirecta, porque no se discrimina acerca de la naturaleza de las materias sobre las que hay que decidir, entre las cuales hay muchas que exigen rigurosos criterios técnicos. Es erróneo porque no se aclara la cuestión de las decisiones de urgencia que muchas veces hay que adoptar en épocas de crisis o simplemente de la necesidad que existe en un mundo social complejo y cambiante, de contar con poderes ejecutivos fuertes.

El problema consiste, en verdad, en lograr una participación eficaz y real del pueblo mediante la organización de un sistema complejo de decisiones en el cual se combine la participación en las decisiones de uno, varios o todos según sean las materias, los niveles sociales y las urgencias que haya que afrontar.

A veces será imposible que todos concurran a una decisión, en otros casos será conveniente que unos pocos decidan, otras será oportuno que uno solo decida sobre algo, sin que por ello estemos frente a una monarquía.

La condición, sin embargo, es que el diseño de un sistema complejo de decisiones mantenga la fidelidad al principio de la legitimidad democrática, es decir, que la autoridad reconozca que ella existe y funciona porque la mayoría la ha investido de poder, para que con ese poder interprete la voluntad mayoritaria y asegure los mecanismos libres y operantes a través de los cuales el pueblo haga valer sus derechos en la práctica.

Todo lo anterior tiene un supuesto fundamental, cual es que el pueblo debe ser activo, es decir, autor de su existencia y por tanto autoridad originaria. La orientación activa (opuesta a pasiva) en la vida social requiere en el sujeto conciencia de su identidad propia, compromiso con ciertas metas, organización y acceso con adecuada influencia a las decisiones.

La conciencia de propia identidad es el punto de partida.

Saber el pueblo quién es, tener conciencia de sus raíces históricas, de su peculiar manera de vivir y sobre todo saber adherir a un proyecto de vida que se desea como la realización de las potencialidades propias.

Este proyecto o destino del pueblo, colocado en el horizonte amplio de todos los pueblos, debe traducirse en metas que se miran como la realización paulatina del proyecto. Alrededor del proyecto y de las metas parciales debe existir un grado de consenso suficiente que habilite la cooperación y permita un grado tolerable de conflicto funcional.

La orientación activa en la vida social se completa con el acceso cotidiano a los niveles adecuados de decisión que van configurando a diario las metas fijadas del proyecto social común. Ese acceso se hace posible a través de la organización del pueblo en una vasta red de grupos. Sin ese acceso al poder real no hay orientación activa.

Las deficiencias económico-sociales, la cultura masificada en la cual las personas son recipientes de orientaciones fijadas y manipuladas desde afuera y una mala estructura del poder y los mecanismos de decisión y la marginalidad son los principales obstáculos que contribuyen a que el hombre tenga poca conciencia de su identidad y no sea capaz de elaborar y participar en el logro de metas sociales.

En otras palabras, el supuesto de la participación es la conciencia a partir de la cual se visualiza un proyecto social que es capaz de traducirse en metas que se logran en cooperación y grado de conflicto tolerable y con respecto a las cuales el pueblo es "autor" porque tiene la posibilidad de influir como persona y como grupo en los niveles donde las decisiones se toman.

El pueblo con identidad, metas y poder es el supuesto radical de la participación.

Las Autonomías Sociales Solidarias

El pueblo no es una suma de individuos, sino un conjunto de grupos de distinta cohesión e intereses. Cada hombre hace su vida inserto en una multiplicidad de comunidades, el hogar, la vecindad, la comunidad del trabajo, etc. La tarea de un pueblo se cumple a través de la vida real de las comunidades en las que el hombre existe y se desarrolla. La vida de esas comunidades se convierte en tarea política cuando esa vida comunitaria es amada y comprendida en un horizonte histórico que se comparte con todo el resto de las comunidades hermanas en que un pueblo se constituye. La sociedad surge así como un rico tejido formado por comunidades dotadas de cierta autonomía siendo a la vez intrínsecamente solidarias con el conjunto social. La democracia resulta de la movilización y puesta en existencia de todas las energías contenidas en el país (económicas, sociales, culturales) con respecto a las cuales el pueblo a través de sus comunidades es autor. Las energías son despertadas a una vida autónoma y encauzadas dentro de un marco de solidaridad social.

La sociedad democrática es un conjunto de autonomías sociales, comunidades de vida (familia, vecindad, trabajo) en las cuales el pueblo se organiza para establecer un hogar, una ciudad, y su quehacer económico y cultural. Estos ámbitos sociales, expresión directa de la vida del pueblo, regidos por quienes con su quehacer lo hacen posible son los que constituyen la esencia de una estructura democrática.

Para que haya democracia no basta con la legitimación de la autoridad en la voluntad popular, no basta un pueblo activo capaz de participar, es necesario que el pueblo se constituya en comunidades de vida, las funde, tome conciencia de la identidad propia de cada una de ellas y actúe dentro de ellas configurándolas dentro de un marco de solidaridad.

El estado no se confunde ni se identifica con el pueblo. Es el órgano político general en que el pueblo construye su vida social.

Su papel, en circunstancias ordinarias, es el de promover la vitalidad y autonomía de las entidades sociales, enmarcándolas en el interés común. Identificar al pueblo con el Estado, o al pueblo con su líder o a una clase o raza con el Estado, es el principio de todo totalitarismo.

La Sociedad Abierta

El juego limpio de las mayorías y minorías, la participación popular y efectiva en las decisiones, una amplia gama de vida social organizada, implican un proyecto social generado desde la base social y a través de un debate permanente en el cual las comunidades sociales juegan sus papeles y la disidencia es parte del sistema de decisión. El proyecto social democrático junto con surgir de la base social y del debate permanente es en verdad una hipótesis que juega una mayoría dentro de las reglas del juego. La hipótesis está abierta, es un intento no acabado por definición de interpretar y conducir a un pueblo. La hipótesis mayoritaria adquiere el derecho a jugarse plenamente, pero queda sujeta a la contrastación empírica de sus resultados y de la historia.

La sociedad cerrada es lo opuesto. La sociedad cerrada contiene proyectos sociales no hipotéticos sino dogmáticos. En ella el que disiente es un traidor o un enfermo.

En la sociedad cerrada el poder se concentra en la cumbre de la vida social, en una minoría, que toma la representación de todos (por tradición o imposición) y dictamina ante sí, acerca del proyecto social y las metas sociales, implementando sus decisiones a través de una burocracia adicta que tiende a invadir o controlar el cuerpo social. El pueblo pasa a ser aquí el beneficiario pasivo de las políticas e instrumento para cumplir decisiones tomadas en la cumbre por una oligarquía. No existe el dinamismo propio de la confrontación de grupos sociales diferentes o de diversos puntos de vista. Todo tiende a la uniformidad.

Denomínase a esto sociedad cerrada porque en ella el proyecto y las metas sociales son dados desde arriba y no son fruto del debate desde la base social y porque hay un cerco tendido que no permite ámbitos sociales de vida autónoma que tengan expresión y poder propios distintos al poder de la oligarquía dominante. Pero el cerco de la sociedad cerrada no existe sólo en relación a la participación y al debate, sino que paradojalmente la conducción política al no estar desafiada por el dinamismo social y la crítica libre tiende a hacerse conservadora, anquilosada y poco dispuesta a rectificar. En definitiva, en la sociedad cerrada la tendencia, en el largo plazo, es que la política cede su lugar a la burocracia.

Anexo N° 1

América Latina: Pobreza Total*

	1970	1980	2000
	Número de personas (millones)		
Argentina	1.9	2.2	2.3
Brasil	46.7	52.6	65.6
Colombia	9.4	11.1	15.6
Costa Rica	0.4	0.5	0.7
Chile	1.6	1.8	2.1
Honduras	1.7	2.4	4.5
México	17.4	20.2	24.3
Panamá	0.6	0.7	0.9
Perú	6.7	8.6	14.7
Venezuela	2.8	3.7	6.3
Total América latina	112	130	170
	Porcentajes de la población		
Argentina	8	8	7
Brasil	49	43	35
Colombia	45	43	41
Costa Rica	24	22	19
Chile	17	16	14
Honduras	65	64	64
México	34	29	21
Panamá	39	37	32
Perú	50	49	48
Venezuela	25	24	23
Total América latina	40	35	30

* "La Superación de la Pobreza: Una Tarea Urgente y Posible. Distr. General". *E/Cepal/G* 1308. 9 de mayo de 1984. Original: Español.

Anexo N° 2

América Latina: Pobreza Urbana*

	1970	1980	2000
	Número de personas (millones)		
Argentina	1.0	1.3	1.4
Brasil	19.1	25.2	40.0
Colombia	5.0	6.7	11.2
Costa Rica	0.1	0.2	0.3
Chile	1.0	1.2	1.6
Honduras	0.4	0.6	1.5
México	6.8	9.3	14.8
Panamá	0.2	0.3	0.7
Perú	2.5	3.4	6.9
Venezuela	1.6	2.3	4.4
Total América latina	47	64	102
	Porcentaje en el total de pobres		
Argentina	54	57	59
Brasil	41	48	61
Colombia	53	60	72
Costa Rica	26	31	38
Chile	62	67	76
Honduras	22	27	33
México	39	46	61
Panamá	36	44	75
Perú	37	40	43
Venezuela	57	61	70
Total América latina	42	49	60

* "La Superación de la Pobreza: Una Tarea Urgente y Posible. Distr. General". *E/Cepal/G* 1308. 9 de mayo de 1984. Original: Español.

Anexo N° 3

América Latina: Pobreza Rural*

	1970	1980	2000
	Número de personas (millones)		
Argentina	0.9	0.9	0.9
Brasil	27.6	27.4	25.6
Colombia	4.4	4.4	4.4
Costa Rica	0.3	0.3	0.4
Chile	0.6	0.6	0.5
Honduras	1.3	1.8	3.0
México	10.6	10.9	9.5
Panamá	0.4	0.4	0.2
Perú	4.2	5.2	8.4
Venezuela	1.2	1.4	1.9
Total América latina	65	66	68
	Porcentaje en el total de pobres		
Argentina	46	43	41
Brasil	59	52	39
Colombia	47	40	28
Costa Rica	74	69	62
Chile	38	33	24
Honduras	78	73	67
México	61	54	39
Panamá	64	56	25
Perú	63	60	57
Venezuela	43	39	30
Total América latina	58	51	40

* "La Superación de la Pobreza: Una Tarea Urgente y Posible. Distr. General". *E/Cepal/G* 1308. 9 de mayo de 1984. Original: Español.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA POLÍTICA ARANCELARIA CHILENA 1810-1930*

Sergio de la Cuadra F.

"Antecedentes Históricos de la Política Arancelaria Chilena" es una ilustrativa reseña sobre la diversidad de políticas tarifarias que se han implementado en Chile, entre 1810 y 1930.

El autor ha limitado su estudio a la época antes señalada, lo que lo hace altamente sugestivo.

En efecto, el año 1930 no pone fin a la discusión arancelaria; por el contrario, la aviva, al punto que hoy en 1984 sigue siendo elemento de discordia. Lo que resulta atrayente en el trabajo es, entonces, poder constatar que los argumentos usados entre 1810 y 1930, para explicar alzas o bajas en el nivel arancelario, son exactamente los mismos que se esgrimen hoy, para introducir cambios en la estructura tarifaria.

Razones de necesidad de recaudación fiscal, fomento a la industria nacional, bienes suntuarios y concepciones ideológicas, han sido invocadas para explicar la imposición de tarifas más altas o más bajas, o diferenciadas o parejas.

La historia comienza en 1811 en los albores de la Independencia, cuando en el afán de librarse de España, el gobierno de entonces

SERGIO DE LA CUADRA F. Master en Economía Universidad de Chicago; profesor Escuela de Economía Universidad Católica; ex presidente del Banco Central de Chile; ex Ministro de Hacienda.

* Documento presentado el día 11 de julio de 1984 en el Seminario "Temas Económicos de Hoy" organizado por el Centro de Estudios Públicos. Dicho Seminario fue dirigido por el señor Antonio Recabarren.

Estudios Públicos, 18 (otoño 1985).

decretó separar al país del monopolio de comercio instituido por esa nación.
Se abre así la posibilidad de poder importar y exportar hacia y desde cualquier país del mundo. Sin embargo, en febrero de 1811, y por razones de déficit presupuestario, se fija el primer arancel: 28% parejo a todos los bienes, excepto ron, cerveza, vino, aguardiente, tabaco, naipes y otros, que fueron considerados suntuarios, y sobre los cuales pesó la prohibición de internarlos.
Hasta 1850 el nivel tarifario iba de 0% para algunos a 35% para otros, siendo la moda entre 30% y 35%.
En 1860, con el advenimiento de un régimen más liberal, se bajan las tasas a un 15% y a un 25%, según el caso.
Hacia el término del siglo XIX vinieron sucesivas alzas en los aranceles, motivadas por el interés de proteger a la industria nacional.
Por último, se reseñan las discrepancias que respecto de esta materia acaecieron el año 30 a propósito de la depresión.

INTRODUCCIÓN

La política arancelaria como instrumento protector de la actividad sustituidora de importaciones y como fuente de ingresos fiscales ha tenido un papel destacado en la historia de nuestra política económica. El manejo de ella, al igual que el resto de las políticas, está influenciado por variables económicas, corrientes ideológicas y distribución del poder político. En un breve recuento de la historia arancelaria, hemos tratado de mostrar algunas de tales influencias que más destacan en las distintas épocas del período 1810-1930.

Los aranceles en el Siglo XIX

El primer arancel chileno se establece en 1811, a un año de declarada la Independencia. Durante la Colonia, el intercambio comercial sólo podía realizarse con España y en barcos españoles. La primera ley de la república, dictada el 21 de febrero de dicho año, establece la libertad de comercio y también el primer arancel. Este puede considerarse claramente que persigue un fin de recaudación tributaria, ya que fija un gravamen uniforme del orden de 28% para todas las mercaderías importadas. Sin embargo, ya se puede apreciar en él la idea de restringir la importación de bienes “suntuarios”, puesto que se prohibió la internación al país de un

grupo reducido de mercaderías constituido por ron, cerveza, vino, aguardiente, tabaco, naipes, polvillo y sombreros.

Transcurridos veintitrés años de dictado el primer arancel, se realiza la primera reforma arancelaria. En 1834 se fija un arancel diferenciado con gravámenes de 0%, 5%, 10%, 15%, 30% y 35%. Además, se establece una categoría de derechos específicos y otra de mercaderías de importación prohibida. En este arancel se puede apreciar como criterio de diferenciación el de proteger actividades manufactureras nacionales. Si bien la mayoría de los bienes se gravó con la tasa del 30%, en la categoría del 35% se incluyeron artículos tales como botas, zapatos con suela, baúles y carruajes; por otra parte, se incluyeron en el 0% las maquinarias en general. Las tasas bajas de 5%, 10% y 15% se aplicaron a importaciones que muy probablemente no se fabricaban en el país, por ejemplo, relojes, joyas, madera de ébano, aceite y otras.[1] También se mantiene el criterio de bien "suntuario", pero ya no se prohibe su importación, sino que se le aplican derechos específicos. Las prohibiciones se limitan a unos pocos artículos cuyo consumo se considera no deseado; éstos son: "pinturas y estampas obscenas que atenten contra la moral del pueblo, y comida en mal estado".

En 1845 se introduce una modificación a la estructura arancelaria de 1834, por la cual se redujo la tarifa de 30% a una de 20% para un grupo de bienes de uso doméstico tales como sal, azúcar, jabón, géneros, etc. Aparece, así, un nuevo criterio de discriminación arancelaria, que es el de aplicar gravámenes más reducidos a los bienes considerados de primera necesidad.

Puede estimarse como una segunda reforma la rebaja de aranceles que se realizó en 1851. La tasa de 35% para un grupo de artículos manufacturados se reduce a 30% y la tasa de 30% que afectaba al grueso de las mercaderías se rebaja a un 25%. Con esta modificación, se inicia una tendencia hacia la desgravación que se refuerza por el pensamiento económico liberal que impera claramente desde la década del 60. Este proceso conduce a una tercera reforma que tiene lugar en 1864. Esta estableció básicamente dos tasas arancelarias: 25% y 15%. En la primera, se gravó la gran mayoría de las importaciones, y con la segunda, a un grupo seleccionado de bienes intermedios (herramientas, arados, alambre, etc.) y de bienes de uso doméstico. Debe acordarse que la importación de maquinarias se realizaba libre de derechos aduaneros. Este régimen arancelario se mantiene con mínimas variaciones hasta l896.

[1] Llama la atención que algunos de estos bienes hoy día serían considerados suntuarios, al menos por Impuestos Internos.

Primeras presiones del empresariado organizado

Distintos autores coinciden en considerar los años posteriores a la Guerra del Pacífico como un período de gran auge económico y, en particular, de expansión industrial. En 1883, el empresariado industrial se agrupa dando origen a la conocida Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa). Como lo señala su nombre, el objetivo principal de esta agrupación es promover la industria manufacturera, y el camino más fácil para lograr este propósito, es obteniendo protección de la competencia externa. No llama la atención, entonces, que, a sólo cuatro años de su fundación, haya salido a la luz pública su primer informe sobre "El Impuesto de Internación y Proyecto de Reforma del Mismo".

Las presiones del empresariado industrial organizado encontraron un terreno fértil para lograr sus propósitos en la recesión económica de la segunda mitad de la década de los noventa. Esta recesión tiene sus orígenes tanto en causas internas como externas. Entre las primeras se destaca una política monetaria deflacionaria y, en la externa, una baja en el precio internacional de nuestras exportaciones.[2] En 1897, las exportaciones caen en 13% y en este mismo año se dicta la Ley Nº 980, que establece un arancel aduanero basado en "la necesaria protección a la industria nacional".

Esta tercera reforma arancelaria fue, sin duda, de carácter proteccionista. Las importaciones que estaban gravadas con tasas de 15% y 25% se reparten ahora en dos categorías de 35% y 60%. Con esta última tasa se afectó principalmente a los bienes manufacturados producidos en el país, por ejemplo zapatos, carruajes, ropa, comestibles, muebles, menaje de casa, etc.

No bastó a los manufactureros la protección otorgada por la tarifa nominal del 60%; ellos buscaron incrementar la protección efectiva consiguiendo que el Congreso dictara leyes exonerando de derechos la importación de materias primas. Este estado de la situación proteccionista queda muy pintorescamente descrito por un consumidor que en 1910 escribió:

> "He visitado una fábrica de sombreros de paja, para cuya instalación se había conseguido en el Congreso liberación de derecho para introducir la materia prima y un buen recargo para los géneros similares. Era aquello una parodia de fábrica, porque todo llegaba casi hecho, y estimado como materia prima: la paja, partida, blanqueada y trenzada; los forros de satín, cosidos y estampados; los tafiletes,

[2] Dicha política consistió en una reforma monetaria para volver al patrón oro. Ver *La Inflación Monetaria en Chile*, Frank W. Fetter, Universidad de Chile, 1937. (Págs.107-117.)

> cortados e impresos; las cintas, los cordones, todo era materia prima".[3]

La fábrica de sombreros de paja constituyó un patrón de desarrollo para algunas "industrias" chilenas en las décadas del 30 al 70; por ejemplo, no hay diferencia entre ella y la armaduría de automóviles que se establece en los años 50 o la de televisores en los años 60.

En el período 1900-1930 se destacan dos modificaciones arancelarias de importancia, inspiradas en el propósito de aumentar la protección al sector industrial. En 1916 se dictó una ley que cambió los derechos ad-valorem por derechos específicos. La nueva legislación, que pretendió dar mayor impulso al desarrollo del sector manufacturero, adoleció, al parecer, de un error técnico, puesto que los nuevos derechos específicos resultaron menos proteccionistas que los reemplazados. Esto llevó a que en 1921 se dictaminara un recargo general del 50% a casi todos los derechos de internación.

Se ha caracterizado a las primeras tres décadas de este siglo como de un proteccionismo débil; juicio basado en que la recaudación aduanera representó en promedio sólo un 16,5% de las importaciones. A nuestro juicio, este coeficiente es un mal indicador del grado de proteccionismo, ya que, normalmente, se reduce en vez de incrementarse con altas restricciones a las importaciones de ciertas mercaderías y las franquicias a la internación de materias primas. También insuficiente, pero menos malo, es un promedio simple de las tarifas arancelarias; éste fue del orden del 30% en el período en cuestión.

Gravámenes a las exportaciones

Otros dos aspectos relevantes para una visión general de las políticas comerciales en el período 1810-1930, es la política tributaria que se aplicó a las exportaciones y la evolución e importancia de éstas en el período (ver Cuadro Nº 1).

---

[3] Carta del doctor J. Valdés al Presidente de la República, don Ramón Barros Luco, publicada en su libro *Sinceridad, Chile Intimo en 1910.* Segunda Edición, Imprenta Universitaria, 1910.

CUADRO Nº 1 EXPORTACIONES Y PGB

	Valor Medio Exportación (US$ 1976)	Tasa de Crec. Exp. (%)	Tasa de Crec. PGB (%)	Export (%) PGB
1844-1860	84	8,7	-	-
1861-1880	172	2,4	-	-
1881-1900	321	1,6	-	-
1901-1920	836	6,7	1,9*	42,0*
1921-1930	1.268	4,4	5,4	39,0

* Comprende el período 1908-1920.

Entre 1844 y 1930, el valor de las exportaciones chilenas, expresado en dólares constantes, creció a una tasa promedio anual de 4,5%. Los primeros 16 años fueron los de más alto crecimiento llegando la tasa a un 8,7%; en cambio, las décadas del 80 y del 90 fueron las de menor crecimiento (1,6%); esta baja tasa se puede explicar por la caída secular durante este período en el precio de nuestras principales exportaciones (con excepción del cobre), por ejemplo: el precio del salitre disminuyó de 125 a 70 chelines el qq; la plata de 50 a 27 peniques la onza; y el trigo de 45 a 25 chelines por cada 480 litros.

Sólo se dispone de cifras de Producto Nacional desde 1908; en términos generales, se puede decir que las exportaciones representaron durante las primeras tres décadas de este siglo un porcentaje de alrededor de 40% del producto. De acuerdo a esta tasa, podría decirse que la economía chilena hasta la crisis del 30 era bastante abierta al comercio exterior de bienes.

CUADRO N° 2 IMPUESTOS A LA EXPORTACIÓN

	Tasa de impuesto al salitre (%)	Tasa de impuesto a las otras exportaciones (%)	Relación impuesto Export. a total Ingresos Ordinarios de la Nación (%)
1880	9,0	0,0	6,3
1890	43,0	0,0	43,1
1900	44,0	0,7	48,7
1910	34,0	0,9	46,4
1920	20,0	1,0	28,8
1930	13,0	0,0	13,3

Los impuestos a las exportaciones se aplicaron casi exclusivamente al salitre, llegando a tasas tributarias que durante varios años sobrepasaron el 40%, y proveyeron a las arcas fiscales entre 1890 y 1910 con una

recaudación de aproximadamente un 45% de los ingresos ordinarios (ver Cuadro Nº 2). Este fenómeno se explica por el alto grado monopólico que Chile tenía en la exportación de este producto, el cual se explotó gravando su exportación. Este impuesto debe, por lo tanto, ser considerado como una tarifa óptima y no como una restricción al comercio exterior.

Síntesis

A modo de resumen del período 1810-1930 cabe destacar que:

1. Las exportaciones constituyen uno de los sectores dinámicos de la economía contribuyendo al crecimiento del país y llegando a representar alrededor de un 40% del producto geográfico, además de aportar en forma importante a las recaudaciones tributarias.

2. Desde que se inicia la vida independiente de la nación, se plantean las doctrinas y presiones en favor de proteger la actividad productiva nacional de la competencia externa. También, la recaudación fiscal constituyó una razón importante para gravar las importaciones. Estas distintas fuerzas se manifestaron en un arancel aduanero con tasas entre 0% y 36%, estando la mayoría de los artículos gravados con 30% y 35%. Esta fue la situación en general hasta la década de 1850. En los años 60 se inicia un régimen político llamado de economía liberal, que en materia arancelaria se manifiesta en una reducción de aranceles, gravando la mayoría de los bienes con tasas de 15% y 25%. Esta situación se mantiene hasta fines de la década del 90.

3. A partir de 1899 se impone una clara política de protección a la industria nacional. Esta se atribuye a dos factores: la campaña proteccionista de Sofofa (fundada en 1883) y la caída en los precios internacionales que llevan al país a una recesión en la segunda mitad de la década de 1890. Las presiones proteccionistas se mantienen vivas y se manifiestan en dos modificaciones arancelarias que tuvieron lugar en 1916 y 1921.

ESTUDIO

EN BUSCA DE UN MONTO ÓPTIMO DE GASTO SOCIAL*

Gerardo Jofré M. **

El gasto social lleva consigo desincentivos a la producción tanto a los grupos que lo financian como a los que se benefician de él. Por otra parte, mientras mayor sea el gasto social, beneficiando a grupos menos necesitados, su beneficio neto marginal será menor, puesto que sustituirá esfuerzos de los propios beneficiarios.

Por ello, no siempre es conveniente aumentar el gasto social; existe un monto óptimo que no debe excederse. El es el que iguale el beneficio marginal al costo marginal de la acción social.

Además, el gasto social debe estar racionalizado, vale decir, debe constituir inversión en capital humano y dirigirse exclusivamente a quienes se encuentren por debajo de una cierta "línea de pobreza".

Aplicados estos criterios al caso chileno actual, sería posible reorientar importantes recursos hacia la inversión. Ello permitiría aumentar la tasa promedio anual de crecimiento del PGB, para el período 1984-1990, entre 0,9 y 2,5 puntos porcentuales, con lo cual se podrían lograr tasas de desempleo a 1990 entre 4,3 y 12,9 puntos porcentuales más bajas que las que cabe esperar en ese año proyectando la situación actual. Así, optimizar el monto del gasto social y racionalizarlo, podría permitir solucionar completamente el problema del desempleo y, a la vez, continuar avanzando aceleradamente en las metas sociales.

Documento presentado el día 18 de julio de 1984 en el Seminario "Temas Económicos de Hoy" organizado por el Centro de Estudios Públicos. Dicho Seminario fue dirigido por el señor Antonio Recabarren.

Ingeniero Comercial Universidad Católica de Chile; Jefe de Control Financiero de Seguros de la Superintendencia de Valores y Seguros.

Introducción

El actual Gobierno de Chile ha proclamado como una de sus principales obras el haber aumentado el gasto social, tanto como porcentaje del gasto fiscal como en términos absolutos. La oposición, por su parte, ha alegado que tales aumentos no serían efectivos, al menos en términos absolutos.

Tanto tras la proclama gubernamental como tras la discusión de ella derivada está implícita la idea de que el gasto social es mejor mientras mayor es, y en tanto no llegue a absorber el total del gasto de la economía sería "mejorable".[1]

En este artículo intentaremos demostrar que ello no es así, trataremos de establecer criterios para acercarse a un óptimo en cuanto a monto del gasto social; luego, por último, haremos un intento de aplicación de ellos al caso de Chile actual.

Como veremos, el gasto social sólo ofrece beneficios netos hasta ciertos niveles. Por sobre ellos empieza a constituir simplemente una sustitución de esfuerzo privado. Esto, unido a que su realización conlleva claros desincentivos a la producción, nos llevará a concluir que montos excesivos de gasto social resultan perjudiciales para la sociedad.

Para el caso chileno actual, encontraremos que el gasto social excede el monto óptimo y es, además, ineficiente por no estar concentrado en los más pobres. Veremos entonces que él está significando costos enormes en términos de menor producto geográfico y, consiguientemente, menor empleo, y además, está dejando insuficientemente cubiertas a muchas familias de escasos recursos.

Finalmente, ofreceremos opciones de racionalización del gasto social, las cuales contribuirían, creemos que decisivamente, a resolver los problemas de desempleo del país, y a la vez, asegurarían que toda familia chilena quedara con un nivel de vida superior a ciertos mínimos.

Hacia el Establecimiento de un Óptimo

Para poder establecer un monto óptimo en materia de gasto social, compararemos, desde un punto de vista macroeconómico, los beneficios de ese gasto[2] con sus costos para distintos montos de él. Si el costo marginal de este gasto es creciente a partir de algún mon-

1 Existen diversas definiciones de gasto social. La que ha estado implícita en esa polémica ha sido "gasto público en los sectores sociales —educación, salud, vivienda, etc.—". En nuestro artículo entenderemos por gasto social aquel gasto público que se hace con el propósito de mejorar la situación de los más desposeídos.

2 Se habla aquí de beneficios y costos del gasto social puesto que se está identificando la expresión "gasto social" con la "acción social", o "esfuerzo en pro de los más necesitados" a que él corresponde.

to, y el beneficio marginal es decreciente en términos similares, nuestro problema se reduce a la clásica búsqueda del nivel que iguale el costo marginal con el beneficio marginal del gasto social.

En primer término, procuraremos determinar los tipos de beneficios que genera el gasto social, y para ello, comenzaremos por identificar las razones que llevan a la sociedad a efectuarlo.

Existen dos razones fundamentales para realizar gasto social: la primera de ellas es permitir que los grupos demasiado pobres tengan acceso a un nivel de consumo mayor que el que pueden conseguir por sus propios medios y esfuerzos; la segunda razón es invertir en los grupos menos productivos con el objeto de aumentar su productividad.

Es útil para el análisis macroeconómico del tema, que es lo que se pretende abordar en este trabajo, definir como beneficio del gasto social la suma de los valores presentes netos que entregue cada uno de los diferentes programas que configuran el gasto social.

Los gastos destinados a permitir un mayor consumo a los grupos más pobres aparecen con un beneficio social neto igual a cero en la evaluación de los respectivos programas. Ello ocurre porque su mayor consumo se compensaría con un menor ingreso disponible de al menos un monto igual en los grupos que pagan esos gastos. En estricto sentido, existen beneficios netos en esta sustitución de consumos, puesto que las personas desean que sus semejantes alcancen al menos ciertos niveles mínimos de bienestar; lo que ocurre es que eso es un bien público y por esa razón no lo pagan voluntariamente. La evaluación de proyectos no capta estos beneficios sólo porque no se han desarrollado las técnicas necesarias para medirlos. En consecuencia, debe entenderse que cualquier resultado que encontremos en términos de óptimo económico, puede legítimamente alterarse por preferencias políticas o valorativas, que se manifestarían en distintos valores asignados al consumo de unos grupos versus los de otros.

En cambio, el gasto social destinado a inversión en capital humano aparece con un beneficio igual al valor presente de la diferencia de productividad de los individuos en los cuales se invierte,[3] a lo cual se podría agregar, también, los beneficios de tipo valorativo de preferir gastos en los grupos más pobres en sustitución de igual gasto o ingreso en grupos más ricos.

En consecuencia, debemos tener presente que el óptimo debería situarse en un monto posiblemente mayor que el que se determinaría aplicando los criterios aquí expuestos. No obstante, como veremos luego, al intentar una aplicación de estos criterios al caso chi-

3 Debemos enfatizar aquí que, al evaluar un proyecto o programa, la "situación sin proyecto" debe incluir los aumentos de productividad que se producirían por la inversión en capital humano que autónomamente realizarían en sí mismos los grupos en cuestión en caso de que no la hiciera el Estado.

leno, se ofrecerán opciones de diferente costo en términos de producción, entre las cuales se podría elegir políticamente, pudiéndose incorporar así los beneficios de tipo valorativo.

Dejemos, en este punto, establecido otro hecho de relevancia, a saber: que la productividad de una persona depende esencialmente de dos elementos: por una parte están sus propias capacidades, y por otra, la cantidad y calidad de los otros factores productivos con los que ella se aparejará para la labor productiva. De aquí deriva que toda inversión redunda en aumentos de productividad del factor humano (no sólo la inversión en capital humano). Naturalmente, a mayor productividad, mayor ingreso con el mismo esfuerzo.

Para determinar, ahora, los tipos de costos sociales que existen y que no están incluidos en la evaluación microeconómica de proyectos deberemos hacer, previamente, algunas consideraciones sobre el gasto público y sus efectos globales en la economía.

El gasto estatal se puede clasificar en dos tipos: transferencias simples de dinero, y gastos destinados a adquirir o producir bienes y servicios.

Los bienes y servicios producidos o adquiridos pueden, a su vez, tener dos destinos: pueden ser vendidos o pueden ser regalados.

Sólo el gasto estatal destinado a adquirir o producir bienes o servicios para la venta se puede financiar con pagos voluntarios. En efecto, quienes adquieran esos bienes o servicios, al hacerlo, estarán voluntariamente pagando el gasto necesario para su provisión.

Sin embargo, tanto las transferencias de dinero como los gastos destinados a adquirir o producir bienes o servicios que serán luego regalados, por su propia naturaleza no se pueden financiar con pagos voluntarios. En efecto, salvo excepciones que no constituyen norma, las personas sólo hacen pagos voluntarios cuando ellos les permiten a cambio disfrutar de bienes o servicios.

En este caso, los bienes o servicios, al ser regalados, serán disfrutados sin necesidad de pagar un precio. En consecuencia, no será el pagarlos lo que dé derecho a disfrutarlos y, por ello, difícilmente alguien pagará estos gastos voluntariamente. Por esta razón, el financiamiento de este tipo de gastos debe ser impuesto a algunas personas o a todas.

En este artículo llamaremos gasto público solamente al conjunto de aquellos gastos que requieren financiamiento forzoso. Obviamente, cuanto mayor sea este gasto, mayor será el monto del pago impuesto forzosamente.[4] Este hecho tiene consecuencias conocidas, las cuales, pese a serlo, no son siempre tenidas en debida consideración. Ellas guardan relación con los incentivos a la producción. En

4 Este pago puede expresarse en impuestos explícitos, impuestos ocultos, como la inflación, o menores ingresos, como puede ser el no percibir una parte correspondiente de las utilidades de las empresas estatales. Pero en definitiva, recae sobre las personas sea como pago o como menor ingreso.

efecto, una de las razones principales que impulsan a los individuos a producir es el ingreso que obtienen a cambio de hacerlo.[5] Cuanto mayor es ese posible ingreso, más fuerte resulta el incentivo a producir. Si las personas piensan que de su ingreso tendrán que pagar una porción en impuestos, simplemente perciben que su ingreso será menor. Esto significa que sus incentivos a producir son menores y ello, naturalmente, se traduce en una producción menor que la que habría sin impuestos. De aquí deriva que a mayor gasto público, y por ende, mayores impuestos, menores incentivos hay a la producción, y en definitiva, menor producción.

Debe destacarse que al haber una producción menor habrá un empleo menor de modo que un gasto público muy alto lleva en definitiva al desempleo.

Esto ocurre aun cuando el propio sector público procure generar empleo, puesto que cuanto más lo haga, y más gaste en consecuencia, más desincentivará a las personas a producir.

El gasto público puede clasificarse, a su vez, en dos tipos: uno de ellos es el gasto destinado a la provisión de bienes públicos,[6] en un sentido amplio en término, y el otro, el gasto que persigue mejorar la situación de los individuos o familias más pobres de la sociedad. A este último tipo llamaremos gasto social en este artículo.

Si bien conceptos similares a los que desarrollaremos en estas páginas pueden ser aplicables al gasto público no social, nuestro análisis supondrá ese gasto constante y nos ocuparemos sólo del gasto social. Esto es porque el volumen del gasto social ha alcanzado magnitudes tales que, a nuestro juicio, exigen preguntarse si no han llegado a ser excesivas.

Las consecuencias de la existencia del gasto público en términos de menor producción por parte de quienes pagan los impuestos ocurren también, por supuesto, ante la existencia del gasto social. Por lo tanto, suponiendo todo lo demás constante, a mayor gasto social, y consiguientemente, mayores impuestos, menor incentivo a

5 Hemos dicho "una de las razones principales. . .". Existe un instinto del ser humano que le impulsa a crear, pero no se puede desconocer que pocos hombres producen sin que les importe en absoluto el ingreso que obtienen en recompensa.

6 Los bienes públicos son aquellos que, una vez provistos, serán disfrutados por todos los miembros de un grupo, sin que pueda impedirse a ninguno de ellos, por la propia naturaleza de aquellos bienes, que se beneficie de ellos. Un ejemplo clásico es el alumbrado público.
Los potenciales beneficiarios de estos bienes normalmente no pagarían por ellos si no se les obligara, puesto que los disfrutarían independientemente de si pagaran o no. No obstante, si esos bienes no se proveen, la sociedad estará peor que si ellos sí son producidos. Por ello, el Estado hace esos gastos e impone a los individuos su financiamiento.
En un sentido amplio del término, una norma o una ley sería también un bien público.

producir por parte de los grupos que pagan esos impuestos.[7] En definitiva, excesos de gasto social pueden llevar a un alto desempleo, causado por la menor producción.

Este hecho ocurre independientemente de lo buenas que sean las razones que se tengan para efectuar este género de gasto y sólo significa que el gasto social tiene este costo de significación.

Pero aún existe otro costo social de este tipo de gasto, que suele no tenerse en cuenta y que debemos mencionar. El es el menor incentivo a producir de los mismos beneficiarios del gasto social al ver ellos aplacadas en parte sus necesidades de bienes, merced a la donación de que son objeto.[8]

El hecho de que existan estos costos macroeconómicos de efectuar gasto social, hace sospechar que no siempre es conveniente aumentar dicho gasto puesto que al incrementar éste aumentan sus costos, y ello hace intuir la posibilidad de que llegue un punto en que el costo marginal de aumentos de gasto adicionales sea mayor que el beneficio marginal de tales aumentos.

Analizaremos a continuación el modo en que los menores incentivos a producir que ya hemos señalado se traducen, efectivamente, en menor producción.

Supongamos que se produce, en un período dado, un aumento de gasto social. Este aumento será financiado con mayores impuestos de los grupos no beneficiarios del nuevo gasto.[9] Estos grupos, al darse cuenta que de su ingreso total recibirán una parte menor que la que percibían en el período anterior, normalmente, tendrán menos incentivos para trabajar. En consecuencia, trabajarán menos y, por ese concepto, producirán menos.

Pero, además, disminuyen sus incentivos a ahorrar e invertir, puesto que lo que les impulsa a hacerlo es el ingreso futuro que de tal decisión obtienen. Al percibir ese ingreso como menor que antes, normalmente sentirán menores impulsos a ahorrar, y ahorrarán e invertirán menos. Esta será una segunda fuente de menor producción.

7 Normalmente los grupos más ricos pagan más impuestos, tanto en términos absolutos como porcentuales. Consecuentemente, esos grupos —los más productivos, si aceptamos que el ingreso refleja la productividad marginal— son los más desincentivados, relativamente, a producir.

8 Proyectos de inversión pública en capital humano que aparecen rentables en las evaluaciones sociales, lo serían menos si se incluyese estos dos costos macroeconómicos, por así llamarles.

9 Un supuesto diferente puede frecuentemente coincidir con la realidad pero no tiene ningún sentido hacer un gasto social mayor para beneficiar a quienes lo pagarán, puesto que sólo se incurrirá en los costos sociales propios de hacer gasto público. La única salvedad es que por esa vía el Estado podría, supuestamente, transformar consumo en inversión en capital humano, pero lo más probable es que esa inversión hecha por el Estado sólo sustituyera inversión privada del mismo tipo (situación sin proyecto) lo que también nos llevaría a un beneficio neto nulo.

Ahora bien, al producirse menos en un cierto período, también se afecta a las posibilidades de producir en períodos futuros. Por lo tanto, el efecto negativo provoca una especie de reacción en cadena en el tiempo.

Algo similar ocurre entre los grupos beneficiarios del gasto social, aunque por motivos diferentes y con más efecto a través de menor trabajo que a través de menor ahorro e inversión.

Debemos destacar también un efecto ingreso que se produce y es el siguiente: la propensión marginal al ahorro suele estar positivamente correlacionada con el nivel de ingreso: los grupos más ricos, entonces, al ver disminuir su ingreso, tenderán también por esa sola razón a reducir su propensión marginal al ahorro, razón que se sumará al desincentivo de percibir su ahorro e inversión como menos rentable. En los grupos más pobres, no obstante, tal efecto ingreso actúa en sentido contrario, de modo que tendería a disminuir el efecto desincentivo al ahorro derivado de la recepción de la donación. Empero, se debe tener presente que en grupos demasiado pobres, el ahorro será normalmente cero y la magnitud de todos estos efectos en su ahorro será nula.

Un requisito para determinar un óptimo para el gasto social es que éste se encuentre racionalizado al máximo. Por ello, previo a intentar el establecimiento de un criterio de optimización, examinaremos las condiciones de racionalidad que deben cumplirse.

En primer lugar, ya habíamos señalado que, sin perjuicio de los beneficios no medibles de los programas orientados al mero consumo para los grupos pobres, la inversión en capital humano resulta preferible, puesto que a los mismos beneficios no medibles ya mencionados agrega los beneficios medibles propios del aumento de productividad, los cuales, en definitiva, permiten la solución de fondo de los problemas que mantienen a esos individuos en la pobreza. En este punto es preciso reconocer que es muy corriente que el consumo de los grupos pobres lleve en sí un fuerte componente de inversión en capital humano, puesto que de no generarse ese consumo, se producirán daños en las personas de esos grupos los cuales constituirían inevitablemente una desinversión; sin embargo, el énfasis debe estar dado en la inversión en capital humano, lo cual hará que los programas sociales, al ser diseñados bajo esta concepción sean mucho más eficientes en términos de progreso de las personas, que lo que serían si se conciben como consumo y sólo redundan en inversión como un inevitable subproducto.

Una segunda condición de racionalidad es que nunca se gaste en un individuo o grupo en tanto existan otros individuos o grupos más pobres que él. En otras palabras, el gasto social se debe concentrar en quienes se encuentren bajo un nivel definido. En efecto, si el gasto social persigue suplir en los más pobres lo que ellos por sus solas posibilidades no logran procurarse, es de mínima racionalidad concentrar las donaciones en quienes más las necesitan.

Cobrar impuestos a un grupo de altos ingresos para financiar

gastos que se harán en ellos mismos sólo tiene costos sociales. En efecto, lo más probable es que este tipo de gastos satisfagan en forma más imperfecta las necesidades de esos grupos que lo que habrían hecho ellos si se les hubiera dejado disponer sobre aquellos recursos; pero, sobre todo, el solo hecho de transformar esos gastos en públicos, lleva consigo los costos por desincentivos a la producción que han sido señalados aquí.

Supuesta, entonces, absoluta racionalidad en el gasto social a través de las dos condiciones señaladas, intentaremos responder la pregunta "¿cuánto gastar en lo social?".

Empíricamente, podemos distinguir diversas doctrinas al respecto. En un extremo, tenemos doctrinas que plantean como objetivo la igualdad absoluta entre las personas; de acuerdo a ellas, debería siempre quitarse a todo individuo que tuviera ingresos por encima del promedio el exceso por sobre ese nivel, y la recaudación así obtenida asignarla a suplir la diferencia a quienes se hallen por debajo de ese promedio. En el otro extremo, encontramos a quienes se oponen a toda forma de gasto social pues no ven motivo alguno para practicarlo; para ellos el óptimo sería cero gasto social.

A partir de 1973, el Gobierno de Chile ha sustentado la doctrina de lograr la igualdad de oportunidades. Según esta doctrina, la igualdad absoluta no sería posible dadas las diferencias de capacidades y méritos individuales, ni deseable por los absolutos desincentivos que ella acarrearía. En cambio, todas las personas deberían tener todas las oportunidades para desarrollar sus capacidades y méritos personales. Para esta doctrina, existiría una "línea de pobreza", bajo la cual las personas tendrían sus oportunidades limitadas, y sobre la cual tendrían "todas las oportunidades".

El gasto social, entonces, sería todo aquel que sea necesario para que nadie quede bajo esa línea de pobreza.

El problema surge cuando se quiere establecer cuál es la línea de pobreza. En efecto, la línea empieza a aparecer de definición relativa cuando se piensa que algunos bienes que hoy parecen indispensables, en algún pasado suficientemente lejano, no existían en abosoluto, y por ende, todos debían pasarse sin ellos —por ejemplo, la penicilina—. Entonces, se hace evidente que la igualdad de oportunidades es algo que tampoco puede darse, ya que siempre que haya desigualdades individuales existirán también desiguales oportunidades.

Entonces tenemos que la igualdad absoluta parece imposible de lograr y, al menos, sería muy poco práctica. Tenemos, además, que la igualdad de oportunidades tampoco es alcanzable. La única puerta abierta que nos queda es plantear como objetivo en el gasto social el lograr que las personas que se encuentren bajo una cierta "línea de pobreza", logren superarla para que obtengan una cantidad y calidad de oportunidades mínima aceptable, pero sin pretender que ello signifique "igualdad de oportunidades".

Nuestro problema, entonces, puede definirse cómo "hallar una línea de pobreza óptima".

Una línea de pobreza más alta que otra significa gastar más en un mayor número de personas. A ciertos niveles demasiado altos de esa línea de pobreza, la inversión en capital humano que se haga en los individuos marginales (los que están justo debajo de esa alta línea de pobreza) comenzará a sustituir inversión que ellos mismos habrían hecho en sí mismos y desean hacerla.[10] Socialmente evaluado, entonces, ese gasto social empezará a tener un beneficio marginal neto decreciente, incluso tendiendo a cero.

Siendo siempre el costo social marginal de este género de gasto al menos positivo y seguramente de monto relevante, se ve claro que si se define una línea de pobreza excesivamente elevada, se alcanzará un punto en el que el costo social marginal será superior al beneficio social marginal.

En consecuencia, existe un óptimo y es aquel nivel cuya definición como línea de pobreza hace que el costo marginal y el beneficio marginal del gasto social se igualen.

El criterio de nivel óptimo de gasto social sería el siguiente:

1 El Estado debe hacer inversión en capital humano (gasto social) hasta lograr que todas las personas que se encuentren por debajo de la línea de pobreza, la alcancen.
2 El gasto social debe ser inversión en capital humano y sólo el mínimo necesario para que no quede nadie bajo la línea de pobreza.
3 La línea de pobreza debe definirse a un nivel tal que implique un nivel de gasto social cuyo inevitable desincentivo a la producción alcance un valor actualizado de flujos no superior al valor actual neto agregado del conjunto de programas sociales. Este valor actual neto de los programas sociales debería incluir, idealmente, el valor que la sociedad asigna al mayor gasto en los grupos más necesitados.

Aplicación al Caso de Chile

De más está decir que el criterio recién propuesto es de difícil aplicación práctica. Sin embargo, creemos que se puede intentar su aplicación parcial al caso chileno actual.

Empezaremos por la proposición de un diagnóstico global de Chile, a partir del cual abordaremos la aplicación de nuestro criterio.

Chile enfrenta un grave problema de desempleo. La superación

10 La inversión en capital humano beneficia en primer lugar al individuo en el cual se invierte, por lo que él (su grupo familiar) es el más interesado en efectuarla.

de este problema exige necesariamente obtener en los años próximos tasas de crecimiento elevadas.

Para lograr altas tasas de crecimiento de la economía, en medio de una difícil situación internacional, se requiere invertir montos desusadamente altos. Ello, junto a la presencia de una alta deuda externa, exige un nivel de ahorro interno muy superior a lo que el país tiene por hábito.

El ahorro externo, y la consiguiente menor restricción externa en materia de cuenta corriente de la balanza de pagos, irá favoreciendo al país y colaborando con el logro de la inversión requerida sólo en la medida que se incremente significativamente el ahorro interno.

Teniendo el imperativo de generar empleo y requiriéndose para ello ineludiblemente de un ahorro interno muy superior al habitual, el Estado deberá asegurar el logro de este ahorro. Para ello no se puede dejar nada confiado al azar, ni se debe esperar demasiado de algunas reformas que apuntan a cambios de largo plazo pero que difícilmente provocarán cambios drásticos de hábitos. En consecuencia, el Estado mismo debe generar el ahorro interno faltante, pero hacerlo de manera que no desincentive el ahorro privado.

Ello significa que no pueden subirse los impuestos, especialmente los de la renta, ya que eso sería asestar un fuerte golpe al ahorro privado.

Sin embargo queda una salida, cual es una reducción del gasto corriente, en términos reales, al menos respecto de su evolución proyectada, de modo que el crecimiento de la recaudación tributaria (digamos, al ritmo del crecimiento del Producto Geográfico Bruto) vaya dejando un espacio para materializarlo como ahorro interno.[11]

Permítasenos ahora un diagnóstico del país desde un punto de vista social.

Chile gastará en 1984 en los sectores sociales alrededor de 15% del Producto Geográfico Bruto, sin incluir el gasto privado en esos sectores. Sin embargo, ese 15% no se encuentra bien racionalizado y de él sólo una parte puede considerarse gasto social en el sentido que en este artículo hemos dado a esta expresión —gasto estatal destinado a mejorar la situación de los más pobres—.

11 Idealmente, ese ahorro debería lograrse que lo haga el sector privado, a través de acelerar, por ejemplo, la reforma tributaria. Como es sabido, ella implica rebajas de impuestos sólo si se invierte lo rebajado. Así, se lograría el ahorro interno requerido y a la vez se avanzaría en el desarrollo de un sector privado más fuerte y capitalizado.
En el Anexo 1 se detalla el cálculo del PGB que se logra con cada peso de inversión. Se supone una relación capital/producto igual a 3, una reinversión de 15% del PGB, una depreciación lineal con vida útil promedio de 25 años y una tasa social de descuento de 10%. El resultado es que por cada peso invertido se obtiene un valor presente de PGB futuro de aproximadamente 3.3 pesos.

En efecto, si se divide el total del gasto social —287 mil millones de pesos para 1984— por el 20% de las familias existentes en Chile (aceptando, por un momento, que seleccionemos como "los más pobres" al 20% más pobre de la población), resulta que cada familia de escasos recursos recibiría mensualmente $ 54.000 de ayuda estatal. Esto, obviamente, no ocurre, y el tamaño de esta cifra hace pensar tanto que el gasto social no está bien racionalizado,[12] como que es excesivo.

Veamos, entonces, qué ocurre con ese "gasto social" y qué parte de él puede considerarse "gasto social" en el sentido que a este término se da en este artículo.

El "gasto social" 1984 se descompone por sectores como sigue, según la Ley de Presupuesto:

Sector	Aporte Fiscal (Millones de Pesos)	Porcentaje
Previsión[13]	152.789,4	53,25%
Educación	79.948,9	27,86%
Salud	21.991,3	7,66%
Trabajo	19.164,5	6,68%
Vivienda[14]	9.018,0	3,14%
Sename[15]	4.038,3	1,41%
Total	286.950,4	100%

En cada sector hay partidas que podrían considerarse bienes públicos no sociales.[16] A continuación estimaremos cuáles son esas partidas para obtener una cifra que podríamos denominar "gasto social depurado".

En primer lugar, debe deducirse de cada sector el gasto propio de la cúpula del ministerio, el cual, en general, puede asimilarse al gasto necesario para dictar normas y promover el desarrollo de la materia sectorial: la previsión, la salud, la educación, etc. En este sentido, el gasto en la cúpula de cada ministerio más parece asociable a la generación de bienes públicos que a ayudas sociales.

12 Recuérdese que establecimos como condiciones de racionalidad del gasto social que éste se destine exclusivamente a quienes se encuentren por debajo de una línea de pobreza y sea sólo de la magnitud precisa para llevar a los pobres hasta esa línea. Una línea de pobreza de $ 54.000 mensuales no sería razonable.

13 Incluye el presupuesto para asignación familiar y subsidio único familiar.

14 Incluye el gasto en vivienda de las municipalidades.

15 Del sector Justicia se incluyó como "gasto social" sólo el Sename. El resto se consideró bienes públicos.

16 Debemos insistir: no sociales en el sentido de que no tienen por objeto mejorar la situación de los más desposeídos.

Los montos por ministerio son los siguientes:

Ministerio	Gasto en Cúpula	
	Monto en mill. de $	Porcentaje
Trabajo y Previsión	855	0.56%
Educación	2.213[17]	2.79%
Salud	542	2.46%
Total	3.610	1.26%

A este monto habría que agregar la cúpula del Ministerio de Vivienda, que no se logró diferenciar. En todo caso, las cúpulas ministeriales no parecen alcanzar más allá de 1,5% del "gasto social".

En segundo término, en el sector Previsión, parte importante del gasto corresponde a pensiones, las cuales ameritan un comentario especial.

Las pensiones corresponden en parte al pago de una especie de deuda estatal, y en parte constituyen un subsidio. La parte que se puede interpretar como pago de deuda es lo que corresponde al valor efectivamente cotizado durante su vida activa por los actuales pasivos, más intereses y reajustes que tales cotizaciones habrían acumulado a la fecha, menos el valor actual de las pensiones que ya se les ha pagado durante su vida pasiva.

Como es sabido, el cálculo de las pensiones a pagar se funda en elementos diferentes de los recién apuntados. La diferencia entre lo que puede interpretarse como deuda estatal y lo que efectivamente se está pagando, corresponde a subsidios.[18]

No existen estadísticas de lo efectivamente cotizado por cada pasivo; en consecuencia, no resulta fácil separar lo que puede interpretarse como subsidio, excepto en las cajas no reformadas. En ellas el aporte fiscal parece una proxis adecuada del subsidio envuelto, ya que él tiene por objeto cubrir un déficit entre las cotizacio-

17 No se incluyó, por imposibilidad de distinguir lo que corresponde a bienes públicos, el gasto en las direcciones Primaria. Secundaria, Profesional, JNAEB, JNJI ni Soc. Constructora.

18 Es discutible si el subsidio, así definido, será positivo. En efecto, las pérdidas de las cajas pueden haber provocado que, a la postre, el pago de pensiones resultara más bajo que lo cotizado. No obstante, también hay razones que hacen pensar que el subsidio sí podría existir por cuanto la fórmula de cálculo de pensiones es función de las cotizaciones finales, lo que incentiva, en el sistema antiguo, a cotizar poco durante toda la vida activa, excepto en los años finales; aparte, existían privilegios diversos, pensiones de gracia, jubilaciones antes de cumplir los años de actividad, etc. En definitiva, la materia no es fácil de esclarecer.

nes corrientes y las pensiones. Tales aportes alcanzan a 40.468 millones de pesos; es decir, 14,11% del gasto social.

En cuanto al resto de los aportes a las instituciones previsionales, supondremos que sólo lo equivalente a pensiones asistenciales constituye subsidio, de modo que el resto no lo consideraremos gasto social. En suma, el gasto total en pensiones se descompone como sigue:

Deuda previsional	$	64.000	millones
Subsidio Cajas no reformadas	$	40.500	millones
Subsidio Pensiones Asistenciales	$	8.500	millones
Total Gasto Pensiones	$	114.000	millones

En tercer lugar, en el sector Educación, parte del aporte a las universidades persigue proveer un bien público y son los recursos que permiten financiar la investigación y extensión universitarias. Estimaremos este gasto en 3.000 millones de pesos.

Finalmente, en el sector Salud, debe deducirse del gasto social el gasto en acciones de prevención masiva de epidemias, el cual corresponde claramente a bienes públicos. Estimaremos ese gasto en 5.000 millones de pesos.

Así debemos corregir la cifra de gasto social quitándole todo aquello que no constituye gastos para mejorar la situación de los más pobres, como sigue:

Gasto social total	$	287.000	millones
Menos gasto en cúpulas ministeriales	$	4.000	millones
Menos pago de deudas previsionales	$	65.000	millones
Menos bienes públicos universitarios	$	3.000	millones
Menos bienes públicos en salud	$	5.000	millones
Gasto Social Depurado	$	210.000	millones

Si repetimos ahora nuestro ejercicio de dividir este gasto por el 20% de las familias de Chile, obtenemos la suma mensual de $ 40.000 por familia pobre (aun bajo el mismo supuesto de línea de pobreza). La cifra aún hace pensar que el gasto social no está racionalizado y que es excesivo, pues las familias pobres obviamente no reciben $ 40.000 al mes y si ello ocurriera la ayuda estatal resultaría desmesurada.

Nuestro país presenta, en general, excelentes indicadores sociales. La mortalidad infantil[19] en Chile es comparable a la de países con ingresos per cápita muy superiores al nuestro y es mucho más baja que la de naciones de nivel de ingreso per cápita similar.[20]

Sin embargo, si bien en general la situación social chilena corresponde a la de países más desarrollados económicamente que el nuestro, existen algunos campos sociales en los cuales la situación presenta algún grado importante de deficiencias.

Entre ellas cabe mencionar una insuficiente cobertura educacional básica y media, déficit básicos de infraestructura sanitaria (a nivel de hogares) y algunos altos índices de morbilidad en enfermedades infecciosas como el tifus.

Con este diagnóstico de la situación chilena actual, podemos proponer a continuación una aplicación de los criterios planteados en este artículo.

Idealmente, necesitaríamos estimar, en primer lugar, los beneficios del gasto social. Como hemos dicho, ellos corresponden al agregado de los valores actualizados netos de cada uno de los programas y proyectos sociales que lo componen, más la diferencia de valor que la sociedad asigne al gasto en los sectores más necesitados versus el gasto en sectores de mejor situación.

Como es obvio, esos beneficios dependen de la calidad y composición del paquete completo de programas sociales. Ese beneficio será mayor cuanto más eficiente resulte dicho paquete. Por lo dicho, poco sentido tendría estimar esos beneficios sin antes racionalizar los programas sociales. Con todo, siempre resultará impracticable intentar asignar valores concretos a la preferencia social por permitir un mayor consumo a los grupos más desposeídos.

Para efectuar la mencionada racionalización necesitaríamos contar con un diagnóstico referente a cuáles son los problemas sociales específicos que existen, y a cuántas personas afectan. La información para un diagnóstico de este tipo existe en parte. No obstante, una encuesta sistemática con desagregación geográfica sería útil para lograr un diagnóstico que permitiera no sólo orientar los

19 Este indicador constituye más que un mero ejemplo. En efecto, la mortalidad infantil es considerada un indicador general de desarrollo social, no sólo porque apunta a un objetivo central de tal desarrollo, sino también porque ella constituye la síntesis o resultado de la situación social completa.

20 El documento *Estado Mundial de la Infancia 1984*, James P. Grant, director ejecutivo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), presenta estadísticas de todo el mundo. Como ejemplos, digamos que Chile exhibe tasas de mortalidad infantil (27 por mil en 1981 y no 42 por mil como indica el citado documento) comparables a países, como URSS, de PNB per cápita mucho más alto que el nuestro, y mucho menores que países de PNB per cápita similares al chileno, como Argentina.

recursos por programas, sino también por regiones —e incluso, por comunas—, dentro de cada programa.

Con este diagnóstico, se podrían priorizar los programas de acuerdo a lo que indique la evaluación social de ellos. Esta priorización permitiría asignar presupuestos a programas, regiones, etc.[21]

Una vez preparadas las evaluaciones y priorizados los programas, se estaría en condición de estimar el beneficio total de distintos volúmenes de gasto en ese paquete de programas priorizado. A medida que se aumente el gasto en cada programa, el beneficio marginal será menor, por cuanto se empieza a beneficiar a familias de rentas no tan bajas, con lo que el beneficio neto del proyecto empieza a tener aumentos cada vez más pequeños, porque el gasto público estará, a esas alturas, sustituyendo en alto grado inversión privada en capital humano.

Debe tenerse presente, una vez más, que esta estimación aún estaría dejando fuera el mayor valor que representa para la sociedad el lograr que los más necesitados dispongan de más bienes y servicios. Sin embargo, ello no obsta a que también este valor vaya teniendo aumentos cada vez más pequeños y tendientes a cero cuando se empieza a beneficiar a familias de rentas no tan bajas.

Una vez determinados los beneficios asociados a distintos niveles de gasto social en ese paquete de programas racionalizado, necesitaríamos estimar los costos, en términos de menor producto geográfico, de cada alternativa de monto de gasto.

Teóricamente, se requeriría para ello estimar los efectos en la propensión al ahorro tanto en los grupos más ricos, que pagarían ese gasto, como en los grupos más pobres, que lo recibirían. Otro tanto debería hacerse respecto de la propensión a trabajar.

Ahora bien, en esta aplicación al caso chileno actual, no intentaremos evaluar los beneficios de distintos niveles de gasto social por dos razones: en primer lugar, porque estimamos haber demostrado que el gasto social no se encuentra suficientemente racionalizado; en segundo lugar, porque no contamos con evaluaciones sociales de los distintos programas sociales, y menos con evaluaciones de ellos a diversos niveles de gasto.

Por lo expuesto, nos limitaremos a medir los costos en términos de menor producto geográfico, y consiguientemente, menor empleo, y dejaremos la estimación de los beneficios de cada opción librada a la apreciación política. Ello, por lo demás, sería necesario aun si se contara con las evaluaciones correspondientes, por cuanto ellas difícilmente podrían incorporar el mayor valor del consumo en los grupos más necesitados.

Por el lado de la propensión al ahorro, estimaremos que ésta es igual a 100% en el primer período, ante reducciones del gasto social, ya que supondremos que el Gobierno destinaría íntegro a inversión

21 En el Anexo II se incluye una nota relativa a cómo se podría poner en práctica este gasto social racionalizado.

cualquier ahorro de gasto que lograse. Para períodos sucesivos, supondremos que esa propensión es 15% y que no se altera, porque no estamos en condiciones técnicas de aplicar, propiamente, el modelo que hemos sugerido.

Lo primero que resalta del diagnóstico es el elevado costo alternativo que representa en Chile el gasto social. Ello ocurre si cada peso que se ahorre de gasto corriente es destinado íntegro a inversión. La situación de desempleo actual justifica con creces tal política y ella parece ser la que sustenta el Gobierno.

En segundo lugar, se aprecia claramente que el gasto social en Chile es excesivo y no está, en absoluto, racionalizado.

Finalmente, destaca que Chile presenta una situación social más que aceptable, aunque no exenta de ciertos déficit de importancia.

No intentaremos aquí una cuantificación exacta de los costos y beneficios de distintos volúmenes de gasto social, pero sí estamos ya en condiciones de esbozar los beneficios que significarían distintos niveles de gasto social supuesta una previa racionalización del mismo.

Del estudio de la distribución de ingresos en el Gran Santiago de Isabel Heskia[22] se desprende la siguiente situación:

Ingreso Familiar Líquido Mensual (Sin incluir ayuda estatal)		Porcentaje de la Población	
			Acumulado Hasta Límite Superior
U. F.	$ junio 84	En el Tramo	del Tramo
0 - 4	O - 7.700	13,5%	13,5%
4 - 8	7.700 -15.400	24,5%	38,0%
8-12	15.400-23.100	17,5%	55,5%
Más de 12	23.100. .. .	44,5%	100,0%

Suponiendo que la distribución a nivel país hoy es semejante a esa, con esta información se puede calcular el gasto social necesario para hacer que toda la población supere ciertas líneas de pobreza alternativas. Este cálculo supone que el gasto social se destina exclusivamente a cubrir la diferencia de ingreso de quienes se encuentran bajo la línea de pobreza de modo que la alcancen. Vale decir, no se gastaría nada en quienes se encontraran por encima de esa línea. Esto es lo que hemos llamado en este artículo gasto social racionaliza-

22 *Distribución del Ingreso en el Gran Santiago*, Isabel Heskia, 1979, Universidad de Chile.

do. A continuación se indica el gasto requerido para tres posibles alternativas:

Línea de Pobreza (Ingreso Mensual Mínimo Aceptable por Familia)	Gasto Social Requerido[23]
$ 7.700	$ 13.721,4 millones
$ 15.400	$ 66.066,0 millones
$ 23.100	$ 145.260,0 millones

A partir de estos montos se puede calcular lo que aumentaría la producción si los recursos que liberaran eventuales racionalizaciones del gasto social se invirtieran, y el empleo que ello generaría.

Opción Política	Gasto Social Anual Requerido (Mill.)	Ahorro Respecto Situación Actual (Mill.)	Valor Presente Mayor PGB que Podría Lograrse c/Año Invirtiendo Esos Recursos[24] (Mill.)	Aumentos Anuales de Empleos Permanentes que Podría Lograrse[25]
No racionalizar	$ 210.000			
Racionalizar con línea de pobreza $ 23.000 mens.	$ 145.260	$ 64.740	$ 213.642	304.850
Racionalizar con línea de pobreza $ 15.400 mens.	$ 66.066	$ 143.934	$ 474.982	677.770
Racionalizar con línea de pobreza $7.700 mens.	$ 13.721	$ 196.279	$ 647.721	924.260

23 Supuestos:
a) Dentro de cada tramo la distribución es uniforme.
b) Tamaño de familia = 5
c) Población total = 11.000.000.
Si la distribución de ingresos real no correspondiera a la que aquí se está suponiendo, ello podría alterar los valores de este trabajo, pero difícilmente sus conclusiones.

Esto exige aceptar que la política sería invertir todo lo que se ahorre de lo que hoy se gasta en lo social; este supuesto sólo puede ser razonable dados los actuales niveles de desempleo, los cuales se reducirían significativamente con la propia aplicación de la política supuesta. Ello, a su vez, haría que se "suavizara" aquella política, en el sentido de que parte de las reducciones de gastos permitiría se destinasen a consumo, una vez logrado reducir el desempleo.

Por lo tanto, debe tenerse presente que los valores estimados a continuación están, acaso, exagerados en el largo plazo.

Para cada una de estas opciones, si se aplicaran a partir de 1985, su efecto en el tiempo sería como sigue (ver Anexo III).

Año	Fuerza de Trabajo [26]	Productividad [27]	No racionalizar	Producto Geográfico Bruto[28] (Mil. mill. $ 1984) Racionalizar Con Línea de Pobreza $ 23.100	$ 15.400	$ 7.700
1984	3.703	700.800	1930	1930	1930	1930
1985	3.766	709.210	2026.5	2048.4	2074.5	2091.9
1986	3.830	717.720	2127.8	2171.8	2224.2	2259.3
1987	3.895	726.333	2234.2	2300.6	2379.5	2432.3
1988	3.961	735.049	2345.9	2434.7	2540.4	2611.1
1989	4.029	743.869	2463.2	2574.6	2707.1	2795.8
1990	4.097	752.796	2586.4	2720.4	2879.8	2986.5
Tasa Crecimiento Promedio Período	1.7%	1.2%	5%	5.9%	6.9%	7.9%

24 Supone depreciación lineal en 25 años, tasa de descuento 10% anual, relación capital/producto = 3 y reinversión de 15% del PGB generado. (Ver Anexo I.)

25 En estricto sentido se está hablando de empleos "descontados por un 10% anual". Además, se está suponiendo constante la productividad. Poco más adelante se encontrará un ejercicio con mayor sentido al respecto.

26 La Fuerza de Trabajo promedio 1984 se estimó proyectando los datos conocidos a la fecha al resto del año, suponiendo que 25% del PEM no es Fuerza de Trabajo. Hacia adelante se la hizo crecer a 1.7% anual.

27 La productividad media 1984 se estimó en función de las proyecciones del PGB y de empleo. Hacia adelante se la hizo crecer a 1.2% anual.

28 El PGB 1984 se estimó 4,3% superior al de 1983 y de ahí en adelante se supuso crecerá a 5% en ausencia de medidas extraordinarias.

Año	Empleo Generado[29]				Tasa Desempleo[30]			
	No Racionalizar	Racionalizar Con Linea de Pobreza			No Racionalizar	Racionalizar Con Línea de Pobreza		
		$ 23.100	$15.400	$7.700		$ 23.100	$ 15.400	$ 7.700
1984	2.754	2.754	2.754	2.754	25.6	25.6	25.6	25.6
1985	2.857	2.888	2.925	2.950	24.1	23.3	22.3	21.7
1986	2.965	3.026	3.099	3.148	22.6	21.0	19.1	17.8
1987	3.076	3.167	3.276	3.349	21.0	18.7	15.9	14.0
1988	3.192	3.312	3.456	3.552	19.4	16.4	12.7	10.3
1989	3.311	3.461	3.639	3.758	17.8	14.1	9.7	6.7
1990	3.436	3.614	3.825	3.967	16.1	11.8	6.6	3.2
Tasa Crecimiento Promedio Período	3.8%	4.6%	5.6%	6.3%				

Como conclusión de este análisis se puede señalar que es posible llegar a bajas tasas de desempleo en plazos relativamente cortos, y que ello sólo requiere racionalizar el gasto social concentrándolo exclusivamente en los más pobres. La línea de pobreza se podría definir en $ 15.000 mensuales, cifra que permite desenvolverse adecuadamente a una familia de escasos recursos y ello permitiría ya en 1985 generar 67.650 nuevos empleos permanentes, y en 1990 alcanzar 389.790 empleos adicionales a los que habría si no se racionaliza el gasto. Una acción así resolvería de raíz el problema del desempleo sin incurrir en costos en términos de desarrollo social. Por el contrario, si realmente no quedara ninguna familia en Chile con un ingreso inferior a $ 15.000 mensuales (incluida la ayuda estatal), la situación social mejoraría ostensiblemente respecto de lo que es actualmente.

Conclusiones Finales

El gasto social significa un claro desincentivo a la producción. Por ello no siempre es conveniente aumentarlo.

En el caso de Chile, dicho gasto se encuentra a un nivel de

29 El empleo 1984 se estimó proyectando al año los datos ya conocidos y suponiendo que 15% del PEM tiene además un empleo "verdadero". La cifra presentada excluye PEM y POJH. Hacia adelante se calcula según la evolución del PGB y de la productividad.

30 La tasa de desempleo es "limpia de PEM y POJH" pero excluyendo a los PEM "no fuerza de trabajo" de la fuerza de trabajo e incluyendo a los PEM "doble empleo" como ocupados.

210.000 millones de pesos, el cual permitiría regalar $ 40.000 mensuales a cada familia del 20% más pobre de la población; alternativamente, alcanzaría para regalar $ 27.000 al mes al 30% más pobre. Evidentemente, tales regalos serían excesivos, y ello es una demostración de que el gasto social en Chile es exageradamente alto.

Asimismo, resulta innegable que una enorme cantidad de familias chilenas pobres no reciben regalos de las magnitudes apuntadas, lo cual demuestra que el gasto social se está diluyendo en medida importante a través de las capas de ingresos superiores que son, por otra parte, quienes lo financian en mayor medida.

El gasto social así diluido sólo presenta costos sociales sin beneficios. En efecto, las personas que pagan los impuestos piensan que de su esfuerzo productivo percibirán un ingreso disponible menor. Es cierto que si esos impuestos se destinan luego a financiar gastos en ellos mismos su ingreso aumentará de nuevo; pero al ser este último aumento independiente de su esfuerzo productivo, sólo constituye un nuevo desincentivo a la producción. Así, cobrar impuestos a un grupo para financiar un gasto posterior destinado a ellos mismos, sólo desincentiva la producción, sin efecto benéfico alguno que lo justifique o compense.

En consecuencia, en Chile urge racionalizar el gasto social. Elio implicará reducirlo en total, pero aumentar significativamente lo que está siendo orientado a la extrema pobreza.

Todas las opciones de racionalización propuestas producen un fuerte impacto en términos de mayor producto geográfico y, por consiguiente, mayor empleo. Así, se aprecia que con las racionalizaciones posibles del gasto social no sólo se lograría mejorar sustancialmente la situación de los más desposeídos y, en general, el bienestar del país, por acercarse a un óptimo sobre la materia, sino que se lograría una solución permanente al problema más urgente de la nación, cual es el desempleo.

Entre estas opciones que permitirían continuar avanzando en una solución acelerada de los problemas sociales y simultáneamente erradicar el desempleo, destacan las siguientes:

Opción de Racionalización[31]	Efecto en Mayor PGB[32]		Efecto en Mayor Empleo[33]	
	1985	Largo Plazo	1985	Largo Plazo
Que toda familia chilena tenga un ingreso de al menos $23.100	1,2%	6,8%	0,9%	5,1%
Que toda familia chilena tenga un ingreso de al menos $15.400	2,5%	14,5%	1,9%	10,8%
Que toda familia chilena tenga un ingreso de al menos $ 7.700	3,4%	19,6%	2,5%	14,6%

En suma, el país puede lograr mejorar significativamente su nivel de bienestar tanto a corto como a largo plazo con una asignación más eficiente de sus recursos, logrando un mayor éxito en sus metas sociales, y a la vez, resolviendo su más grave problema actual: el desempleo.

31 Racionalizar supone, como se ha señalado, dejar de dar beneficios a quienes se encuentren por encima de los límites definidos, y cubrir a toda familia que se halle bajo ellos. Como se ha demostrado, esto redunda en significativas disminuciones del gasto social total acompañadas, evidentemente, de significativos avances en el bienestar y productividad futura de los más pobres.

32 Los porcentajes se refieren al PGB actual. La interpretación de ellos hay que hacerla como sigue: el porcentaje de 1985 es el mayor crecimiento que habría ese año, de materializarse la racionalización correspondiente, en adición al crecimiento que habrá de no efectuarse tal racionalización. El porcentaje de largo plazo significa que la economía crecerá durante varios años por sobre su tendencia de largo plazo, hasta acumular un diferencial del porcentaje indicado por sobre dicha tendencia. Una vez logrado ese salto por una vez, la economía continuaría creciendo a tasas normales, pero teniendo a su haber ese mayor nivel de riqueza para siempre.

33 Los porcentajes de empleo están referidos a la fuerza de trabajo actual. Su interpretación es análoga a la de los correspondientes porcentajes del PGB, excepto en que, una vez ocupada en un alto porcentaje la fuerza de trabajo, el efecto se expresaría a través de mayores salarios.

Anexo I

Cálculo del Producto Geográfico Generado por Aumentos de Inversión

1 Supuestos

a El stock de capital genera cada año un PGB igual a 1/3 de él.
b El capital tiene una vida útil de 25 años y se deprecia linealmente.
c Se reinvierte un 15% del PGB.
d La tasa social de descuento es 10%.
e A partir del año N° 26 contado desde el momento de la inversión inicial, los flujos se hacen cero.

2 Cálculos de Stock de Capital y PGB de Cada Año

Año	Stock de Capital[34]	PGB
1	1.000	.33333
2	1.010	.33667
3	1.018	.33933
4	1.025	.34167
5	1.030	.34333
6	1.033	.34433
7	1.035	.34500
8	1.035	.34500
9	1.033	.34433
10	1.028	.34267
11	1.021	.34033
12	1.011	.33700
13	.998	.33267
14	.984	.32800
15	.967	.32233
16	.945	.31500
17	.922	.30733
18	.896	.29867
19	.868	.28933
20	.836	.27867
21	.801	.26700
22	.761	.25367
23	.717	.23900
24	.672	.22400
25	.621	.21000

34 El stock de capital de un ano es la suma de los stocks del ano anterior depreciados más el 15% del PGB del año anterior.

3 Cálculo del Valor Actualizado de los Flujos de PGB

Utilizaremos la fórmula:

$$PGB = \sum_{t=1}^{25} \frac{PGB_t}{(1+r)^{t-1}}$$

PGB = Valor actualizado del PGB obtenido.
PGB_t = PGB obtenido en el año t.
r = Tasa social de descuento (10%).

De la aplicación de la fórmula se obtiene:

PGB = 3.3 veces la inversión inicial.

Anexo II

Puesta en Práctica de un Conjunto Racionalizado de Programas Sociales

Para obtener un gasto social racionalizado, hemos visto que se requiere un paquete de programas sociales diseñado en función de los requerimientos específicos de inversión en capital humano de las familias que no alcanzan la línea de pobreza.

Si bien en términos conceptuales hemos definido esa línea de pobreza como un ingreso familiar monetario mínimo aceptable, en un sentido más riguroso, la línea de pobreza debería definirse en función de una caracterización socioeconómica de un nivel mínimo. En este sentido, las líneas de pobreza que se han propuesto en este artículo deben ser entendidas como una aproximación. Una proposición más concreta requeriría de una encuesta como la que se mencionó en el documento central, para poder elaborar alternativas y cuantificar sus costos.

Una vez elegida una opción en cuanto a línea de pobreza, se requerirá poner en práctica el conjunto de programas sociales en los mismos términos en que fue planteado. En otras palabras, se deberán asignar los montos a los programas correspondientes, y dentro de ellos, dirigir los gastos a quienes efectivamente los necesitan.

Lo primero es relativamente sencillo. Lo segundo, en cambio —focalizar el gasto en las familias a las que debe dirigirse—, es algo más complejo.

Para hacer esto último —la focalización—, pueden usarse dos medios complementarios:

En primer lugar, la ficha de estratificación social (ficha CAS), actualmente disponible, puede permitir identificar a las familias específicas que se hallan bajo los estándares mínimos de cada variable

definidos al determinar la línea de pobreza. Ello permitiría orientar los beneficios hacia esas familias.

En segundo término, los programas deben incorporar incentivos para que los propios beneficiarios tiendan a retirarse paulatinamente de ellos a medida que puedan, con lo que se estarían autoclasificando, en cierta forma, donde les corresponde. Esto significa que los beneficios entregados no deben ser excesivamente atractivos, y deben contemplar la posibilidad de mejorarlos a través del esfuerzo propio, pero perdiendo gradualmente, al hacerlo, el subsidio estatal.

Anexo III

Efecto en PGB y Empleo Hasta 1990 de Distintas Opciones de Racionalización del Gasto Social

1 Supuestos

a Los mismos utilizados en el Anexo I.
b La racionalización se aplica íntegra a partir de 1985.
c La productividad media del trabajo crecerá 1.2% al año (igual a la tendencia histórica),
d El ahorro de gasto se destina íntegro a inversión.

2 Cálculos

Para estos cálculos utilizaremos los resultados del Anexo I. Cualquier opción de racionalización que se ponga en práctica significará un flujo de ahorro anual, el cual se destina completo a inversión.
Entre 1985 y 1989, entonces, cada peso de flujo anual de ahorro inducirá a aumentos de PGB según la tabla siguiente:

a Mayores PGB Generados por el Ahorro Año a Año

Año en que se Logra el Mayor PGB	Año Cuyo Ahorro Genera los Mayores PGB						Total de Mayor PGB Generado
	1985	1986	1987	1988	1989	1990	
1985	.33333						.33333
1986	.33667	.33333					.67000
1987	.33933	.33667	.33333				1.00933
1988	.34167	.33933	.33667	.33333			1.35100
1989	.34333	.34167	.33933	.33667	.33333		1.69433
1990	.34433	.34333	.34167	.33933	.33667	.33333	2.03866

b Cálculo de Mayores PGB y Empleo Generados Año a Año:

Año	No Racionalizar		Racionalizar con Línea de Pobreza: $ 23.100		$ 15.400		$ 7.700	
	Ahorro Anual $ O		Ahorro Anual 65.740		Ahorro Anual 143.934		Ahorro Anual 196.279	
			Millones de Pesos		Millones de Pesos		Millones de Pesos	
	Mayor PGB	Mayor Empleo	Mayor PGB	Mayor Empleo	Mayor PGB	Mayor Empleo	Mayor PGB	Mayor Empleo
1985			21.913	30.900	47.977	67.650	65.425	92.250
1986			44.045	61.370	96.434	134.360	131.505	183.230
1987			66.353	91.350	145.276	200.010	198.109	272.750
1988			88.815	120.830	194.455	264.550	265.174	360.760
1989			111.385	149.740	243.871	327.840	332.560	447.070
1990			134.021	178.030	293.431	389.790	400.145	531.540

PRINCIPIOS PARA EL FINANCIAMIENTO DE EDUCACION SUPERIOR*

Arturo Fontaine Talavera**

El autor plantea, en primer lugar, tres principios generales: el sistema de financiamiento forma parte integral del proceso educacional e incide directamente en la calidad de la enseñanza y de la investigación; los procedimientos de toma de decisiones —y el sistema de financiamiento es uno de ellos— han de basarse, en materia de educación superior, en las tradiciones; y dado que el Fisco interviene de hecho en este campo en Chile, es necesario avanzar gradualmente en el establecimiento de mecanismos descentralizados que permitan una selección justa de las personas e instituciones que obtengan dichos recursos. Se hace un análisis teórico e histórico para apoyar esta última tesis.

A continuación el estudio examina las razones en favor del financiamiento fiscal de la investigación y de la docencia en el área del cultivo de las ciencias básicas y humanidades; y del apoyo a estudiantes universitarios provenientes de hogares de bajos ingresos.

En cuanto a proposiciones concretas se argumenta en pro de un incremento sustancial del presupuesto del Fondo Nacional de Ciencias; y de la implementación de beneficios tributarios efectivos a las donaciones particulares a instituciones de enseñanza e investigación que no persigan fines

* Transcripción revisada de una Conferencia dictada el día 24 de mayo de 1984 en el Seminario "Educación Superior: Se Buscan Respuestas" organizado por la Sociedad Planificación, Administración y Desarrollo (PAD). Una versión anterior de este trabajo fue publicada como Documento de Trabajo N° 30, agosto de 1984, del CEP.

** Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile; M. A. y M. Phil. en Filosofía, Universidad de Columbia; Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile y de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas; Director del Centro de Estudios Públicos.

de lucro. Ello debería incluir en primer lugar al Fondo Nacional de Ciencias, además de las universidades, centros e institutos de investigación y/o de enseñanza; se propone, a su vez, considerar la conveniencia de establecer beneficios tributarios especiales de carácter transitorio (cuatro años, por ejemplo) en favor de las universidades regionales surgidas a partir de la Universidad de Chile.

Todo ello se sugiere con el propósito de hacer participar a los ciudadanos particulares en el destino de parte de los fondos que el país orienta a la educación sin la intermediación de las burocracias gubernamentales.

1 La pregunta es si en general es justo que el Estado destine dineros públicos —es decir, extraídos de los contribuyentes— al financiamiento de la educación superior, y si la respuesta es sí, a qué aspecto de la educación superior, y cómo ha de hacerlo para que el mecanismo de distribución que se establezca no conspire en contra de la libertad académica vulnerando el principio de la igualdad ante la ley que está tan ligado al principio de la libertad. Ahora bien, no sin cierta cautela especial, me atrevo a proponerles las observaciones que siguen; y ello por lo menos por dos razones. La primera es que éste es un tema de rara complejidad y respecto del cual no caben recetas y fórmulas únicas y abstractas. El mecanismo de financiamiento se relaciona íntimamente tanto con realidades históricas, como con los sistemas de selección, evaluación y de incentivos de estudiantes y profesores, y éstos a su vez marcan poderosamente el tipo de formación intelectual y moral que una comunidad educacional —y al sustentarla— la sociedad, privilegian. Los métodos de financiamiento son, en tal sentido, parte del proceso educacional mismo, y no un aspecto independiente que pudiera estar a cargo de técnicos en finanzas o administración sin interés real por la enseñanza y el cultivo de las ciencias.

La segunda razón para mi especial cautela es que quien se dedica a la vida intelectual por vocación, tiene naturalmente una fuerte inclinación a exagerar la importancia de su actividad vis a vis otras ocupaciones humanas, y a exigir del Estado —vale decir, de otros compatriotas— más de lo que es estrictamente justo.

2 Un sistema de financiamiento es un procedimiento para la toma de decisiones. En toda decisión se les dice "no" a muchas opciones. El hombre no puede, en su vida, dar un "sí" cabal sin implicar un "no" que vale. Este es el **sino** del hombre y de la finitud del mundo en que existe. Compruebo con frecuencia que muchos de mis mejores alumnos reciben esta "noticia" como un balde de agua fría que tal vez sea bueno olvidar cuanto antes. Parte de este rechazo, al hecho de que cada decisión importa un "no" y de que no hay "sí" sin "no", se debe naturalmente a esa suerte de fascinación característica de la juventud, durante la cual, como ha escrito Oakeshott, "todo es posible y se vive feliz a crédito". . . y "el mundo es un espejo donde buscamos el reflejo de nuestros propios de-

seos".[1] Pero creo que solamente parte de esta reacción se explica de ese modo. Pienso que es un signo de la debilidad de la formación moral que estamos impartiendo en nuestros centros de enseñanza, el que tantos de nuestros jóvenes más preparados y talentosos, los conductores —suponemos— del futuro, cuyos estudios financia el país con enorme sacrificio, pasen por las mejores universidades ignorantes y olvidados de realidades vivenciales tan ineludibles como las señaladas. Porque la temporalidad de la existencia hace que la vida humana se edifique inevitablemente en base a opciones, más o menos conscientes, más o menos responsables, pero que en cualquier caso implican que por cada "sí" hubo muchos "no". Las dificultades mayores que hay para comprender el sistema de financiamiento —todo sistema de financiamiento— arrancan de allí, y comienzo a preguntarme si la falla no sea, entonces, en buena medida, responsabilidad nuestra: tal vez sea nuestra sociedad, quizá seamos todos nosotros los que estamos viviendo, tal vez, como si el mundo fuese un espejo donde buscamos el reflejo de nuestros deseos. Y de allí que de nuestra "vida cívica, devenga un encuentro de sueños".

Para entender qué puede ser un sistema de financiamiento, es preciso tener la experiencia de qué es una decisión, y pasar por lo que el autor antes nombrado llama con Joseph Konrad, "la línea de sombras": cuando la pasamos se descubre "un mundo sólido de cosas, cada una con su forma fija, cada una con su propio punto de equilibrio, cada una con su precio, un mundo de hechos, no una imagen poética, en el cual lo gastado en una cosa no puede ser gastado en otra. Un mundo habitado además de nosotros mismos por otros que no pueden ser reducidos a simples reflejos de nuestras propias emociones".[2]

Este es, entonces, el primer principio para el financiamiento de la educación superior, que quisiera dejar planteado: el sistema de financiamiento es un método de toma de decisiones, lo que conlleva la necesidad de la selección y del rechazo, de la evaluación con premios y castigos, que afecta a los alumnos, pero también a los profesores y autoridades universitarias. Como tal, forma parte integral del proceso educacional e incide directamente en la calidad de la enseñanza y de la investigación.

3 En todo sistema de educación superior habrá que resolver materias tales como el modo de elegir a las autoridades, qué decisiones les competen, qué restricciones tienen de orden legal, de orden financiero y otros, y cómo se selecciona a los estudiantes a quienes la sociedad ofrece la oportunidad de adquirir una formación superior. Se sabe que el haber tenido una educación universitaria superior, en

1 Michael Oakeshott, "Qué es ser Conservador", *Estudios Públicos* N° 11, Invierno 1983, p. 270.

2 Michael Oakeshott, obra citada, p. 270.

general, no sólo aumenta sensiblemente las posibilidades de obtener altos ingresos, prestigio, influencia y cultura, sino que también incide en las oportunidades que se transmiten voluntaria e involuntariamente a los hijos.

Por otra parte, y dado lo anterior, el modo de selección y evaluación universitaria que se establezca, tiene efectos en los criterios de selección y evaluación de los liceos y colegios, puesto que uno de los índices más usados por los padres en cualquier sociedad para jerarquizar los liceos, es el porcentaje aproximado de graduados que acepta la universidad o los institutos de mayor prestigio. En consecuencia, los curricula de los liceos y colegios más demandados estarán hasta cierto punto orientados por los criterios de selección de estudiantes que se fijen en el nivel de la educación superior. Estos procedimientos implican un juicio hecho a temprana edad acerca del rendimiento académico esperado que un estudiante tiene con respecto a los demás de su generación. Ahora bien, un juicio de este tipo tiene un carácter eminentemente conjetural y estimativo, por mucho que se llamen "objetivas" las pruebas y controles que se utilicen. En el momento en que se juzga al alumno se está haciendo una incierta proyección a futuro.

A esto hay que añadir las expectativas de ocupación de los egresados de las distintas carreras que se impartan, lo cual nuevamente es una proyección a futuro. El estudiante cuando comience a ejercer se va a encontrar con una realidad que puede ser muy distinta de la que prevalecía cuando escogió su carrera. Como el período de formación es relativamente rígido —el estudiante tiene que formarse joven, no le es fácil, por ejemplo, empezar a estudiar medicina a los 40 años— la decisión supone una proyección también en ese campo. Y justamente por la inseguridad de estas decisiones es que hay carreras que tienen prestigio social, lo que es una manera simple y espontánea a través de la cual la sociedad condensa una información con respecto a las carreras que en general tienen un mercado ocupacional satisfactorio o, al menos, lo han tenido en el pasado. No es irracional, en consecuencia, que los jóvenes y sus familias tomen en cuenta, como uno de los elementos a considerar al matricularse, el prestigio de la carrera. Sin embargo, esa información que está recogida en el prestigio social de una carrera puede fallar, porque es relativa al sistema de decisiones que hubo en el pasado, que puede haber provocado, tal vez artificialmente, una cierta escasez de algunas profesiones. Al abrir el sistema educacional se afecta fuertemente la capacidad predictiva que tiene esta información recogida en eso que se llama prestigio social.[3] [4]

3 Al decir esto estoy pensando concretamente en el caso, por ejemplo, de la profesión de abogado. Si se mantiene la tendencia actual en cuanto a cupos, quizá sea una profesión que pueda ofrecer remuneraciones sustancialmente inferiores a las del pasado.

4 En algunas de las reformas introducidas en los últimos años en Chile

Esto subraya el papel que cumplen los procedimientos de selección de las autoridades universitarias, sus atribuciones y restricciones. Lo que se llama sistema de financiamiento es una manera —aunque no ciertamente la única ni la más importante— de expresar definiciones con respecto a asuntos como los señalados. Las normas que determinan quiénes y bajo qué controles y condiciones tienen derecho a obtener y administrar recursos fiscales y privados para destinarlos a la educación superior fijan un marco, que influye fuertemente en el modo de elegir a las autoridades, en los límites de su poder efectivo, en la selección de profesores y estudiantes, y en los planes de investigación, estudio y enseñanza que se vayan haciendo prevalecer.

La naturaleza eminentemente conjetural de estas materias —sistemas de evaluación, proyección de mercado futuro de la carrera, etc.— lleva a la conclusión siguiente y que constituye la segunda tesis que quisiera dejar planteada: los procedimientos de toma de decisiones no han de basarse tanto en las leyes, decretos y reglamentaciones, sino que principalmente en tradiciones. Son las tradiciones la fuente más confiable de las normas vivas y por ende también de las innovaciones susceptibles de echar raíces y fructificar. El diagnóstico de la situación real de la educación superior del país y la proposición de enmiendas y correcciones han de entroncarse con un conocimiento serio de la tradición de la universidad, de los institutos de educación superior, de su comportamiento histórico y de las experiencias de otros países. Del entrecruce de ese peso propio que tienen las realidades concretas y específicas con las aspiraciones que se forjan en el campo de la reflexión y del análisis, cabe esperar reformas graduales, cautelosas e insuficientes, pero que ponen en marcha tendencias positivas llamadas a perdurar.

4 Como todos sabemos, en Chile la universidad surge bajo el alero del Estado. La experiencia y las tradiciones desarrolladas dentro de ese marco estatal han de tomarse como punto de partida para una meditación actual acerca de la relación entre libertad académica y el sistema institucional y financiero de la universidad.

La casa de Bello nace imbuida del espíritu de la ilustración y en particular de la ilustración inglesa, que marcó tan profundamente a su fundador.[5] Es desde esta perspectiva que cabe interpretar las palabras finales del célebre discurso fundacional: "La libertad como contrapuesta por una parte a la docilidad servil, que lo recibe todo sin examen y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos

—pienso en especial en las "marraquetas"— se cometió el error de subestimar el significado del "prestigio social" de las carreras.

5 Anthony Cussen, "Bello y la Ilustración Inglesa", *Revista Estudios Públicos* N° 8, 1982.

del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad, en todas sus diferentes secciones". La Universidad de Chile se funda entonces "bajo los auspicios del gobierno, y bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas".

Sin embargo, el espíritu de la libertad que se busca en los establecimientos públicos de educación tanto media como superior no logrará impedir que con el tiempo importantes sectores del país no se sientan interpretados por la formación que se imparte al interior de esas instituciones, y encuentren medios para mantener establecimientos educacionales particulares y obtener para ello apoyo financiero del Fisco. Esta situación obliga a considerar la evolución del clima cultural chileno desde una perspectiva histórica más amplia.

El sistema político del período Indiano consagraba de hecho la hegemonía del clero en el ámbito ético-cultural de la sociedad. En un orden social de ese tipo, las discrepancias y variedades de puntos de vista se manifiesta con frecuencia como disputas al interior del ámbito eclesiástico, aunque muchas veces tengan un carácter que va más allá de ello. Pero desde 1810 se empiezan a dar pasos decisivos que culminan con el establecimiento de instituciones que liberalizan al país, en importante medida, en lo económico, político y cultural. Parte de ese impulso se debe a Bello, quien afirma en 1842 que la libertad es "el espíritu vital de las instituciones chilenas". En el campo cultural, la Iglesia, por su condena de la independencia y la ruptura de las relaciones con las nuevas repúblicas americanas dejó un vacío de poder. Lo llenó el Estado a través, principalmente, del Instituto Nacional, y también figuras como Mora y Bello, quienes realizan las primeras tentativas de una educación particular de alto nivel. Cuando la Iglesia con posterioridad intente reconstruir gradualmente su influencia anterior, se encontrará con la resistencia tenaz y, a veces, fanática, de los sectores que no quieren devolverle la hegemonía de la educación. El Estado en buena medida funda y financia los liceos laicos para mantener abierta una opción de educación independiente de la Iglesia.

En el campo universitario, el país hizo el experimento de una educación universitaria única, de indudable excelencia e impecables credenciales, si nos atenemos a la convicción liberal de sus autoridades. Podría argumentarse que es desde el seno de las instituciones de la libertad que cobran legitimidad social y política las peticiones conservadoras y clericales que solicitan la descentralización parcial —pero descentralización al fin— de parte del subsidio fiscal educacional. Cuando la Universidad Católica logra apoyo fiscal directo se da, en tal sentido, un paso de gran trascendencia en la historia educacional del país. Y aunque buena parte de la retórica en nombre de la libertad educacional haya sido motivada por consideraciones tácticas y argumentos ad hominem, lo cierto es que el que los planteamientos hayan sido formulados en esos términos, indica el grado de arraigo cultural que había logrado en los sectores dirigentes ese espíritu vital de las instituciones chilenas al que aludía Andrés Bello.

Puesto de otra manera, la lección que a mi juicio arroja esta experiencia histórica chilena es la siguiente: no basta que la institución educacional estatal sea plenamente libre para que haya libertad académica; la libertad educacional exige que haya, dentro de lo posible, opciones institucionales diferentes. Para plantearlo en términos netamente contemporáneos se hace necesario enfatizar no sólo el pluralismo dentro de la institución estatal única, sino que más bien un pluralismo de instituciones con financiamiento fiscal.

Por diversas razones de orden regional, de orden cultural, de orden político, de orden académico, irán surgiendo en Chile un buen número de instituciones universitarias estatales y particulares, que dependerán fundamentalmente del aporte fiscal directo. De modo que la tendencia histórica ha sido moverse poco a poco en la dirección de ir ampliando el rango de opciones universitarias con sustento fiscal.

Hay que ver en este desarrollo espontáneo, que se produce pese a mil trabas de toda índole, el reflejo de una realidad cultural inescapable. Establecido un régimen de libertades, tenía que ir aflorando una pluralidad de aproximaciones a la cultura capaces de inspirar diversos modos de concebir la formación de la juventud. Con el correr de los años, el desarrollo económico del país, la incorporación de nuevos sectores sociales a la educación, el contacto con culturas extranjeras, la inmigración, la ampliación de los márgenes del debate público y otros factores, contribuyen a acentuar el pluralismo en el campo de lo ético-cultural. Así, ya en pleno siglo XX y avanzada la década de los 60, por diversos motivos, surgen conflictos agudos al interior de las universidades y se resuelven, al menos en el caso de la Universidad de Chile, por la vía de la descentralización al interior de la Universidad con la creación de las sedes.

Hoy, al acercarnos a la última década del siglo, la sociedad chilena es muchísimo más plural, creo, de lo que parecemos darnos cuenta. Por ejemplo, basta echar un vistazo a los nombres de los estudiantes aceptados en la universidad cada año, para comprobar que difícilmente se puede sostener que el país vaya a continuar siendo dirigido —si es que lo ha sido en las últimas décadas, lo que pongo en duda— por una élite de origen castellano-vasco. Son realidades de este tipo —un pluralismo que existe de hecho en el cuerpo social— las que más allá de las teorías fuerzan a descentralizar el aporte fiscal universitario.

A la luz de esta experiencia debe mirarse la búsqueda de procedimientos de descentralización del financiamiento conforme a criterios parejos y generales que cuajaron, en cierta medida, en algunas de las principales reformas al sistema introducidas hace pocos años en el país: crédito fiscal en beneficio de los estudiantes universitarios provenientes de hogares de menos ingresos; bono ("marraqueta") en beneficio de los estudiantes más capaces según la evaluación de la Prueba de Aptitud Académica; creación del Consejo Nacional de Ciencias para apoyar con recursos fiscales proyectos de investiga-

ción en ciencias y humanidades, seleccionados según criterios definidos por un equipo de destacados académicos.

Como sabemos, la intención original era hacer extensivos todos estos mecanismos de financiamiento a las nuevas universidades particulares que se crearan, lo cual no ha prosperado. Más allá de los errores e imperfecciones que estas reformas han tenido, es preciso subrayar su orientación central, que me parece correcta, y que las modificaciones que se introduzcan deben respetar y consolidar.

5 Supóngase que el Estado está financiando una universidad con cargo al Fisco y hay plena libertad educacional. Los estudiantes seleccionados pueden matricularse en esa universidad sin otro costo para ellos que el de oportunidad —lo que dejan de hacer para ir a la universidad—. Esto hace virtualmente imposible para los profesores que así lo quisieran, el ejercicio de su derecho a fundar una universidad. Y algo análogo ocurre con los padres respecto del derecho a escoger la universidad que la libertad educacional consagra. Si se pretende atraer a los mejores, es decir, a algunos de los que tienen la opción de ingresar a la universidad estatal subvencionada, el valor de la matrícula los ahuyentará irremediablemente. Para competir por esos alumnos con probabilidades de éxito, habría que rebajar las matrículas hasta un nivel cercano al de la universidad estatal, que extrae sus fondos por la vía tributaria, cosa que obviamente está vedada a los particulares.

Es una competencia casi imposible, salvo que la universidad estatal sea de una extraordinaria mala calidad o esté sumamente alejada de los ideales educacionales de la sociedad. De modo que lo que se ha establecido como sistema de financiamiento, equivale a un dumping legalizado que viola el principio de igualdad ante la ley y fuerza artificialmente a los profesores a tener sólo una fuente de empleo y a los alumnos sólo un lugar donde educarse.

Este ejemplo imaginario muestra la forma en que un sistema de financiamiento puede enmarcar e incluso bloquear el ejercicio de la libertad académica y educacional. Lo planteado recién es un caso simplificado e hipotético, pero si anteriormente me he referido al pasado de las universidades, es porque estoy convencido de que la historia de la educación chilena ilustra ampliamente esta situación. Falta de igualdad ante la ley fue lo que sintió la Iglesia Católica cuando no tenía universidad propia o cuando la tuvo pero sin subsidio fiscal. Esta misma desigualdad es la que sienten hoy las universidades privadas que no tienen acceso al subsidio fiscal. Esto no es pura teoría, es una realidad histórica del país.

Dado que el Fisco interviene en la educación superior —y éste es el tercer principio que quisiera dejar planteado— el desafío es, entonces, avanzar en la dirección del diseño y establecimiento gradual de mecanismos de financiamiento fiscal descentralizados y que permitan una selección justa de las personas e instituciones que obtengan dichos recursos. Y quisiera formular este tercer principio en

cuanto arranca de la tradición de la libertad que está en el espíritu de la Universidad de Chile, de la historia de la vida universitaria del país y de nuestra realidad cultural que es plural. La transformación de este principio general en normas concretas, prácticas, eficientes y formativas, en el sentido de que tiendan a mejorar la calidad de la educación, es en realidad la gran tarea de hoy, y que no es posible llevar a cabo sin reunir la experiencia y conocimiento del profesor, del político-económico, del administrador universitario y del abogado.

6 El Estado, en principio, ¿qué debe financiar de la educación superior? Creo que hay argumentos concluyentes en favor del aporte fiscal al financiamiento de la investigación y docencia de las disciplinas fundamentales de orden científico y humanístico. Porque se trata de conocimientos que se difunden sin que sean posibles la apropiación y explotación particular de ellos salvo en algunos casos y en relación con investigaciones aplicadas. "Los beneficios —escribe Hayek— que una comunidad recibe de sus científicos y académicos, no pueden ser medidos por el precio al cual estos hombres pueden vender sus servicios particulares, puesto que gran parte de su contribución llega libremente a todos".[6] Los grandes descubrimientos, los procesos de enseñanza en los niveles más fundamentales, no son bienes que puedan ser apropiados en forma individual, no son susceptibles de una explotación particular. En cambio, las destrezas y la preparación técnica sí pueden ser medidas en términos del valor que ese individuo aporta al proceso productivo según lo refleje el mercado. En las grandes tareas en el campo de las humanidades y de las ciencias esto no se aplica. El fruto de estas actividades se difunde rápidamente, por mecanismos que no es posible controlar, y en términos de que no se establecen los precios que habría que pagar para obtener esos beneficios. No hay modo de que el mercado compense debidamente a Cervantes por *El Quijote* o a Einstein por la "teoría de la relatividad". Tampoco hay manera de que exprese lo que vale —en términos económicos— la preparación de personas capaces de transmitir lo que estas obras significan.

Por consiguiente, creo que hay buenas razones para que el Estado busque medios —ojalá competitivos y descentralizados— que permitan financiar tanto la investigación como la docencia de las disciplinas fundamentales del saber.

Creo que, en general, también hay argumentos concluyentes en favor del aporte fiscal al financiamiento de la educación universitaria de los estudiantes provenientes de hogares de bajos ingresos en un país como el nuestro. La razón de esto nos llevaría a hacer una investigación especial, más en síntesis; mi convicción es que ello se justifica como un modo de compensar eventuales, y tal vez proba-

6 Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty*, Chicago, University of Chicago Press, 1960, p. 383.

bles, injusticias cometidas en el pasado, que no son recogidas por el sistema normal de justicia y que por esta vía se puede contribuir a corregir. La labor redistributiva del Estado en este campo se justifica en virtud del principio de rectificación, constituyendo una aplicación aproximada de este último.[7]

También puede darse el caso de que una carrera, aun sin ser propiamente de ciencias básicas, no encuentre en el mercado una expresión cabal de su valor económico. Ello puede deberse, ya sea —como en un caso anterior— a la imposibilidad de apropiación privada de los bienes en cuestión, o a regulaciones que se hayan hecho habituales en la sociedad correspondiente. Sin embargo, con respecto a los demás casos, creo que el argumento en pro del subsidio fiscal para la educación superior es sumamente dudoso. En la mayoría de las profesiones y de las carreras técnicas el argumento en pro de un financiamiento fiscal no me parece convincente. Lo cual no se contrapone a que el Estado pueda desarrollar un papel en la materia por la vía de facilitar recursos en forma de crédito también en estos casos. Aunque no me parece que éste sea un principio fundamental generalizable, puede justificarse en virtud de las rigideces del proceso educacional, y como un mecanismo prudencial adecuado de transición hacia una educación con mayor énfasis privado. En particular, en el caso de los institutos profesionales, la dependencia del financiamiento del estudiante y en definitiva la relación directa con lo que el mercado señale, es un principio sano de administración y de evaluación de la calidad académica de las técnicas que se están allí impartiendo.

7 Hacer un diagnóstico concreto de los problemas actuales del financiamiento de la educación superior es difícil, entre otras razones, porque las reformas introducidas han sido muchas y casi simultáneas, de modo que no es posible aislar los efectos de una medida de los de otras. Desde mi perspectiva de profesor universitario me atrevería a afirmar que las medidas adoptadas han perseguido objetivos diversos —muchas veces tácitos— y que los mecanismos financieros no han sido congruentes con todos esos objetivos. Así, por ejemplo, la voluntad de mantener dos características tradicionales de la universidad chilena —excelencia académica y un papel como agente de movilidad y acceso social— se ha expresado a través de políticas tendientes a premiar a las universidades que son favorecidas por los mejores alumnos, el incentivo del desarrollo de la investigación con métodos competitivos de asignación de fondos, y con un crédito fiscal para estudiantes provenientes de hogares de bajos ingresos. No obstante, estas políticas han chocado con otro objetivo propuesto: creación de universidades regionales, cuya justificación es de otro orden.

7 Ver Robert Nozick, *Anarchy, State and Uthopia*, Nueva York, Basic Book Income, 1974, p. 231.

Urge armonizar la pluralidad de objetivos que se persigan con los correspondientes mecanismos de financiamiento.

Finalmente, a modo de comentario, quisiera destacar dos proposiciones concretas. Pienso que hay que explorar más dos mecanismos existentes pero a los cuales no se les ha sacado punta. Hay que aterrizar el principio de la descentralización paulatina que he planteado, enfatizando el uso de estos instrumentos. Uno de ellos es el Fondo Nacional de Ciencias, cuyo presupuesto, en términos de importancia relativa del presupuesto para la educación superior, debe ser incrementado sustancialmente. El modo de hacer esto no es tema de esta conferencia, pero creo que el incremento del presupuesto del Fondo Nacional de Ciencias es un objetivo prioritario para el desarrollo de la educación superior en este momento. El Fondo puede financiar investigaciones y proyectos en el área de humanidades y ciencias que provengan no sólo de personas que trabajen en universidades estatales o privadas que reciben aporte fiscal, sino que también puede beneficiar a individuos que desarrollen investigaciones en institutos profesionales, centros de estudio, etc. De modo que aquí sí se ha recogido el principio de igualdad ante la ley. Según la información disponible, el presupuesto actual de esta institución es absolutamente insuficiente para que juegue el papel que se le asignó en el momento de su creación.

El segundo mecanismo que quisiera destacar es el beneficio tributario establecido en la ley de la renta y que favorece las donaciones a las universidades. En mi opinión, es indispensable ampliar e implementar ésta y otras normas legales relacionadas para que entren a operar plenamente.[8] A la vez, pienso que sería conveniente que dicho beneficio se aplicara también a las donaciones destinadas al Fondo Nacional de Ciencias, institución que podría ser un buen candidato para recibir estos aportes. Es necesario, por otra parte, ampliar esta ventaja a los institutos de investigación y/o enseñanza que no persigan fines de lucro aunque no sean universitarios. Creo, por último, que hay que estudiar la conveniencia de darles por este camino un beneficio especial, durante un período determinado, (cuatro años, por ejemplo) a las universidades nuevas que se han fundado en regiones. Si se ha establecido —por ejemplo, por razones políticas y geopolíticas— el objetivo de desarrollar la educación superior en las distintas regiones del país, hay un argumento para pedir un tratamiento especial que incentive este proceso, y tal vez el mecanismo más justo y práctico sería por la vía de alguna ventaja tributaria mayor para ellas. Por cierto, el estudio concreto de este tipo de mecanismos excede el marco de este trabajo.

En diversos países —Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina y otros— buena parte del financiamiento de las activida-

8 Un paso importante en esta dirección es el Decreto N° 282 del Ministerio de Educación de fecha 15 de mayo de 1984 que establece normas respecto de la aplicación del artículo 47° del Decreto Ley N° 3063.

des educacionales se realiza a través de beneficios tributarios. Se trata, en último término, de un subsidio, pero tiene la ventaja de que el donante lo asigna, y los eventuales recipientes pueden buscarlos ofreciéndoles proyectos de su interés. La filosofía de un sistema de este tipo es la libre asignación, dentro de un margen, de parte de los impuestos que pagan las personas naturales y jurídicas y que se supone el Estado destina a incrementar actividades de este orden. La ventaja es que quita la intermediación que hace el Estado y permite una conexión directa entre el contribuyente y el que recibe el beneficio que esa contribución representa. Justamente la intermediación que hace el Estado tiende a ocultar el hecho de que los fondos que administra para estos objetivos vienen de los contribuyentes, y a darles a quienes controlan la burocracia gubernamental un papel decisivo en el campo educacional que puede ser inconveniente desde el punto de vista de la diversidad de las experiencias formativas culturales. Me asiste la convicción de que un beneficio de tipo tributario es el mecanismo más flexible y práctico que puede implementarse tanto para estimular la investigación en el campo de las ciencias y humanidades, como para favorecer la creación de una pluralidad de instituciones educacionales de alto nivel, atenuando en parte la severa desigualdad ante la ley que el sistema vigente consagra.

ENSAYO

EL FUTURO QUE FUE*

Robert Hughes**

¿Cuál es el saldo de la actividad artística de los años 70? ¿Cuál fue su aporte y cuál su deuda? ¿En qué medida esa década terminó por cerrar —como lo cree el autor del siguiente ensayo— un largo capítulo de la historia del arte que se inició antes que el presente siglo?

Hay numerosos dilemas, conjeturas, ironías y desmistificaciones envueltas en el planteamiento de Robert Hughes. Su diagnóstico señala que se han desplomado diversas utopías que animaron al arte de los últimos cien años a fuerza de radicalizadas negaciones y destituciones. El ciclo cumplido fue frenético y, a su juicio, terminó poniendo en duda tanto las nociones de vanguardia como la presunta vocación profética de los artistas, entre otros conceptos fundamentales.

Sucesivamente desacralizado por la burguesía, arrastrado a espacios límites por el experimentalismo y la desesperación de los propios artistas, profanado por la voracidad del mercado, ¿qué es lo que subsiste del arte de este tiempo? ¿Cuáles son sus energías, estando aparentemente concluida la odisea del modernismo?

Las respuestas de Hughes son controvertidas, pero tienen una lucidez envidiable.

Los años 70 se han ido, pero, ¿dónde está su arte característico? Nadie parece saberlo. Todos recuerdan aún el aspecto del arte de los años 60. Era semejante al gigantesco Ratón Mickey de Claes Oldenburg, o a los Museos Guggenheim de escamas metálicas, cons-

* Publicado bajo el título "The Future That Was" en *The Shock of the New,* Capítulo VIII (Alfred A. Knopf, New York, 1981). Traducido y publicado con la debida autorización.

** Crítico de Arte. Autor de *Art of Astralia* y *Heaven and Hell in Western Art.* Crítico de la revista *Time y* autor de numerosos documentales de televisión. Uno de ellos sirvió de base al libro *The Shock of the New*

truidos por Richard Hamilton; se parecía a las "conservas" de Andy Warhol, a los frisos minimalistas de Kenneth Noland, a las cajuelas todavía más mínimas de Donald Judd, o a las tiras cómicas sobredimensionadas de Roy Lichtenstein. Piezas como las mencionadas tienen ahora algo de un aire de época, de algo destinado al consumo inmediato: ¡Bébeme!, como decía la etiqueta en la botella de Alicia; un arte de iconos rápidamente asimilables, que esperaban ser ingeridos y agotados en cortos estallidos, como efectivamente ocurrió.

El arte de los 70 carece de un "look" tan homogéneo. No fue una década para movimientos. Los movimientos pertenecían a los 60: Op, Pop, campo-cromático, minimalismo, etcétera. Alrededor de 1975, todos los ismos eran espejismos del pasado, mientras las únicas personas que hablaban sobre movimientos —y eso con más deseos que esperanzas— eran los comerciantes de arte, que echaban de menos un suministro más regular para mantener funcionando el mercado. Los años 60 produjeron estrellas mundiales del arte con la incontenible frecuencia de un niño que vacia una bolsa de lentejuelas. En los años 70 no hubo estrellas del arte, a excepción, quizá, del macilento y siempre moralizante Joseph Beuys, en Alemania. La mayor parte de la gente estaba vacunada contra el modernismo tardío merced a una exposición demasiado prolongada a sus efectos. Los 60 habían sido años de ortodoxia y rigideces en competencia, pero los años 70 fueron pluralistas; cualquier tipo de arte halló de la noche a la mañana un espacio propio para existir. La idea de un "torrente —o corriente— principal", acariciada por la crítica formalista de los 60, desapareció en la arena: "Al final el Dodo dijo, 'todos han ganado y todos deben obtener premios' ". Y si bien la década produjo arte de mérito, obras bastante interesantes, en efecto, lo más extraño que ocurrió fue un acuerdo en un nivel inferior al del arte mismo: que el modernismo, que se había constituido en el cimiento cultural de Europa y de los Estados Unidos por cien años, había pasado, y se hallaba en vías de convertirse en el estilo de una época; que estamos al final, como escribió el crítico de arte norteamericano Hilton Kramer en un ensayo merecidamente influyente, publicado en 1972 bajo el título de *The Age of the Avant-Garde.*

Hacia 1979 se había esfumado la idea de una avant garde. Esta repentina metamorfosis de uno de los clichés más populares de la crítica de arte en una palabra aún inexistente, tomó por sorpresa a más de alguno. Para aquellos que todavía pensaban que el arte tenía alguna función práctica revolucionaria fue tan desconcertante como la evaporación de la izquierda radical norteamericana después de 1970. Pero las ideas existen mientras la gente las usa y ya alrededor de 1976 avant-garde era un término inútil: la realidad social y el comportamiento real lo habían tornado obsoleto. El ideal de renovación social a través del desafío cultural había durado cien años, y su evaporación marcó el fin de toda una relación del arte con la vida, relación ansiosamente buscada pero no alcanzada.

La esencia del mito de la avant-garde es que el artista es un pre-

cursor; la obra de arte genuinamente significativa es aquella que prepara el futuro. El foco tradicional de la cultura, por otra parte, tiende a tratar al presente (a los artistas vivos) como la culminación del pasado. Un ejemplo familiar para nosotros es aquel del artista y cronista del siglo dieciséis, Giorgio Vasari, padre de la historia del arte, entregándonos su versión del desarrollo del arte, en el sentido de que se arrastró desde sus burdas barbaridades góticas (como él las veía) hacia el perfecto modo de representación resumido en un nombre, el del divino Michelangelo Buonaroti, síntesis viviente de la antigüedad y de lo "moderno". Si bien la época de Vasari estaba saturada con la influencia de Michelangelo, Vasari igual no se atrevió a llamar a Miguel Ángel "precursor" de alguien o de algo. El culto del precursor significa que uno sustituye una presunta —y por tanto imaginaria— relación entre el presente y el futuro por la tangible y perceptible relación entre el pasado y el presente. Con todo lo lento que pueda parecer, el proceso mediante el cual el pasado se absorbe en el presente al menos opera en favor del artista viviente: le confiere a él o a ella una solidez, una situación espacial, mientras que el papel del precursor, llevado a sus límites, convierte al artista en un expediente histórico cuyo papel ha de ser menos existir que ayudar en la tarea de llegar a existir. El o ella se ven atenazados en un paréntesis entre el pasado muerto y el futuro todavía no nacido, y ese papel ha obsesionado a la cultura modernista durante el último siglo.

¿Dónde comenzó? La idea de una avant-garde cultural era inconcebible antes del 1800. Fue alentada por el surgimiento de la burguesía europea y sus creencias liberales. En un mundo en el cual el gusto de las cortes, fuesen religiosas o seculares, determinaba el mecenazgo, no podría haber surgido la idea de una innovación "subversiva" como base del desarrollo artístico. Tampoco podría haber surgido la idolatría romántica de los poderes creativos del artista. No fue hasta el siglo XIX, en el que Dios comenzó a morir de veras, cuando sus cualidades de omnipotencia y autosuficiencia pudieron ser trasladadas a la figura del pintor o del escultor, así, el arte mismo pasó a convertirse en un sustituto de la experiencia religiosa. El hecho de que el significado de las obras de arte debiera ser controlado por el mecenazgo y, en consecuencia, por el dogma, la ideología y las necesidades políticas, fue simplemente uno de los données del trabajo creativo antes del triunfo de la burguesía, en 1789, y no en absoluto una intolerable invasión del ámbito del artista.

¿De dónde se obtenía en la Florencia del siglo XV o en el Flandes del XVII la información necesaria sobre el mundo y las claves de su interpretación? No de las revistas o periódicos, que no existían entonces; tampoco de los libros, dado que la mayoría de los europeos eran totalmente analfabetos y las habilidades de Gutenberg y de Aldus sólo beneficiaban a una mínima fracción de la sociedad, aquella fracción de la fracción superior que podía tanto pagar como leer un texto de limitada edición y oneroso empaste.

Antes de que la revolución industrial mecanizara las prensas del mundo, la idea de alfabetización masiva no pasó de ser una idea, y no siempre una idea bien mirada. Eso dejaba dos canales de información: la palabra hablada (que incluía todo, desde el cotilleo de la plaza del pueblo hasta la elevada retórica de la tribuna y del pulpito) y las imágenes visuales: la pintura y la escultura. A ello se debe, entonces, el importantísimo papel jugado por el arte didáctico—desde las iluminaciones medievales, pasando por los grandes ciclos de frescos del siglo XVI, hasta los iconos políticos seculares como *El juramento de Horacio* de Jacques-Louis David— en la determinación no sólo del gusto público sino que también de las convicciones sociales y religiosas de las masas. Bajo tales condiciones, obras de arte cuyos mensajes no tienen para nosotros más realidad que un cuento de hadas (pensemos en *La leyenda de Santa Úrsula* de Carpaccio), podían adquirir, para su público, la fuerza de la historia y la urgencia de la revelación. Hacían tangibles y creíbles las leyendas, insertándolas incondicionalmente en las vidas de sus espectadores, imponiendo creencias y alterando así el comportamiento. Ese fue siempre el papel que le correspondió al arte público; y uno de los primeros pasos para comprender a un gran artista público como Gianlorenzo Bernini —ese amplificador en mármol del dogma papal del siglo XVII— es tener conciencia de su absoluta aceptación de la doctrina. No hubo ángulo de refracción entre sus ideas y las de los Papas, de Urbano VIII a Alejandro VII, sus mecenas. Si hubiera habido tal ángulo de refracción, hoy no tendríamos ni Baldacchino ni Plaza de San Pedro.

La avant-garde se originó en otro tipo de mecenazgo y en un clima de expectativas diferente: el triunfo de las clases medias europeas y el advenimiento de la democracia capitalista. Mientras el signo cultural de los anciens régimes había sido la centralización del gusto aceptable, el mercado libre halló su equivalente, en la esfera del mecenazgo, en el salón, forma básica de la presentación de las obras de arte en la Francia del siglo XIX. En lugar de ver la obra de un solo artista, escogida como voz ejemplar por un soberano o un pontífice, uno podía acudir a un salón y descubrir allí una verdadera Babel de imágenes, estilos y modos en competencia. Dentro de ciertos límites, la carga de la opción estética —lo que uno prefería mirar y juzgar como algo superior perteneciente al arte— fue colocada directamente sobre la espalda de quien acudía al salón, carga que nunca llegó a sentirla el feligrés que contemplaba un Juicio Final en su parroquia local. El salón alentaba las comparaciones; la obra encargada, la fe. El público burgués no inventó el salón; el primero de ellos fue abierto a instancias de Colbert y bajo los auspicios de la Académie Royale, en 1667, pero sí creó los permisos en cuyo marco la variedad artística que llegaría a expresar el salón hacia 1820 podía fermentar y nutrir a la vanguardia. Como destaca Hilton Kramer, la idea de que la avant-garde y la burguesía eran

enemigos naturales y empecinados constituye uno de los menos útiles mitos del modernismo.

La relación de la avant-garde con la clase media es enormemente complicada porque, como casi todas las cosas en la cultura moderna, ha sido tan cambiante. El desafío inicial siempre se resolvía en un abrazo, dentro de una misma generación. Es un gran error de la historia, tanto de la del siglo XIX como la del siglo nuestro, insistir en la noción de una avant-garde en permanente guerrilla cultural realizando ataques furtivos a las fortalezas de la clase media. En realidad, eran más bien como una familia, en la cual había conflictos generacionales.

"Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frere", el burgués, blanco y enemigo nominal de la avant-garde, era también su publico principal. Todo el mundo sabe algo acerca de la nube de escándalo e injurias que se precipitó sobre los impresionistas en los años 70 del siglo anterior. ¿Pero quiénes se constituyeron en el público de las obras de Monet y de Renoir? Nadie más sino los hijos de los antiguos escarnecedores burgueses, para quienes esas vistas idílicas y pletóricas de luz se convirtieron en un paisaje de la mente, en un paraíso terrenal. El impresionismo fue creado por la clase media para la clase media, tal como las boiseries del Rococó fueron labradas por artesanos para aristócratas. A su vez, los coleccionistas encantados con el impresionismo se burlaron de los cuadros fauve de Matisse en 1905, cosa que no hicieron sus hijos. Y así siguieron las cosas; el público generalmente estaba a la zaga del arte en una generación, pero no en más, hasta alcanzar el punto, en 1970, en que el público de la clase media finalmente aceptó de una vez para siempre cada aspecto del arte "avanzado", hasta el punto de que la novedad de una obra de arte llegó a ser una de las condiciones para su aceptación. En comparación a los ultrajes que el arte debió sufrir bajo los gobiernos marxistas y nazi, las incomprensiones de las diversas clases medias a partir de la época de Napoleón III, fueron un mero cosquilleo —una negación de favores— a lo más la expresión de un estúpido y burlón gusto pedestre, pero jamás el exilio forzado o el Gulag.

Sin embargo, con todo lo obvia que puede ser actualmente la relación entre la burguesía y el arte de avanzada, no siempre fue así; y, en efecto, el primer empleo "cultural" del término avant-garde (que era un término militar en los manuales estratégicos franceses, significando una partida de avanzada que va delante del grueso de la fuerza e inicia una escaramuza, pero que no juega el papel decisivo en la batalla) fue realizado por el socialista utópico Henri de Saint-Simon, en 1825. En una conversación imaginaria entre un artista y un científico en el libro *Opinions Litteraires* de Saint-Simon, el primero dice que "somos nosotros, los artistas, quienes les serviremos de avant-garde", y reclama para su labor una "función sacerdotal": "El poder de las artes es, en efecto, muy inmediato y muy rápido: cuando deseamos esparcir nuevas ideas entre los hombres, las

inscribimos en mármol o sobre tela". La mayoría de los ciudadanos inteligentes, fueran de derecha o de izquierda, pensaban que el arte podía jugar ese papel. Las ideas de lo que la pintura y la escultura podrían hacer a la gente eran obviamente consideradas como mucho más preponderantes hace 150 años que en la actualidad.

El público del arte moderno fue generado, o precipitado, a partir del público masivo mixto de los salones de mediados del siglo XIX, y el hombre que hizo más para provocarlo —el primer pintor avantgardista representativo, en el pleno sentido de la palabra, que ofrecía tanto novedad como confrontación— fue Gustave Courbet (1819-1877). En Courbet, el amigo de Proudhon (cuya observación de que "la propiedad es robo" sigue siendo un lema indeleble de la imaginación anarquista), aquel socialista comprometido y decidido materialista, la imagen del artista-contra-el-sistema, fue redondeada en todo sentido. Courbet fue el Santo Tomás de la pintura del siglo XIX; no estaba dispuesto a aceptar nada que no se pudiera tocar, que no se pudiera verificar en cuanto hecho físico, en todo su peso, su densidad y encarnación en el mundo. Ciertos aspectos de su arte, sobre los cuales nos deslizamos distraídamente en la actualidad, parecían amenazadores para su público: por ejemplo (para sólo tomar uno entre muchos), su interés en pintar las diferencias de clases precisas de la sociedad rural. Presentaba, así, al público del salón el poco bienvenido hecho de que el campo, lejos de ser un refugio idealizado de las desigualdades de la ciudad, que habían explotado en la Revolución de 1848, podría ser tan explosivo como el propio París, que el proletariado había hecho una metástasis en cuanto a clase y, con su conciencia de clase, se hallaba en todos los rincones de Francia. Fue entonces considerado ora un primitivo, ora un revolucionario, o ambas cosas a la vez, fue visto como "un carpintero o un albañil que, impulsado por su genio innato, decidió un buen día pintar, produciendo de inmediato obras maestras", como escribió sobre él uno de sus amigos en 1851, o también como "un terrible socialista, a la cabeza de una banda de conspiradores".

El propio Courbet disfrutó de esa reputación, particularmente debido a que hacía pareja con su propio egotismo: "Yo soy courbetista, eso es todo", espetó en una ocasión en que se le preguntó a qué escuela pertenecía. "Mi pintura es la única verdadera. Soy el primer y único artista de este siglo. Los otros son aprendices o tontos". Hasta la fecha, ningún artista había adoptado una postura tan firme contra el gusto reinante en su época y ninguno desde Jacques-Louis David había tenido un sentido más acendrado de misión política. Más aún, a diferencia de los grandes artistas de salón que lo antecedieron, Courbet fue capaz de derrochar enormes cantidades de trabajo en una obra destinada a ser imposible de vender, debido a que carecía de un mensaje inmediatamente comprensible a pesar de estar adecuada al tamaño de la pintura histórica oficial: fue su obra maestra, *El estudio de un artista,* de 1855, que él mismo subtituló, "una verdadera alegoría, que anticipa un período de siete años de

mi vida artística". Litros de tinta han corrido en las polémicas en torno del significado de esta "verdadera alegoría". En el proyecto, debía ser el Juicio Final de Courbet una separación de las ovejas y las cabras. A la derecha del artista, ante su caballete, situó a "los activistas" como los llamó, "es decir, amigos, trabajadores, amantes del mundo del arte", que incluían a Proudhon, Baudelaire y el crítico de arte Champfleury; a la izquierda, "el otro mundo de la vida cotidiana, el pueblo, la miseria, la pobreza, la riqueza, los explotados y los explotadores, aquellos que engordan con la muerte". "Entre ellos podían distinguirse algunas figuras alegóricas de estados tocados por las urgencias revolucionarias de 1848, personificados por sus líderes populistas: Hungría por Kossuth, Polonia por Kosciuszko, Italia por Garibaldi, etcétera. El hecho de que Courbet fuera masón puede haber contribuido a algunos de los puntos obscuros de *El estudio.* A pesar de sus grandezas políticas, se trata de uno de los productos más sorprendentes del siglo XIX, y no hay pintura que ofrezca más pie para la discusión en torno a su significado hasta que aparece *La novia desvestida por sus pretendientes,* de Marcel Duchamp.

Todo lo relacionado con Courbet parecía atemorizante y fue caricaturizado acordemente: sus puntos de vista socialistas y amigos de izquierda, su contextura corpulenta, sus manifiestos realistas y, sobre todo, su obra vasta, brillante y carente de idealismo. "¿De qué fabuloso encuentro entre un pavo real?", inquirió Alejandro Dumas, hijo, "y la escoria, de qué antítesis genital, de qué exudación grasosa, puede haberse generado esa cosa llamada M. Gustave Courbet? ¿Bajo qué campana protectora, con la ayuda de qué abono, del resultado de qué mezcla de vino, cerveza, moco corrosivo y exabruptos flatulentos, puede haber crecido este impresionante y velludo calabazo, esa barriga estética, esa imbécil e impotente encarnación del yo mismo?". Ya nadie escribe este tipo de cosas en relación al arte o los artistas, y la razón es muy simple: la pintura contenía posibilidades de amenaza social y disturbio intelectual que ya no posee. El lenguaje usado por Dumas fils es del tipo que emplean las sociedades para castigar a sus malhechores, pero ¿quién, un siglo más tarde (Dumas escribió en 1871), se ocuparía de tratar al arte, ese inocuo depósito de inversiones, esa mera valla contra la inflación, como si pudiera amenazar a alguien? Courbet no inventó para sí la credibilidad social del arte; era su legado de siglos anteriores, en los que siempre, y por antonomasia, había servido a la derecha. Pero si bien él cambió la historia del arte, su efecto sobre la historia de la tensión social es obviable, aunque su obra y su vida iluminan esa historia de mil formas. Las luchas entre la izquierda y la derecha en Francia hasta la muerte de Courbet, en 1877, habrían tenido el mismo resultado si no hubieran sido pintados *El estudio, Los canteros* o *El Funeral en Ornans.* Pues el arte no actúa directamente sobre la política del modo como el ala "comprometida" de la vanguardia, de Courbet en adelante, esperaba que se hiciese. Todo lo

que puede hacer es proveer ejemplos de sentimientos extremos y modelos de disensión, a menos que simplemente desee confirmar el statu quo.

Sin embargo, la idea de una fusión entre el arte radicalizado y la política radicalizada, de un arte como medio directo para la subversión social y la reconstrucción, ha obsesionado a la avant-garde desde los tiempos de Courbet. A primera vista incluso tiene cierta lógica. Al alterar el lenguaje del arte, se afectan los modos de pensamiento; y al cambiar el pensamiento, se cambia la vida. La historia de la vanguardia hasta los años de la década de 1930 estuvo inundada por reiterados y ulteriormente fútiles llamados a la acción revolucionaria y a la renovación moral, todos emanados de la creencia de que la pintura y la escultura seguían siendo las formas predominantes de la comunicación social. Al articular dichos llamados revolucionarios, algunos de los más brillantes talentos de la vanguardia se condenaron a sí mismos a un permanente autoengaño en relación a los límites de su propio arte. Si bien difícilmente altera sus avances estéticos, hace parecer inflada la leyenda sobre sus actos. Uno está acostumbrado a leer cómo los dadaístas, en el Zurich de la primera guerra mundial, alarmaban a los burgueses suizos con sus contorsiones, poemas fonéticos y azarosos collages del Café Voltaire. Pero su impacto real sobre Zurich fue nulo, causando apenas una ola más en su lago, en contraste con la importancia que han adquirido desde entonces en la historia del arte los relieves dadaístas en madera de Jean Arp. Incluso, cuando el Dada fue politizado después de la guerra, su efecto real sobre la política alemana fue igual a cero y su impacto sobre el pensamiento extremista o radical probablemente fue mucho menor de lo que nos quiere hacer creer la leyenda modernista, a pesar de que los dibujos de George Grosz y los collages de Hannah Höch se cuentan entre los más vividos "souvenirs" que nos han quedado de aquel atormentado momento histórico. Cuando uno de los dadaístas, el Oberdada Johannes Baader, intentó convertirse en una figura pública, fue simplemente tratado como un buen chiste. (No estaban los tiempos para payasos santos; cincuenta años más tarde, Joseph Beuys realizó un viraje político-visionario semejante y con enorme éxito.) El único movimiento de vanguardia de nuestro siglo que efectivamente tuvo algún efecto formativo sobre la política —y aun eso es discutible— actuó sobre la derecha, no sobre la izquierda. Fue el futurismo, cuyas ideas y retórica (más que los lienzos pintados por Baila, Severino o Boccioni) anticiparon algo de la mitología del fascismo italiano. El carácter particular del futurismo, tal como fue delineado por Marinetti antes de la primera guerra mundial, entregó el andamiaje retórico para el advenimiento al poder de Mussolini y preparó la escena para su aparición, con su culto a la velocidad, ala potencia del macho, y con su antifeminismo y elogio de la lucha violenta. Pero esto podría sólo significar que el impacto de la tecnología sobre las mentes más febrilmente nacionalistas-románticas de la Italia de entonces produjo desahogos bastan-

te similares en la política y en el arte. El futurismo surtió escaso impacto sobre las masas italianas, fuente del poder de Mussolini; afectó a los intelectuales y a los periodistas, a quienes tal vez dispuso ligeramente en su favor.

En cuanto al destino trágico de la avant-garde en Rusia, ya sabemos que los constructivistas deseaban cambiar su país a través del arte y del diseño, creando no sólo un estilo, sino que un nuevo hombre "racional"; sabemos que en Rusia se daban todas las condiciones bajo las cuales el arte puede ser políticamente efectivo: analfabetismo, carencia de medios de comunicación masivos, fe en iconos, etcétera; también sabemos que los esfuerzos de un núcleo de artistas soberbiamente dotados habían sido totalmente extinguidos por Stalin hacia 1930.

Las vanguardias artísticas se marchitan bajo los regímenes totalitarios, sean de izquierda o de derecha. Los esfuerzos colectivos de Rodchenko, Lissitzky, Tatlin y el resto sólo fueron posibles, podría conjeturarse, porque no se percataban de cómo era en realidad el leninismo totalitario. Los oligarcas, colectivos o individuales, no gustan de la idea de una vanguardia en las artes, porque crea nuevas élites. Como observó Ortega y Gasset, su primer efecto es dividir; separa al público en aquella parte que comprende y en aquella que no. Esa división no necesariamente coincide con líneas políticas, y por tal motivo puede no adecuarse a los estratos de poder existentes. La vanguardia siempre tendió a generar ese tipo de élites, no necesariamente por poder, dinero o influencia social (aunque estos factores juegan su parte), sino que por mera simpatía, por ese proceso que Goethe llamó "afinidades electivas". Pero esas élites no responden a clases sociales. Son sólo grupos de individuos. El arte de excepción es para su público de excepción una suerte de texto sagrado; su oscuridad liga a la camarilla con el artista, tal como los discípulos están ligados al sacerdote. Lentamente va cristalizando una secta. Su naturaleza fue una vez descrita por Paul Valéry, quien escribió acerca de su mentor poético, Stéphane Mallarmé:

> Alguna vez dije a Mallarmé: "Hay aquellos que os culpan, y algunos que os desdeñan. Para los reporteros ha llegado a ser cosa fácil entretener al pueblo a vuestras expensas, mientras vuestros amigos agitan la cabeza. ¿Pero no sabéis acaso, no percibís acaso, que en cada ciudad de Francia un joven se dejaría cortar en pedazos por vuestros versos y vuestra persona? Sois su orgullo, su ocupación, su vicio. Ese joven se aisla de todos en su amor por, y su fe en, vuestra obra, tan difícil de hallar, de comprender y de defender".

Ahora bien, buscar ese público, pensar en ese público como el normal y apropiado para el arte de vanguardia, era en realidad dar un paso atrás respecto del ideal del artista como hombre público, que se había encarnado en la carrera de Courbet. Significaba conver-

tirse en el candidato de los partidarios de la excepción y de lo bizarro, no en el de la mayoría. Si bien los contrincantes de Courbet hallaban misterioso y difícil de calificar al público de Courbet, no negaban que era bastante grande; su cantidad misma los preocupaba. Sin embargo, para hombres tan inteligentes como, digamos, Edouard Manet o Gustave Flaubert, les era difícil imaginarse como la voz de su tiempo. Una de las ramas principales de la avant-garde, surgida en el siglo XIX y afincada en el siglo XX odiaba a las multitudes y a la democracia, deseaba ausentarse del agora política y se sentía con pleno derecho a desenvolverse en el marco de lo que James Joyce llamó "silencio, exilio y sagacidad". El ejemplo sobresaliente de este distanciamiento de las metáforas de la revolución entre los vanguardistas franceses fue Charles Baudelaire, quien apareció inesperadamente en las barricadas de 1848 blandiendo un trabuco de dos cañones —hecho misterioso al menos, considerando los sentimientos violentamente proburgueses que había expresado en panfletos anteriormente dados a luz— para inmediatamente después desconocer sus simpatías republicanas y adscribir las luchas callejeras en París a "la locura de la gente corriente y la locura de las clases medias. El amor natural por el crimen". Más tarde, en lo que constituyó una sorprendente ecuación de la democracia con el pecado y la enfermedad, declaró que "todos nosotros tenemos el espíritu republicano en nuestras venas, así como llevamos la sífilis en nuestros huesos; estamos democratizados y sifilizados". Desde el punto de vista del dandy, el arte estaba por sobre la política y debía estarlo, si verdaderamente deseaba desarrollarse. ¿Podía uno realmente crear algo a partir de la comunión democrática con la propia época?

El realismo de un Flaubert, un Manet, un Degas, indicaba que no, y ello fue en parte decidido por la posición social. Estos hombres eran rentiers, y ni la distancia de la muchedumbre que exigía su obra ni el violento rechazo a la época que tantas veces implicaba, para ni siquiera hablar de la gélida perfección de su compromiso con el matiz, habrían sido posibles sin un ingreso privado. Este tipo de realismo era demostrativo, no didáctico. No pretendía mostrar las cosas como podrían ser —el argumento de todo arte político— sino cómo en realidad eran. Su modelo, a menudo invocado por Flaubert, era el procedimiento objetivo del pensamiento científico, y su fin era producir un arte perfectamente límpido, en el cual pudiera reflejarse el mundo. Hay muchas cosas en común entre el inexorable detalle con que se muestra el hastío y la futilidad de la vida de Emma Bovary, y la detalladamente articulada mezcla de reflejos tras la pálida nana en el cuadro *Bar del Folies-Bergere* de Manet, y en cierto sentido ambas obras apuntan hacia las "objetivas" y moleculares constelaciones de luz reticulada a partir de las cuales Seurat arma sus figuras sobre el puntillado prado de la *Grande Jatte.* Si los orígenes de uno de los aspectos de la avant-garde han de buscarse en Courbet, aquéllos de la otra aparecen en Manet: con indiferencia e ironía, el arte contempla su naturaleza como un lenguaje, sin espe-

ranzas de poder cambiar el mundo. La búsqueda de la perfección formal, y la renovación del lenguaje visual, son suficientes. De 1880 en adelante, gran parte del arte de avanzada sería más gratuito, relativista, irónico y autosuficiente (en el sentido de su indiferencia respecto de los tradicionales objetivos sociales de la pintura y la escultura) que nunca antes. Si la línea que arranca de Courbet incluye al Dada "político", al realismo de la Neue Sachlichkeit, al futurismo, al surrealismo y a la mayor parte del constructivismo ruso, la línea que deviene a partir de Manet incluye las visiones de renovación espiritual o religiosa que obsesionaron al expresionismo, así como a muchas de las pinturas abstractas de Mondrian, Kandinsky y Malevich, pasando por Rothko, los fauves, los cubistas y Marcel Duchamp. También se inscribe en esta corriente la idea misma de que la actividad de la avant-garde era algo "especial", abierto a pequeños círculos de personas que requerían saber bastante acerca de otro tipo de arte para poder apreciar las sutilezas del nuevo. El arte moderno se veía esotérico porque lo era. Para apreciar cómo una pintura cubista de Braque o de Picasso de 1911, por ejemplo, se conectaba con las realidades de la vida moderna, con su acelerado enfoque de múltiples puntos de vista, su juego entre lo sólido y lo transparente, sus tremendas tensiones entre los signos, letras y números, por una parte, y la extrema ambigüedad pictórica por otra, exigía aquel tipo de atención favorablemente dispuesta que muy pocos estaban preparados para dar. Antes de 1880, la idea de que toda obra de arte contiene y apostrofa su propia historia y que esa conversación es parte de su significado, se daba más o menos por sentada como trasfondo de la experiencia estética. Pero con el modernismo pasó a ocupar el primer plano, influyendo sobre la mayor parte de los conceptos en relación a qué constituía y qué no arte moderno. Mientras más privado se tornaba el arte, más aumentaba este aspecto. El arte de avanzada era solitario.

Este cambio es imposible de imaginar sin los permisos y oportunidades intelectuales para practicar la ironía que otorgó a los artistas burgueses una sociedad burguesa. Al alero de tal dispensa, el arte reclamó para sí los mismos derechos de la ciencia, que Flaubert había adoptado como modelo literario: en particular, el derecho a no ser entendido demasiado rápidamente, o por demasiados. La impopularidad y la marginalidad —la "inutilidad"— otorgaron a la nueva obra de arte una oportunidad para desarrollar sus resonancias antes de que encarara toda la tensión de la inspección pública. Como dijo Marcel Duchamp durante una cena que le ofreció un grupo de artistas británicos en la Galería Tate, en 1966: "¡Cuidado con la pintura húmeda!".

A partir de entonces, el arte de vanguardia parece haber perdido su papel "político". Paralelamente, y a pesar de que todavía tenemos mucho arte —uno de cuyos cauces nutre a un mercado aparentemente insaciable, ofreciendo, también, infinitas oportunidades para la discusión, la exégesis y la comparación— la pintura y la es-

cultura han dejado de actuar con la urgencia que alguna vez fue convenida en el contrato modernista. Ellos cambian, pero sus cambios ya no parecen tan importantes como lo eran en 1900, 1930 y todavía en 1960. Cuando uno habla del fin del modernismo —y ya no resulta posible evitar hacerlo, pues la idea de que nos encontraríamos en una cultura "post-modernista" ha sido un lugar común desde mediados de la década pasada en adelante— uno no invoca un repentino término histórico. Las historias no terminan limpia y nítidamente, como un corte hecho en vidrio; más bien se deshilaclian, estiran y se deshacen, como una cuerda. No hubo un año específico en que terminara el Renacimiento; pero terminó, a pesar de que la cultura toda está aún permeada por los remanentes del pensamiento renacentista. Así ocurre también con el modernismo, y todavía más, porque estamos mucho más cerca de él. Sus reflejos aún se contorsionan, sus miembros cercenados están vivos y se crispan, las partes del movimiento están todas allí todavía; pero ya no están conectados ni funcionan como un todo orgánico vivo. Los avances del modernismo seguirán afectando a la cultura durante por lo menos un siglo más, porque fueron grandes, se impusieron y fueron irrefutablemente convincentes. Pero la dinámica del movimiento está perdida y nuestra relación con él se torna arqueológica. Picasso ya no es un contemporáneo, ni una figura paternal; es un remoto antepasado, que puede inspirar admiración pero no oposición. La era de lo moderno ha entrado a la historia, como entró a la historia la era de Pericles.

En retrospectiva, puede apreciarse cómo algunas de las teorías sobre la avant-garde estuvieron embebidas de nostalgia por ella: en los años 50, cuando Harold Rosenberg expuso su idea acerca del expresionismo abstracto, que llamó "Action Painting", lo que en realidad esperaba era dotar a las pinturas con la efectividad de los hechos, de modo de construir un modelo político del arte que hiciera irrelevante para sus fines a la estética o la psicología. Pero la "Action Painting" resultó ser tan quimérica como la idea maoísta de la "revolución perpetua", dado que —con todo lo intensa que fuera la reflexión o espectacular la danza de guerra en el taller mientras se pintaba el lienzo— una obra de arte no es un acto sino una cosa.

Los críticos marxistas tienden a acusar al arte abstracto como una "retirada" del mundo, de una supresión del público y de lo contencioso. Esto constituye, desde luego, una simplificación extrema. No todos los artistas de los 60 rehuyeron la polémica. Hay pocas imágenes sociales más vitriólicas y feroces que los montajes de Edward Kienholz (nacido en 1927). En una obra de Kienholz como *The State Hospital*, de 1966, la imaginería de la violación, la pérdida y el atrapamiento es tan palpable como un muro. El solipsismo de las figuras se ve todavía reforzado por la metáfora de Kienholz del globo fluorescente con tiras cómicas, que surte el efecto de que el maltrecho cuerpo en la litera inferior parece estar so-

ñando sólo con la idéntica miseria del paciente que está en la litera superior.

Sin embargo, sí hubo un distanciamiento de la postura exhortante entre otros artistas, tanto figurativos como abstractos. Hay un abismo de diferencia entre las ambiciones de Courbet y las de un escultor realista norteamericano como George Segal (1924), cuyo objeto no es tanto la sociabilidad humana como la dificultad de establecer cualquier comunicación. Arrebozadas en la forma, teñidas con las características de la crisálida desechada, sus figuras de yeso han salvaguardado su lugar en el borde mismo del modernismo durante la mayor parte de estos últimos veinte años. Al comienzo se las identificó con el Pop, dado que algunas de sus obras tenían un carácter agresivo, urbano, y porque empleaba puntales sacados de la realidad: pilas de latas de aceite, titilantes avisos luminosos de marcas de cerveza, incluso una parte de un carro de ferrocarril subterráneo dado de baja. Hoy en día, sus conexiones con el Pop nos parecen tenues. Son las figuras y su estado de ánimo lo que uno tiende a ver antes que los artefactos que los circundan; y se vinculan con una tradición realista más antigua, muy alejada de la sensibilidad consciente de sí misma y allegada a los medios de comunicación de masas del Pop. Evocan, como dijo Mark Rothko en una ocasión, "turbas inquietas", equivalentes escultóricos de las pinturas de los maestros norteamericanos que representan bares nocturnos y sus figuras expectantes. Las obras de Segal tienen un algo de los años 30, recargadas, entonces como ahora, de una punzante curiosidad erótica. A uno se le hace parte de una perseverante seriedad, de una preocupación moral por los vacíos entre la gente y la circunspección de sus gestos. Las figuras de Segal difícilmente pueden ser identificadas como retratos. Son presencias generalizadas y espectrales, arrebozadas en los pliegues de gasa calcificada (alguna vez hubo una persona en el interior de esas cascaras, de modo que ostentan la pavorosa imparcialidad de los fósiles), con su piel endurecida con gotas y grumos que son residuo del expresionismo abstracto. Aparte de Kienholz, ningún otro escultor norteamericano ha aproximado más su obra a lo teatral. Sin embargo, un sentimiento fuerte no hace un arte fuerte, y los "tableaux" de Segal bien podrían permanecer en la categoría de las curiosidades espectaculares. Sólo por sus cualidades formales de disposición.

¿Es que la futilidad del arte frente a la política torna a la conciencia política —entendiéndose por tal todo el sentido de la existencia social que uno lleva dentro— en algo inaccesible para el arte? Obviamente que no. Sólo se ha derrumbado la pretensión vanguardista de transformar las condiciones objetivas de la vida a través del arte. Pero el hecho de que la pintura puede contemplar un campo más amplio que el de sus propios procesos, produciendo imágenes memorables de ello, no se ha extinguido, y sobrevive con especial pertinencia en la obra de R. B. Kitaj (1932). "A mí me parece", señaló Kitaj en 1976, "por lo menos tan avanzado o radical intentar

un arte social que no hacerlo". Su idea de un arte más social poco tiene que ver con el realismo socialista. Está más cerca de la pintura histórica fragmentada (un intento realizado por Rauschenberg en la década de los 60, aunque fue más disconexo y alusivo). La empresa de Kitaj consiste en contemplar la historia a través del lente de otros medios —libros, fotografías, clips de películas y otras fuentes similares de "materia prima"— combinados en un montaje pintado. La obra responde a un paisaje de sensibilidad límite: la Europa septentrional de los dictadores, en las décadas de 1920 y 1930. Y cuando aparece el Mediterráneo, no se trata del suntuoso paisaje de placer imaginado por Matisse o por Picasso, sino que más bien la atribulada Cataluña o el inmoral ambiente levantino de la Alejandría de Cavafis. Sus héroes, cuyas fantasmales presencias son a menudo invocadas por las pinturas de Kitaj, son los Palinurosas del modernismo: desarraigados trashumantes urbanos, como la pareja de *Where the Railroad leaves the Sea*, de 1964. Kitaj pinta a judíos errantes y a perdedores del juego del poder: Walter Benjamin, León Trotsky, Rosa Luxemburgo. Hay muchas brechas para que entre una nostalgia gratuita a su arte novelesco, y los lienzos pueden resultar tan irritantes como cualquier texto con exceso de notas a pie de página. Pero lo que generalmente salva a la obra de Kitaj de su inherente congestión, es su elegancia visual y sus dibujos virtuosos, excesivamente practicados, que pueden acoger toda una gama de efectos gráficos, desde la parodia caricaturesca hasta el lirismo, recapitulando a su particular modo el impacto de la variedad de las imágenes visuales que fluye de una cultura de reproducción masiva.

Los años 60 y 70 vieron los últimos intentos de la vanguardia por actuar como si el arte realmente afectara a la política. Los artistas "radicales", especialmente en los Estados Unidos, parecían dispuestos a confundir el mundo del arte con el mundo real, ignorando el pasmoso pero realista dictum del dadaísta Tristán Tzara respecto de que la política del arte es una minúscula parodia de la política del poder real. Hubo mucho parloteo sobre huelgas artísticas y coaliciones artísticas extremistas, pero la amenaza de huelga de los hacedores de un producto tan marginal como el arte de vanguardia no pareció intimidar a nadie, especialmente no al establishment, el cual, como ocurre casi siempre, ni se había enterado de la existencia de esos artistas. El engreimiento del mundo del arte había sido tan inflado por el repentino **boom** mercantil de los años 60 que casi cualquier acción de insurrección cultural en su seno podía lograr en cosa de minutos alguna estatura moral. Así ocurrió con el artista minimalista y conceptual Robert Morris, quien en 1970 clausuró una exhibición de sus obras en el Museo Whitney de Nueva York en protesta contra los bombardeos de Camboya, como si Nixon y Kissinger fueran a impresionarse lo bastante con los reclamos de los admiradores de los leños y cajas de Morris como para ordenar la vuelta a sus bases de los B-52. Tal vez el gesto radical más importante de la época fue hecho por una artista neoyorquina llamada Lee Lozano,

quien anunció la puesta en escena de una "pieza" en la cual "gradual pero decididamente voy a evitar estar presente en las funciones o acontecimientos sociales del 'uptown' neoyorquino relacionados con el 'mundo del arte' a fin de practicar la investigación de una revolución pública y personal total". Lo que ocurrió con este Timeo es algo que nadie sabe.

El único artista que sobrevivió a lósanos 70 con una reputación intacta de visionario político fue Joseph Beuys (1921). Escultor, autor de "happenings", gurú y visionario, se convirtió en la figura más influyente del mundo del arte europeo postmodernista. Ello se debió en parte a su magnético y benevolente carácter, que, al igual que el flautista de Hamelín, atrajo a cientos de jóvenes al foro, un foro ofrecido por una institución flotante, financiada por los elevados ingresos que alcanzaban las obras de Beuys, la Universidad Libre Internacional, situada en la ciudad natal del artista, en Dusseldorf. También se debió a su talento publicitario innato, que rivaliza con el de Andy Warhol. Percatándose astutamente de que un artista que desea la atención de los medios de comunicación masivos debe llevar un uniforme y obedecer a un estereotipo, a fin de poder ser identificado como un producto aparte de su obra, Beuys convirtió su sombrero de fieltro gris y su casaca de pescador (que jamás se sacó en público) en una marca registrada tan fácil de reconocer como los visos plateados en la cabellera de Warhol durante sus días en lo que llamaba su "industria Warhol". Beuys es contemplado por la derecha como una demente amalgama de gángster y payaso, por el centro como una buena inversión y por parte de la izquierda estudiantil menos militante como un Mesías. Beuys es, en efecto, el descendiente de aquellos "santones de la inflación" que acudieron en masa al Bauhaus de Weimar, un moderno Johannes Itten, aunque dotado de un firme asidero sobre los mecanismos sociales de la celebridad.

Beuys no se convirtió en artista profesional hasta los cuarenta años y tras haber sobrevivido a una serie de lisiadoras depresiones; en efecto, la tardía conversión de este ex piloto de la Lufwaffe, y la angustia espiritual que la precedió, se han transformado en parte importante de la leyenda que gusta a sus seguidores, que toman su papel de profeta penitente casi tan en serio como si fuera el mismísimo Lutero. Para ellos, los sufrimientos de tiempos de la guerra de Beuys se han colocado al lado de la oreja de Van Gogh en la hagiografía del arte moderno: y particularmente el instante del año 1943 cuando se estrelló con su avión Ju-87 y fue salvado por tribeños nómades tártaros, que envolvieron su herido cuerpo en fieltro y grasa, plantando con ello la semilla del más tarde obsesivo interés de Beuys en el fieltro y la grasa como materiales artísticos, verdaderos emblemas de duración y magia.

Como artista político, Beuys optó por una vaguedad global y metafórica; su obra, en la práctica, está exenta de ideología. En esencia, su respuesta a la incapacidad del arte para transformar a la

sociedad de manera directa fue extender la palabra "artista" por sobre todos los individuos —a fin de que el arte fuera cualquier tipo de existencia o acción, más que un quehacer específico— para, acto seguido, designar a toda la trama social, a la política y todo lo demás, como "escultura social". Dado que bajo el clima intelectual actualmente vigente en Alemania es bastante difícil rascarse la nariz sin que alguien diga que se trata de un acto político, las expresiones de todas esas recién designadas partes de la "escultura social" inmediatamente fueron acreditadas como potencialmente revolucionarias. No es difícil percibir las raíces expresionistas de Beuys. Su producto es la celebridad como Luftmensch* político, capaz de desenvolver inofensivas generalizaciones utópicas respecto de una renovación social a través de la creatividad universal. Beuys es el Duchamp de los engagés, posición que se autoarrogó formalmente en 1964 al exhibir una pancarta por la TV alemana que rezaba: "El silencio de Marcel Duchamp es sobreestimado". "Pienso que el arte constituye una metáfora básica para todas las libertades sociales", declara Beuys, "pero no debiera ser sólo una metáfora; debiera ser un medio verdadero, cotidiano, para ir y transformar los campos de poder de la sociedad".

Las esculturas de Beuys (no la ilusoria "escultura social", sino que las cosas exhibidas y vendidas en las galerías) están tan empapadas en su mito personal que parecen igualmente buenas a sus devotos, como debe suceder con toda reliquia. Para los menos comprometidos, son muy disparejas; pero Beuys posee brillo para emplear objetos lacónicos, bastos, arenosos y abandonados de modo de sugerir un sentido trágico de la historia. Un ejemplo al caso es su pavoroso relicario de Auschwitz, cuyo impacto deriva —como podría ocurrir en el caso de una imagen expresionista— de la tortuosidad: no es más que un conjunto de objetos en una caja de vidrio, bloques de grasa sobre una cocinilla eléctrica estropeada, salchichas enmohetiuds, una rata momificada en una caja llena de paja, parodiando al Cristo niño en el pesebre, un grabado del campo de concentración con sus edificios seriados, el dibujo de un niño. La cualidad estricta, "no-artística", de los objetos hallados por Beuys es ulteriormente convincente; son como imágenes de un documental histórico.

Muchas de sus obras mayores ocupan un terreno intermedio entre la amenaza y el humor: su enjambre de trineos de supervivencia —dotados cada uno de una frazada, una linterna y una ración de grasa "comestible"— que se precipita fuera de un viejo furgón Volkswagen; o su piano recubierto de fieltro, silencioso y perpetuamente arrebozado, que proyecta la imagen de un destartalado elefante con dos cruces rojas cosidas a mano sobre su pellejo. Su obsesión con el chamanismo y la invocación de animales totémicos —liebre, abeja, venado y otros similares, trazados despreocupadamente en infinita cantidad de dibujos, vaciados en cera y rasguñados sobre

* Hombre de aire.

pizarra— tiene mucho mas que ver con el panteísmo de los románticos septentrionales de comienzos del siglo XX, como Klee o Franz Marc, que son la verdadera antropología, a pesar de la insistencia de Beuys en la necesidad de un arte "antropológico", que podría conferir a las acciones humanas cotidianas el carácter de un ritual. La más recordada de las imágnes en que representaba su creencia en la especial relación entre el artista-como-un-chamán y el-animal-como-totem fue su happening de 1965, titulado *Cómo explicar imágenes a una liebre muerta,* en que apareció con su cabeza recubierta de miel, una plancha de hierro amarrada a uno de sus pies y musitando algo inaudible al cadáver de una liebre que mantuvo amorosamente ceñida por espacio de tres horas.

Estos rituales chamánico-bufos, estos despliegues de leños y grasa, huesos y óxido, sangre (o prietas), fieltro rugoso, barro, oro, varas mágicas y animales muertos, buscan encarnar un estado de conciencia pre-civilizado. Son una nueva extensión del proceso que se inició en el arte moderno cuando Gauguin y Munch copiaron la momia incásica de la Feria Mundial de París, o cuando Picasso colocó máscaras africanas sobre los rostros de Les Demoiselles d'Avignon. Pero sugieren, como jamás lo hicieron los usos "primitivos" de aquellos objetos, que es inminente un retorno al barbarismo, que Europa caerá y que sus políticos volverán a la magia. He allí las causas de la popularidad del arte de Beuys entre los jóvenes románticos. Ofrece la deliciosa frisson de la imaginería telúrica y racial a personas que viven en un alto nivel de desarrollo material. En Alemania, la sola idea de un arte basado en los primitivos orígenes teutónicos se ha visto fatalmente contaminada durante los últimos cuarenta años por las fantasías nazis. Uno de los efectos perdurables del nazismo sobre la Alemania de postguerra y sus artistas fue convertir la tradición romántica alemana —e incluso algunas áreas del expresionismo de nuestro siglo— en algo virtualmente inmencionable. Joseph Beuys fue el primer artista germano de después de 1945 que osó desplazarse por sus áreas más völkisch* —algunas todavía demasiado anatemizadas para ser tocadas— a fin de armar a partir de algunos de sus elementos un arte de obstinada idiosincrasia personal. Como inventor de memorables imágenes y fabricante de contextos para las mismas, Beuys no halla rivales en Europa. También él es una figura emblemática, característica del dilema del modernismo tardío: un crítico social cuya obra es considerada un importante bien cultural por el gobierno federal alemán, y que es coleccionada por un banquero de cada tres de la Bundesrepublik.

Uno de los hechos ineludibles de los años 1970, y que nadie podría haber previsto en 1920, ni siquiera en 1930, fue el modo en que el significado de todas las actividades de la vanguardia artística —políticamente orientadas o no, socialmente enfocadas o no— iban a ser engullidas por el mercado. No hace veinticinco años, uno podía pasar una tarde completa en un museo sin jamás preguntarse cuánto podría costar lo que allí se exponía. El precio no era rele-

vante para la experiencia de la obra. El precio y el valor eran dos cosas totalmente diferentes; la primera no interesaba, la segunda sí. Pero a mediados de los años 60 hubo una vuelta de tuerca, causada por los "merchands", y, especialmente, por las casas de remate, las cuales —encabezadas por Sotheby— comenzaron a emplear técnicas de mercadeo más agresivas. Primero hubo un goteo, en seguida un chorro y finalmente una inundación de propaganda sobre las ventajas de las inversiones en obras de arte. El precio de una obra de arte se convirtió así en una de sus funciones. Redefinió la obra, cuya nueva tarea era simplemente colgar del muro y tornarse más cara. Hacia fines de la década de los 70, se llegó al punto de que cualquier cosa que pudiera ser mirada como una obra de arte —aunque estuviera distante de serlo— era antes que nada estimada, no por su capacidad de comunicar un significado, o su empleo como prueba histórica, o su capacidad para generar placer estético, sino por su convertibilidad en dinero contante y sonante.

Hacia mediados de 1980, tres pinturas de Jackson Pollock habían sido vendidas —a Australia, la National Gallery de Washington, y el Sha de Irán— por un total de seis millones de dólares; el precio de Mujer, de De Kooning, pintada a comienzos de los 50, alcanzó al millón de dólares. Un mediocre Picasso de 1923 logró tres millones de dólares; alguien también había pagado 750 mil dólares por una pintura de Man Ray de los labios de Kiki de Montparnase que flotaban, como un plato volador, sobre el cielo; mientras, uno de los paisajes de Arles de Van Gogh, *El jardín del poeta,* había alcanzado los 5.2 millones en Nueva York, convirtiéndose, así, en la tercera pintura más cara vendida en un remate de aquella época (el primero fue *Juliet y su doncella* de Turner, vendido en 6.4 millones, y el segundo, *Juan de Pareja* de Velásquez). Sería ingenuo presumir que tales precios no afectan el modo como la gente contempla al arte. El ciego y gratuito espectáculo de tan altos ingresos fue inexorablemente impuesto al significado del arte. Dado que el precio confirmaba el "valor", ya no habría conflicto, ni siquiera tensiones, entre el arte heroico —arte opuesto al status, partidario de una conciencia no mediatizada e intransigente y que expresaba momentos de profunda disensión e iluminación, como el de Van Gogh o el de Pollock— y el arte socialmente aceptable; el fetiche del precio fusionó ambos en un nivel compartido de espectáculo y amenidad. Mientras las obras de arte anteriormente habían sido como extraños con los que uno podía conversar y llegar a un paulatino conocimiento mutuo, ahora asumían el carácter de estrellas del cine con el museo por limusina. En consecuencia, es casi imposible, y pronto lo será completamente, que alguien contemple un cuadro cubista de Braque, o un Rothko, o un collage de Lissitzky, sin ser hondamente afectado por la conciencia de que el precio de tales cosas es disparatadamente elevado (cosa que puede deplorarse o celebrarse, dependiendo de lo que uno estime es la función del arte) y que esto, de algún modo bastante crucial, las ha alejado de la experiencia normal. In-

cluso las convenciones sobre apreciación del arte se convierten, vis-a-vis de la espiral del mercado, en un lenguaje muerto, análogo al de la publicidad, produciendo el mismo tipo de sumisa reverencia en una cultura brutalizada por deseos imposibles de satisfacer.

La espiral de precios condujo a la desazonadora paradoja de que las obras de arte, alguna vez diseñadas para estar al margen de la esfera de lujo de la burguesía con el fin de desplegar su inexorable resistencia contra los valores capitalistas, se convirtieran en los objetos más ansiosamente buscados y mejor pagados. Un espectacular ejemplo del caso fue la persecución del constructivismo ruso en los años 70; aquí el mercado hasta inventó el significado de las obras. Para muchos artistas vivos, el constructivismo seguía siendo un noble ejemplo de una desinteresada formación de imágenes de vanguardia, precisamente porque sus motivos eran incuestionables, incorruptos e históricamente puros. Su respeto por esas obras contribuyó a conferirles status a los ojos de los coleccionistas, que fueron tras ellas como los colonizadores tras las riquezas africanas cien años antes. "Muera el arte, aquellos relucientes parches sobre la vida falta de talentos de los hombres ricos", había exclamado Rodchenko. Pero en eso exactamente se estaban convirtiendo las reliquias del constructivismo, en la medida en que esas obras de arte "de 5 kopecs", como las había llamado el comisario de Educación de Lenin, Lunacharsky, comenzaron a recaudar decenas y luego centenares de miles de dólares en las salas de ventas. Uno de los ejemplos más sorprendentes de este nuevo fetichismo lo entregó Joseph Beuys en 1977, cuando un objeto de una de sus obras —una bañera infantil sobre un estrado, toda punteada con trocillos de una masa pegajosa fue erróneamente empleada para enfriar cerveza durante una celebración en el museo donde se hallaba guardada. La bañera no resultó en absoluto dañada, pero el propietario demandó al museo y recibió 94 mil dólares por daños y perjuicios, veredicto que Beuys recibió alborozado como victoria sobre el "egoísmo explotador" de los bebedores de cerveza. No cabe duda, algo ocurrió a la vanguardia en el medio siglo transcurrido desde que Duchamp propuso usar en Rembrandt como tabla de planchar.

Los años posteriores a 1965 vieron el eclipse de los movimientos artísticos. La misma palabra "movimiento" se había convertido en divisa de curadores de museos para las generalizaciones (la idea de la "corriente central", el inevitable curso de la historia, siguió obsesionando a los vanguardistas durante los últimos años del movimiento), aunque siguió siendo útil como artimaña de los comerciantes para aguijonear al mercado, ya que prestaba al nuevo arte que iba surgiendo un peso pseudohistórico. Después del Pop era necesario encontrar como fuera un nuevo movimiento. La dialéctica de lo moderno se fue haciendo indistinta de la estética de Detroit en los grandes días de la industria del automóvil: dinámica de la obsolescencia, un nuevo paquete de estilos cada año. El nuevo arte que resultó de todo esto, en ocasiones contenía nostálgicas evocaciones de

esperanzas modernistas más antiguas y más honestas. Así, buena parte de la retórica que rodeó el mecanizado arte cinético de los años 60 fue sólo una reedición de los manifiestos utópicos que vieron la luz en Alemania y Rusia en la década del 20. El cinetismo, le decían a uno, suplantaría a la mayor parte de las restantes actividades artísticas. Especialmente, lanzaría a la pintura de caballete al cementerio de elefantes de la historia. Si una escultura se movía y podía ser programada, involucraría a sus espectadores en un campo que se proyectaba más allá de las obtusas coordenadas de alto, ancho y largo, las tres dimensiones convencionales de la experiencia artística. Al desplegarse en una cuarta dimensión, el tiempo forjaría un vínculo entre la tecnología y el arte, confiriendo nueva urgencia a la propia percepción de las imágenes, envolviendo al espectador en una matriz en lugar de dejarlo a ella o él fuera del marco. Todo eso ocurriría en el futuro. Lo que podía ofrecer el presente eran lustrosos y pequeños juguetes creados por artistas como Julio Le Parc y Nicolás Schöffer, que zumbaban y revoloteaban como batidores de huevos saturados en anfetamina, hasta que llegaba el momento en que fallaban y se convertían en versiones tipo Hammacher Schlemmer del constructivismo ruso. Tales rudimentos de utopía estaban destinados a ser admirados no tanto por lo que eran, sino por lo que podrían llegar a ser con el paso del tiempo, con lo cual se implicaba que si uno no creía en el poder del nuevo arte para desarrollarse de acuerdo a líneas científicas "racionales", uno pertenecía a la clase de gente que no sólo se burlaba de Cezanne sino que también de Wilbur y Orville Wright.

Actualmente parece claro que el arte no imita los procesos del descubrimiento científico o del desarrollo tecnológico. Las obras de arte no se desplazan unas a otras, así como los transistores desplazaron a los tubos catódicos. No hay una sola línea histórica. Picasso, pintando *Les Demoiselles,* era un perfecto contemporáneo de Monet, pintando los nenúfares de Giverny. ¿Y quién puede ahora decir cuál de los dos fue un artista más "moderno"? Alrededor de 1970, el sentido del pluralismo cultural había crecido tanto que simplemente disolvió la idea de la dialéctica lineal del nuevo arte, aquel sentido de la historia que se desplegaba a lo largo de una línea trazada entre la primera profecía y el milenio imaginado, y que dio pie a tanta prédica esperanzada de la avant-garde.

Dada la presión del mercado, y dada la disolución del viejo sentido de comunidad, cuya expresión era el movimiento artístico, ¿qué podía hacer al respecto un artista vanguardista de los años 70? En la práctica, bastante poco. Dado que las obras de arte eran consumidas tanto por sus antecedentes radicales como por su estatura histórica, el único objeto que se podía declarar a sí mismo libre de contaminación, era la obra de arte fallida. Así, el problema dio nacimiento a una interrogante: ¿Cómo puedo convertirme en una estrella que no se consuma? Mucho ingenio se gastó en los intentos por responderla y el guía aceptado fue Marcel Duchamp. En la década

de los 60, Duchamp había adquirido la estatura que Picasso tuvo en la de los 40. Pero había una importante diferencia, dado que Picasso era el prototipo del modernista "heroico", enfrentado a todas las sensaciones que el mundo puede ofrecer y transformándolas con energía gargantuesca, imponiéndose a sí mismo a la vida con la potencia de un Rubens; Duchamp, por otra parte, fue un poeta de la entropía. Cada proposición que hizo (a excepción de la *de Le Grande Verre,* que era demasiado sorprendente) parecía liberadora, mientras que el efecto de la obra de Picasso fue el de cerrar las tradiciones con el acto de reinventarlas. Duchamp abrió un área pequeña pero decisiva de libertad, en la cual fueron admitidos vastos grupos de artistas jóvenes. La libertad era totalmente gratuita. No buscaba imponer nada sobre el mundo, como lo buscaba Picasso. Era la libertad disfrutada por el dandy: el derecho de hacer un gesto perfecto tan pequeño como se quisiera. Duchamp inventó una categoría que llamó infra-mince, sub-ínfimo; se ocupa, por ejemplo, de la diferencia de peso entre una camisa limpia y esa misma camisa una vez que ha sido usada. Infra-mince era el peso de una pequeña ampolla de vidrio llena de aire parisino que guardaba Duchamp. El artista había propuesto la construcción de "un transformador para el aprovechamiento de pequeñas energías dilapidadas", como un gorjeo, o la expulsión del cuerpo del humo de cigarrillo. En cierto sentido, ocuparse con tales insignificancias es dandismo puro, garabatear, apenas un modo de ocupar el tiempo, sólo más privado que caminar por las calles. Pero en otro sentido reclama un propósito crítico. Dice, en efecto: el arte, en el contexto más amplio de las cosas, es muy insignificante, y uno lo hace sólo para pensar algo más claramente. No hay otra razón posible. Nadie, o nadie inteligente (en la perspectiva implícita de Duchamp) puede presumir de cambiar a la sociedad a través del arte. Por tal motivo fue que Beuys atacó el silencio de Duchamp como exageradamente ponderado, aunque tal vez no lo fuera más que el ruido del propio Beuys.

El culto del infra-mince ayudó a estimular una reacción general contra lo que se había convertido en el arte modernista estándar de los museos norteamericanos: la gran tela perfectamente pintada, opulentamente coloreada y que se consideraba como "post-pictórica". En su lugar se propuso un arte tan pequeño, tan insignificante, en efecto, que uno apenas podía saber si estaba allí. Así, encontramos entonces las esculturas de artistas como Richard Tuttle, que podían consistir de un trapo grisáceo o un trozo de alambre doblado. Tuttle fue seleccionado para representar a los Estados Unidos en la Bienal de Venecia de 1976, y presentó una varilla del largo de un lápiz y un grosor de dos centímetros, cortada de un madero normalizado de una pulgada, sin pintar y colgado en solitaria magnificencia sobre el muro del pabellón norteamericano.

Pero, incluso gestos reductivos como éste —al lado del cual los muy abominados ladrillos de Carl André en la Tate Gallery parecen

casi obras de Bernini por su tamaño— no fueron suficiente para algunos artistas. En la búsqueda de una pureza inviolable era necesario que la obra de arte en cuanto tal desapareciera, se despedazara y se deshiciera de su "carácter de objeto" y emergiera como "idea". El resultado fue el arte conceptual, con sus listas, proposiciones y catálogos de pequeñas acciones gratuitas, y sus arbitrarias e hipotrofiadas reflexiones sobre fenómenos carentes de toda importancia. Sus ancestros se retrotraen hasta la *Caja Verde* de Duchamp y dos de sus posibles padres fueron el artista francés Ives Klein (1928-1962), que una vez realizó una muestra en París consistente en una galería vacía, y el italiano Piero Manzoni (1933-1963), entre cuyas travesuras se contó la edición de una serie de pequeños tarritos, cada uno de los cuales contenía treinta gramos de fecas del artista: un comentario sobre el culto a la personalidad en el mercado del arte occidental cuya concisión difícilmente será superada. Pero la mayor parte del arte conceptual posterior carecía del carácter epigramático de tales gestos. Luego, Douglas Huebler anunció en 1971 el lanzamiento de su *Pieza Variable N° 70 (En proceso) Global,* cuyo proyecto era "solamente documentar, durante el resto de la vida del artista y hasta el límite de su capacidad, la existencia de todos los individuos, a fin de producir la más inclusiva y auténtica representación de la especie humana. . . Las ediciones de esta obra serán periódicamente publicadas en una variedad de modelos: 100.000 personas', '1.000.000 de personas', '10.000.000 de personas', etc." (¿Estará Huebler todavía trabajando en su obra de arte después de tantos años?, habrá uno de preguntarse. ¿En qué momento expira un hombre sobre sus limitaciones taxonómicas?) En una vena similar, la artista alemana Hanne Darboven cubrió miles de hojas de papel al año con oscuras sumas, escribiendo números —"einszweidrevierfünfsechssiebenachtneuenzehnellzwölf"— y copiando frases, una y otra vez, en una suerte de trance autista. Las obras fueron debidamente elogiadas por los coleccionistas y los críticos, especialmente por su caligrafía. Este anodino procedimiento fue descrito en los siguientes términos por la artista: "Yo escribo, pero no describo. Tomemos un ejemplo trivial, la fecha 1 de enero de este año. Escribo, como a menudo hacemos, 1.1.78. Saquemos los puntos y tendremos 1+1+7+8= 17. Si lo escribo de una tirada, tendré "diecisiete". . . Pienso que por esta vía uno puede alcanzar. . . una visualización del flujo del tiempo". Desde luego un reloj lo visualizaría mejor, pero el movimiento de sus agujillas no podría ser adquirido por los coleccionistas.

Una alternativa para proliferaciones así carentes de sentido fue un estrechamiento igualmente carente de sentido. El artista francés Daniel Burén comenzó a defender la postura de que "todo arte es reaccionario", y que el artista en cuanto tal sólo es el empresarial intérprete de las fantasías de otra gente: "El es hermoso para otros, talentoso para otros, ingenioso para otros, constituye un modo desdeñoso o superior de considerar a los otros", exclamó Burén en un

rapto de égalité en 1967. Su solución fue exhibir, al interior del Salón de Mai de 1968, sobre doscientos carteles repartidos por todo París y también sobre las espaldas de un hombre-sandwich que se paseaba al exterior de la galería, pequeños trozos de tela con franjas blancas y verdes, que para el ojo no iniciado parecían simple y vulgar lona. No tenía ningún contenido y no podría interpretarse como elitista. "Tal vez la única cosa que se puede hacer tras haber visto una tela como la nuestra", dijo Burén con modestia a un entrevistador, "es la revolución total". Y los disturbios de mayo de 1968 efectivamente estallaron poco después, aunque no se puede estar seguro de cuál papel —si es que hubo tal papel— pueden haber jugado los trocitos de tela de Burén en provocarlos. Dado que desde entonces ha exhibido telillas semejantes en los museos del mundo y en los festivales artísticos desde Kassel a Sidney, sin causar ningún revuelo y mucho menos una revolución, puede inferirse que no fueron el factor decisivo.

La oscuridad de la mayor parte del arte conceptual fue hecha todavía más impenetrable por la jerga en que fue envuelta. "Suponiendo", comenzaba diciendo un fragmento publicado en *Art-Language,* un periódico conceptual de los años 70, "que uno de los individuos cuasi-sintácticos es miembro del set provisional ontológico apropiado —de un modo histórico, no sólo de un modo apriorístico (es decir, es histórico); entonces, una concatenación del individuo nominal y del set ontológico en *Teorías de Etica* (de acuerdo con la 'definición'). . ." Uno podría pensar que este tipo de plancha de caldera podría proteger a cualquier movimiento contra los mimos de los coleccionistas; pero se equivocaría. El arte conceptual encontró compradores ansiosos, especialmente en Alemania y los Estados Unidos, y esas fotocopias y pilas de borrosas fotografías "informativas" pronto alcanzaron precios bastante increíbles. Como admitió tristemente Lucy Lippard, una importante crítico radical de los años 70: "Las esperanzas de que el arte conceptual podría ser capaz de soslayar la generalizada comercialización, el destructivamente 'progresista' enfoque del modernismo, se vieron pronto frustradas. . . Sean cuales sean las revoluciones menores en las comunicaciones que se suscitaron gracias al proceso de desmaterializar el objeto de arte, el arte y los artistas siguen siendo lujos en una sociedad capitalista".

La fuerza de la verdad quedó en evidencia en 1977, con ocasión de la "Documenta 6" de Kassel, donde se expuso una escultura del artista norteamericano Walter de Maria. Era una perforación en el suelo de un kilómetro de profundidad, dentro de la cual se insertó una vara de bronce de un kilómetro de largo. La perforación fue enseguida sellada con una plancha metálica. Ese objeto invisible —pocas obras de arte han exigido semejante acto de fe en su existencia, que es el motivo por el cual la publicidad fue parte esencial de *Kilómetro Vertical*— costó alrededor de un tercio de millón de dólares para su confección. Ese costo fue cubierto por una fundación

norteamericana exenta de impuestos, creada por una de las ramas de una familia de Houston, extremadamente rica, cuya fortuna proviene, en parte, de la manufactura y arriendo de equipos para la prospección petrolera. Una de sus perforadoras fue empleada para cavar el hoyo en Kassel. De este modo, la escultura representaba un circuito cerrado, un sistema perfecto. Un excedente económico extraído de la tierra en Texas fue devuelto a la tierra en Alemania con ayuda del mismo equipo mecánico; la obra de arte, protegida bajo el manto de su dandificada futilidad, fue hecha tan inaccesible al ojo humano como lo había sido el petróleo; el costo fue cubierto, a fin de cuentas, por los contribuyentes estadounidenses. La respuesta inmediata a las críticas de tales eventos es comparar su costo con el gasto militar. ¿Qué pueden importar 0.3 millón o 1 millón o 5 millones de dólares al lado del costo de un F-14 o de un misil Lance? Tal vez no mucho, en términos económicos reales. Pero por otra parte a uno le gustaría acceder a una grabación del artista explicando a un grupo de camboyanos por qué en ocasiones es culturalmente preferible gastar 0.3 millón de dólares para cavar un hoyo en el suelo en lugar de donarlo en arroz o antibióticos: esa grabación bien podría colocarse, en un happening, al lado de la explicación que daba Beuys sobre sus propias pinturas a una liebre muerta.

Tal como alguna vez se esperó que la avant-garde actuara como ejemplo moral para aquellos que la podían seguir, por virtud de su precisión y honestidad en relación a la experiencia y su disposición a embarcarse en lo difícil, así las extravagancias como *el Kilómetro Vertical* de De María tienden a trivializar la experiencia del arte, al actuar como epigramas del derroche. No es la cantidad derrochada, sino que la actitud dilapidadora, lo que se torna simbólico. Pero esa situación no podría haberse suscitado sin las leyes tributarias norteamericanas, las que, en su benevolencia hacia las artes visuales, han creado la estructura institucional más grande y más poderosa que el arte viviente jamás haya tenido a su disposición dentro de su propia cultura (con la posible excepción de la Roma del siglo XVII y el Egipto de los faraones), destruyendo así el status de "marginal" de aquello que solía ser la vanguardia. El modernismo es ahora nuestra cultura oficial y no tenemos otra. La indicación más vivida de este fenómeno es el museo norteamericano.

Durante el último medio siglo, el museo ha suplantado a la iglesia como foco principal del orgullo cívico de las ciudades norteamericanas. (Paralelamente, las iglesias de Europa estuvieron muy ocupadas convirtiéndose en museos con el fin de su supervivencia.) La forma básica del despliegue social virtuoso de los norteamericanos de comienzos del siglo XIX fue el otorgamiento del diezmo a las iglesias y el apoyo prestado a las obras filantrópicas de las instituciones religiosas. Pero los últimos decenios del siglo pasado vieron surgir, en Norteamérica y muchas otras partes, una intensa fe en los poderes reformadores y refinadores del arte, que constituyó, en sí, una de las raíces primarias del advenimiento de la avant-garde. Las pin-

turas (en especial los paisajes), fueron concebidas como vehículos de instrucción moral, y el museo, al reunirías, cumplía una de las funciones asociadas a un lugar de reunión religioso. El arte conquistaría al provincialismo norteamericano, suavizaría su brutalidad de país joven, refinaría su materialismo de bucaneros y repuliría los cantos del nuevo capitalismo. La idea de un ascenso social a través del arte tocó una cuerda sensible de los ricos norteamericanos, que procedieron a verter millón tras millón de dólares en la construcción y alhajamiento de museos y la obtención de colecciones que a la larga los llenarían. Los ricos también consiguieron que el Congreso redactara las leyes que hacían descontables de los impuestos las donaciones a los museos, cosa que no ocurre ni en Alemania ni en Inglaterra ni en Francia.

Al proceder de este modo, pusieron en movimiento un formidable sistema de mecenazgo cultural. En esa época, casi todos los museos europeos eran administrados y financiados por el estado; pero en los Estados Unidos, el control siguió siendo privado. Ello implicó que la agresividad y movilidad del capitalismo norteamericano entraron a competir con las parsimoniosas burocracias culturales de Europa. Los sabihondos proceres de la Norteamérica eduardiana —los Frick, Mellon, Carnegie, Kress y Morgan— habían amasado monumentos del arte del pasado y los habían alojado en templetes griegos destinados a museos de bellas artes o en palacios renacentistas levantados con el mismo fin. Esos museos no eran esencialmente diferentes a los europeos en su política y actitud; pero el gran cambio sobrevino en 1929, año en que se fundó el Museo de Arte Moderno (Moma) de Nueva York.

Hasta entonces, las palabras "museo" y "arte moderno" habían parecido incompatibles para la mayor parte de las personas. "Los museos son sólo un montón de mentiras", había dicho Picasso. "Trabajen para la vida", había exhortado Rodchenko a sus compañeros constructivistas, "y no para los palacios, templos, cementerios y museos". La invectiva futurista contra los museos fue la que más se grabó en la vasta opinión pública: " ¡Vamos. Prended fuego a los estantes de las bibliotecas! ¡Desviad el cauce de los canales e inundad los museos!". Ningún museo europeo estaba dedicado a coleccionar arte moderno de un modo sistemático. La idea de una lucha a muerte entre lo antiguo y lo nuevo estaba todavía demasiado vigorosamente implantada en las mentes de sus directores, síndicos y directorios. Pero para un círculo de iluminados coleccionistas de Nueva York ese no parecía ser el caso; y el director que nombraron para encabezar el incipiente museo, Alfred Barr, recogió con entusiasmo el desafío del reconocimiento institucional de lo nuevo. El trabajo de Barr tenía el aspecto de una cruzada. En 1938 escribió:

> "Algunos de los más jóvenes de entre nosotros acababan de dejar la universidad, cuyos cursos de arte moderno comenzaban

> por Rubens y concluían con un par de hostiles observaciones sobre Van Gogh y Matisse. . . Otros de entre nosotros, surgidos de las escuelas de arquitectura, habían iniciado sus estudios realizando gigantescos dibujos de capiteles dóricos. . . No debe sorprendernos entonces, que los norteamericanos jóvenes comenzaran a dirigir su vista hacia el Bauhaus en su calidad de única escuela en el mundo donde se enfrentaban los modernos problemas del diseño en forma realista y en una atmósfera moderna".

Barr estaba decidido a presentar al modernismo no como algo extravagante o como a un enemigo de le beau et le bien, sino que como un hecho histórico consumado: la cultura de su tiempo. La colección, en consecuencia, sería ecuménica, regida sin especiales consideraciones de orgullo nacional o de línea ideológica. También intentaría mostrar —o al menos no intentaría ocultar o escatimar— el hecho de las profundas conexiones entre el arte moderno y la pintura y escultura de los siglos precedentes: conexiones que las ramas más ruidosas de la avant-garde a menudo habían intentado negar, en orden a aparecer más radicales de lo que en realidad eran.

El museo sería imparcial, en teoría, excepto en el aspecto calidad y significado histórico. Picabia alguna vez caricaturizó a Cezanne como un mono, pero Barr deseaba los mejores cuadros de Picabia y los mejores cuadros de Cezanne. Había profundas diferencias entre el panteísmo de Van Gogh y el materialismo de Gabo, pero ambos estarían en el museo. De Chirico y los surrealistas terminaron odiándose mutuamente, pero a los ojos del Moma ambos eran hechos culturales. El nuevo panteón lo deseaba todo. . . y su contrario. Intentó así diluir las tensiones de todos los momentos de las luchas intestinas de la vanguardia al convertirlos en históricos. La objetividad más que parcialidad era su ideal —aunque las energías partidistas del Moma fueron profundamente absorbidas en la promoción del modernismo como totalidad. A esas alturas el modernismo, y con él la idea de la vanguardia, entró en un presente histórico continuo, en el cual se resolvieron —al menos en teoría— la mayor parte de las lides ideológicas y diferencias de opinión expresadas a través del arte. Para ello sirvió un factor común: la calidad del producto. De ahora en adelante, el modernismo tendería a parecer noble y ejemplar más que tenso y problemático. La avant-garde ya no necesitaría luchar contra la Academia: se había convertido en Academia. A fines de los años 70 fue construido en Washington un símbolo vivo de este cambio: el diseño de I. M. Pei del ala oriental de la National Gallery, que costó algo más de cien millones de dólares, sólo una tercera parte del costo de un submarino nuclear, para verlo desde otra perspectiva, pero más del doble del producto nacional bruto de algunos países africanos, para agregar todavía una perspectiva más. En su enorme nave, poblada por sólo media docena de obras de Calder, Miró, David Smith y otros (los paneles de exhibición

principales están en los rincones), el público puede deambular libremente y disfrutar de la sensación de hallarse en la catedral del arte, sin estar obligado a rezar. Si alguna vez se construyó un edificio museológico cuya función principal es alabar su propia estatura como institución, es éste.

A mediados de la década de los 60, el museo era ya el habitat natural del arte de "vanguardia", y éste adoptó algunos nuevos rasgos de ese entorno. El museo estaba tan ansioso de propagar lo nuevo, que se convirtió en cómplice del artista, en un socio casi igualitario, ofreciendo un conjunto de permisos que el arte jamás antes había logrado, y jamás siquiera se había molestado en solicitar. Así ocurrió con, entre otras obras, la de Carl André, el escultor minimalista. La diferencia esencial entre una escultura como Equivalent VIII de André, de 1978, y cualquiera que hubiera existido en el pasado, es que el arreglo de ladrillos de André depende no sólo en parte, sino que completamente, de su contexto, que es el museo. Un Rodin en un estacionamiento sigue siendo un Rodin mal ubicado; los ladrillos de André en el mismo lugar, sólo pueden ser una pila de ladrillos. Sólo el museo entrega la etiqueta que los identifica como arte, insertando los ladrillos en el debate formal en torno de los contextos, que permite a un montón de material visualmente inerte ser contemplado como parte de un movimiento artístico llamado "minimalismo". La paradoja de tales obras fue que apostaban todo al contexto institucional para su efecto, mientras presumían tener la densidad y singularidad de las cosas en el mundo real. Para aquellos que sólo visitaban ese mundo de cuando en vez, el trabajo de André estaba obviamente realzado por su trasfondo: el artista había trabajado durante un breve tiempo como guardafrenos en trenes de carga, lo que confería a sus ladrillos, castillos de maderos y planchas de metal, una autenticidad especial, un aire de sinceridad laboral, como si él fuera un nuevo John Henry. Las convenciones radicales del parasitario mundo del arte que rodeaban a ese tipo de reputaciones eran, a comienzos de los 70, casi lo único que sobrevivía de las antiguas tensiones de la avant-garde. En efecto, la diferencia entre las vanguardias de hace medio siglo y nuestro arte rutinariamente "avanzado" y ligado a los museos, se resume en el desnudo contraste entre el *Monumento a la Tercera Internacional* de Tatlin y los ladrillos de André: uno vigorosamente expresivo, maniobrando los elementos de la forma abstracta hasta alcanzar un climax de significado social; el otro, pasivo y frío, un conjunto privilegiado de material rutinariamente ordenado, carente de toda intensidad metafórica.

Como hemos visto, a comienzos de los años 20, Alfred Barr tenía dificultades en hallar un curso aceptable sobre arte moderno en alguna universidad norteamericana. En 1945, esa situación no había cambiado mucho, aunque con el boom de postguerra en los Estados Unidos y la creciente inversión de las esperanzas educacionales y del orgullo cívico en el modernismo como tal, la situación se alteró totalmente. Los valores propagados por el Moma permearon el siste-

ma educacional estadounidense, desde la enseñanza media para arriba. (También se filtraron hacia abajo, a las guarderías infantiles, aumentando considerablemente el status de la "creatividad" y "expresión de sí mismo" en la educación primaria.) En los años 70, el estudio histórico del modernismo se había expandido al punto que los estudiantes debían esforzarse para hallar un tema inexplorado para sus tesis. El estudio del carácter distintivo del modernismo ya no era asunto tangencial en la historia del arte; se había convertido en una industria, conectada por mil lazos a la praxis museológica, al mercado y a las actividades y esperanzas de los propios artistas. El mero volumen de interpretaciones y comentarios sobre el arte nuevo o nominalmente vanguardista se extendió por encima de cualquier cosa que hubiera podido soñarse en los tiempos de Courbet, de Cezanne e, incluso, de Jackson Pollock. Más aún, con el colosal aumento del público a los museos, al punto de que los más exitosos deben actualmente ser considerados medios de comunicación masiva de bajo "rating" (tan preocupados, a su modo, de los niveles de asistencia como las redes de televisión), la antigua distancia entre el grupo de iniciados y el público masivo fue prontamente eliminada. La labor del arte ya no estaba rodeada de un silencio a cuyo alero podían desarrollarse sus recursos. Debía sobrellevar el stress de su consumo inmediato. Cuando la gente está comprometida con el ritual de enunciar juicios autorizados sobre algo que aconteció hace dos minutos, cuando no hay espacio para una maduración, el discurso no podrá sino degenerar en pronunciamientos exagerados y parciales sobre la calidad, no podrá sino formar y promover el surgimiento de camarillas y de movimientos irreales. Ello sirve a los intereses del mercado, pero confirió a los años de decadencia del avant-gardismo un aire frenético: ¡Alcanza a la historia antes de que la historia te alcance a ti!

Si la buena voluntad de los museos, las universidades y otras instituciones del pensamiento liberal habían privado al arte moderno de su función como vanguardia, ¿no podría acaso inventarse un arte que no pudiera poseer ningún museo ni atrapar la codificación? Este deseo formó parte del ímpetu de crear arte telúrico o land-art: un último acto de renunciación, un literal retiro al desierto, lejos de aquellos que sofocarían a la obra con su amor, el deseo de respirar el aire de un aislamiento físico que reemplazara el aislamiento social y cultural de la avant-garde original. La obra *Spiral Jetty,* de Robert Smithson, 1970, una espiral de roca realizada con una retroexcavadora y sobre cuyo lomo uno podía caminar, fue construida en uno de los extremos del Gran Lago Salado, en Utah, y se proyectaba un cuarto de milla dentro de las salobres aguas lacustres. En la actualidad, ya no puede verse, porque subió el nivel de las aguas del lago y quedó cubierta. Pero cuando todavía podía ser vista, toda visita a la *Spiral Jetty* adquiría el sabor de un peregrinaje, porque estaba tan lejos y era tan difícil de encontrar. Uno ya le había conferido mayor aprobación aun antes de avistarla de lo que lograría la mayor

parte de las esculturas instaladas en lugar más accesible. Más aún, nuestra primera impresión fue que no estábamos frente a una obra de arte nueva, sino que frente a una extremadamente antigua; Smithson creó la impresión —efímera, obviamente, pues la gente que visitaba la espiral sabía casi todo en relación a ella— de que su gigantesco petroglifo, impuesto a la superficie del lago, había estado allí casi desde siempre. Aparentemente situada fuera del torrente de la era modernista, también evitaba el debate modernista (mientras uno la contemplaba). Su forma espiraloide estaba llena de implicancias arcaicas, constituyendo un meandro laberíntico, un distante pero definido eco del antiguo símbolo del laberinto como rito de iniciación, una transformación de la conciencia misma. La historiadora del arte Rosalind Krauss señala que el "emplazamiento mitológico" de *Spiral Jetty,* que fascinó a Smithson, fue la antigua convicción de los mormones de que el Gran Lago Salado era un antojo de la naturaleza, sin fondo, conectado al océano Pacífico por un vasto canal oculto cuya succión causaba la formación de grandes remolinos en la superficie de las aguas. "Al emplear la forma de la espiral para imitar los míticos remolinos de los colonizadores mormones", escribe la Krauss, "Smithson incorpora la existencia del mito al espacio de la obra". Si uno considera que el laberíntico meandro construido en forma de espiral parece haber sido iniciado como una representación mítica de los intestinos de la tierra, imaginando a la tierra como una bestia subterránea cuyas entrañas formaron el meandro, se verá que la imagen de Smithson era desacostumbradamente rica y que su tamaño —verdadero desafío para los museos— que obligaba al espectador a repetir el paso del que se iniciaba por sobre la espiral, no era mera infatuación sino que un elemento necesario de la obra.

Casi privadas de público debido a su distancia física del espectador de las obras de arte, la soledad de algunas obras telúricas las hace parecer sorprendentes, incluso heroicas en su aceptación de la dificultad técnica. Iniciada en 1972 y aún inconclusa, *Complex One* de Michael Heizer, está situada en un desértico y plano valle de Nevada, a cuatro horas de viaje por mal camino de Las Vegas, y a 5500 pies sobre el nivel del mar. Su forma es la de una colina geométrica de tierra acumulada, encuadrada entre dos triángulos truncados de concreto reforzado, curvados mediante la aplicación de macizas vigas volantes de concreto armado. Su largo es de 40 metros, su ancho de 33 y su alto de 7: magnífica tarea para un hombre solo y un par de ayudantes. Vista aislada sobre el suelo del desierto, bajo la pálida y quemante piel azul del cielo, con su artemisa baja extendiéndose hacia las rocas quemadas y erosionadas por el sol del paisaje circundante, *Complex One* constituye un magnífico y gratuito espectáculo; y si bien Heizer piensa que no tiene una relación especial y dependiente con su entorno desértico, es difícil imaginarlo en un ambiente más humanizado. Incluso su aspecto amenazante, que sugiere un bunker o una instalación militar aban-

donada, parece apropiado para el lugar de su emplazamiento: el límite de los campos de pruebas nucleares de Nevada.

Desplegadas en la vastedad y la inmensidad, tales obras de arte telúrico guardan una obvia afinidad con la tradición romántica norteamericana del paisajismo. La relación es particularmente clara en otra obra de Walter de Maria, un proyecto considerablemente más serio que su absurdo *Kilómetro vertical: Lightning Field,* concluida en 1977, que ocupa parte de un valle situado en Nuevo México, 200 millas al suroeste de Albuquerque. A diferencia de la masa de tierra y concreto de Heizer, que es apabullantemente arquitectónica, la obra de De Maria parece mutable, evanescente, casi atmosférica: menos una escultura que una manifestación lentamente cambiante de la luz. Consiste en 400 lanzas de acero inoxidable, cada una aguzada hasta el grosor de un alfiler y sus púas forman un solo plano (como una enorme cama de clavos). Tiene una milla de largo y un kilómetro de ancho y las lanzas están espaciadas con absoluta regularidad hasta una tolerancia de un sexto de pulgada. Cada una de esas lanzas puede hipotéticamente servir de pararrayos en las tormentas eléctricas que barren el valle temprano por la mañana o al atardecer; claro que la caída efectiva de un rayo sobre ellas es rara. Cuando el sol está alto, las lanzas tienden a desaparecer. Cuando la luz barre el campo temprano en la mañana o en las últimas horas de la tarde, se convierten en rutilantes haces de reflexión inmaterial. En todo momento actúan como un tema secundario, titilando o desapareciendo, sumando a la grandeza del paisaje que las rodea, las nubes, los chubascos ocasionales, las cataratas del sol. Sin este paisaje, *Lightning Field* sería sólo una representación literaria y prescindible, sin resonancia externa aparte de un difuso sadismo, pues, con toda la pureza que revisten esas puntas de acero, igual tiene un aspecto mortalmente agresivo. Pero dada una polaridad tan extrema entre la tecnología y la naturaleza en una misma obra, el contraste se convierte en un contrato, y uno se hace necesariamente parte de esa conjunción de extremos opuestos que alguna vez estuvieron en el corazón del paisajismo romántico. El deseo de contemplar al paisaje como encarnación de la "presencia" de lo trascendental, que tanto inspiró la imaginación expresionista, de Kandinsky a Pollock y Still, es exprimido a fondo en *Lightning Field,* una obra secular pero embebida de la nostalgia de lo metafísico.

El temor reverente de los expresionistas en relación a la naturaleza es difícil de revivir en una cultura tan alienada de la naturaleza como la nuestra. Su principal área de supervivencia es el arte telúrico, pero la otra cara del expresionismo —su escrutinio, obsesionado o irónico, de sí mismo— mutó a una forma bastante diferente en el inicio de la década de los 70. Generó el llamado body-art, o arte-cuerpo, que se sobrepone (algunas veces indistintamente) a diversas formas de representación. Si uno deseaba hallar un punto de encuentro entre la sublimidad del temprano romanticismo norteamericano, su pasión por el infinito, y el narcisismo que jugó tan im-

portante papel en las expresiones de los años 70, ese punto bien podía ser *Mirrored Room* de Lucas Samaras, realizado en 1966. El cuarto es un espacio reducido, pero aun suficientemente grande como para estar erguido en su interior, moverse y sentarse; incluso hay una mesa y una silla, que no pueden usarse debido a que están completamente recubiertas de espejo, al igual que el cielo raso, el piso y las paredes. Penetrar en el cuarto y cerrar la puerta es verse inmediatamente reflejado hasta la infinidad, fragmento por fragmento, nunca completamente, pero con infinidad de detalles. Verse así multiplicado, con cada uno de los gestos propios retenidos por el vidrio en una menguante y entrecortada multiplicación, constituye una extraña proeza narcisista. Al mismo tiempo, los espejos componen algo mucho más grande que uno mismo, una ilusión de titilante infinito, donde toda situación sólida se pierde, como en el cielo nocturno o en el espacio exterior. Allí, en palabras de Samara, uno se ve "envuelto", experimentando "esa sensación de suspensión… esa ligera claustrofobia o acrofobia. . . impostura o soledad".

En el body-art, el espectador no participa de este modo; el asunto no es el yo de él o de ella, sino que el del artista, el cual (se espera) adquiere una fuerza terapéutica para otros al verse expuesto en toda su desnudez. El cuerpo se convierte tanto en sujeto como en objeto en un alarmante y muchas veces desenfrenado drama de confrontación, erráticamente derivado de la provocación dadaísta, del erotismo surrealista y de la autoadulación expresionista. En ocasiones, y en lo que constituye un paroxismo de desdén por el público (que está bastante curado de espanto a estas alturas, pero que sigue disfrutando lo grotesco o chocante), intenta alcanzar la catarsis a través de una sobrecarga de desagrado. Esa fue la estrategia del mistagogo vienes Hermann Nitsch, cuyo *Teatro de Misterio & Orgía* intentó provocar un descenso hacia el subconsciente por medio de lo que llamó "una estética de la crueldad", que contemplaba "la laceración de carne cruda, el destripamiento de animales recién muertos y el subsecuente pisoteo de sus entrañas. . . Así, ponemos en movimiento un instinto sexual que alcanza hasta el fondo mismo del exceso sado-masoquista". El problema de semejantes espectáculos de sangre y entrañas, como puede dar fe cualquiera que haya visto alguno, es que la catarsis prometida jamás se produce. A pesar del argumento de Nitsch de que la "carne = luz" (un golpe bajo para Goethe) y que "la abreacción sado-masoquista se sublima ella misma, durante el transcurso de la obra, en comprensión del color", el teatro de *M&O* carece de toda dimensión estética.

Lo mismo no puede decirse, sin embargo, de la obra de un contemporáneo de Nitsch, Arnulf Rainer (1929), otro vienes, cuyo Körpersprache (lenguaje corporal) y Selbstverwandlung ("autotransformaciones") son una forma más extrema del retrato expresionista. Se hallan al final de la línea de un insatisfecho autoescrutinio que

* N. del T.: populistas

comenzó con Van Gogh y siguió —en Viena— con Osear Kokoschka y los forzados autorretratos desnudos de Egon Schiele. Rainer se vio también muy influenciado por las fotografías médicas de las congeladas posturas de pacientes catatónicos (convirtiéndose el cuerpo en su propia escultura, durante horas, a veces), y por los extraños autorretratos del escultor vienes del siglo dieciocho, Franz Xavier Messerschmidt, quien deformaba su rostro en extrañas morisquetas y las esculpía, con la máxima fidelidad posible, en la creencia de que cada expresión constituía un encantamiento para espantar a los demonios que, según él, lo poseían. El procedimiento seguido por Rainer consistió en contorsionar su cuerpo frente a una cámara, pellizcándose, estirándose y deformándose, adoptando posturas yoguísticas o deformando sus formas mecánicamente mediante la utilización de huinchas elásticas; luego, recorría esas imágenes con una salpicada y nerviosa línea negra, de modo que el dibujo exagerara los poderes dramáticos del rostro o cuerpo captado, hasta casi llegar a la monstruosidad. "Me hace sentir que estoy practicando una acentuada autorreproducción", observó en una ocasión, "aunque también cambios simbólicos y autodestrucción. Así fue como el autorretrato, esa eterna tendencia de todos los artistas, me condujo a descubrir estructuras internas antisociales, a descubrir lo subhumano en mí".

Hacia fines de la década de los 70, la variedad de gestos que podían calificarse como arte habían dado el coup de grace a la idea de necesidad histórica, sobre la cual se basaba la concepción misma de una vanguardia. La hegemonía de la pintura abstracta simplemente desapareció, en parte debido a que el recientemente adquirido público masivo del arte languidecía por falta de imágenes, pero también porque la idea de una "corriente central" determinable no contaba ya con una avant-garde a que servir. En lugar de que A dirigiera a B, C y el resto, había un campo abierto en el cual coexistían todos los tipos de arte dentro de un mismo marco social. Y ese marco era desacostumbradamente amplio. Cada cinco años, sólo las escuelas de arte norteamericanas producían tantos graduados como habitantes tenía Florencia en el último cuarto del siglo XV. Se decía que en Nueva York había más galerías de arte que panaderías. La gran ilusión de la cultura norteamericana, en orden a que la creatividad es necesariamente buena para uno y que el contacto con las obras de arte es moralmente positivo, había generado las condiciones adecuadas para el surgimiento de una avalancha de escuelas de arte en la década de los 50. En la de los 60 hubo una avalancha de estudiantes, y en la de los 70 una avalancha de profesores, ya que el sistema de formación artística había generado un proletariado artístico, un fondo de talento imposible de emplear, para el cual la sociedad no pudo hallar otro uso que el de formar una cantidad todavía mayor de pupilos. Esas condiciones de cambio no fueron —para decirlo benignamente— favorables ni para la mantención del nivel ni para la secreción de la adrenalina. Era bastante más fácil

conferir un grado por un conjunto de 650 fotografías de garajes de los sectores suburbanos de la ciudad de San Diego, o por pasar una semana encerrado en un ropero de gimnasio de la UCLA con una botella para la orina y llamarlo "un cuerpo en confinamiento extendido", que insistir en exámenes moderadamente académicos, y, por lo tanto, "elitistas", para medir la probidad técnica de los educandos.

Los resultados de todo esto no sólo empezaron a sentirse sino que podían ser penosamente observados a simple vista cuando comenzó a resurgir la pintura realista a comienzos de los 70. Sólo un siglo antes, toda persona aprendía a dibujar como parte de su educación. (Incluso, los críticos sabían dibujar: John Ruskin fue, por derecho propio, uno de los mejores bocetistas arquitectónicos desde los tiempos de Palladio.) El dibujo era entonces una forma de lenguaje corriente, y se empleaba como pasatiempo o ayudamemoria, sin pretensiones de "gran" arte. Sin embargo, ese alfabetismo gráfico generalizado constituyó la mezcla sobre la cual pudieron crecer los talentos de los grandes artistas representativos de fines del siglo pasado y comienzos del actual como Degas, Eakins, Picasso y Matisse. La instancia fue gradualmente abolida por la masiva comercialización de la fotografía. Pero en ninguna parte se hizo más extensible la pérdida de las habilidades dibujísticas que en Norteamérica. El dibujo como tal había sido brutalmente eliminado de la pintura de campo-cromático, característica de los años 60. El modernismo norteamericano no ha sido capaz de producir a un solo gran tradicionalista de la estatura, digamos, de un Balthus; le era totalmente extraño ese sentido de fluidez trabajosamente ganada, esa reflexiva y ligeramente irónica intensidad tan al alcance de maestros como Chardin o Piero della Francesca. Tampoco existía, cosa aún más extraña, un equivalente del sentido del gran estilo, de la perspicacia que encontramos en un pintor inglés como David Hockney (1937). La idea de una pintura representativa que fuera tanto sociable como seria no pareció digna de ser considerada por los artistas norteamericanos, y la declamación visual de Hockney —desapegada, afable y profundamente discriminatoria— era más popular en las galerías que imitada en los ateliers. Tal vez sólo un extranjero podía producir una imagen tan lúcida de la buena vida bajo el sol de California como la que se aprecia en *A Bigger Splash,* pintado por Hockney en 1967. Su cualidad ligeramente astringente lo sitúa muy lejos de las empalagosas acumulaciones de hechos concretos de los suburbios que se aprecian en las pinturas fotorrealistas norteamericanas. Dado el contexto en el cual se disparó su popularidad en la década de los 70, Hockney, el Cole Porter de la pintura figurativa, fue más de una vez tomado por el Mozart de la misma.

En contraste, el producto norteamericano parecía grande en intenciones pero pequeño en estilo. A pesar del hecho de que tantos pintores reclamaban ahora la atención del público por haber revivido la tradición —en lugar de hacer incursiones en lo moderno— sus

obras mostraron cuánto se había distanciado el temple del mundo artístico del vanguardismo y también se hizo claro que muy pocos de ellos podían alcanzar el nivel que esa tradición reclamaba. Sus esfuerzos parecían tender a la calidad de una vociferante declamación, como los enormes "pastiches" de Caravaggio o David, realizados por Alfred Leslie. También tendían a ser meras pinturas figurativas tonales bastante inertes, aunque laboriosamente dibujadas. Una excepción notable, que hizo una virtud del enfoque frío y elaborado del desnudo de estudio, fue Phillip Pearlstein (1924). Las pinturas de Pearlstein no tienen nada de seductoras. Los cuerpos desnudos que pinta son editados y cortados por los límites de la tela, lo que realza su neutralidad formal de objetos. La superficie coloreada es pobre y tosca, sin señal alguna de la belle matiere. El color es seco. Sin embargo, obras como *Female Nude on Platform Rocker,* 1977-78, tienen una considerable intensidad como argumento visual. El dibujo de Pearlstein, que registra cada protuberancia, cada pliegue, cada plano de la carne con acendrada objetividad, y que confiere a toda la masa del cuerpo una analizada y escultural presencia, está más allá del manierismo. Despliega una vehemencia de pensamiento perceptible, un sentido de lucha denodada con el motivo sin empañar su significado por el bien del estilo. Hay efectivamente algo en común entre el contundente discurso del enfoque de Pearlstein y la dura y distante polémica de la mayor parte del arte abstracto norteamericano de la década de los 60. Ambas provienen de la misma cultura, una cultura en la cual lo que se ve es lo que se obtiene.

El renacimiento realista aconteció también en Europa y su más interesante exponente en el viejo continente es un pintor israelí llamado Avigdor Arikha (1929). Las pinturas de Arikha, pequeñas, de tonos más bien opacos y nerviosos, son lechuzas, no pavos reales; implican una aversión al espectáculo, a la tiranía del impacto. Son imágenes simples, enumeraciones de objetos corrientes —un par de zapatos negros gastados, una jarra de loza, o unos espárragos envueltos en un papel azul— representados con una curiosa y velada perturbación. Aislados e íntimamente escrutados, estos motivos están embebidos del sentido trabajosamente obtenido de la dificultad de cualquier descripción.

La obra de Arikha, que intenta estabilizar una visión en medio de una impredecible frecuencia de marcaciones, es toda concentración. Superlativamente honesta, esta pintura, falta de retórica, respira el aire de una ansiedad escrupulosa. El artista posee un sentido del tono más seguro que cualquier pintor que actualmente esté trabajando, y el color pasa a ser algo secundario en este sentido: las imágenes no están destinadas a atrapar o convencer al ojo, sino que a construir un registro de su acción a través de un laberinto de matices. En una pintura como *Anne Leaning on a Table* hay un gran vigor de observación, en sus complicados blancos y en las sombras que proyectan la mesa y la bata de levantarse, que Arikha capta con sus nerviosas y fugitivas pinceladas. Su estilo conlleva un sentido de

la frugalidad, pero no aquella que fue característica del expresionismo. "Pintar cosas de la vida a estas alturas del tiempo", señala Arikha, "exige tanto la transgresión como la inclusión de la duda". Transgresión, porque cualquier esfuerzo para representar algo es un tiro contra la certidumbre; inclusión, porque la paradoja central del realismo es que la representación nunca puede ser completa. Siempre hay un nivel de detalle que escapa a las posibilidades de la pintura. El realismo está así condenado a ser más hipotético que la abstracción. Lo que torna interesante a la pintura realista no es la completa ilusión (como si tal cosa fuera posible), sino que la intensidad; y no hay intensidad sin reglas, límites y artificio.

Lo mismo vale, desde luego, para el dominio del arte abstracto; y en los años 70, la abstracción probó ser más perdurable de lo que sus detractores suponían. El aire llegó a tornarse irrespirable por los informes sobre la muerte de la pintura abstracta, provocados por la incapacidad de la crítica formalista de mantenerse fuerte frente a lo que desdeñosamente llamaba "arte novedoso". Después de setenta años de arte abstracto, cualquiera puede ver que se trata de una de las formas constantes de la conciencia. Pero está igualmente claro que su poder inclusivo no es tan grande como esperaban sus pioneros. Uno tendría que estar bastante despistado para esperar que funcione como Kandinsky esperaba que funcionaría: como el heraldo de un nuevo cielo y de una nueva tierra. Pero puede entregar, y de hecho todavía entrega, modelos de percepción clara y sensibilidad exacta. Así, el tema esencial de una obra creada por Bridget Riley (1931) es no sólo el orden, sino que también los miles de modos de subvertirlo. Una tela blanca cuadrada está cubierta de puntos negros, espaciados en forma regular a una distancia de cuatro pulgadas. El ojo casual los ve como puntos regulares e inertes; pero enseguida se manifiesta una cosa extraña. Los puntos no son redondos, sino que ovales. Cada uno tiene un eje, y en la medida que se recorre una línea de esos puntos, se aprecia que cada uno de esos ejes está ligeramente inclinado en relación al de sus vecinos. Esas rotaciones progresivas, un par de grados cada vez, ulteriormente contradicen la regularidad de los espacios entre los puntos. Suscitan una sensación de ligero desagrado; una advertencia sibilina, un murmullo en el filo de la conciencia. Frente a un cuadro de la Riley, con su exigente superficie de inestabilidad dentro del orden, no hay lugar para la complacencia; y ello es igualmente válido para las ondulaciones e hinchazones del color en sus pinturas de ondas de los años 70. Lo que a primera vista parecen variaciones de un "mero" patrón, se convierte en metáfora del desasosiego, de la incertidumbre, afinada con una exquisita habilidad poética.

El asunto ulterior de la pintura, vemos así, no es pretender que las cosas son completas cuando no lo son, sino que crear un sentido de totalidad que puede contemplarse en oposición al caos del mundo; sólo al colocar esta dialéctica en primer plano puede la pintura elevarse por sobre la complacencia de los estereotipos "ordenados"

y la amorfa masa de lo familiar. "Cuando decimos que una pintura funciona", escribe el crítico británico Andre Forge, "es como si reconociéramos que el cuerpo está intacto, completo, lleno de energía, capaz de responder, vivo. Esto puede afirmarse. . . sin considerar si es abstracta o figurativa, estilísticamente experimental o conservadora". Una cosa es señalar cuán profundamente dependientes son las obras recientes de un artista como Frank Stella de los principios formales del constructivismo ruso; insertar esa obra en la matriz histórica que gradualmente le asigna significado. Pero es cosa bien diferente deducir de sus superficies charras, maniáticas y aglomeradas, de su argumentación a todo volumen entre la delgadez y el grosor, qué están destinadas a probar esas características, un tonificante sentido de contradicción, una voraz vitalidad. No hay pintura que sea totalmente abstracta. Todo arte está de un modo o de otro situado en el mundo, esperando actuar como un transformador entre el yo y el no-yo. El gran proyecto del modernismo fue propagar mayor acopio de caminos por los cuales se podía llegar a ese fin. Pero cualquier visión del arte que insista en situar el significado del arte en su poder de hacer aquello que no se había hecho antes tiende a rechazar los beneficios del espíritu modernista: troca el acalambramiento ideológico y la estrechez historicista por el ansioso y abierto discurso que nos legaron nuestros padres culturales.

Las señales de esa contrición abundan por doquier en nuestro tiempo: en las pequeñas ambiciones del arte, en su falta de todo esfuerzo para alcanzar la espiritualidad, en su sentido de carrera más que de vocación, en su frecuentemente insulsa ocupación con la semántica a expensas de una pasión más profunda del yo creativo. Tal vez las grandes energías del modernismo estén todavía latentes en nuestra cultura, como el arco de Ulises en casa de Penélope; pero nadie parece capaz de tensarlo y dibujarlo. Aun así, la obra todavía nos habla, con todas sus voces, y continuará haciéndolo. El arte descubre su verdadero uso social, no en el plano ideológico, sino que abriendo el paso del sentimiento al significado, no para todos, dado que sería imposible, pero para todo aquel que desee intentarlo. Ese impulso parece ser inmortal. Ciertamente ha existido desde los orígenes mismos de la sociedad humana y, a pesar de la apabullante comercialización del mundo del arte, de su fuga hacia la ética empresarial, de su adopción de las estrategias comerciales y de su gradual evacuación del espíritu, sigue existiendo también en estos momentos.

LIBRO

JORGE GUZMAN: *¿DIFERENCIAS LATINOAMERICANAS?* *

Patricio Marchant**

I

—Sobre un libro, preguntar únicamente por su nombre. Y entre las tantas y variadas operaciones de un nombre, preguntar por lo que un nombre no nombra, calla, oculta. Así, entonces, pregunta: ¿qué *calla Diferencias Latinoamericanas (D. L.)?*

Pregunta que no esconde su descendencia nietzscheana[1]: todos los conceptos de la metafísica pertenecen a una misma clausura. Lo que, por eso mismo, posibilitó, obligó, a la inmensa discusión sobre los grandes conceptos en que la metafísica consistía, consiste; por ejemplo, precisamente —¿o sobre todo?— la discusión sobre los conceptos de "diferencia", de "alteridad", de lo "otro". ¿Por qué, entonces, en *D. L.* sólo una muy débil seña sobre la noción de "diferencia" ("la determinación de una diferencia, es decir, de una parcial conjunción y una parcial disyunción", pág. 131)? ¿Por qué nin-

* Jorge Guzmán, *Diferencias Latinoamericanas,* Santiago; Ed. del Centro de Estudios Humanísticos, 1984.

** Estudios de filosofía en la Universidad de Chile, la Universidad de Montreal y la Ecole Nórmale Supérieure de París. Profesor-Investigador del Centro de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile. Autor del libro *Sobre Arboles y Madres,* Santiago: Ediciones Gato Murr, 1984.

1 Prejuicio, se dirá. En todo caso, primero: necesidad que sentimos aquí de discutir posiciones fundamentales y no momentos parciales de un texto. Y por esta razón: todo pasa como si en el mundo llamado Occidental existiesen de manera efectiva sólo dos formas de filosofía: aquélla que, de un modo u otro, deriva del Hören (escuchar) nietzscheano ("Más allá del bien y del mal", pág. 246) y el positivismo lógico. Necesidad nuestra, entonces, de afirmar aquí una posición nietzscheana.

guna discusión sobre la noción de lo "otro"? ¿Por qué, sino porque *D. L.* oculta, primer momento ya al menos, lo que en 1929 Heidegger había determinado? Texto célebre:

> "Los dominios de las ciencias están largamente separados. El modo de tratamiento de sus objetos es fundamentalmente diverso. Esta dispersa multiplicidad de disciplinas mantiene una unión de sentido sólo gracias a la organización técnica de las Universidades y Facultades y por los fines determinados por las especialidades. En cambio, el enraizamiento de las ciencias en su fundamento esencial está muerto". Was ist metaphysik?

Constatación de la transformación de la Universidad en una Universidad técnica —"la interpretación técnica del pensar"— que, se objetará, se introdujo, fue parte esencial del políticamente desastroso "Discurso Rectoral" de 1933: el pensamiento de Heidegger en alianza —pasajera— con el fascismo. "Desgracia" —seudo concepto, evidentemente— que, sin embargo, no descalifica la argumentación teórica de Heidegger sobre la dispersión del saber y la organización técnica de la Universidad. Y, por lo demás, y es importante señalarlo, "Discurso Rectoral" que, aunque inscrito todavía en la determinación moderna de la Universidad[2] pensó —o soñó, como sería más adecuado decir— otra Universidad: una Universidad que no estuviese al servicio de la formación profesional, cuyas Facultades no vivirían en la dispersión del saber —esto es, en su anulación como Wissenschaften— sino Universidad que se habría constituido desde el ruego de un pedir (fragen) esencial, es decir, dice Heidegger, simple. Así, y nos referimos a ello para señalar la necesaria violencia del pedir de esa Universidad, aquellos cuyo deber debería consistir en pensar lo simple —y no los especialistas de la Facultad de Medicina— deberían ser quienes determinaran nada menos que esto: lo que sea

2 La Universidad debe ser "privada", la Universidad pertenece a la "comunidad", la Universidad constituye una responsabilidad fundamental del "Estado". Discusiones a la orden del día en nuestro país. Ausencia de discusión, sin embargo, de lo esencial: sobre la fundación —su función precisa— de la Universidad Moderna y de los discursos que "acompañaron" esa fundación: Hegel y Cousin. Del mismo modo, ninguna discusión seria sobre los discursos que, más que meros discursos (discusiones de detalle), fueron o son partes esenciales de la realidad chilena. ¿Quiénes, salvo dos o tres personas, conocen el pensamiento filosófico católico, quién lee a Comte? Y si, prohibición de enseñar el marxismo, complacencia, salvo excepciones, en que se "prediquen" tonterías contra "el enemigo del Occidente", esa creación, precisamente, de "Occidente". Y si, finalmente, los supuestos teóricos que el positivismo lógico expresa, dominan la organización de las Universidades chilenas ¿por qué no se reconoce el hecho y se enseñan directamente y en serio esos supuestos?

Locura, Enfermedad, Muerte; así como ellos —la filosofía— y no la Facultad de Literatura, serían quienes escucharían el hablar del lenguaje, quienes determinarían los deberes de la Facultad de Filosofía, etc.

Ahora bien, por su parte, *D. L.* se mantiene enteramente ajeno a la discusión sobre la Universidad, o sobre la clausura del saber[3] así como se mantiene enteramente ajeno a la gran discusión clásica (de Platón, y ya desde antes, hasta Hegel) o contemporánea (Nietzsche) o en una cercanía más inmediata (Heidegger, Lévinas y Derrida) sobre la "diferencia" y lo "otro". Igualmente —y parece o puede parecer extraño— *D. L.* no discute, incluso al interior de las "disciplinas de la significación" con las que trabaja, esos conceptos. ¿Cómo explicar estas omisiones? ¿La no discusión filosófica sobre los conceptos clásicos se aclara acaso por la pertenencia de *D. L.* a "la interpretación técnica del pensar"? Tal vez, pero de todos modos, pensamos que otra cosa se juega en *D. L.* Esto: que D. L., lejos de pertenecer simplemente al pensar analítico, por constituir un atento, perspicaz —notable sería la palabra adecuada— manejo del contenido manifiesto de los textos que lee, puede preparar, sin proponérselo, un escuchar nietzscheano. ¿Curiosa situación? No, en la medida en que el manejo del contenido manifiesto —que no se confundirá con el contenido "inmediato", extendemos aquí, ciertamente, el uso freudiano del concepto de manifiesto— está lejos del alcance de cualquiera.

¿Podemos probar lo que estamos afirmando? Transcribimos, primero, algunos párrafos de la Nota Previa de *D. L.*

> "Este libro es, pues, producto de una conversión teórica. Sólo se ocupa de un autor chileno (Gabriela Mistral), a pesar de que la conversión se debió a la historia de los últimos quince años y, mayormente, a la suspensión que el golpe militar de 1973 operó en nuestra vida democrática. Se dice que el asombro es el motor del conocimiento, y nada asombra más que las desilusiones. Nada, tampoco, hace madurar más rápidamente. . . A un latinoamericano le hace sentir lo inquietante de la palabra "mestizaje", le hace más perceptible el gusto amargo de la dependencia, le empieza a extender la frontera desde el Pacífico al Atlántico y desde el Río Bravo al Cabo de Hornos…
> Toca, entonces, el momento de volverse extraños y apasionantes a esos objetos que parecían conocidos y dominados (por extensión) por pertenecer a géneros bien descritos o ser domi-

3 Texto de Heidegger sobre la obra de W. v. Humboldt *Uber die Verschiedenheit des Menschlichen Sprachbaues*. . . "Desde entonces determina este tratado, a favor, en contra, nombrado o ignorado, la totalidad de la posterior ciencia del lenguaje y de la lingüística hasta nuestros días". Texto esencial, sin duda, texto discutible, sin duda. *(Unterwegs zur Sprache* (pág. 246)).

> nables mediante modelos universales: las obras literarias. . . Porque de pronto la desilusión sugiere que quizás esos métodos fueron elaborados por desilusionados de otras realidades para responder a enigmas que a ellos les habían cerrado el paso desde el concreto movimiento histórico de sus comunidades. . . Es mi opinón que la tarea es encarable, sin más, reorientando los riquísimos hallazgos que las disciplinas interesadas en la significación han hecho en los últimos años y aplicarlos con el expreso propósito de responder por lo que de específicamente regional haya en las obras literarias latinoamericanas; si no sirven a la tarea, si fuerzan una sosa universalidad sobre nuestros textos, entonces, redondamente, no sirven". (Págs. 7 y 8.) Fin, entonces, de "la larga tradición de trabajos sobre textos literarios realizados con métodos orientados a configurar las obras según los intereses teóricos de comunidades que son verdaderamente otras. No hay objetividades universales en ciencias humanas, como no sean inanidades". (Pág. 8.)

Pero, ¿es esto lo que *D. L.* realiza realmente o no, más bien, como decíamos, prepara otra lectura? Imposibilidad de probar en pocas líneas nuestra tesis, deberemos sólo sugerirla examinando uno de los cuatro ensayos de que se compone *D.* L., el ensayo sobre *Cien Años de Soledad (CAS),* dejando de lado el ensayo que pensamos que es el más importante, la lectura de la Mistral.[4]

Dominio del contenido manifiesto, *D. L.* define al "lado autorial del contar al conjunto de las decisiones del narrador y del autor implícito que el lector no puede menos de construir como tales narrador y autor a medida que lee" (pág. 83); distingue, luego, el lado autorial de la epopeya pagana (coincidencia de "los límites de la 'realidad' con los del poema y con los de la religión" (pág. 85), el de la epopeya cristiana ("la religión es, también aquí, el elemento constriñente que regula el funcionamiento de la máquina narrativa y el de la 'realidad' " (pág. 86), el de la novela de caballerías (esa "drástica reducción (que) les cae a los diosos" (pág. 87) y el de la novela moderna ("puede decirse que la novela es el género que ha adoptado la convención restrictiva de que toda ley que se entienda regir en el mundo real, se entiende válida también en el mundo narrado" (pág. 90), poder de un narrador omnisciente que sabe más de lo que un hombre puede saber, pero, contenido de su saber que es idéntico al que todos los hombres pueden tener sobre la realidad (pág. 97), para concluir que, al contrario "la voz que cuenta *CAS,*

4 Además del problema de espacio, debemos señalar que esa prueba creemos haberla cumplido en nuestro libro *Sobre Arboles y Madres.*

en cambio, es de nuevo como la homérica; no es personal; es coextensiva con el mundo narrado y con el acto de narrar; no tiene ningún otro contexto" (pág. 97); es decir, se convierte en realidad literaria real todo lo que lingüísticamente se dice; así: "hechos reales (que) son ocurrencias lingüísticas que elaboradas y desarrolladas como rebus sobre la base de la ambigüedad del lenguaje, producen imágenes asombrosas" (pág. 102).

Distinciones, sin duda, justas. Pero, dos observaciones: ¿la transformación de las frases hechas en imágenes —en escenas, en realidad— no constituye una constatación "evidente" para todo lector atento de *CAS* (lo que representa, como es obvio, sólo una objeción a la novedad de la lectura propuesta)? Y la segunda, esencial: ¿todas las imágenes, todas las escenas, de *CAS* participan de una misma operación? Leamos este pasaje y en él la sintomática equivocación de *D. L.* sobre la teoría freudiana de los sueños. "Podría decirse que *CAS* está construido de un modo semejante a como se elaboran los sueños en la teoría de Freud, porque se limita a tomar, como los sueños, frases "reales" de la gente y comprenderlas en su radical ambigüedad, de donde luego se selecciona un solo sentido, que se desarrolla en una imagen" (pág. 102). Recordemos la exacta teoría freudiana. Freud distingue *(Traumdeutung, Gesammelte Werke, Band* II, págs. 421-422) entre las frases hechas, los discursos percibidos como tales y las frases hechas que sabemos que hemos oído o pronunciado. Las primeras no constituyen sino fragmentos, mezclas descontextualizadas de frases que fueron realmente oídas y que, como momentos de las escenas, reciben un sentido enteramente distinto de su sentido original; las segundas, en cambio, son momentos esenciales de las escenas (y, repetimos, no simples "imágenes") del sueño. ¿A cuáles frases se refiere *D.* L.? Pese a que en la página 119 podemos nuevamente leer: "Tal como el sueño, la lengua produce imágenes que vienen de comprender literalmente las palabras"), supongamos que por "frase hecha" *D. L.* entiende, las segundas de las frases: con ello, sin embargo, se está todavía lejos de la teoría de Freud. Pues jamás en un sueño existe "un solo sentido que se desarrolla en una imagen". Al contrario, los "sentidos" de las escenas de los diferentes estratos del contenido latente son necesariamente múltiples y todas las escenas son transformaciones de una escena infantil fundamental: la extraña y "logocéntrica" interpretación que *D. L.* propone de Freud es inaceptable, pero enteramente coherente, sin embargo, con su inmutable permanecer en el contenido manifiesto de los textos.

Pues si es patente que "los dichos de las gentes conservan una atadura indestructible con la realidad" (pág. 102), si es igualmente cierto que "es completamente imposible distinguir las cosas que la gente dice de las verdaderas vidas de esa misma gente" (pág. 103), sin embargo, son enteramente diferentes, las escenas —contenido latente— que se construyeron y se reconstruyen de múltiples modos en, por ejemplo, una soledad de cien años, en el personaje, en la can-

ción (parte de la realidad no sólo de los niños de Latinoamérica sino también —o ante todo— de Europa. . .) de Mambrú, en la lógica implacable de "sus órdenes se cumplían antes de ser impartidas, aun antes de que él las concibiera", etc. Pues todo símbolo, toda palabra, explica N. Abraham, contra la interpretación "cosista" de los símbolos de la teoría freudiana —igualmente, entonces, una frase hecha—, oculta una escena, constituye, en su terminología, un poema. Por todo ello, corregida en su "logocentrismo" el análisis de los "dichos de las gentes" en que consiste el lado autorial de *CAS* piden, exigen que, como escenas, sean entendidos en su nivel latente, escuchados nietzscheanamente.

Y, por ello mismo, por la ausencia del examen del contenido latente, aquí en el estudio de *CAS* y en todo el libro, situación sin salida respecto de las "diferencias latinoamericanas". Pues si *D. L.* escribe: "es completamente imposible distinguir las cosas que la gente dice de las verdaderas vidas de esa misma gente. Todos los tropos, todas las mentiras, todos los cuentos que forman la cultura de una región están enmarcados por las objetividades geopolíticas, biológicas, económicas, en suma, históricas, de la gente" (pág. 103), ¿dónde se encuentra la diferencia con lo que ocurre en todas partes del mundo, en cada parte a su modo? Por ello, el lector —o *D. L.* él mismo— vacila a cada instante en afirmar si se trata de "diferencias latinoamericanas" o de situaciones universales. Piénsese, por ejemplo, en la evocación proustiana de la Ofelia de Carpentier de un manjar de su tierra (pág. 250) o en la "diferencia corporal" de los emigrados del mismo Carpentier: la necesidad de comer lo "propio" (pág. 254): ¿diferencia latinoamericana o, nuevamente, situación universal? Problema que *D.L.* no logra resolver.

III

¿Qué oculta, qué calla, preguntábamos, al comienzo, el nombre *D.* L.? Mostrando la oposición "blanco"/"negro" *en Boquitas Pintadas,* leemos sobre el mestizaje latinoamericano "el cual, con origen en la constitución de los estratos étnicos y sociales de la población a partir de la conquista española, ha venido a consistir en una división, una esquizofrenia inevitable que nos escinde a todos los hombres de la región en dos mitades que se aman y se odian, se valoran y se desprecian al mismo tiempo" (pág. 165).

Constatación de esta esquizofrenia, ¿D. L. plantea una solución posible? Resulta esencial darse cuenta que *D. L.* no pregunta por la operación que significa el surgimiento en Latinoamérica de una gran literatura. Y es precisamente en Gabriela Mistral, en sus textos en prosa que *D. L.* decide no examinar (pág. 14), donde encontramos —cosa de saber leer— una respuesta o la respuesta. Poeta que sabía, para principiar, que no había "diferencias latinoamericanas" como "exclusividades latinoamericanas": ese su hablar sobre nuestros hermanos de la orilla oscura del Mediterráneo, de esos pue-

blos orientales y norafricanos que "nacieron igualmente de una confluencia doble o triple de sangre", lo que no les ha impedido "ser" desde su voz ("Benjamín Subercaseaux"). Y si el poeta señaló la violencia del mestizaje verbal, la "lengua estropeada de los pueblos que porque fueron colonias usan un habla prestada" ("Don Carlos Silva Vildósola. . ."), si escribió con fuerza en el Colofón de Ternura: "Una vez más yo cargo aquí, a sabiendas, con las tareas del mestizaje verbal. . . me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, una violencia racial (texto que *D. L.* cita, pág. 70), si los defectos del mestizo —frente al blanco europeo y frente al indio, que tanto amaba— en nada se le escaparon, sabía, sin embargo, que el mestizo era quien hablaba, quien iba a hablar verdaderamente en Latinoamérica (su claro saber: "Cuatro siglos cuentan por nada en una operación étnica", artículo sobre Subercaseaux). Así, sonriendo ante ciertas pretensiones de "blanco" de Neruda, escribe: "Porque el mestizaje, que tiene varios aspectos de tragedia pura, tal vez sólo en las artes entraña una ventaja y da una seguridad de enriquecimiento" ("Recado sobre Pablo Neruda"). ¿Qué puede significar esa ventaja, qué significa la operación de la constitución del mestizo como voz, como escritura. Escuchemos: la voz, la escritura es para el poeta la raza al fin constituyéndose como tal. Lo dice con toda claridad para el que sepa escuchar: "La Universidad para mí carga a cuenta del negocio espiritual entero de una raza ("La Universidad y la cultura"), es decir, hay raza cuando hay escritura; texto de 1931 que dice lo mismo que dirá sobre la "existencia espiritual", en el sentido que a ese concepto se le da, el "Discurso Rectoral" de Heidegger, dos años después (la primacía temporal en nada importa; lo que nos interesa señalar es el diálogo del poeta con Heidegger). E inmediatamente, si conciencia, si escritura, conciencia de la lucha política contra el otro, contra el invasor ("La cacería de Sandino", Sandino "héroe racial")[5]. Se objetará: el mestizaje latinoamericano se constituye como escritura cuando todo está ya decidido, perdido, para Latinoamérica: tal vez, a diferencia de los países europeos cuando su unirse nacionalmente, Latinoamérica habló demasiado tarde. Esta constituiría, quizás, entonces, la verdadera diferencia —pero no exclusividad— latinoamericana. Tal vez: quizás.

La extrema delicadeza y finura de la crítica literaria y filosófica chilena a nada se parece tanto como a la inexistencia. Por ello, no nos extrañaría que alguien pensara que en estas líneas hemos "atacado" *D. L.* Digamos, entonces, con absoluta claridad lo que, de *D. L.*, pensamos. Extremo don de un texto, *D. L.* obliga a pensar. A

5 Necesidad de lucha política contra el invasor de los pueblos de "sangre indígena/que aún rezan a Jesucristo y aún hablan español" que no constituye, por cierto, el único juicio de la más grande inteligencia que ha producido la raza sobre lo que EE. UU. era, es, como su grandeza.

pensar, incluso, cuando la solución a los problemas que plantea deba encontrarse en otra parte. Así, *D. L.* oculta —es decir, hace patente para quien lo lee bien— la pregunta por ese problema esencial, amor de los ideólogos: qué sea raza, qué sea nuestro mestizaje. Y ello, obligando a releer a la Mistral para encontrar en el poeta la respuesta. De este modo, *D. L.* cumple la misión de todo el arte de saber leer lo que llamamos el contenido manifiesto de un texto. ¿Se leerá *D. L.* o la "crítica" se lo "saltará", como lo ha hecho hasta el momento (enero 1985)?

DOCUMENTO

LOS ESCRITORES Y LEVIATAN
MATAR UN ELEFANTE

George Orwell*

Conocido sobre todo por las sombrías reflexiones acerca del poder totalitario que desarrolló en *Rebelión en la Granja* y en *1984* —sus dos novelas más famosas—, George Orwell dejó una extensa producción de ensayos y artículos periodísticos. Hay quienes consideran que fue uno de los pocos anarquistas que sobrevivieron a la polarización entre capitalismo y socialismo de la política británica, pero donde quiera que se lo clasifique, lo cierto es que su pensamiento estuvo animado por un profundo y urgente rechazo a las opresiones de todo género que las sociedades ejercen sobre el individuo.

Estos artículos dan cuenta en mayor o menor medida de ese rechazo. El primero —Los *Escritores y Leuiatán*— se refiere a cierto tipo de opresiones mentales y plantea un problema —el del artista o intelectual comprometido— del que Orwell tomó conciencia antes que gran parte de la intelectualidad europea.

El segundo artículo —*Matar un Elefante*— es, antes que nada, un relato escrito por un espíritu libre y dotado de especial sentido del humor. Se refiere con sentimientos encontrados a un episodio autobiográfico que ilustra, en forma casi patética, la brecha entre el papel que imponen las propias convicciones ideológicas y el que impone la realidad. La experien-

* Destacado novelista británico. Nació en 1903 y murió en 1950. Varias de sus obras estuvieron recorridas por el alarmante diagnóstico de un siglo que ha logrado combinar la credulidad de las masas con el dominio abusivo de las élites y de las ideologías colectivistas. Fustigó duramente en sus escritos el dogmatismo intelectual y el oportunismo político del comunismo y luchó junto a la república en la Guerra Civil Española. Durante la Segunda Guerra se distinguió por sus planteamientos antibelicistas y escépticos frente a todo mesianismo político.

cia corresponde a la juventud del escritor, tuvo lugar en Birmania y en una época en que el autor profesaba un repudio absoluto a la dominación que el Imperio Británico ejercía sobre sus colonias.

Los Escritores y Leviatán

La posición del escritor en una era de control estatal es asunto que ya se ha analizado en forma relativamente amplia, aun cuando no se dispone todavía, en su mayor parte, de las pruebas que podrían ser pertinentes. Aquí no quiero expresar una opinión ni en pro ni en contra del patrocinio de las artes por el Estado, sino señalar simplemente que la clase de estado que nos gobierne tiene que depender en parte del ambiente intelectual vigente; es decir, en este aspecto, en parte de la actitud de los propios escritores y artistas, y de su disposición o falta de ella para mantener vivo el espíritu liberal. Si en diez años nos encontramos temblando ante una persona como Zhdanov, probablemente será porque eso es lo que habremos merecido. Es evidente que entre los intelectuales literarios ingleses ya hay en acción fuertes tendencias hacia el totalitarismo. Pero aquí no me preocupa ningún movimiento organizado y consciente como es el comunismo, sino puramente el efecto que tiene, sobre personas de buena voluntad, el pensamiento político y la necesidad de abanderizarse políticamente. Esta es una edad política. La guerra, el fascismo, los campos de concentración, los palos de luma, las bombas atómicas, son las cosas en que pensamos todos los días, aunque no las nombremos abiertamente. Esto no lo podemos evitar. Si uno está en un barco que naufraga, pensará en naufragios. Pero no sólo se limita así nuestro tema sino que toda nuestra actitud hacia la literatura se tiñe con lealtades que comprendemos, al menos de manera intermitente, que no son literarias. A menudo da la impresión de que la crítica literaria, aun en el mejor de los casos, es fraudulenta puesto que en ausencia total de normas aceptadas de cualquier índole, de alguna referencia externa que pueda dar sentido a la afirmación de que tal y tal libro es "bueno" o "malo", todo juicio literario consiste en inventar un conjunto de reglas para justificar una preferencia instintiva. La verdadera reacción que uno tiene ante un libro, cuando llega a tenerla, es, habitualmente, "este libro me gusta" o "no me gusta", y lo que sigue es una racionalización. Pero decir "este libro me gusta" no es, creo yo, una reacción no literaria; la reacción no literaria es decir: "Este libro está de mi parte, por lo tanto debo descubrirle méritos". Es claro que cuando uno alaba un libro por razones políticas, puede mostrarse emocionalmente sincero, en el sentido de que uno de veras siente una fuerte aprobación, pero también ocurre a menudo que la solidaridad partidista exija una pura mentira. Cualquiera que esté acostumbrado a reseñar libros para publicaciones políticas lo sabe. En general, si uno escribe para un diario con el cual está de acuerdo, peca por acción, y si lo

hace para uno del color opuesto, peca por omisión. En todo caso, hay innumerables libros polémicos: libros en pro o en contra de la Rusia soviética, en pro o en contra del sionismo, en pro o en contra de la Iglesia Católica, etc., a los que se juzga antes de leerlos, de hecho antes de que se escriban. Uno sabe de antemano qué acogida van a tener en cuáles diarios. Y sin embargo, con una falta de honradez que suele no ser consciente ni siquiera en una cuarta parte, se mantiene la ficción de que se aplican normas literarias auténticas.

Por cierto que la invasión de la literatura por la política tenía que ocurrir. Tenía que ocurrir, aun cuando el problema del totalitarismo no hubiera surgido jamás, porque se nos ha producido una suerte de remordimiento que nuestros abuelos no tenían, una conciencia de la enorme injusticia y miseria del mundo, y un sentimiento de culpabilidad porque uno debería hacer algo al respecto, que torna imposible mantener una actitud puramente estética ante la vida. Nadie podría, hoy, dedicarse a la literatura con la concentración absoluta de Joyce o de Henry James. Pero, lamentablemente, aceptar responsabilidad política hoy significa rendirse a las ortodoxias y las "líneas del partido", con toda la timidez y falta de honradez que ello significa. En comparación con los escritores Victorianos, tenemos el inconveniente de vivir entre ideologías políticas claramente definidas y de saber de un vistazo, por lo general, cuáles pensamientos son heréticos. El intelectual literario moderno vive y escribe con temor constante, no, por cierto, de la opinión pública en el sentido más amplio, sino de la opinión pública dentro de su propio grupo. En general, por suerte, hay más de un grupo, pero también en cualquier momento dado existe una ortodoxia dominante. Para atacarla se necesita tener la piel dura y estar dispuesto a reducir a la mitad los ingresos durante largos años. Es evidente que desde hace unos quince años la ortodoxia dominante, especialmente entre los jóvenes, ha sido la "izquierda". Las palabras claves son "progresista", "democrático" y "revolucionario", mientras que las etiquetas que hay que evitar a toda costa son "burgués", "reaccionario" y "fascista". Hoy en día casi todos, incluso la mayoría de los católicos y conservadores, son "progresistas" o al menos quieren que se les tenga por tales. Nadie, que yo sepa, jamás dice de sí mismo que es "burgués", así como nadie que tenga la instrucción suficiente para conocer la palabra reconoce que es culpable del antisemitismo. Somos todos buenos demócratas, antifascistas, antimperialistas, despreciativos de las diferencias de clase, impermeables al prejuicio racial, y así sucesivamente. Tampoco cabe duda de que la ortodoxia "izquierdista" de hoy es mejor que la ortodoxia conservadora beata y más bien afectada que predominaba veinte años atrás, cuando el *Criterion* y (en menor escala) *el London Mercury* eran las revistas literarias dominantes. Porque a lo menos su objeto implícito es una forma viable de sociedad que mucha gente en realidad desea. Pero también tienen sus falsedades propias que, como no se las puede reconocer, hacen imposible el análisis serio de ciertas cuestiones.

Toda la ideología de izquierda, científica y utópica, la elaboraron personas que no tenían posibilidad inmediata de alcanzar el poder. Era, por tanto, una ideología extrema, absolutamente desdeñosa de reyes, gobiernos, leyes, cárceles, fuerzas policiales, ejércitos, banderas, fronteras, patriotismo, moral convencional y, en el hecho, de todo el orden de cosas existente. Hasta bien entrado el período de que hay memoria viviente, en todos los países las fuerzas de la izquierda lucharon contra una tiranía que parecía invencible, y era fácil suponer que si sólo se pudiera derrocar esa tiranía en particular, la del capitalismo, el socialismo vendría en seguida. Además, la izquierda había heredado del liberalismo ciertos postulados claramente discutibles, como la idea de que la verdad ha de prevalecer y la persecución ha de derrotarse a sí misma, o de que el hombre es por naturaleza bueno y sólo lo corrompe su entorno. Esta ideología perfeccionista ha perdurado en casi todos nosotros y en su nombre es que protestamos cuando (por ejemplo) un gobierno laborista aprueba ingresos inmensos para las hijas del rey o se muestra vacilante para nacionalizar la siderurgia. Pero también hemos acumulado en nuestra mente toda una serie de contradicciones no confesadas, consecuencias de sucesivos choques con la realidad.

El primer choque fue la revolución rusa. Por motivos más bien complejos, casi toda la izquierda inglesa se ha visto obligada a aceptar que el régimen ruso es "socialista", aunque reconoce en su fuero interno que tanto su espíritu como su práctica son bien extraños a todo lo que se entiende por "socialismo" en este país. De aquí ha surgido una especie de manera de pensar esquizofrénica, en la que una palabra como "democracia" puede tener dos significados irreconciliables y cosas como campos de concentración y deportaciones en masa pueden estar simultáneamente bien y mal. El golpe siguiente a la ideología izquierdista fue el surgimiento del fascismo, el cual sacudió el pacifismo y el internacionalismo de la izquierda sin efectuar una reformulación definida de la doctrina. La experiencia de la ocupación alemana enseñó a los pueblos de Europa algo que los pueblos coloniales ya sabían, esto es, que los antagonismos de clase no tienen mayor importancia y que existe algo que se llama interés nacional. Después de Hitler, resultaba difícil sostener seriamente que "el enemigo está en tu propio país" y que la independencia nacional no tiene valor. Pero aun cuando todos sabemos esto y si es preciso actuamos en consecuencia, todavía nos parece que decirlo en voz alta sería una suerte de traición. Y por último, la mayor dificultad de todas, existe el hecho de que la izquierda está ahora en el poder y se ve obligada a asumir responsabilidades y a tomar decisiones auténticas.

Los gobiernos de izquierda siempre desilusionan a sus partidarios porque, aun si la prosperidad que han prometido fuera alcanzable, siempre es necesario un incómodo período de transición, del cual poco se dijo antes. En este momento vemos a nuestro propio gobierno, en sus desesperados apuros económicos, luchando contra

su propia propaganda pasada. La crisis en que nos hallamos ahora no es una calamidad repentina e inesperada, como un terremoto, ni la guerra la causó sino sólo la apresuró. Hace decenios se pudo prever que algo así iba a suceder. Desde el siglo XIX nuestro ingreso nacional, dependiente en parte de los intereses de inversiones extranjeras y de mercados cautivos y materias primas baratas en países coloniales, ha sido extremadamente precario. Era seguro que, tarde o temprano, algo andaría mal y nos veríamos obligados a equilibrar las exportaciones con las importaciones; y cuando eso ocurriera el nivel de vida en Gran Bretaña, incluso el de la clase obrera, tendría que caer, al menos temporalmente. Y sin embargo los partidos de izquierda incluso cuando vociferaban contra el imperialismo, nunca dejaron esto en claro. En ocasiones estaban dispuestos a reconocer que los obreros británicos se habían beneficiado, en alguna medida, con el saqueo de Asia y África, pero siempre dejaban la impresión de que podíamos renunciar al botín y no obstante arreglárnoslas para seguir prósperos. En gran medida, en verdad, se conquistó a los obreros para el socialismo porque se les dijo que eran explotados, cuando la dura verdad es que, en términos mundiales, eran explotadores. Ahora, según parece, se ha llegado al punto en que el nivel de vida de la clase obrera no se puede mantener, ni hablar de elevarlo. Aunque estrujemos a los ricos hasta que desaparezcan, la masa del pueblo tiene que consumir menos o bien producir más. ¿O es que exagero el lío en que estamos metidos? Puede ser, y me alegraría de saberme equivocado. Pero lo que quiero destacar es que este asunto no se puede analizar de verdad entre personas fieles a la ideología de izquierda. La reducción de los salarios y el aumento de las horas de trabajo se ven como medidas antisocialistas y por eso hay que descartarlas de antemano, sea cual fuere la situación económica. Sugerir que puedan ser inevitables, significa simplemente verse embadurnado con aquellas etiquetas que nos tienen a todos aterrados. Es mucho más prudente esquivar el bulto y fingir que podemos arreglarlo todo con la redistribución del ingreso nacional existente.

Aceptar una ortodoxia, siempre significa heredar contradicciones sin resolver. Tómese, por ejemplo, el hecho de que a toda persona sensible le repugna el industrialismo y sus productos, y sin embargo está consciente de que la conquista de la pobreza y la emancipación de la clase obrera exigen no menos industrialización, sino cada vez más. O tómese el hecho de que algunas tareas son absolutamente necesarias, pero nunca se cumplen salvo bajo alguna forma de coacción. O el hecho de que es imposible tener una política exterior positiva sin tener fuerzas armadas poderosas. Se podrían multiplicar los ejemplos. En cada uno de dichos casos existe una conclusión que está perfectamente clara, pero que sólo se puede sacar si uno es privadamente desleal a la ideología oficial. La reacción normal es la de relegar la cuestión, sin resolver, a un rincón de la mente y luego continuar repitiendo frases hechas contra-

dictorias. No hace falta buscar mucho en las reseñas y revistas para descubrir los efectos de esta clase de pensamiento.

No quiero decir, desde luego, que la falta de honradez mental sea propia de los socialistas y de los izquierdistas en general, o que sea más frecuente entre ellos. Es simplemente que al parecer la aceptación de cualquiera disciplina política es incompatible con la integridad literaria. Lo dicho vale igualmente para los movimientos como el pacifismo y el personalismo, que dicen situarse fuera de la lucha política común. De hecho, parece que el solo sonido de las palabras terminadas en "ismo" trajera consigo el olor de la propaganda. Las lealtades de grupo son necesarias, y con todo son venenosas para la literatura, mientras la literatura sea obra de individuos. Tan pronto como se les permite ejercer una influencia, siquiera negativa, sobre la obra creativa, se produce no sólo la falsificación sino a menudo el verdadero agotamiento de las facultades inventivas.

¿Y entonces qué? ¿Debemos concluir que es deber de todo escritor "no meterse en política"? ¡Por supuesto que no! En todo caso, como ya lo dije, ninguna persona pensante puede dejar sinceramente de meterse en política, ni lo hace, dada la época en que vivimos. Sólo propongo que debemos hacer una distinción, más nítida que la que hacemos ahora, entre nuestras lealtades políticas y literarias y que debemos reconocer que la disposición a realizar ciertas cosas ingratas pero necesarias no lleva consigo ninguna obligación de tragarse las creencias que habitualmente las acompañan. Cuando un escritor se ocupa de política debe hacerlo como ciudadano, como ser humano, pero no como escritor. No creo que, puramente en aras de su sensibilidad, tenga el derecho de esquivar el sucio trabajo corriente de la política. Igual que cualquier persona, debe estar dispuesto a pronunciar discursos en salas cruzadas por corrientes de aire, pintar pavimentos con tiza, conseguir votos, distribuir panfletos, hasta pelear en guerras civiles si es necesario. Pero haga lo que haga al servicio de su partido, jamás debe escribir en su favor. Debe dejar en claro que su oficio es cosa aparte. Y debe ser capaz de actuar en colaboración mientras rechaza por completo, si lo desea, la ideología oficial. Nunca debe retroceder ante una sucesión de pensamientos porque podría conducir a una herejía, y no debe sentirlo mucho si se husmea su postura no ortodoxa, lo que probablemente ocurrirá. Quizás incluso sea mala seña en un escritor que no se le sospeche hoy de tener tendencias reaccionarias, así como hace veinte años era mala seña que no se le sospechara de tener tendencias comunistas.

Pero ¿quiere decir todo esto que el escritor no sólo debe negarse a dejar que lo dominen los caciques políticos sino que debe abstenerse de escribir sobre política? Otra vez, ¡por supuesto que no! No hay ningún motivo para que no escriba de la manera más burdamente política si lo desea. Sólo que debe hacerlo como individuo, como un extraño, cuando más como un guerrillero impropio en el flanco de un ejército regular. Esta actitud es bien compatible con la utili-

dad política corriente. Es razonable, por ejemplo, estar dispuesto a luchar en una guerra porque uno estima que la guerra hay que ganarla, y al mismo tiempo negarse a escribir propaganda de guerra. A veces, si el escritor es honrado, sus escritos y sus actividades políticas pueden incluso contradecirse. Hay ocasiones en que ello es claramente inconveniente; pero entonces el remedio no está en falsificar los propios impulsos sino en guardar silencio.

Proponer que en tiempos de conflicto un escritor creativo tiene que partir su vida en dos compartimientos puede aparecer derrotista o frivolo; pero en la práctica no veo qué otra cosa puede hacer. Encerrarse en una torre de marfil es imposible e inconveniente. Rendirse subjetivamente, no puramente a una máquina partidista sino incluso a una ideología de grupo, es destruirse uno mismo como escritor. El dilema nos parece doloroso porque vemos la necesidad de meternos en política y al mismo tiempo vemos lo puerca y degradante que es. Y la mayoría de nosotros todavía conserva una morosa creencia de que toda opción, incluso toda opción política, se realiza entre el bien y el mal, y que si una cosa es necesaria también es buena. Pienso que debemos deshacernos de esta creencia que pertenece a la niñez. En política, uno nunca puede hacer más que decidir cuál de dos males es el menor, y hay situaciones de las cuales sólo se puede escapar si se actúa como un demonio o un loco. La guerra, por ejemplo, puede ser necesaria, pero no es, por cierto, ni buena ni cuerda. Incluso, una elección general no es precisamente un espectáculo grato ni edificante. Si uno tiene que tomar parte en cosas semejantes, y yo estimo que sí hay que hacerlo, salvo que uno tenga un blindaje de vejez, estupidez o hipocresía, entonces también hay que mantener parte de uno mismo intacta. Para la mayoría de la gente, el problema no se presenta de la misma manera, porque ya tienen la vida partida. Viven auténticamente sólo en sus horas de ocio y no existe ningún lazo emocional entre su trabajo y sus actividades políticas. Tampoco, en general, se les pide, en nombre de la lealtad política, que se rebajen a trabajar. Al artista, en especial al escritor, se le pide justamente eso aunque, en verdad, eso es lo único que los políticos jamás le piden. Si se niega, eso no quiere decir que quede condenado a la inactividad. Una mitad de él, que en cierto sentido es todo él, puede actuar tan resueltamente, incluso tan violentamente si es preciso, como cualquiera. Pero los escritos, en la medida en que tienen algún valor, serán siempre la obra de aquel ser más cuerdo que se hace a un lado, registra las cosas que se hacen y reconoce su necesidad, pero se niega a dejarse engañar acerca de su índole verdadera.

Matar un Elefante

En Moulmein, en la Baja Birmania, mucha gente me odiaba: es la única vez en mi vida que he tenido la importancia suficiente para que esto me ocurra. Yo era oficial de policía subdivisional del pue-

blo y, de una manera vaga y pequeña, reinaba un sentimiento anti-europeo muy amargo. Nadie tenía el valor de iniciar una revuelta, pero si una mujer europea pasaba sola por los bazares era probable que alguien le escupiera jugo de betel sobre el vestido. Como oficial de policía, yo ofrecía un blanco obvio y me molestaban cada vez que parecía que podían hacerlo sin peligro. Cuando un ágil birmano me hizo una zancadilla en la cancha de fútbol y el arbitro (otro birmano) miró hacia otro lado, la multitud chilló con una risa horrible. Esto ocurrió más de una vez. Por último, las burlonas caras amarillas de los jóvenes que me salían al encuentro en todas partes, los insultos que se me gritaban cuando me encontraba a una distancia prudente, terminaron por alterarme los nervios. Los jóvenes sacerdotes budistas eran los peores de todos. Había varios miles en el pueblo y ninguno, al parecer, tenía nada que hacer sino pararse en las esquinas y burlarse de los europeos.

Todo esto causaba perplejidad y desazón. Porque en esa época yo ya había resuelto que el imperialismo era una cosa mala y que cuanto antes dejara mi puesto y saliera de allí, mejor. En teoría, y en secreto, por cierto, yo estaba por entero de parte de los birmanos y por entero en contra de sus opresores, los británicos. En cuanto a mi trabajo, lo aborrecía con más amargura que la que tal vez pueda expresar. En un trabajo semejante se ve de cerca la puerca labor del Imperio. Los míseros presos acurrucados en las jaulas hediondas de los calabozos, las caras grises, acobardadas, de los reos de mucho tiempo, las cicatrices en las nalgas de los hombres a quienes habían azotado con cañas de bambú, todo ello me oprimía con un intolerable sentido de culpa. Pero no podía ver nada en su perspectiva. Era joven y poco educado y había tenido que rumiar mis problemas en el silencio absoluto que se le impone a todo inglés en el Oriente. Ni siquiera sabía que el Imperio Británico agoniza, menos aún que era harto mejor que los imperios jóvenes que van a suplantarlo. Todo lo que sabía era que estaba atrapado entre mi odio hacia el imperio al cual servía y mi ira contra las bestezuelas malignas que trataban de hacer imposible mi trabajo. Con una parte de la mente pensaba en el gobierno británico como una tiranía inquebrantable, como algo atornillado fuertemente, in sécula seculorum, sobre la voluntad de pueblos postrados; con otra parte pensaba que la mayor delicia del mundo sería hundir una bayoneta en las entrañas de un sacerdote budista. Semejantes sentimientos son subproductos normales del imperialismo; pregúntenle a cualquier funcionario anglo-indio, si logran pillarlo fuera de servicio.

Un día ocurrió algo que de manera indirecta resultó revelador. Fue un incidente minúsculo en sí, pero me dio un atisbo, como no lo había tenido antes, de la verdadera índole del imperialismo, de los verdaderos motivos por los cuales actúan los gobiernos despóticos. Una mañana, muy temprano, me llamó por teléfono un subinspector de una estación de policía al otro extremo del pueblo y me dijo que un elefante estaba haciendo destrozos en el bazar. ¿Po-

dría yo ir, por favor, y hacer algo al respecto? Yo no sabía qué cosa podría hacer, pero quise ver lo que estaba ocurriendo; me monté en un caballo y salí. Llevé mi fusil, un Winchester .44 antiguo, demasiado chico para matar un elefante, pero pensé que el ruido podría resultar útil in terrorem. Diversos birmanos me detuvieron en el camino y me contaron las fechorías del elefante. No era un elefante salvaje, por supuesto, sino uno manso atacado de "must". Lo habían encadenado, como se hace siempre con los elefantes mansos cuando les toca su ataque de "must", pero la noche anterior había roto la cadena y se había escapado. Su mahut, la única persona que podía manejarlo en tal estado, salió en pos del animal, pero equivocó el camino y ahora se encontraba a doce horas de distancia, y en la mañana el elefante reapareció repentinamente en el pueblo. La población birmana carecía de armas y era impotente frente a él. Ya había destruido la choza de bambú de alguien, mató una vaca y saqueó unos puestos de fruta para comerse las existencias; también se encontró con el carro basurero municipal y, cuando el conductor saltó al suelo y puso pies en polvorosa, volcó el carro y lo maltrató violentamente. El subinspector birmano y algunos policías indios me esperaban en el barrio donde se había visto al elefante. Era un barrio pobrísimo, un laberinto de escuálidas chozas de bambú techadas con hojas de palmera, que serpenteaban por todo un empinado faldeo. Recuerdo que era una mañana nublada, bochornosa, al comienzo de las lluvias. Empezamos a preguntar a la gente adonde se había ido el elefante y, como siempre, no logramos obtener ninguna información definida. Es lo que sucede invariablemente en el Oriente: a distancia una historia parece bastante clara, pero a medida que uno se acerca al lugar de los hechos se torna cada vez más vaga. Algunos dijeron que el elefante se había ido en cierta dirección, algunos que se había ido en otra, algunos aseguraron que ni siquiera habían oído mentar a un elefante. Ya casi me había persuadido de que todo el cuento era una sarta de mentiras cuando oímos gritos a corta distancia de nosotros. Hubo un fuerte grito escandalizado: — ¡Fuera, niño! ¡Fuera ahora mismo!, y una vieja con una vara en la mano dobló la esquina de una choza, espantando con violencia una nube de chicos desnudos. Otras mujeres venían detrás, chasqueando la lengua y dando exclamaciones: evidentemente había algo que los niños no debían haber visto. Rodeé la choza y vi el cadáver de un hombre despatarrado en el barro. Era indio, un peón dravidio negro, casi desnudo, y no podía estar muerto mucho rato. Decía la gente que el elefante apareció de repente detrás de la choza, lo cogió con la trompa, le puso una pata en la espalda y lo hundió en la tierra. Era la estación lluviosa y el terreno estaba blando; con la cara había abierto una zanja de un pie de profundidad y un par de yardas de largo. Yacía de bruces, con los brazos en cruz y la cabeza torcida hacia un lado. Tenía la cara cubierta de lodo, los ojos abiertos, los dientes descubiertos y riendo con una expresión de insoportable angustia. (Nunca me digan, a propósito, que los muertos tienen as-

pecto apacible. Casi todos los cadáveres que he visto parecían demonios.) La fricción de la pata del enorme animal le había pelado la piel de la espalda tan limpiamente como uno descuera un conejo. En cuanto vi al muerto envié a un ordenanza a la casa de un amigo, que estaba cerca, a pedir prestado un fusil para elefantes. Ya había despachado de vuelta al caballo, pues no quería que enloqueciera de espanto y me echara por tierra si olía al elefante.

El ordenanza volvió al poco rato con un fusil y cinco cartuchos; mientras, algunos birmanos habían venido a decirnos que el elefante estaba en los campos de arroz, más abajo, a pocos cientos de yardas de distancia. Cuando eché a andar, virtualmente todos los habitantes del barrio salieron de las casas y me siguieron. Habían visto el fusil y gritaban animadamente que yo iba a matar al elefante. No se habían interesado mayormente por el elefante cuando éste sólo se ocupó de destruirles los hogares, pero era otra cosa ahora que lo iban a matar. Era un poco de diversión para ellos, como lo hubiera sido para una muchedumbre inglesa; además, querían la carne. Me sentí vagamente inquieto. No tenía ninguna intención de matar al elefante, sólo había enviado por el fusil para defenderme en caso necesario, y es siempre inquietante que una muchedumbre lo siga a uno. Marché cerro abajo, con cara de imbécil y sintiéndome tal, con el fusil al hombro y un creciente ejército de gente que me pisaba los talones. Al fondo, cuando uno se alejaba de las chozas, había un camino asfaltado y más allá un erial pantanoso de campos de arroz, de mil yardas de ancho, sin arar todavía pero empapado con las primeras lluvias y salpicado de pasto grueso. El elefante se hallaba a ocho yardas del camino, con el costado izquierdo hacia nosotros. No hizo el menor caso de la muchedumbre que se acercaba. Estaba arrancando manojos de pasto, los golpeaba contra sus rodillas para limpiarlos y se los metía a la boca.

Yo me detuve en el camino. Tan pronto como vi el elefante, supe con absoluta certeza que no debía matarlo. Es cosa seria matar un elefante de trabajo, algo así como destruir una maquinaria inmensa y costosa, y es obvio que uno no debe hacerlo si es posible evitarlo. Y a esa distancia, comiendo apaciblemente, el elefante no se veía más peligroso que una vaca. Pensé entonces, y lo pienso ahora, que su ataque de "must" ya estaba pasando; en cuyo caso vagaría por ahí sin hacer daño hasta que volviera su mahut y lo cogiera. Además, yo no tenía ningún deseo de matarlo. Decidí que lo vigilaría un rato para cerciorarme de que no volviera a ponerse salvaje y luego regresaría a casa.

Pero en ese instante di una mirada hacia atrás a la muchedumbre que me había seguido. Era una multitud inmensa, dos mil por lo menos, y seguía aumentando por minutos. Bloqueaba el camino por un largo trecho a cada lado. Miré aquel mar de caras amarillas sobre las vestimentas chillonas, las caras todas felices y animadas por esta diversión, todos convencidos de que al elefante lo iban a matar. Me observaban como observarían a un prestidigitador a punto de realizar

un truco. Yo no les gustaba, pero con el fusil mágico en la mano valía la pena por un momento observarme. Y de pronto comprendí que iba a tener que matar al elefante después de todo. El pueblo lo esperaba y yo tenía que hacerlo; podía sentir esas dos mil voluntades que me empujaban hacia adelante, irresistibles. Y en ese instante, de pie allí con el fusil en la mano, fue cuando me di cuenta por primera vez de la vaciedad, la inutilidad del dominio del hombre blanco sobre el Oriente. Aquí estaba yo, el hombre blanco con su fusil, de pie frente a la multitud nativa desarmada, al parecer protagonista de la pieza; pero en realidad no era más que un títere ridículo, empujado de acá para allá por la voluntad de esas caras amarillas que estaban detrás de mí. En ese momento comprendí que cuando el hombre blanco se convierte en tirano es su propia libertad lo que destruye. Se convierte en un maniquí hueco, amanerado, la figura convencionalizada del señor. Porque es condición de su gobierno que deberá pasar la vida procurando impresionar a los "nativos", y por eso en toda crisis tiene que hacer lo que los "nativos" esperan que haga. Lleva una máscara y su rostro se adapta a ella. Yo tenía que matar al elefante. Me comprometí a hacerlo cuando envié a buscar el fusil. El señor tiene que comportarse como tal; tiene que aparecer resuelto, seguro de lo que quiere y debe hacer cosas definidas. Venir hasta aquí desde tan lejos, fusil en mano, con dos mil personas detrás, y luego alejarme débilmente sin haber hecho nada... no, era imposible. La multitud se reiría de mí. Y mi vida entera, la vida de todo hombre blanco en el Oriente, era una sola y larga lucha por evitar que se rieran de mí.

Pero yo no quería matar al elefante. Lo observé batiendo su manojo de pasto contra sus rodillas, con ese aire de abuela preocupada que tienen los elefantes. Me pareció que matarlo sería un crimen. A esa edad no tenía remilgos por matar animales, pero nunca le había disparado a un elefante ni había querido hacerlo. (No sé por qué, siempre parece peor si uno mata un animal grande.) Además, había que pensar en el dueño del animal. Vivo, el elefante valía cien libras por lo menos; muerto; valdría sólo lo que sus colmillos, cinco libras, posiblemente. Pero tenía que actuar pronto. Me dirigí a unos birmanos con aspecto de gente de experiencia, que estaban allí cuando llegamos, y les pregunté cómo se comportaba el elefante. Todos dijeron lo mismo: que no hacía caso si lo dejaban tranquilo, pero que podía cargar si uno se acercaba demasiado.

Me resultaba perfectamente claro lo que debía hacer. Debía acercarme a, digamos, veinticinco yardas del elefante y probar su conducta. Si cargaba podía disparar, si no me hacía caso no habría peligro en dejarlo hasta que volviera el mahut. Pero también comprendí que no iba a hacer cosa semejante. Tenía mala puntería con fusil y el terreno era un barro blando en el que me hundiría a cada paso. Si el elefante cargaba y yo erraba el tiro, tendría más o menos la misma expectativa que una rana al paso de una aplanadora. Pero aun entonces no pensaba tanto en mi propia suerte, sólo en aquellas

caras amarillas vigilantes detrás de mí. Porque en ese momento, con la multitud que me observaba, yo no sentía miedo en el sentido corriente de la palabra, como lo hubiera sentido si hubiera estado solo. Un hombre blanco no debe asustarse delante de los "nativos"; y así, en general, no se asusta. El único pensamiento que tenía en la cabeza era que si algo andaba mal, esos dos mil birmanos iban a verme perseguido, atrapado, pisoteado y reducido a un despojo sonriente como aquel indio arriba del cerro. Y si eso ocurría era bien probable que más de alguno se reiría. Eso no podía ser. No quedaba sino una alternativa. Metí los cartuchos en la cámara y me tendí en el camino para apuntar mejor.

La muchedumbre se quedó inmóvil y un suspiro largo, profundo, dichoso, como de gente que ve abrirse por fin el telón del teatro, surgió de innumerables gargantas. Iban a tener su diversión después de todo. El fusil era una bella arma alemana con miras de pelo. Yo no sabía entonces que para disparar a un elefante uno debe apuntar a cortar una barra imaginaria que va de un oído al otro. Como el elefante estaba de costado, yo debía haber apuntado derecho al oído; en realidad, apunté varias pulgadas más adelante, pensando que el cerebro estaría más adelante.

Cuando tiré el gatillo no oí el estampido ni sentí el retroceso, uno nunca lo hace cuando el disparo da en el blanco, pero escuché el rugido diabólico de regocijo que brotó de la multitud. En ese instante, en un tiempo demasiado breve, uno pensaría, siquiera para que la bala le hubiera dado, un cambio misterioso y terrible se había producido en el elefante. Ni se movió ni cayó, pero todas las líneas de su cuerpo cambiaron. De repente se vio abatido, encogido, inmensamente viejo, como si el espantoso impacto de la bala lo hubiera paralizado sin derrumbarlo. Por fin, después de un rato que pareció muy largo, pienso que serían quizá cinco segundos, cayó flojamente de rodillas. La boca babeaba. Parecía que una enorme senilidad se había abatido sobre él. Uno podía imaginar que tenía miles de años de edad. Disparé de nuevo al mismo lugar. Con el segundo tiro no se derrumbó sino que se alzó con desesperada lentitud y se puso de pie débilmente, con las patas flojas y la cabeza gacha. Disparé por tercera vez. Ese fue el tiro que lo liquidó. Uno pudo ver cómo la agonía le sacudió todo el cuerpo y les arrebató a las piernas el último resto de fuerza. Pero al caer pareció por un momento que se erguía, porque al doblarse las patas traseras pareció que se levantaba como una enorme roca que se vuelca, la trompa elevada al cielo como un árbol. Trompeteó, por primera y única vez. Y en seguida cayó, con la panza hacia mí, con un estruendo que estremeció el suelo hasta donde yo me encontraba.

Me levanté. Los birmanos ya pasaban a mi lado corriendo por el barro. Era evidente que el elefante no volvería a levantarse más, pero no estaba muerto. Respiraba muy rítmicamente con largos estertores, el gran monte de su costado subía y bajaba. Tenía la boca muy abierta, se veía hasta muy adentro, cavernas de gargante rosa

pálido. Esperé largo rato que muriera, pero su respiración no se debilitaba. Por último, le disparé los dos tiros que me quedaban en el lugar donde supuse que tendría que estar el corazón. La sangre espesa brotó como un terciopelo rojo, pero aún no murió. Su cuerpo ni siquiera se estremeció cuando le dieron los disparos, la respiración torturada siguió sin pausa. Se moría, muy lentamente y con penosa agonía, pero en algún mundo remoto donde ni siquiera una bala podía ya hacerle daño. Me pareció que tenía que ponerle fin a aquel ruido espantoso. Era terrible ver a esa gran bestia tendida, incapaz de moverse y sin embargo incapaz de morir, y sin siquiera poder darle un golpe de gracia. Envié a buscar mi propio fusil pequeño y le disparé una y otra vez en el corazón y en la garganta. Al parecer las balas no hicieron impresión. Los estertores atormentados continuaron con la regularidad del tictac de un reloj.

Al último, no pude soportarlo más y me fui. Aun antes de retirarme, los birmanos ya venían con cuchillos y canastos, y según me contaron, por la tarde ya tenían descarnado el cadáver casi hasta los huesos.

Después, por cierto, hubo discusiones interminables por el elefante. El dueño estaba furioso, pero era sólo un indio y no podía hacer nada. Además, legalmente yo había procedido bien, porque a un elefante enloquecido hay que matarlo, como a un perro rabioso, si su dueño no consigue dominarlo. Entre los europeos, las opiniones estaban divididas. Los mayores decían que yo tenía razón; los más jóvenes, que era una barbaridad matar un elefante porque mató a un peón, porque un elefante vale mucho más que ningún maldito peón indio. Y después me alegré mucho de que hubiera muerto el peón; eso me daba legalmente la razón y me ofrecía un pretexto suficiente para matar al elefante. Muchas veces me he preguntado si alguno de los otros se dio cuenta de que lo hice solamente para no quedar como imbécil.